



Frederik Pohl

Título original: MAN PLUS

Traducción: *Manuela Díez* 1976

1.ª edición en Libro Amigo: noviembre 1978

La presente edición es propiedad de Editorial Bruguera

© Frederik Pohl – 1976

© Cubierta Neslé Soulé - 1978

ISBN 84-02-06051-X

Depósito legal: B. 34598-1978

## PRESENTACION

En cierto modo, cabría decir que la ciencia ficción ha recorrido el futuro marcha atrás. En los primeros tiempos del género, los escritores gustaban de proyectar su imaginación a enormes distancias en el espacio y en el tiempo, a épocas y lugares en que la Tierra, cuna de una humanidad diseminada por el cosmos, no sería ya sino un vago recuerdo.

Posteriormente, y a medida que el género fue madurando, muchos autores empezaron a darse cuenta de que para conjurar lo maravilloso o lo terrible no hacía falta alejarse mucho de casa, y que nuestro presente y sus implicaciones inmediatas son campos inagotables para la especulación. Con el aliciente, además, de que ello facilita la elaboración de un tipo de narrativa más conectado con la realidad y los problemas actuales.

Así, la ciencia ficción ha ido retrocediendo desde futuros inconcebiblemente remotos hasta situarse, en gran medida, en nuestro propio siglo.

Frederik Pohl, uno de los maestros indiscutidos del género, y la única persona que ha obtenido los máximos galardones como escritor y como director de publicaciones, siempre ha dedicado especial atención a esta ciencia ficción inmediata, situada en un futuro próximo y directamente relacionada con la problemática actual. Bastaría citar, a este respecto, su inolvidable *Mercaderes del Espacio* (escrita en colaboración con el prematuramente fallecido C. M. Kornbluth), obra clave del género en la que se denuncia el mundo de pesadilla al que nos está abocando la hipertrofia del mercantilismo y la publicidad.

*HOMO PLUS*, la primera novela de Pohl en diez años, lo cual constituye de por sí un acontecimiento que el aficionado no puede pasar por alto, ha obtenido el más prestigioso galardón del género: el PREMIO NEBULA a la mejor novela, otorgado en 1977 por la SFWA (Science Fiction Writers of America). Y en esta obra de madurez se reafirma la vocación de contemporaneidad del autor, ya que la acción se sitúa en un futuro tan inmediato que casi se puede llamar presente, tomando como pretexto un tema entrañable tanto de la especulación como de la fabulación científica, que en los últimos tiempos ha vuelto a un primer plano de la actualidad: la conquista de Marte.

Y digo "tomando como pretexto" porque el verdadero tema de la novela, como ocurre en la mayoría de las obras de Pohl, es el conflicto humano en toda su extensión, tanto a nivel individual como social, y el inquietante ciborg —medio hombre, medio máquina—alrededor del cual gira la trama, constituye, en última instancia, el símbolo de un hombre que ya es, de hecho, simbiote de la máquina, de una tecnología avanzada más allá de lo reversible que puede ser arma mortífera o instrumento redentor, según el uso que le demos.

CARLO FABRETTI

## 1 Un astronauta y su mundo

Ante todo, es necesario que les hablemos de Roger Torraway. Un solo ser humano no parece tener particular importancia en medio de ocho mil millones de personas. Representa, por ejemplo, lo que un microelemento en un banco de memoria. Pero incluso un único elemento puede ser decisivo cuando contiene un dato esencial, y Torraway era importante precisamente en ese sentido.

Era un hombre bien parecido, de acuerdo con los cánones de los seres humanos. Y también famoso. O, al menos, lo había sido.

En una ocasión Roger Torraway había estado suspendido en el cielo durante dos meses y tres semanas, junto con otros cinco astronautas. Estaban sucios, correosos y más bien aburridos. No fue eso lo que le hizo famoso. Aquello no era sino material para una pequeña noticia que no ocuparía más de dos frases en el diario de las siete de una tarde vulgar.

Pero llegó a ser famoso. En Bechuanalandia, Beluchistán y Buffalo la gente conoció su nombre. Time le sacó en la portada. Pero no sólo a él. Hubo de compartirla con el resto de su equipo del laboratorio orbital, porque ellos habían sido los que habían rescatado sano y salvo al grupo soviético que regresaba a la Tierra con los motores averiados.

Así pues, se convirtieron en los hombres famosos de la velada. Por aquel entonces Torraway tenía veintiocho años y acababa de casarse con una profesora de cerámica de ojos verdes y cabello negro. Dorrie en la Tierra era lo que ilusionaba a Rog, y Rog en órbita era lo que hacía que Dorrie fuera también una celebridad, cosa que a ella le encantaba.

Se necesitaba algo especial para hacer de la mujer de un astronauta una noticia interesante. Había muchas. Y todas se parecían enormemente. Parecía como si la NASA escogiera a las mujeres de los astronautas entre las inscritas al concurso de Miss Georgia. Daban todas la impresión de que, en cuanto se pusieran el traje de baño, comenzarían a hacer filigranas con los bastones o a recitar *La hembra de las especies*. Dorrie Torraway tenía un aspecto demasiado inteligente como para hacer algo. Así, aunque era, sin duda, lo suficientemente bonita para ello. Fue la única de las esposas de los astronautas que consiguió que se le dedicara un buen espacio tanto en *Ladies Home Journal* ("Usted puede cocinar en su horno doce platos de Navidad"), como en *Ms* ("Los niños echarían a perder mi matrimonio").

Roger era también partidario de no tener hijos. Era partidario de todo lo que Dorrie deseaba, porque estaba muy enamorado de ella.

En esto se parecía poco a sus compañeros, la mayoría de los cuales había descubierto los magníficos éxitos que el programa espacial les proporcionaba entre las mujeres. En otros aspectos era exactamente igual que ellos. Brillante, sano, listo, bien parecido, técnicamente bien preparado. Sus aficiones eran el ajedrez, la natación, la caza, volar, bucear, pescar y el golf. Podía confundírsele fácilmente con embajadores o senadores. Cuando se retiraban del programa espacial encontraban trabajo en las compañías aeroespaciales o en las causas perdidas que necesitaban una nueva imagen publicitaria. Esos trabajos estaban muy bien pagados. Los astronautas eran

productos valiosos. No sólo eran valiosos para la publicidad y para el hombre de la calle. Nosotros también les concedíamos una valoración muy elevada.

Lo que los astronautas representaban era un sueño. El sueño era algo precioso para el hombre de la calle, especialmente si se trataba de una húmeda y apestosa calle de Calcuta, donde familias enteras dormían sobre las aceras y se despertaban al amanecer para hacer cola y conseguir un tazón de comida gratis. Este era un mundo arenoso y mugriento, y el espacio les proporcionaba un pedacito de belleza y excitación. No mucho. Pero era mejor que nada.

Los astronautas formaban una pequeña comunidad cerrada, en torno a Tonka, Oklahoma.

Rog y Dorrie encajaron bien en esa comunidad. Hicieron amistades con facilidad. Eran lo suficientemente originales como para destacar, pero no lo bastante raros como para llegar a molestar a nadie. Aunque Dorrie no deseaba tener niños, era simpática con los hijos de los demás. Cuando Vic Samuelson perdió el contacto por radio durante cinco días mientras se encontraba en el lado opuesto del Sol y Verna Samuelson sintió prematuramente dolores de parto, Dorrie se llevó a los tres hijos de Verna a su casa. Ninguno sobrepasaba la edad de cinco años. Dos aún llevaban pañales y ella se los cambiaba sin incomodarse mientras las otras mujeres se ocupaban de la casa de Verna y ésta daba a luz su cuarto hijo en el hospital de la NASA. En las fiestas navideñas ni Rog ni Dorrie se emborrachaban nunca, ni tampoco nunca eran los primeros en abandonar la fiesta.

Eran un matrimonio agradable.

Vivían en un mundo agradable.

En eso, eran, y ellos lo sabían, afortunados. El resto del mundo no era así de agradable. Las guerras se sucedían en Asia, Africa y Latinoamérica. La Europa occidental se veía de vez en cuando ahogada por las huelgas y afectada con frecuencia por la carestía, y cuando llegaba el invierno solían pasar frío. Las personas estaban hambrientas y muchas de ellas encolerizadas, y había pocas ciudades en las que alguien deseara caminar solo por la noche.

Pero Tonka permanecía cerrada y a salvo, y los astronautas (y los cosmonautas y los sinonautas) visitaban Mercurio y Marte lo mismo que la Luna, flotaban en el halo de los cometas y se mantenían en órbita alrededor de gigantes de gas.

El propio Torraway había llevado a cabo cinco misiones importantes. Primero participó en uno de los vuelos de aprovisionamiento del laboratorio espacial, allá en los primeros tiempos de la congelación, cuando el programa espacial se estaba poniendo de nuevo en pie.

Luego pasó ochenta y un días en la estación espacial de la segunda generación. Fue éste su gran momento, el que le hizo merecedor de la portada de Time. Los rusos habían enviado una expedición a Mercurio y habían llegado allí muy bien, habían aterrizado muy bien e iniciado su viaje de vuelta muy bien; pero nada de lo que sucedió a continuación fue muy bien. Los rusos habían tenido siempre problemas con sus impulsores de estabilización. (Algunos de los primeros cosmonautas llegaron a

convertirse en auténticas peonzas sin poder detenerse y habían vomitado dentro de sus naves espaciales sin poder evitarlo. Esta vez habían vuelto a tener el mismo problema y habían agotado sus reservas de corrección.)

Habían logrado mantenerse en una amplia órbita elíptica alrededor de la Tierra, pero no tenían modo alguno de salir de ella con vida. Ni siquiera podían mantenerse así. Su control era únicamente aproximado y su perigeo era lo suficientemente bajo dentro de la ionosfera de la atmósfera de la Tierra como para que se calentaran terriblemente.

Pero Roger y los otros cinco americanos se encontraban allí, en una nave espacial diseñada para trabajos de remolque, con el combustible suficiente para llevar a cabo media docena más de misiones.

No era nada demasiado extraordinario, pero ellos lo hicieron: unificaron rumbo y velocidad con el *Avrora Dva*, se acoplaron y sacaron a los cosmonautas. ¡Qué espectáculo de besos y abrazos de oso en caída libre! Cuando volvieron al remolcador espacial, con lo que los rusos se habían empeñado en llevarse consigo, se organizó una fiesta: jugo de grosella, que tenía un cierto gustillo a tostado. Y después de dos órbitas más, el *Avrora* se convirtió en un meteoro.

—Como una brillante exhalación en la tarde, dijo Yuli Bronin, un cosmonauta que había ido a Oxford, y besó a sus salvadores de nuevo.

Cuando regresaron a la Tierra, acostados de dos en dos en las literas, más juntos que si fueran amantes, eran unos héroes y todos les adoraban, incluso a Roger, incluso Dorrie.

Pero de eso hacía mucho tiempo.

Desde entonces, Roger Torraway había realizado dos vuelos circunlunares, vigilando la nave, mientras sus tripulaciones radiotelescópicas efectuaban sus pruebas orbitales sobre el enorme espejo de sesenta kilómetros de radio en el lado opuesto. Y finalmente, participó en el abortado aterrizaje sobre Marte, tras el que tuvieron la suerte de regresar a la Tierra enteros. Pero por aquel tiempo, el encanto había desaparecido.

Así pues, desde entonces, el trabajo de Rog había sido, digamos, diplomático. Jugaba al golf con los senadores, en la comisión espacial y fue trasladado a las instalaciones de Euroespacio de Zurich, Munich y Trieste. Logró una modesta venta de sus memorias. Sirvió como auxiliar en alguna misión ocasional. A medida que el programa espacial declinaba cada vez más rápidamente, desde su categoría de prioridad nacional a la de ejercicios de planificación de casos imprevistos, tuvo cada vez menos trabajo

que hacer.

Sin embargo, ahora había vuelto a encargarse de una nueva misión, aunque no habló de ello cuando pidió apoyo político para la operación.

No se lo concedieron. Esta nueva misión, que parecía que iba a ser aprobada antes o después, era la primera en el programa espacial que había sido clasificada

como altamente secreta.

Esperábamos mucho de Roger Torraway, aunque no era muy diferente de los demás astronautas: un poco mejor entrenado, muy subempleado, bastante descontento con lo que estaba sucediendo con respecto a sus trabajos, pero muy reacio a dejarlos por otros mientras existiera la posibilidad de ser importante de nuevo. Todos eran así, incluso el que era un monstruo.

## **2 Lo que quería el presidente**

Torraway no podía apartar de su pensamiento al hombre que era un monstruo. Pero ahora estaba ocupado en algo especial.

Torraway estaba sentado en el sillón del copiloto, a veinticuatro mil metros sobre Kansas, viendo cómo un punto resbalaba suavemente por la pantalla del radar IDF.

—Mierda—dijo el piloto; el punto era un Concorde III soviético cuyo CB-5 había estado persiguiendo desde que lo había detectado sobre la Garrison Dam Reservoir.

Torraway sonrió y deceleró un poco más. Aumentando la velocidad relativa, el punto Concorde vibró durante un momento.

—Le estamos perdiendo—dijo el piloto, malhumorado—. ¿Adónde cree que se dirige? ¿A Venezuela, quizá?

—Mejor que sea así —dijo Torraway— porque ambos estamos quemando demasiado combustible.

—Está bien—dijo el piloto, al que no importaba en absoluto el hecho de que hubieran infringido el tratado internacional 1.5 Mach—. ¿Qué está pasando en Tulsa? Normalmente nos dejan acercarnos directamente, sobre todo teniendo a bordo a una Persona Muy Importante como usted.

—Probablemente alguna Persona Más Importante aún está aterrizando ahora—dijo Roger. No era una suposición. Lo sabía positivamente. Sabía de qué Persona Muy Importante se trataba y no había nadie más importante que el presidente de los Estados Unidos.

—Usted ya no vuela mucho, ¿verdad? —dijo el piloto.

—Sólo cuando alguien como usted me deja.

—No es como para fatigarse. ¿Qué es lo que hace en realidad, si no le molesta mi pregunta? Me refiero como Persona Muy Importante.

Torraway tenía una respuesta preparada para preguntas como ésa.

—Administración —dijo. Siempre decía eso cuando la gente le preguntaba lo que hacía. A veces, la gente que se lo preguntaba poseía un adecuado) margen de seguridad, no sólo para el gobierno, sino para el radar privado que llevaba en su propia mente y que le decía que confiara en esta persona y no en aquélla. Entonces añadía: "Construyo monstruos". Si lo que contestaban le indicaba que va sabían algo acerca de aquello, entonces podía añadir una o dos frases mas.

No pesaba ningún secreto sobre el Proyecto de Exomedicina. Todos sabían que lo que estaban haciendo en Tonka era preparar astronautas para vivir en Marte. Lo que sí era secreto era cómo lo hacían: el monstruo. Si Torraway decía demasiado podría arriesgar tanto su libertad como su trabajo. Y a Roger le gustaba su trabajo. Ayudaba con él a su preciosa mujer en su tienda de cerámica. Le proporcionaba la sensación de estar haciendo algo que la gente recordaría y le llevaba a lugares interesantes.

Habían llegado sobre el río Cimarrón, mejor dicho, sobre el retorcido y rojo canal que se convertiría en un río cuando lloviera de nuevo; descendieron, se apagaron los motores y renació la tranquilidad.

—Gracias —le dijo Roger al piloto, y fue a recoger sus cosas a la cabina de las Personas Muy Importantes.

Aquella vez habían ido a Beirut, Roma, Sevilla y Saskatoon antes de dirigirse a Oklahoma, y cada uno de los lugares era más caliente que el anterior. Como estaba previsto por el ceremonial del encuentro con el presidente, Dorrie fue a recogerle al aeropuerto. Se puso rápidamente la ropa que ella le había llevado a la habitación del motel. Estaba contente de haber regresado, contento de reanudar su trabajo de hacer monstruos y contento de estar de nuevo con su mujer. Mientras se duchaba sintió un repentino y poderoso impulso erótico. Salió de la ducha. Tenía un cronometro dentro de la cabeza que le iba señalando el tiempo, así que no necesitaba consultar su reloj; no tenía tiempo. Sin embargo, no importaba si llegaba unos minutos tarde. Pero Dorrie va no estaba en la silla donde él la había dejado; la televisión estaba encendida, su cigarrillo se consumía en el cenicero, pero ella había salido. Roger se sentó en el borde de la cama envuelto en una toalla hasta que el reloj de su cabeza le indicó que ya no había tiempo que perder para nada. Entonces comenzó a vestirse. Estaba poniéndose la corbata cuando Dorrie entró en la habitación.

—Lo siento —le dijo cuando fue a abrirla—. No podía encontrar la máquina de la coca-cola. Una para ti y otra para mí.

Dorric era casi tan alta como Roger, morena por elección y de ojos verdes por naturaleza. Sacó un cepillo de la maleta y le cepilló la espalda y las mangas de la chaqueta; luego tomaron los vasos y bebieron.

—Es mejor que nos vayamos —dijo ella—. Estás magnífico.

—Tú estás excitante —dijo él, poniéndole las manos en los hombros.

—Acabo de pintarme los labios —dijo ella apartando la boca y ofreciéndole la mejilla para que él la besara—. Pero me agrada ver que las señoritas no te han agotado.

Se echó a reír con buen humor; jugaba a que se acostaba con una chica diferente en cada ciudad. A él le agradaba el juego. Pero no era cierto. Un matrimonio con experiencias adulterinas, generalmente insatisfactorias, sería más desagradable y problemático que gratificante, pero le gustaba considerarse ese tipo de hombre cuya mujer teme que les dedique atenciones a otra.

—No hagamos esperar al presidente —dijo él—. Yo pagaré mientras traes el

coche.

No hicieron, desde luego, esperar al presidente; tuvieron que esperar más de dos horas antes de verle.

Roger estaba familiarizado con el proceso que se sigue para proteger a una persona; ya le había pasado antes. No era sólo el presidente de Estados Unidos el que tomaba un doscientos por ciento de precauciones contra los asesinos en aquellos días. Había estado esperando todo un día para ver al Papa, y luego tuvo a la Guardia Suiza detrás de él, apuntándole con una Beretta, durante todo el tiempo que duró la audiencia.

La mitad de la gente importante del laboratorio se encontraba allí. El viejo salón había sido limpiado y abrigado para la ocasión y no parecía su conocida sala de reuniones. Incluso las pizarras y las servilletas de papel utilizadas como borrador habían sido retiradas de la vista. Se habían colocado biombos en las esquinas y las persianas de las ventanas más próximas estaban bajadas; Roger sabía que era para el reconocimiento físico. Después tendrían una entrevista con los psiquiatras. Luego, si lograban pasar, si ninguna hipodérmica letal se convertía en una aguja caliente ni ninguna obsesión asesina aparecía en alguna cabeza, podrían pasar todos al auditorio y allí se les reuniría el presidente.

Cuatro hombres del servicio secreto participaron en el proceso de reconocer, registrar, magnetomedir e identificar a los invitados varones, aunque sólo dos de ellos tomaron parte físicamente en él. Los otros dos se limitaron a estar allí, seguramente preparados para abrir fuego si era necesario. Personal del servicio secreto femenino se ocupaba de sus esposas y de Kathleen Doughty. Las mujeres eran inspeccionadas detrás de uno de los biombos que las cubría hasta la espalda; pero Roger podía leer en la expresión del rostro de su mujer el progreso de las manos inquisitivas. A Dorrie no le gustaba que la tocaran los extraños. Había momentos en que no le gustaba que la tocara nadie, pero mucho menos los extraños.

Cuando le llegó el turno a Roger, entendió en cierta medida la cólera fría que había visto en la cara de su mujer. Estaban siendo desacostumbradamente escrupulosos. Le inspeccionaron las axilas. Le desabrocharon el cinturón y le examinaron la hendidura del trasero. Le palparon los testículos. Sacaron todo lo que llevaba en los bolsillos. El pañuelo del bolsillo de la americana fue desplegado y rápidamente vuelto a plegar, con más pulcritud que antes.

A todos se les dio el mismo tratamiento, sin excluir al director, que paseaba su mirada por la habitación con pacífica resignación mientras los dedos se enredaban en el ensortijado vello de sus axilas. La única excepción fue Don Kayman, que se había puesto sotana ante la formalidad de la ocasión y que, tras una discusión entre susurros, fue escoltado a otra habitación para proceder allí al reconocimiento.

—Lo siento, padre—dijo el guardián—, pero ya sabe cómo es esto.

Don se encogió de hombros, salió con el hombre y regresó con aspecto enfadado. Roger comenzaba a enfadarse también. Tenían que haber notado, pensó, que era mejor ir pasando a la gente al psiquiatra, una vez que su investigación había concluido. Después



de todo, se trataba de personas importantes y su tiempo era valioso. Pero el Servicio Secreto tenía su propio sistema y actuaba por etapas. Hasta que no fueron investigados todos no fue conducido el primer grupo de tres personas a las habitaciones de los dactilógrafos, especialmente vaciadas para las entrevistas.

El psiquiatra de Roger era negro, o más bien de un color parecido al café con leche. Se sentaron uno frente a otro en sillas muy próximas, de forma que no había más de medio metro entre sus rodillas. El psiquiatra dijo:

—Procuraré ser lo más breve y lo menos penoso que pueda. ¿Viven sus padres?

—No, ninguno de los dos. Mi padre murió hace dos años y mi madre cuando yo iba a la facultad.

—¿Qué trabajo realizaba su padre?

—Alquilaba barcos de pesca en Florida.—La mitad del cerebro de Roger pensaba en el bote de alquiler Key Largo del viejo, la otra mantenía la vigilancia que sobre sí lograba las veinticuatro horas del día. ¿Se estaría mostrando demasiado molesto por el interrogatorio? ¿O demasiado poco? ¿Estaba bastante relajado? ¿Lo estaba demasiado?

—He visto a su mujer—dijo el psiquiatra—. Es una mujer muy atractiva. ¿Se enfada conmigo por que le diga esto?

—En absoluto—dijo Roger, erizándose.

—A algunos blancos no les gusta escuchar eso de mí. ¿Qué piensa de ello?

—Ya sé que es atractiva—dijo Roger bruscamente—. Por eso me casé con ella.

—¿Se molestará si continúo y le pregunto cómo es de excitante?

—No, por supuesto que no... Bueno, demonios. Sí, me molestaría—dijo Roger airadamente—. No creo que a nadie le guste hablar de eso. A los pocos años de estar casados.

El psiquiatra se recostó en su asiento, mirando abiertamente a Roger.

—En su caso, señor Torraway—dijo—, esta entrevista es poco más que una formalidad. Ha pasado por montones de investigaciones durante los últimos siete años y siempre se ha mantenido en los límites de la normalidad. No hay nada violento o inestable en su historial. Permítame que le pregunte sólo si se siente intranquilo por la entrevista con el presidente.

—Un poco atemorizado, quizá—dijo Roger sencillamente, cambiando de actitud.

—Eso es bastante natural. ¿Votó usted por Dash?

—Claro... Espere un momento. ¡Eso a usted no le importa!

—Perfecto, señor Torraway. Puede volver al salón.

En realidad no le llevaron a la misma habitación, sino a uno de los salones de conferencias más pequeños. Kathleen Doughty llegó casi al mismo tiempo. Hacía dos años y medio que trabajaban juntos, pero ella seguía manteniendo todas las formalidades.

—Parece que hemos pasado, señor doctor coronel Torraway—con la vista dirigida, como de costumbre, hacia un punto situado por encima de su hombro izquierdo, con el cigarrillo entre su cara y la de él.

Cinco minutos con el psiquiatra habían reforzado su capacidad de observación, y una parte de su mente comenzó afanosamente a analizar la situación. ¿Por qué se sentía tan incómodo ante la presencia de aquella mujer? No era sólo por su falso amaneramiento. Se preguntó si el problema residiría en que ella admiraba demasiado su valor. El había intentado explicarle que ser astronauta ya no exigía demasiado valor, no más que cualquier transporte aéreo. Donde sí existía un peligro real era en el asunto del Homo Plus. Pero sólo en el caso de que los hombres que se encontraban delante de él como voluntarios se retiraran, y ésa no era una probabilidad que le preocupara mucho. Sin embargo, ella seguía mirándole con una intensidad que unas veces tenía destellos de admiración y otras de piedad.

Con la otra parte de su mente, como siempre, vigilaba la llegada de su mujer. Cuando finalmente llegó, estaba colérica y, para lo que era ella, desgreñada. El cabello que había pasado una hora recogíendose, ahora estaba suelto. Le llegaba hasta la cintura, como una espumosa cascada de negro que recordaba los dibujos de Tenniel de Alicia, si Tenniel hubiera trabajado para Playboy en aquel tiempo. Roger corrió hacia ella para apaciguarla, tarea que le robó tal cantidad de su atención que le cogió desprevenido cuando oyó a alguien decir en un tono no muy elevado:

—Señoras y caballeros, el presidente de Estados Unidos.

Fitz-James Deshatine entró en la habitación, riendo y saludando con la cabeza, con el mismo aspecto que tenía en la televisión, pero más bajo. De forma espontánea, el personal del laboratorio se alineó en semicírculo, rodeando al presidente, que les estrechó a todos la mano, mientras el director, a su lado, hacía las presentaciones. Deshatine utilizaba el truco político de aprenderse los nombres de cada uno y hacer algún tipo de comentario personal. A Kathleen Doughty le dijo:

—Encantado de ver a una irlandesa en el equipo, doctora Doughty.—Y a Roger—: Ya nos hemos visto antes, coronel Torraway. Después de aquel magnífico trabajo con los rusos. Vamos a ver, debió de ser hace siete años, cuando era presidente del Senado. Quizá usted se acuerde.

Ciertamente, Roger se acordaba y le halagó. A Dorrie le dijo:

—Señora Torraway, ¿cómo es que una joven tan bonita como usted pierde su tiempo con uno de estos científicos?

Roger se puso algo rígido al oír aquello. No es que a él le hubiera molestado, sino que era el tipo de cumplido vacío que Dorrie siempre despreciaba.

Pero no lo despreció. Viniendo del presidente de Estados Unidos hizo que sus ojos

brillasen.

—Qué hombre tan guapo—susurró, mientras seguía con la mirada su recorrido por el semicírculo.

Cuando hubo terminado, el presidente saltó a una pequeña plataforma y dijo:

—Bien, amigos. He venido aquí para observar y escuchar, no para hablar. Pero deseo agradecerles a todos la indulgencia demostrada ante las molestias que les han causado antes de reunirse conmigo. Lo siento mucho. No es idea mía. Pero me dijeron que era necesario porque nos rodean muchos peligros. Que hay que tener en cuenta cómo son los enemigos del mundo libre y que nosotros somos un pueblo abierto y confiado.—Sonrió directamente a Dorrie—. Dígame, ¿arregló sus uñas antes de venir aquí?

Dorrie sonrió musicalmente, mirando a su marido (se había estado quejando porque le habían dejado la laca de las uñas totalmente estropeada.)

—Efectivamente, lo hice, señor presidente. Igual que mi manicura—afirmó.

—Lo siento. Dicen que es para asegurarse de que no llevaba oculto ningún veneno bioquímico para inoculármelo cuando le diera la mano. De cualquier forma—rió—, si piensan que es una molestia para sus bellas damas, deberían ver cómo se comporta mi gata cuando se lo hacen a ella. Afortunadamente no llevaba ningún veneno en las uñas la última vez que se lo hicieron. Arañó a tres hombres del servicio secreto, a mi sobrino y a dos de sus propios gatitos antes de que lo hicieran.—Se echó a reír, y Roger quedó algo sorprendido al ver que él Dorrie y todos los demás lo hacían también.

—Pero bueno—dijo el presidente—, les doy las gracias a todos por su amabilidad. Y les agradezco mil veces más el hecho de que hayan llevado adelante el proyecto Homo Plus. No tengo que decirles lo que significa para el mundo libre. Marte está ahí fuera, y es el único estado que vale la pena poseer, aparte de éste sobre el que nos encontramos ahora. Al final de esta década pertenecerá a alguien. Y sólo hay dos alternativas: les pertenecerá a ellos, o nos pertenecerá a nosotros. Y yo quiero que sea nuestro. Y de ustedes depende lo que suceda, puesto que son los que nos van a entregar al Homo Plus que vivirá en Marte. Deseo agradecerse, profunda y sinceramente, desde lo más hondo de mi corazón, en nombre de todos los seres humanos que viven en los países democráticos del mundo libre, por hacer posible su sueño. Y ahora—continuó, acallando un inicio de aplausos de cortesía—, creo que es el momento de dejar de hablar y de comenzar a escuchar. Quiero ver lo que pasa con nuestro Homo Plus. General Scanyon, cuando quiera.

—Muy bien, señor presidente.

Vern Scanyon era el director de la sección de laboratorio del Grisson Memorial Institute of Space Medicine. Era también general retirado. Se puso en acción. Consultó su reloj, miró a su ayudante (al que a veces llamaba oficial) en busca de confirmación, y dijo:

—Nos quedan unos minutos antes de que el comandante Hartnett acabe sus

pruebas de calentamiento. Supongo que podremos verlo a través del circuito cerrado durante un minuto. De modo que intentaré explicarles lo que va a suceder hoy.

La habitación quedó a oscuras.

Se iluminó una pantalla de televisión detrás de la plataforma.

En la pantalla apareció un hombre.

No parecía un hombre. Su nombre era Will Hartnett. Era astronauta, demócrata, metodista, esposo, padre, tocaba el tambor por afición y era un hábil bailarín; pero lo que tenían a la vista no era nada de esas cosas. Lo que allí aparecía era un monstruo.

No parecía humano en absoluto. Sus ojos eran bolas brillantes, facetadas y rojas. La nariz se le ensanchaba en unos pliegues de carne, como el hocico de un topo. Su piel era artificial: su color era el de un acentuado bronceado natural pero la textura era como la de la piel de un rinoceronte. Nada de lo que podía verse de él se parecía a lo que había sido. Ojos, oídos, pulmones, nariz, boca, sistema circulatorio, centros perceptivos, corazón, piel... todo había sido reemplazado o aumentado. Los cambios visibles eran sólo una mínima parte como lo que se ve de un iceberg. Todo había sido reconstruido con el único propósito de conservarlo vivo, sin ayudas externas artificiales, en la superficie del planeta Marte.

Era un ciborg: un organismo cibernético. Era en parte hombre y en parte máquina, y estas dos secciones tan dispares habían sido fusionadas de tal forma que incluso Willy Hartnett, cuando se miraba al espejo en las ocasiones en que se le permitía hacerlo, no sabía qué parte de sí era él y cuál la que había sido añadida.

Pese al hecho de que casi todos los que se encontraban en la habitación habían tenido parte directa en la creación del ciborg, pese a que todos estaban familiarizados con él, pues habían visto fotos suyas, su imagen en la televisión o su propia persona, se oyeron respiraciones entrecortadas. Mientras la cámara de televisión captaba su imagen, él efectuaba innumerables saltos sin esfuerzo. La cámara le enfocaba aproximadamente a un metro de distancia de su extrañamente modelada cabeza, y cuando Hartnett levantó los brazos, sus ojos quedaron al mismo nivel de la cámara, brillando desde cada una de sus facetas, que le proporcionaban una visión múltiple de su entorno.

Su aspecto era muy raro. Roger recordaba las viejas películas de su infancia ante la televisión, penso que su vástago parecía más fantástico que cualquier zanahoria animada o cualquier gigantesco animal de las películas de horror. Hartnett había nacido

en Danbury, Connecticut. Todos los artefactos visibles que llevaba habían sido fabricados en California, Texas, Alabama o Nueva York. Pero ninguno parecía humano, ni tan siquiera terrestre. Parecía un marciano.

En el sentido de que la función crea el órgano, era marciano. Estaba modelado para vivir en Marte. E incluso, en cierto modo, se hallaba en Marte. Los laboratorios Grisson poseían los receptáculos más refinados del mundo, con ambiente natural marciano, y Hartnett daba sus saltos sobre arenas de óxido de hierro, en una cámara de presión a diez mil milibares, sólo un uno por ciento de la presión existente en el

exterior de los dobles muros de cristal. La temperatura de las moléculas de ese gas tan poco denso que le rodeaba era mantenida a veintiséis grados centígrados bajo cero. Baterías de lámparas ultravioletas inundaban la escena con el aspecto exacto de la luz solar de un día de invierno marciano. Aunque el lugar en que se encontraba Hartnett no era realmente Marte, engañaría incluso a un marciano, de haber existido, en todos los aspectos excepto en uno. Excepto en un solo aspecto, un Ras Thavas o un molusco wellsiano podía despertarse, mirar a su alrededor y sacar la conclusión de que se encontraba realmente en Marte, poco después de la salida del sol.

Esa única anomalía no podía ser solucionada. Estaba sujeto a la gravedad terrestre en vez de estarlo a la menor atracción de la superficie de Marte. Los técnicos habían llegado a calcular el costo que supondría poner en el aire el receptáculo de ambiente marciano, colocándolo en una parábola calculada para simular, al menos durante diez o veinte minutos cada vez, la adecuada gravedad de Marte. Habían decidido que no lo harían, en base a los costos, y finalmente descartaron los efectos de una anomalía.

Lo que nadie temía que pudiera ir mal con el nuevo cuerpo de Hartnett era que no fuera lo suficientemente fuerte como para soportar los esfuerzos a que pudiera verse sometido. Ya lograba levantar doscientos kilos. Cuando estuviera de verdad en Marte, sería capaz de llevar más de media tonelada.

Había una cosa que hacía que Hartnett fue más feo en la Tierra de lo que sería en Marte: el equipo telemétrico era aún más monstruoso que los medidores del pulso, la temperatura y la resistencia de la piel que le colgaban de los hombros y cabeza. Los registros se hundían en su dura piel artificial para medir sus fluidos y resistencias interiores. Las antenas transmisoras le salían en abanico de su espalda, como la escoba de un campesino. Absolutamente todo lo que pasaba en su sistema era constantemente medido, codificado y transmitido por unas grabadoras que registraban cien metros de cinta por segundo.

El presidente estaba diciendo algo en voz baja. Roger Torraway se puso involuntariamente a escuchar lo que decía, pero sólo captó el final:

—...puede oír lo que se dice aquí?

—No, hasta que yo enlace con sus comunicación —dijo el general Scanyon.

—Uh-uh —murmuró el presidente- pero fuera lo que fuese aquello que tenía la intención de decir en el caso de que el ciborg no pudiera oírle, lo cierto es que no lo dijo. Roger sintió un ramalazo de simpatía. El mismo cuidaba siempre lo que decía cuando el ciborg podía oírle, y autocensuraba sus palabras incluso cuando Hartnett no le oía. Decía, sencillamente que no había derecho a que alguien se hubiera bebido una cerveza y había engendrado un hijo tan feo.

El ciborg parecía dispuesto a seguir con su ejercicio eternamente, pero la persona que había estado marcando su ritmo ("uno-dos, uno-dos") se detuvo y el ciborg hizo lo mismo. Se detuvo metódicamente, con cierta lentitud, como si hubiera estado practicando un nuevo paso de danza. Con un acto reflejo que ya no tenía función alguna, se restregó con el dorso de la mano de dura piel su boca de plástico y su frente sin cejas.

En la oscuridad, Roger Torraway cambió de postura para poder ver mejor, por encima del famoso e irregular perfil del presidente. Pese a no ver más que su silueta, Roger podía darse cuenta de que el presidente temblaba ligeramente. Roger rodeó con el brazo la cintura de su mujer, pensando en cómo se sentiría el presidente de trescientos millones de americanos, en un mundo irritable y amenazador. El poder que emanaba del hombre que se hallaba en la oscuridad frente a él podía hacer enviar bombas de fusión a los lugares más remotos del mundo en noventa minutos. Era poder de guerra, poder de castigo, poder de dinero. El poder presidencial había hecho posible el proyecto Homo Plus. El Congreso no había debatido la cuestión en concreto, puesto que sólo lo conocía en términos muy generales. El acta que daba luz verde al asunto había sido denominada "Petición de facilidades suplementarias destinadas a la exploración espacial para uso presidencial discrecional"

El general Scanvon dijo:

—Señor presidente, el comandante Hartnett estará encantado de mostrarle alguna de las capacidades de sus prótesis. Levantamiento de peso, salto de altura. Lo que usted prefiera.

—Oh, creo que va ha trabajado bastante por hoy —sonrió el presidente.

—Bien, entonces continuaremos, señor. —habló suavemente por el micrófono y luego se volvió hacia el presidente—. La prueba de hoy consiste en desarmar y reparar un cortocircuito en la unidad de comunicación bajo las condiciones ambientales. El tiempo estimado para la realización del trabajo es de siete minutos. La reparación de un panel por nuestro propio equipo de reparaciones, con todas sus herramientas y en sus correspondientes lugares de trabajo, lleva un promedio de cinco minutos. Así pues, si el comandante Hartnett lo hace en él tiempo óptimo, será una magnífica evidencia de su control motor.

—Sí, me doy cuenta .—dijo el presidente—. ¿Qué está haciendo ahora?

—Está esperando, señor. Vamos a elevar la presión a 150 milibares para poder así oír y hablar un poco mejor.

El presidente dijo:

—Pensaba que poseíamos el equipo necesario para hablar con él en vacío total.

—Bien, esto..., sí, señor, lo tenemos. Pero hay un pequeño problema con él. Por el momento nuestra forma básica de comunicación en las condiciones normales de Marte es visual, pero esperamos que el sistema de comunicación oral funcione en breve.

—Sí, así lo espero —dijo el presidente.

En el mismo nivel en que se encontraba la cámara de presión a treinta metros de profundidad debajo de la habitación en la que se encontraban, un estudiante graduado que trabajaba como ayudante de laboratorio respondió a una señal y abrió una válvula, no a la atmósfera externa, sino a los tanques del gas normal de Marte que estaban mezclados y preparados. Gradualmente, la presión produjo un silbido agudo, profundo. El nivel de presión de ciento cincuenta milibares no alteraba en ningún modo el

funcionamiento de Hartnett. Su reconstruido cuerpo ignoraba la mayor parte de los factores ambientales. Podía tolerar igualmente bien los vientos árticos, el vacío total o un cálido día en el ecuador de la Tierra; para él, todos eran igual de confortables. O de inconfortables; porque Hartnett había comunicado que su cuerpo le dolía, se retorció y se calentaba.

Finalmente el silbido cesó y escucharon la voz del ciborg. Sonó aguda y afeminada:

—Graciasss. Manténgalo asssí, ¿quiiiere?

La baja presión le gastaba jugarretas con su dicción, especialmente desde que ya no tenía una auténtica tráquea ni laringe que utilizar. Después de pasarse un mes siendo un ciborg, hablar se había convertido en algo extraño para él, porque además ya no exhalaba aire.

Detrás de Roger, el experto del laboratorio en sistemas de visión dijo enfadado:

—Saben que esos ojos no están hechos para soportar cambios súbitos de presión. Les estaría bien empleado si uno de ellos se les estallara en las narices.

Roger dio un respingo y se imaginó el dolor de un globo ocular cristalino y facetado rompiéndose en la cuenca. Su mujer se echó a reír.

—Siéntate, Brad—dijo ella, separándose del brazo de Roger. Roger salió de su ensimismamiento y miro a la pantalla. La voz que marcaba el ritmo estaba diciendo:

—Atención a la señal. Cinco, cuatro, tres, dos, uno. Comienza la secuencia.

El ciborg se puso torpemente en cuclillas junto a una canasta de metal negro. Sin apresurarse deslizó un fino destornillador en una muesca casi invisible, lo hizo girar con precisión, repitió el mismo movimiento otra vez en otro lugar y sacó una placa. Sus gruesos dedos se introdujeron cuidadosamente en el ovillo multicolor de cables interiores, encontró un filamento a rayas rojas y blancas como un caramelo, que estaba carbonizado, lo separó de los demás, cortó el trozo quemado, peló el aislante sencillamente con las uñas y lo remató. La parte más larga de la operación fue esperar a que se calentara el hierro para la soldadura; le llevó más de un minuto. Luego soldó la juntura, colocó de nuevo dentro el ovillo de cables, atornilló la placa tapadera y se levantó.

—Seis minutos, once segundos y dos quintos...—informó la voz.

El director del proyecto inició una serie de aplausos. Luego se puso en pie y pronunció un breve discurso. Le dijo al presidente que el objeto del proyecto Homo Plus era modificar un cuerpo humano de forma que pudiera sobrevivir en la superficie de Marte con tal facilidad y seguridad como la que tendría un hombre normal paseando por un campo de Kansas. Hizo un examen del proyecto espacial de naves tripuladas por hombres desde el vuelo suborbital hacia la estación espacial y la exploración más profunda. Enumeró algunos de los datos más significativos acerca de Marte: su extensión territorial era mayor que la de la Tierra, pese a tener el planeta un diámetro menor, puesto que no existían mares que ocuparan extensas superficies. La fluctuación de la temperatura era adecuada para la vida... convenientemente modificada, por

supuesto. La riqueza potencial, incalculable. El presidente le escuchaba atentamente, aunque seguramente conocía ya todos aquellos datos.

Luego dijo:—Gracias, general Scanyon. Permítame decirle sólo una cosa.

Subió con agilidad a la plataforma y sonrió abiertamente a los científicos.

—Cuando yo era un muchacho —comenzó— el mundo era más sencillo. El mayor problema era conseguir la forma de ayudar a las nuevas naciones libres de la Tierra a ingresar en la comunidad de países civilizados. Eran los días del Telón de Acero. Ellos estaban en su lado, encerrados en su mundo. Y el resto de nosotros en el nuestro.

—Bien —continuó—, las cosas han cambiado. El mundo libre ha atravesado tiempos malos. En cuanto se sale de nuestro continente norteamericano, ¿con qué se encuentra uno? Con dictaduras colectivistas por donde se mire, a excepción de una o dos zonas como Suecia o Israel. No estoy aquí para hablar de historia antigua. Lo hecho, hecho está y es inútil acusar a nadie. Todo el mundo sabe quién ha perdido China y ha puesto a Cuba del otro lado. Sabemos qué tipo de administración está arruinando Inglaterra y Pakistán. No es necesario hablar de esas cosas. Tenemos que mirar hacia el futuro.

Y yo les digo, señoras y caballeros —dijo fervorosamente—, que el futuro de la raza humana libre depende de ustedes. Quizá hayamos sufrido algunas pérdidas aquí, en nuestro propio planeta. Pero eso es un hecho consumado. Ahora tenemos que dirigir nuestra mirada hacia el espacio. Miramos y ¿qué es lo que vemos? Vemos otra Tierra. El planeta Marte. Como acaba de decir el distinguido director de su proyecto, general Scanyon, se trata, a efectos prácticos, de un planeta mayor que éste en el que hemos nacido. Y puede ser nuestro.

Y es allí donde hay que situar el futuro de la libertad, y su misión es que sea nuestro. Yo sé que lo será. Cuento con cada uno de ustedes.

Paseó su mirada por todos los rostros que se hallaban en la sala. El viejo carisma de Dash caía sobre toda la estancia.

Luego sonrió subitamente y dijo:

—Gracias. Y se alejó en medio de una ola de hombres del Servicio Secreto.

### **3 El hombre que se había convertido en un marciano**

Hubo un tiempo en que el planeta Marte parecía otra Tierra. El astrónomo Schiaparelli, cuando miraba a través de su telescopio milanés en la célebre convención de 1877, vio algo que pensó eran canales, difundió la noticia llamándolos "canali" y la mitad de la población erudita de la Tierra pensó que eran conducciones de agua, incluidos casi todos los astrónomos, los cuales enfocaron sin tardar sus telescopios en la misma dirección y descubrieron más cosas.

¿Canales? Entonces es que habían sido construidos con algún propósito. ¿Qué propósito? Llevar agua; no había otra explicación para aquellos lechos.



La lógica del silogismo era aplastante, y al comenzar el nuevo siglo apenas quedaba duda de ello el mundo. Se aceptaba como un hecho científico que Marte poseía una cultura más antigua y desarrollada que la nuestra. Si se pudiera hablar con ellos, ¡cuántas maravillas podrían aprenderse! Percival Lovell se puso a darle vueltas al asunto de una forma de entrar en contacto. Dibujemos, dijo grandes líneas euclidianas sobre el desierto del Sahara. Cubrámosla de matorrales o socavémoslas hasta formar canales y llenémoslos de aceite. Luego, una noche en la que no haya luna y en que Marte se encuentre en lo alto del cielo africano, prendámosle fuego. Los ojos alienígenas de los marcianos que están mirando a través de sus telescopios marcianos lo verán. Podrán reconocer los cuadrados y los triángulos. Comprenderán que estamos intentando comunicarnos con ellos y con su vieja sabiduría encontrarán la forma de respondernos.

Pero no todos creían tan firmemente en lo que sostenía Lowell. Había quien decía que Marte era demasiado pequeño y demasiado frío como para tener en su seno una raza enormemente inteligente. ¿Canales? Oh, sí, pero eso era una cosa muy sencilla que cualquier campesino podía hacer, y una raza que se estuviera muriendo de sed encontraría la forma de construirlos, incluso de un tamaño tan grande como para que fueran visibles a través del espacio interplanetario. Pero, aparte de eso, el entorno era

sencillamente demasiado duro. Cualquier raza que viviera allí no estaría más desarrollada que los esquimales, eternamente atascada en los umbrales de la civilización, puesto que el mundo exterior de sus chozas de hielo era demasiado hostil para garantizarles el ocio necesario para detenerse en abstracciones. No les cabía duda de que cuando nuestros telescopios fueran capaces de captar la cara de un marciano, lo único que veríamos sería un rostro bestial, impasible y estúpido, semejante al de un buey; capaz de arar el suelo y recoger cosechas, si, pero incapaz de aspirar a una viva actividad mental.

Pero, sabios o salvajes, había marcianos... o al menos así opinaban los mejores cerebros de aquel tiempo.

Luego se construyeron telescopios mejores y se encontraron mejores formas de comprender lo que mostraban. A las lentes y el espejo se añadieron el espectroscopio y la cámara. Tanto para los ojos como para el entendimiento de los astrónomos, Marte estaba cada día más cerca. A cada paso que se daba, y a medida que la imagen del propio planeta se hizo más nítida y clara, la visión de sus presuntos habitantes se hizo más oscura y menos real. El aire era excesivamente tenue. Había demasiada poca agua

Era demasiado frío. Los canales aparecieron, tras mejores exámenes, como manchas irregulares de la superficie. Las ciudades que deberían estar situadas en sus encrucijadas, no estaban allí.

Por el tiempo del primer vuelo Mariner, la raza marciana, que jamás había existido excepto en la imaginación de los seres humanos, estaba irrevocablemente muerta.

Sin embargo, todavía parecía que allí podía existir algún tipo de vida, quizá plantas inferiores, o alguna especie muy primitiva de anfibios. Pero nada semejante a un hombre. En la superficie de Marte, un ser que respirase aire y en cuya composición el

agua fuera dominante, como los humanos, no podría sobrevivir ni un cuarto de hora.

La causa inmediata por la que moriría sería la falta de aire. Pero su muerte no sería por simple asfixia. No viviría el tiempo necesario para ello. A una presión de 10 milibares como la que había en la superficie de Marte, su sangre herviría hasta consumirse. Si sobrevivía a eso, entonces moriría por falta de aire para respirar. Y si sobrevivía a ambas cosas, si se le proporcionaban una máscara facial y unas bombonas de aire con una mezcla de gases que no contuvieran nitrógeno a una presión intermedia entre la de la Tierra y la de Marte, no obstante moriría. Moriría a causa de la exposición a una radiación solar de la que la atmósfera de Marte no protegía. Moriría a causa de lo extremas que eran las temperaturas en Marte, la más alta de las cuales era como la de un caluroso día de primavera, la más fría, peor que una noche antártica polar. Moriría de sed. Y si por alguna razón sobrevivía a todas aquellas cosas, acabaría muriendo, de una forma lenta pero segura, de hambre, puesto que no había nada en la superficie de Marte que un ser humano pudiera comer. No obstante, hay un argumento que contradice las conclusiones extraídas de los hechos objetivos: el hombre no está limitado por hechos objetivos. Si éstos le molestan, los cambia. O se protege de ellos.

El hombre no puede sobrevivir en Marte. Sin embargo, el hombre tampoco puede sobrevivir en el Antártico. Y, no obstante, lo hace.

El hombre sobrevive en lugares donde debería morir creándose un entorno más apropiado. Consigue lo que necesita. Su primer invento fue el vestido. El segundo, alimentos que se pueden almacenar, como la carne seca y el grano tostado. El tercero, el fuego. El más reciente, toda una serie de artificios y sistemas que le han abierto acceso a las profundidades marinas y del espacio.

El primer planeta extraterrestre por el que caminó el hombre fue la Luna. Y es incluso más hostil que Marte, puesto que en él aquellos elementos necesarios para la vida de los que Marte posee cierta cantidad (aire, agua y comida), no existen en absoluto. Ya en los primeros años de la década de los setenta los hombres visitaron la Luna, llevando con ellos aire, agua y todas las cosas que necesitaban mediante sistemas destinados a mantenerlos vivos instalados en el interior de sus trajes espaciales o en sus módulos de aterrizaje. A partir de aquí se podían construir sistemas mayores. No era fácil a causa de la magnitud de los factores que implicaba. Pero era el primer peldaño dado hacia la semipermanencia y no se estaba lejos de la construcción de colonias autoabastecidas y de cielo cerrado. El primer problema de apoyo era simplemente logístico. Por cada hombre se necesitaban toneladas de provisiones; por cada kilo de carga enviada a través del espacio se gastaban millones de dólares en combustible y metal. Pero podía hacerse.

Marte está mucho más lejano. La Luna gira alrededor de la Tierra a sólo cuatrocientos mil kilómetros. Cuando se halla más cerca, cosa que sucede pocas veces a lo largo de una centuria, Marte está más de cien veces más lejos que la Luna.

Marte no está sólo distante de la Tierra; también está más alejado que ésta del Sol. Mientras la Luna recibe tanta energía por centímetro cuadrado como la Tierra, Marte, por la ley de la razón inversa de los cuadrados de las distancias, recibe sólo la mitad.

Desde un punto de la Tierra puede enviarse un cohete a la Luna a cualquier hora del día. Pero Marte y la Tierra no giran el uno en torno a la otra; ambos giran alrededor del Sol, y como lo hacen a velocidades diferentes, unas veces se encuentran más cerca y otras más lejos. Sólo cuando están situadas a la mínima distancia puede ser enviado un cohete con seguridad, y eso únicamente ocurre una vez cada dos años, y durante un periodo de un mes y algunas semanas.

Incluso los factores que hacen que Marte se parezca más a la Tierra operan en contra del mantenimiento de una colonia allí. Es mayor que la Luna y, por lo tanto, su gravedad se parece más a la de la Tierra. Y como es mayor y posee más fuerza de atracción, un cohete necesita más combustible para aterrizar y para despegar después.

De lo que se desprende que una colonia establecida en la Luna puede ser abastecida desde la Tierra. Una colonia en Marte, no.

Al menos, no una colonia de seres humanos.

Pero ¿y si se remodelase a un ser humano?

Supongamos que se toma el modelo de la estructura humana y se altera parte de su equipamiento opcional. No hay nada que respirar en Marte. Así pues, se extraen los pulmones de la estructura humana y se sustituyen por sistemas microminiaturizados de regeneración de oxígeno. Se necesita energía para eso, pero la energía se extrae del distante Sol. La sangre, según la estructura humana, herviría; muy bien, pues se elimina la sangre, al menos de las extremidades y de las áreas superficiales (construyendo brazos y piernas accionados por motores en vez de por músculos) y se reserva un poco de sangre sólo para el cerebro, para alimentarlo y calentarlo. Un cuerpo humano normal necesita comida, pero si la mayor parte de los músculos se sustituyen por máquinas, la cantidad de comida necesaria será muy pequeña. Sólo el cerebro habrá de ser alimentado durante todos los minutos del día y, afortunadamente, en términos de necesidades energéticas, de todos los accesorios humanos es éste el que menor suministro requiere. Una rebanada de pan al día le mantendría alimentado. ¿El agua? Ya no es necesaria, excepto si se producen pérdidas en la maquinaria (sería como añadir fluido hidráulico al sistema de refrigeración de un coche cada varios miles de kilómetros).

Una vez que el organismo se ha convertido en un sistema cerrado, ya no se necesita agua para cumplir el ciclo de beber, circular, excretar o transpirar.

¿La radiación? Constituye un problema doble. En momentos imposibles de predecir se producen fulgores solares que incluso en Marte son nocivos para la salud; así pues, el cuerpo ha de ser protegido por una piel artificial. El resto del tiempo no hay más que la luz normal visible y ultravioleta procedente del Sol, la cual no es suficiente para mantener el calor, ni tan siquiera para lograr una buena visión; así pues, es preciso ampliar la superficie corporal para recibir más energía (de ahí los grandes receptores en forma de orejas de murciélago del ciborg); y para mejorar en lo posible la visión, los ojos tendrían que ser reemplazados por estructuras mecánicas.

Si a un ser humano se le hacen todas esas cosas, lo que queda ya no es precisamente un ser humano.

Es un hombre plus gran cantidad de elementos de metal. El hombre se convierte así en un organismo cibernético: un ciborg.

El primer hombre al que transformaron en ciborg fue probablemente Willy Hartnett. Pero existían ciertas dudas. Había rumores persistentes acerca de un experimento chino que había tenido éxito durante un tiempo y que luego había fallado. Pero lo que estaba

totalmente claro es que Hartnett era, al menos, el único que estaba vivo en aquel momento. Había nacido como nacen todos los humanos y había mantenido su forma humana normal durante treinta y siete años. El cambio se había producido en los últimos dieciocho meses.

Al principio los cambios habían sido pequeños y temporales.

No se le había cambiado el corazón. Únicamente había sido suplido temporalmente por un impulsor de plástico suave que llevó durante una semana atado a la espalda.

Sus ojos tampoco habían sido tocados... por el momento. Sólo se los cerraron fuertemente con una especie de venda de goma, mientras practicaba una nueva habilidad para reconocer formas confusas del mundo que le eran reveladas a través de una cámara electrónica que zumbaba de manera estridente y que habían conectado, tras una operación quirúrgica, a su nervio óptico.

Uno a uno, todos los sistemas que le convertían en un marciano fueron probados. Cuando todos los componentes fueron probados, ajustados y se demostró que funcionaban satisfactoriamente, se le practicaron los primeros cambios permanentes.

No serían realmente permanentes. Esta era una promesa a la que Hartnett se aferraba. Los médicos se la habían hecho a Hartnett y Hartnett se la había hecho a su mujer. Todos los cambios podrían ser reversibles y lo serían. Una vez hubiera sido cumplida la misión y él estuviera sano y salvo de regreso, le quitarían toda la chatarra y le repondrían de nuevo los suaves tejidos humanos, de forma que recobraría su forma humana.

No sería, y él lo comprendía, exactamente la forma que había tenido antes. No podían conservar sus propios órganos y tejidos. No podrían reemplazárselos más que por otros equivalentes. El trasplante de órganos y la cirugía plástica harían que se pareciera de nuevo a él mismo, pero la posibilidad de que pudiera viajar de nuevo con la foto de su antiguo pasaporte era muy pequeña.

Eso no le preocupaba excesivamente. Nunca se había considerado un hombre guapo. Estaba contento de saber que volvería a tener ojos humanos... no los suyos, por supuesto. Pero los médicos le habían prometido que serían azules y que estarían cubiertos una vez más por párpados y pestañas, y pensaban que incluso podrían llorar de nuevo (de alegría, pensaba él). Su corazón volvería a ser un trozo de músculo del tamaño de un puño. Volvería a bombear roja sangre humana a las extremidades de su cuerpo. Sus pulmones volverían a tomar aire dentro de su pecho y tendría alvéolos humanos naturales que absorberían oxígeno y despedirían anhídrido carbónico. El gran fotorreceptor en forma de orejas de murciélago (que traía grandes problemas, porque su resistencia estaba calculada para las exigencias de la gravitación de Marte, no para

las terrestres, de forma que habían de ser constantemente separadas y devueltas al taller) sería desarmado y separado de su cabeza. La piel que había sido tan dolorosamente construida y amoldada a él sería de forma igualmente dolorosa y levantada y reemplazada por piel humana que transpiraría y en la que crecería pelo. (Su piel se encontraba todavía allí, bajo la cubierta artificial, pero no tenía esperanzas de que sobreviviera al experimento. Dejaría de realizar sus funciones normales mientras estuviera enterrada bajo la piel artificial. Era casi seguro que acabaría perdiendo su capacidad para realizarlas y habría que sustituirla por otra nueva.)

La mujer de Hartnett le había arrancado una promesa. Le había hecho jurar que mientras llevara aquella máscara de ciborg se mantendría fuera de la vista de los niños. Afortunadamente, los niños eran lo suficientemente pequeños como para poder engañarlos, y profesores, amigos, vecinos, padres de sus compañeros de escuela, etc., se habían puesto de acuerdo para contar historias sobre afecciones cutáneas. Ellos habían sentido curiosidad, pero la historia había funcionado.

Brenda Hartnett había intentado no ver a su marido, pero al cabo del tiempo la curiosidad venció al miedo. Se había atrevido a entrar en la habitación donde se hallaba la cámara de pruebas un día en que Willy estaba practicando una prueba de coordinación, conduciendo una bicicleta por las rojizas arenas con un recipiente de agua en equilibrio sobre el manillar. Don Kayman la había acompañado, esperando que de un momento a otro se desmayara, gritara o sintiera deseos de vomitar. Pero no hizo nada de eso, sorprendiéndose a sí misma tanto como al cura. El ciborg se parecía demasiado a los monstruos de las películas de terror japonesas como para tomárselo en serio. Fue luego, por la noche, cuando relacionó al ser de orejas de murciélago y los ojos de cristal con el padre de sus hijos. Al día siguiente fue a visitar al director médico del proyecto y le dijo que Willy debía de estar a aquellas alturas muerto de excitación sexual y que no veía razón alguna para no poder satisfacerla. El doctor tuvo que explicarle lo que Willy no hubiera sido capaz de decirle: que en las actuales circunstancias, aquellas funciones habían de ser consideradas superfluas y que, por ello, habían sido temporalmente, uh, desconectadas.

Entretanto, el ciborg trabajaba en sus pruebas y esperaba cada uno de los próximos plazos de dolor.

Su mundo se hallaba dividido en tres partes. La primera era una serie de habitaciones mantenidas a una presión equivalente a más de dos mil metros de altitud, de forma que las personas del equipo del proyecto podían ir de un lado a otro sin gran inconveniente cuando ello era necesario. Era allí donde dormía, cuando podía, y donde comía lo poco que se le daba. Siempre tenía hambre, siempre. Aunque lo habían intentado, no habían sido capaces de desconectar los deseos de sus sentidos. La segunda era la cámara de ambiente marciano donde llevaba a cabo sus ejercicios gimnásticos y realizaba sus pruebas para que los constructores de su nuevo cuerpo pudieran observar su eficiencia en el trabajo. Y la tercera parte era una cápsula a baja presión sobre ruedas en la que se le llevaba desde sus habitaciones privadas al lugar público de las pruebas o a cualquier otro sitio adonde él, raramente, tenía ocasión de ir.

La cámara de ambiente marciano era como una jaula del zoo en la que siempre estaba en exhibición. La cápsula sobre ruedas no era más que un lugar en el que esperaba a que le llevaran a otro sitio.

Sólo el pequeño reducto de dos habitaciones que eran oficialmente su casa le proporcionaba algún confort. Tenía televisión, equipo estéreo, teléfono, sus libros. A veces, uno de los estudiantes o algún compañero astronauta le visitaban allí, jugaban al ajedrez o intentaban mantener una conversación mientras sus pechos trabajaban y sus pulmones bombeaban inútilmente en los dos mil metros de presión. Le gustaban esas visitas e intentaba prolongarlas. Cuando no había nadie con él tenía que echar mano a sus propios recursos. Leía muy rara vez. A veces se sentaba delante de la televisión, sin importarle lo que la pantalla le mostraba. Lo más frecuente era que permaneciera descansando. A los que investigaban sobre él les explicaba que con ello quería decir sentarse o yacer con su sistema de visión desconectado. Era como tener los

ojos cerrados, pero permaneciendo despierto. Una luz suficientemente brillante quedaría registrada por sus sentidos, como sucedería con los párpados cerrados de una persona que durmiera. En aquellos momentos su cerebro funcionaba, conjurando pensamientos sobre el sexo, la comida, celos, cólera, niños, nostalgia, amor..., hasta que sintió necesidad de descanso y entonces se le proporcionó un curso de autohipnosis que le permitía mantener vacía la mente. Después de esto, mientras descansaba no hacía casi nada de lo cual fuera consciente, mientras su sistema nervioso se cuidaba de todo y se preparaba para la siguiente sensación de dolor y su cerebro contaba los segundos que faltaban para su vuelo y para que le fuera devuelto su cuerpo humano normal.

Eran muchos segundos. Siete meses en órbita hacia Marte. Siete meses de regreso. Unas semanas antes y después del viaje: mientras se preparaba para el lanzamiento y luego las revisiones previas al proceso de restauración de su cuerpo. Unos pocos meses más (nadie sabía decirle exactamente cuántos) transcurrirían mientras los médicos le quitaban lo que tenía encima y le reponían las partes que le habían sustituido.

El número aproximado de segundos era de unos cuarenta y cinco millones. Diez millones más o menos. Sentía cómo llegaba cada uno de ellos, se demoraba y luego pasaba lentamente.

Los psicólogos habían tratado de evitarle todo eso programando todos los momentos de su existencia. El se negaba a tales planificaciones. Intentaron comprenderle mediante pruebas tortuosas y complicados modelos de investigación. El los dejaba hacer, pero en su interior mantenía un fuero interno que no permitiría que le invadieran. Hartnett no se había considerado nunca un hombre introspectivo. Sabía que era un kilómetro de ancho y un centímetro de profundo y que llevaba una vida sin analizar. Le gustaba que fuera así. Pero ahora que no le habían dejado nada salvo el interior de su mente, la guardaba como su única propiedad.

A veces deseaba saber cómo examinar su vida. Le hubiera gustado saber las razones por las que estaba haciendo lo que hacía.

¿Por qué se había prestado voluntario para aquella misión? A veces intentaba recordarlo, y luego se daba cuenta de que jamás lo había sabido. ¿Era porque el mundo libre necesitaba el espacio marciano para vivir? ¿Porque deseaba la gloria de ser el primer marciano? ¿Por dinero? ¿Por las ventajas que ello supondría para sus

chicos? ¿Para hacer que Brenda le amase?

Probablemente, la razón se encontraba en alguna de aquellas cosas, pero no podía recordarlo. Si es que alguna vez lo había sabido.

En cualquier caso, ya estaba comprometido. Había una cosa segura, y era que ya no podía dar marcha atrás.

Les permitía hacer todo lo que quisieran con su cuerpo, por salvaje, sádico o torturador que resultara. Entraría en la nave que le llevaría a Marte. Soportaría en órbita los siete interminables meses. Descendería a la superficie, exploraría, correría riesgos, recogería muestras, haría fotografías, pruebas. Abandonaría la superficie de Marte y sobrellevaría, como fuera, los siete meses de regreso y les proporcionaría toda la información que deseaban. Aceptaría las medallas, los aplausos, las entrevistas de televisión, los contratos para escribir libros.

Y luego se presentaría ante los médicos para que le volvieran a dejar como era.

Todas esas cosas le ocupaban la mente y estaba seguro de que las superaría.

Sin embargo, había una pregunta que aún no había logrado contestar. Qué hacer ante una contingencia para la que no estuviera preparado. Cuando se había presentado voluntario para el programa, le habían dicho clara y honestamente que los problemas médicos eran complejos y que no estaban totalmente resueltos. Habrían de aprender a resolver algunos de ellos sobre él mismo. Cabía dentro de lo posible que algunas de las respuestas fueran difíciles de encontrar, o bien que estuvieran equivocadas. Era posible que devolverle su antigua forma resultara, bueno, difícil. Se lo dijeron muy claramente antes de empezar, y luego no habían vuelto a hablar del asunto.

Pero lo recordaba. El problema que no había resuelto era qué sucedería si, por alguna razón, una vez estuviera la misión cumplida, no pudieran devolverle a su estado normal. Todavía no había decidido si, sencillamente, se mataría o si mataría también a la mayor cantidad posible de amigos, superiores y colegas.

#### **4 Un grupo de probables dolientes**

Roger Torraway, Cor. (Ret.) USAF, B.A., M., Dr. (Hom.). Cuando se despertó por la mañana, el cambio de noche acababa de probar los fotorreceptores del ciborg. Se había producido un voltaje no identificado, captado por los monitores la última vez que se habían utilizado en el ciborg, pero nada de eso aparecía en el banco de pruebas y tampoco había nada visible en los mecanismos cuando fueron abiertos. Así pues, se los certificó aptos para entrar en funciones.

Roger había dormido mal. Era una responsabilidad terrible la de ser el guardián de la última esperanza de la humanidad para mantener la libertad y la decencia. Cuando se despertó, este pensamiento le bailaba en la cabeza; había una parte de Roger Torraway que no tenía más que nueve años, y que afloraba la mayoría de las veces durante el sueño. Esta parte suya había concedido gran valor a las cosas que había

dicho el presidente, aunque el propio Roger, en la doble faceta de diplomático y jefe de embajada, hombre que había viajado mucho, familiarizado con docenas de ciudades, realmente no creía que existiera el "mundo libre".

Se vistió mientras su mente se ocupaba en la familiar tarea de resolver una dicotomía. Supongamos que las afirmaciones de Dash son correctas, pensaba, y que la ocupación de Marte es la salvación de la humanidad. Pensó en Willy Hartnett..., en su aspecto agradable (o, al menos, así había sido antes de que los protésicos cayeran sobre él). Amistoso. Hábil con sus manos. Pero también un poco ligero, cuando se le observaba objetivamente. Demasiado inclinado a pasarse en la bebida los sábados por la noche en el club. Y nada de fiar cuando se quedaba en la cocina con la mujer de otro hombre en alguna fiesta. Roger no podía decir que hubiera sido un héroe. Pero ¿quién lo había sido? Repasó mentalmente la lista de aspirantes a ciborg. Número uno, Vic Freibart, normalmente ausente en viajes diplomáticos con el vicepresidente y cuyo puesto había sido alterado temporalmente en el orden de sucesión. Número dos, Carl Mazzini, ausente por haberse roto una pierna escalando el monte Snow. Número tres: él.

En ninguno de ellos existía cualidad alguna de Valley Forge.

Tomó el desayuno sin despertar a Dorrie, sacó el coche y lo dejó ronroneando junto a la casa mientras recogía el periódico, lo dejaba en el garaje y cerraba la puerta. Su vecino le gritó:

—¿Ha visto las noticias de esta mañana? Dash estuvo en la ciudad anoche. Para una conferencia de alto nivel.

Roger dijo automáticamente:

—No, no he puesto la televisión esta mañana.

Pero he visto a Dash, pensó, y podría quitarle el viento a tus velas. Le fastidiaba no poder decirlo. La Seguridad era un engorro. Estaba seguro de que parte de sus recientes problemas con Dorrie venían del hecho de que en las reuniones matutinas con sus vecinas, y cuando se reunían para tomar café ella había de limitarse a hablar de su marido como astronauta y callar su trabajo administrativo. Cuando él salía, tenía que decir "está fuera de la ciudad", "viaje de negocios", pero nunca: "Mi marido tiene una reunión con los jefes del equipo de las Fuerzas Aéreas de Basutolandia esta semana". Ella lo soportaba. Todavía lo soportaba. Pero se quejaba a Roger con mucha frecuencia. Sin embargo, él no tenía noticias de que hubiera roto, hasta el momento, las normas de seguridad. Tres de las mujeres de los del equipo habían sido denunciadas al oficial de seguridad del Laboratorio, e indudablemente él lo hubiera sabido de correr Dorrie la misma suerte.

Cuando entraba en su coche, Roger recordó que no se había despedido de Dorrie.

Se dijo que no tenía importancia. Ella no se habría despertado todavía y, por lo tanto, no sabría si le había dado un beso de despedida o no; además, se quejaría si la despertaba. Pero no le gustaba romper con un ritual. Sin embargo, mientras pensaba en ello, ponía automáticamente el coche en marcha, marcando el número del código del laboratorio; el coche comenzó a moverse. Abrió la televisión y estuvo mirando



durante todo el trayecto el programa Today Show.

P. Dormelly S. Kayman, A.B., M.A., Dr., SJ. Mientras comenzaba la celebración de la misa en la capilla de San Judas, a cinco kilómetros de distancia, al otro lado de Tonka, el ciborg degustaba la única comida que tomaría aquel día. Masticar le resultaba difícil porque la falta de práctica le había producido heridas en la boca y la saliva no parecía brotar como siempre. Pero el ciborg comía con entusiasmo, sin pensar tan siquiera en el programa de pruebas que había de realizar aquel día, y cuando acabó miró con tristeza el plato vacío.

Don Kayman tenía treinta y un años y era la mayor autoridad areológica del mundo (es decir, como especialista en el planeta Marte), al menos del mundo libre. (Kayman admitiría que el viejo Parnov, del Shklovsk Institute de Novosibirsk, sabía también una o dos cosillas). Era también sacerdote jesuita. El no daba prioridad a ninguna de las dos facetas. Su trabajo era la areología, su persona, el sacerdocio. Meticulosamente y con alegría, elevó la hostia, bebió el vino, dijo el redempto final, miró su reloj y lanzó un silbido. Llegaba tarde. Se cambió de ropa en un tiempo récord. Le dio un cachete al monaguillo chicano, que sonrió, y le abrió la puerta. Ambos se tenían afecto; Kayman pensaba incluso que el muchacho podría llegar a ser un día sacerdote y científico.

Ya con su camisa deportiva y unos pantalones, Kayman saltó dentro de su convertible. Era un modelo clásico, que se desplazaba sobre ruedas en vez de sobre un colchón de aire. Podía ser conducido incluso fuera de las carreteras dirigidas. Pero ¿adónde se iba fuera de las carreteras dirigidas? Marcó la dirección de los laboratorios, conectó las baterías principales y abrió su periódico. Sin ningún cuidado, el pequeño coche enfiló la carretera, encontró un hueco en el tráfico, saltó para llenarlo y le llevó a cien por hora a su trabajo.

Las noticias de los periódicos eran, como de costumbre, bastante malas.

En París, el MFP había dado otro golpe en las conversaciones de paz de Chandrigar. Israel se había negado a abandonar El Cairo y Damasco; la ley marcial de la ciudad de Nueva York, que ya llevaba vigente quince meses, no había podido evitar que se llevara a cabo una emboscada a un convoy de la Décima División de Montaña, que intentaba introducirse a través del puente Bronx-Whitestone para relevar a la guarnición de Shea Stadium; habían muerto quince soldados y el convoy había tenido que regresar al Bronx.

Kayman dobló el diario tristemente. Ladeó el espejo retrovisor, levantó las ventanillas laterales para evitar el viento y comenzó a peinar su cabello, que le llegaba a los hombros. Veinticinco pases de cepillo en cada lado; era casi un ritual como la misa. Ese día tendría que peinárselo otra vez, pues había quedado para comer con la hermana Clotilda. Estaba ya casi medio convencida de que quería renunciar a algunos de sus votos, y Kayman deseaba reanudar la discusión tan pronto como fuera posible.

Como se hallaba más cerca de los laboratorios que Roger Torraway, llegó al mismo tiempo que éste. Entraron juntos, llevaron sus coches al aparcamiento y fueron a la sala de informes en el mismo ascensor.

Subdirector T. Gamble de Bell. Mientras se preparaba para el informe diario, el ciborg estaba treinta metros más allá, con rostro de águila y desnudo. En Marte no

comería más que comida de baja proporción de residuos y no mucha. En la Tierra era, por ello, necesario mantener su sistema evacuador al menos mínimamente funcional, luchando contra las dificultades que los cambios en la piel y el metabolismo producían. Hartnett estaba deseoso de comida, pero odiaba los enemas.

El director del proyecto era un general. El director científico un distinguido biofísico que había trabajado con Wilkins y Pauling; veinte años atrás había abandonado la ciencia y se había dedicado a figurar, porque era ahí donde se encontraban las recompensas. Su trabajo no tenía mucho que ver con el de los laboratorios en sí mismo: cumplía la misión de intermediario entre los que trabajaban en el proyecto y los personajes que quedaban en la sombra, relacionados en el dinero.

Por lo que se refería a la rutina diaria, era el subdirector el que hacía el trabajo. Aquella mañana, ya desde muy temprano, se le habían amontonado las notas e informes y tenía que leerlos.

—Eleven el enfoque—ordenó desde el atril, sin levantar la vista. En la pantalla situada por encima de su cabeza, el grotesco perfil de Willy Hartnett se dibujó de forma difusa. Luego todo se volvió blanco y reapareció su imagen un momento después. Se le veía sólo la cabeza. La gente que se encontraba en la sala no podía ver qué tipo de indignidad es-

taba sufriendo Willy, aunque la mayoría de ellos sabían bastante bien de qué se trataba (estaba en el informe diario). La imagen ya no era en color. El enfoque se hizo menos preciso y la imagen menos firme. Pero Así era mucho más seguro (para la eventualidad de que algún espía lograra captar el circuito cerrado). Y además, tratándose de la imagen de Hartnett, después de todo, la calidad era lo que menos importaba.

—Muy bien —dijo el subdirector con voz áspera—, todos ustedes oyeron a Dash anoche. No vino aquí para captar sus votos; lo que desea es acción. Y eso es lo que haremos. No quiero más historias como la del fotorreceptor.

Dio la vuelta a la página.

—Informe de la mañana—leyó—. Todos los sistemas del comandante Hartnett funcionan bien, con tres excepciones. Primera, el corazón artificial no responde bien a un prolongado ejercicio a bajas temperaturas. Segunda, el sistema CAV recibe muy pobremente en las frecuencias superiores al azul medio. Me he llevado una desilusión con esto, Brad —dijo haciendo un inciso y mirando a Alexander Bradley, el experto en sistemas perceptivos del ojo—. El tercero, los enlaces de las comunicaciones. Esto tuvimos que admitirlo ayer delante del presidente. A él no le gustó ni a mí no me gustó. Ese micrófono de la garganta no funciona. Efectivamente, no poseemos comunicación oral a la presión normal de Marte, y si no logramos resolverlo, tendremos que volver a los sistemas totalmente visuales. Dieciocho meses echados a la basura. Recorrió la habitación con la mirada hasta detenerla en el hombre encargado del corazón.

—Bien, ¿qué pasa con la circulación?

—El problema está en el calor —dijo Fineman a la defensiva—. El corazón está funcionando perfectamente. ¿Quiere que lo diseñe para condiciones ridículas? Podría

hacerlo, pero tendría tres metros de altura. Fijemos el equilibrio térmico. La piel se cierra completamente a bajas temperaturas y no transmite. Naturalmente, el nivel del oxígeno en la sangre desciende y el corazón se acelera. Eso es lo que estaba previsto que sucediera. ¿Qué es lo que quiere? De otra forma tendría un síncope, quizá un pequeño cambio en el oxígeno del cerebro.

Desde lo alto de la pared de la habitación la cara del ciborg miraba impasible. Había cambiado de posición (le habían puesto ya el enema, la sillita había sido retirada y ahora estaba sentado). Roger Torraway, poco interesado en una discusión que no le afectaba a él particularmente, estaba contemplando al ciborg. Se preguntaba qué es lo que estaba pensando el viejo Willy al oír que hablaban de él de aquella manera. Roger se había molestado en investigar los estudios psicológicos privados de Hartnett porque sentía curiosidad con respecto a este punto, pero no le habían proporcionado demasiada información. Roger estaba totalmente seguro de saber por qué. Todos ellos habían sido sometidos a tantas pruebas y contrapruebas que habían adquirido una habilidad considerable para contestar a las preguntas de los test en la forma en que los examinadores deseaban que fueran contestadas. Casi todos los del laboratorio eran capaces de hacerlo así, ya fuera conscientemente o por simple acto reflejo, a fuerza de entrenamiento. Podrían ser unos jugadores de póquer maravillosos, pensó; entonces recordó sonriendo las partidas de póquer que había jugado con Willy. Furtivamente, le hizo un guiño al ciborg. Hartnett no respondió. Resultaba imposible decir qué era lo que había visto con aquellos ojos facetados.

—...podemos cambiar la piel de nuevo —argumentaba aquel hombre—. Ya tiene demasiado peso. Si le insertamos más órganos sensoriales va a sentirse como si llevara todo el tiempo un traje mojado.

Inesperadamente, una voz sonó desde el monitor. El ciborg había hablado.

—¿Cómoo diaablosss cree que ssse sssiente ahoora...?

Se produjo un profundo silencio, mientras todos los que estaban en la habitación caían en la cuenta de que era una persona viva de quien estaban hablando. Luego, el técnico encargado de la piel insistió:

—Con mucha mayor razón, pues. Nos gustaría adelgazar la piel, simplificarla, aligerarla en lo posible de peso. No complicarla.

El subdirector levantó una mano.

—Arréglenlo entre ustedes—ordenó a los oponentes—. No me digan lo que pueden hacer... Les estoy diciendo lo que tenemos que hacer. Ahora usted, Brad, ¿qué pasa con el problema de la visión?

Alex Bradley dijo alegremente:

—Bajo control. Puedo arreglarlo. Pero escuche, Will, lo siento, pero ello significa otra implantación.

—Ya he visto lo que no funciona. Se trata del sistema de mediación retinal; está filtrando frecuencias extra. El sistema está bien, pero...

—Entonces haga que funcione—dijo el subdirector, mirando el reloj—. ¿Cómo está el asunto de las comunicaciones?

—Diríjase al de la respiración —dijo el técnico Correspondiente—. Si pueden lograr que retenga un poco más de aire, Hartnett tendrá un poco de voz. Los sistemas electrónicos están correctamente; Sólo falta que puedan funcionar.

—¡Imposible! —gritó el encargado de los pulmones—. ¡No nos ha dejado más que quinientos cc. de espacio ahora! Utiliza eso en diez minutos. Hemos intentado que practicara cientos de veces para su conservación...

—¿Puede susurrar, por lo menos? —preguntó el subdirector. Luego, como el hombre de las comunicaciones comenzara a hablar de curvas de frecuencia de respuesta, añadió—: Trabajen sobre ello, ¿quieren? El resto de los trabajos de ustedes parecen correctos, pero no se abandonen. guardó sus notas en su carpeta de plástico y se la tendió a su ayudante—. Esto por un lado—añadió—. Ahora vayamos a lo importante.

Esperó a que todos se sentaran.

—La razón por la que el presidente estuvo aquí anoche es porque ha sido aprobado el presupuesto para el lanzamiento. Amigos, ha llegado el momento.

—¿Cuándo?—preguntó una voz.

El vicepresidente continuó:

—Tenemos que completar este trabajo... y con esto, amigos, quiero decir completarlo: lograr que Hartnett esté óptimamente terminado, de forma que pueda vivir realmente en Marte (y allí no podrá volver a los talleres si algo va mal) a tiempo para el lanzamiento el mes próximo. El lanzamiento está previsto para el doce de noviembre. Ello nos da un plazo de cuarenta y tres días, veintidós horas y escasos minutos. Nada más.

Hubo un segundo de silencio y luego una confusión de voces. Incluso la expresión del ciborg había cambiado visiblemente, aunque nadie podría haber dicho en qué sentido.

El subdirector continuó:

—Y esto es sólo una parte. La fecha ha quedado fijada y no puede cambiarse; ahora les diré por qué. Luces, por favor.

Las luces de la habitación se encendieron y el ayudante del subdirector, sin esperar ninguna señal, proyectó una diapositiva en la pared del fondo donde todos pudieran verla, incluso el ciborg en su distante cubículo. Proyectó un gráfico con una amplia franja negra que lo cruzaba en diagonal hacia una barra roja situada en la parte posterior. Con unas letras de un color naranja brillante, un letrero decía: ALTO SECRETO. SOLO PARA SUS OJOS.

—Permítanme que les explique lo que están viendo—dijo el subdirector—. La línea diagonal negra es la resultante de veintidós tendencias e índices extraídos del balance

de crédito internacional con respecto a la incidencia de cansancio hacia los turistas americanos por parte de gobiernos oficiales extranjeros. La medición indica la posibilidad de una guerra. La raya roja en la parte superior está marcada con un A.H., que nos previene contra una "Apertura de las Hostilidades". No es seguro. Pero las personas que se ocupan de estas estadísticas dicen que cuando se alcanza el límite superior existen nueve probabilidades contra una de guerra en el plazo de seis horas, y como ustedes pueden ver, nos estamos dirigiendo hacia ella.

Se cortaron las voces. La habitación parecía una cripta. Finalmente, alguien preguntó:

—¿Cuál es el plazo de tiempo?

—Los datos cubren treinta y cinco años —dijo el subdirector. Hubo un cierto sosiego; al menos el espacio blanco en la parte superior significaba meses, no minutos.

Entonces, Kathleen Doughty preguntó:

—¿Se dice en alguna parte con quién vamos a entrar en guerra?

E] subdirector vaciló, y luego dijo:

—No, eso no está incluido en el gráfico. Pero creo que todos podemos formarnos una idea. Si han seguido las noticias de los periódicos sabrán que los chinos comunistas han estado hablando del maravilloso incremento en la producción de alimentos que podrían proporcionarle al mundo aplicando las técnicas agrícolas y ganaderas de la provincia de

Sinkiang en Australia. Bueno, ahora no se trata de si el grupo que gobierna en Camberra está de acuerdo o no en permitirlo; estoy seguro de que esa administración no está dispuesta a dejar entrar a los chinos. No, desde luego, si pretenden seguir beneficiándose de mi voto.—Tras un momento de pausa, añadió—: Esto no es más que mi opinión personal; no la incluyan en el expediente de esta asamblea. No conozco la respuesta oficial, y no podría decírsela si la conociera. Todo lo que yo sé es lo que también saben ustedes ahora. Las tendencias se muestran bastante malas. La escalada nuclear empeora las cosas, haciendo que pueda llegarse demasiado lejos. Tenemos una fecha. La curva continúa mostrando la probabilidad del noventa por ciento en un plazo menor de siete años.

—Lo cual significa —añadió— que si no hemos hecho; viable el establecer una colonia en Marte para entonces, puede que no vivamos para conseguirlo nunca.

Alexander Bradley, B.Sc., E.E., M.D., D.Sc., Teniente Cor. USMCR (Ret.). Mientras Bradley abandonaba la conferencia y cambiaba la expresión de preocupación que había mantenido a lo largo de aquélla por otra más natural y más alegre destinada a los demás, el ciborg había sido llevado al tanque de baja presión marciana. Sus monitores estaban algo preocupados. Aunque no podían ver emoción alguna en su rostro, podían detectarla por su corazón, su respiración y sus signos vitales, los cuales eran telemididos constantemente; les parecía que se encontraba en un cierto estado de tensión. Le propusieron posponer la prueba, pero él se negó colérico.

—¿Esas que no saben que ya estamos casi en guerra?—preguntó en tono agudo, y no quiso responder cuando le hablaron después. Decidieron, pues, continuar con las pruebas, pero dispuestos a analizar su perfil psicológico una vez terminadas aquellas.

Cuando Alexander Bradley tenía diez años perdió a su padre y su ojo izquierdo. Un domingo después del día de Acción de Gracias, su familia regresaba de la iglesia. El tiempo se había puesto frío. Por la mañana había helado, y había una fina e impalpable capa de hielo sobre la carretera. El padre de Brad conducía con gran cuidado; pero tenía coches enfrente, detrás y coches en el otro lado de aquella carretera de dos calzadas que circulaban en dirección contraria; se veía obligado a mantener una cierta velocidad y daba respuestas cortas a las preguntas que le dirigía su familia. Estaba concentrado en la carretera, pero no demasiado. Cuando sobrevino el desastre, no pudo hacer nada por evitarlo. A Brad, que estaba sentado delante, junto a su padre, le pareció como si un vehículo que venía en dirección contraria estuviera girando lenta y tranquilamente a unos cien metros de distancia. Pero no existía carretera alguna por la que girar. El padre de Brad pisó el freno. El coche aminoró la marcha y resbaló. Y durante algunos segundos el muchacho estuvo ahí sentado, viendo cómo el otro coche resbalaba de costado hacia ellos, mientras ellos patinaban lenta pero inevitablemente hacia él. Era algo estable, deliberado e inevitable. Ninguno de ellos dijo nada, ni Brad, ni su padre, ni su madre, sentada en el asiento trasero. Ninguno hizo nada; se mantenían rígidos, como si fueran actores de un escenario del National Traffic Council. El padre se mantuvo rígido; y en silencio, con la vista concentrada en el otro vehículo. El conductor del otro coche los miraba por encima del hombro con los ojos muy abiertos, inquisitivamente. Ninguno se movió hasta que chocaron. Incluso sobre el hielo, la fricción les detuvo. Viajaban a una velocidad relativa de no más de cuarenta kilómetros por hora. Fue suficiente. Ambos conductores resultaron muertos..., el padre de Brad aplastado, el otro hombre decapitado. Tanto Brad como su madre, pese a llevar puestos los cinturones de seguridad, sufrieron fracturas, cortes y daños internos. Ella perdió para siempre la flexibilidad de su muñeca izquierda, mientras su hijo perdía un ojo.

Treinta y tres años más tarde, Brad todavía soñaba con el accidente como si acabara de sucederle. En su sueño se asustaba enormemente y se despertaba sudando, gritando y sofocado.

No todo fueron pérdidas. Había descubierto que lograba considerables ventajas de la pérdida de su ojo. Por ejemplo, recibía el seguro de vida de su padre. Además, en compensación por el daño sufrido, quedaba exento del servicio militar, y le habían permitido agregarse al cuerpo de Marina para asuntos esencialmente civiles cuando deseó un campo de experiencia para su especialidad. Además, su defecto le había proporcionado una excusa aceptable para eludir los riesgos más estúpidos y las obligaciones más fatigosas de la adolescencia. Nunca había tenido que demostrar su valor en los deportes más violentos y siempre había quedado exento de realizar aquellos ejercicios de gimnasia que detestaba.

Pero lo mejor de todo fue que le permitió recibir una educación. Bajo la protección a los Niños Minusválidos del sistema del bienestar social en su estado, le habían pagado incluso los estudios superiores. Tenía cuatro títulos y se había convertido en uno de los mejores expertos del mundo en sistemas perceptivos del ojo. Sopesándolo todo,

resultaba una transacción favorable. Incluso sumando el factor negativo de haber tenido una madre que se había pasado los últimos diez años de su vida con dolores y baja temperatura.

Brad había sido elegido para el proyecto Homo Plus porque fue el mejor que pudieron conseguir. Había optado por trabajar para la Marina porque era el lugar ideal en el que encontrar sujetos sobre los cuales experimentar, mejor que en los hospitales de Tanzania, Borneo o Ceilán. Su trabajo le había elevado a las escalas más altas de la graduación militar. No sólo habían aceptado a Brad. Le habían promocionado.

De lo que no estaba seguro era de que el proyecto Homo Plus fuera lo mejor que hubiera podido obtener. Otros de los reclutados se habían sentido inclinados a participar en el programa espacial atraídos por la fama o la posibilidad de encontrar trabajos. No era éste el caso de Bradley. En cuanto hubo comprendido el objetivo del hombre de Washington, las implicaciones y las oportunidades se desarrollaron ante él. Era una nueva pista. Significaba abandonar algunos planes, postergar otros. Pero podía ver adónde le llevaría: tres años ayudando a desarrollar los sistemas ópticos del ciborg. Aparecía ante él todo un mundo de reputación. Luego podría abandonar el programa y entrar en los pastos sin límite de la práctica privada. Ciento ocho de cada cien mil americanos habían perdido las funciones esenciales en uno o los dos ojos. Ello sumaba un número de trescientos mil pacientes en perspectiva, cada uno de los cuales desearía ser tratado por el mejor especialista en la materia.

Trabajar en el Programa Homo Plus le situaba como la mejor figura en ese campo. Antes de los cuarenta años podría tener una clínica privada. No muy grande. Justo lo necesario para poder controlar personalmente cada uno de los detalles, ayudado por un equipo de jóvenes adiestrados por él y que trabajarían bajo su supervisión. Podría llegar a tener quinientos o seiscientos pacientes por año (una fracción del uno por ciento de los posibles). ¿Qué fracción del uno por ciento aceptaría? Al menos la mitad de ellos procedería de los medios económicos más solventes y que estuvieran dispuestos a pagar más. También, por supuesto, casos de caridad. Al menos, cien por año, totalmente gratuitos. Mientras tanto, los varios cientos que podían pagar pagarían mucho. La clínica Bradley (que ya le sonaba tan honorable y adecuado a sus oídos como a Menninger) sería un modelo de servicios médicos en todo el mundo, le proporcionaría una inmensa cantidad de dinero.

No era culpa de Bradley que aquellos tres años se hubieran ampliado a más de cinco. Ni siquiera era su parte del programa la que había provocado aquel retraso. O no todo, en cualquier caso. De todas formas, todavía era joven. Cuando abandonara el programa tenía todavía treinta buenos años por delante, Al menos que prefiriera retirarse antes y

mantener un consultorio en la Clínica Bradley. Y el hecho de trabajar en el programa espacial le proporcionaba también otras ventajas, puesto que muchos de sus compañeros se habían casado con mujeres muy atractivas. Bradley no tenía mucho interés en casarse, pero le gustaban las mujeres de los otros.

Cuando regreso a su laboratorio en la habitación siete, Brad espoleó lo suficiente a sus subordinados como para asegurarse de que la nueva unión de mediación retinal estuviera preparada para el trasplante en una semana, y luego miró su reloj. Todavía

no eran las once. Llamó a Roger Torraway por el comunicador interior y le tuvo al aparato tras una breve espera.

—¿Almorzaremos juntos, Rog? Querría hablar contigo acerca de ese nuevo trasplante.

—Me viene muy mal, Brad. Me hubiera gustado, pero no puedo. Tengo que estar en el tanque con Will Hartnett por lo menos durante tres horas. Quizá mañana.

—Te llamaré entonces dijo Brad amablemente, y colgó. No le sorprendía; ya había comprobado eso en la ficha del día de Torraway. Pero estaba contento. Le dijo a su secretaria que tenía que salir para asistir a una conferencia y que luego iría a almorzar, así que volvería en unas dos horas. Después ordenó que le trajeran su coche. Programó sus coordenadas para que se dirigiera a la esquina del edificio donde vivía Roger Torraway. Donde vivía Dorrie Torraway.

## **5 El monstruo vuelve a ser de nuevo mortal**

Mientras Brad abandonaba el laboratorio, la radio de su coche estaba llena de noticias del mundo. La Décima División de Montana se había replegado a un área fortificada en Riverdale. Un tifón había arruinado la cosecha de trigo en el Sudeste Asiático. El presidente Deshatine había ordenado a la delegación de Estados Unidos que se retirase del debate de las Naciones Unidas sobre el modo de repartirlos escasos recursos mundiales.

Había muchas noticias que no eran dadas por la radio porque los programadores no las conocían o porque no les daban importancia. Por ejemplo, no dijeron una sola palabra acerca de dos caballeros chinos que habían ido a Australia con cierta misión, o sobre los resultados de ciertos sondeos secretos de popularidad que el presidente había cerrado bajo llave, o sobre las pruebas a las que estaba siendo sometido Will Hartnett. De modo que Brad no oyó hablar de ninguna de esas cosas. Si hubiera sido así, habría comprendido su importancia, habría tenido cuidado. No era un hombre descuidado. Ni tampoco era malo. Lo que sucedía es que no era particularmente bueno.

A veces esta cuestión se suscitaba; por ejemplo, cuando llegaba el momento de desembarazarse de una mujer o de abandonar a un amigo que le había ayudado a escalar puestos. Normalmente atraía sobre sí sus recriminaciones. Entonces Brad sonreía y señalaba que éste no era un mundo agradable. Lancelot no venció en todos los torneos. A veces, el malvado caballero negro le tiraba por tierra. Bobby Fischer no era el jugador de ajedrez más encantador del mundo; únicamente el mejor. Y cosas por el estilo.

Así pues, Brad había de confesar que no era un modelo de hombre de acuerdo con los cánones sociales. Realmente, no lo era. Algo había ido mal en su infancia. El enorme ego de su cerebro había aumentado aún más, de forma que contemplaba el mundo en términos de qué era lo que éste le podía proporcionar a él. ¿Una guerra con China? Bueno, ya veremos, calculaba Brad; seguro que nos proporciona un montón de operaciones quirúrgicas; puede que llegue a dirigir mi propio hospital. ¿Una depresión



a escala mundial? Tenía su dinero invertido en tierras; la gente podría comer, de todas formas.

No era una persona admirable. Al mismo tiempo, era la persona más idónea en el mundo para proporcionar al ciborg lo que necesitaba; por ejemplo, proveer a Willy Hartnett de una intercesión entre estímulos e interpretación. Lo cual es una forma de decir que tenía que haber algo entre el objeto externo que veía el ciborg y las conclusiones que su cerebro sacaba de él para que no se filtrara información innecesaria. De lo contrario, el ciborg se volvería sencillamente loco.

Para entender lo que es eso, piensen en la rana.

Piensen en una rana con una máquina funcional diseñada para producir ranitas. Es el punto de vista darwiniano, y de eso se trata realmente la evolución. Para lograrlo, la rana ha de mantenerse viva el tiempo suficiente para crecer y quedar preñada, o para preñar a alguna hembra de su especie. Ello significa que tiene que hacer dos cosas. Tiene que comer. Y tiene que impedir ser comida.

La rana es un ser simple y estúpido. Posee un cerebro, pero no muy grande ni muy sofisticado. No hay mucho exceso de capacidad en el cerebro de una rana, de forma que no deseará perder el tiempo en cosas que no sean esenciales. La evolución es siempre económica. Las ranas macho no escriben poemas ni se torturan con el temor de que sus

ranas hembra les sean infieles. Ni se paran a pensar en cosas que no se relacionen directamente con su supervivencia.

El ojo de la rana es también simple. En los ojos humanos existen complejidades que las ranas desconocen. Supongamos que un ser humano entra en una habitación en la que hay una mesa con un filete y patatas fritas; aunque no pueda oír, ni tenga sentido del gusto y haya perdido el olfato, se sentirá atraído por la comida. Sus ojos se volverán hacia el filete. Hay un punto en el ojo humano llamado "fovea" que es la parte del ojo con la que la persona ve mejor, y será ese punto el que dirigirá hacia el objetivo. La rana no hace eso; todas las partes de su ojo son igualmente buenas. O malas. Porque lo interesante acerca de la visión ocular de la rana de lo que para ésta es el equivalente a un filete (por ejemplo, un insecto lo suficientemente grande como para que merezca la pena tragárselo, y lo suficientemente pequeño para que no intente comérsela a ella) es que la rana es ciega a la comida a menos que la comida se comporte como comida. Rodéese a una rana del más nutritivo paté de insecto que se pueda encontrar. Estará destinada a morir, a menos que un insecto se pasee cerca de ella.

Si se medita acerca de cómo come una rana, esta extraña conducta comienza a tener un sentido. La rana ocupa un nicho ecológico muy claro. En estado natural, nadie llena ese nicho con comida preparada. La rana come insectos, porque insectos son las cosas que ella ve. Si pasara algo por delante de su campo de visión del tamaño de un insecto y que se moviera a la velocidad a la que se mueven normalmente los insectos, la rana no se pondría a considerar si se encontraba hambrienta o no, o cuál es el insecto que tiene mejor sabor. Simplemente, se lo comería. Luego seguiría esperando a que pasara el siguiente.

En el laboratorio pueden prepararse condiciones que vayan en contra de su supervivencia. Se puede engañar a una rana con un trozo de tela, o de madera, haciendo que se muevan adecuadamente y que tengan el tamaño conveniente. Se los comerá y se morirá. Pero en la naturaleza no se dan ese tipo de trampas. En la naturaleza sólo los insectos se mueven como insectos y cada insecto es comida para la rana.

No resultaba difícil comprender este principio. Dígaselo a cualquier amigo, que sea un poco ingenuo, y comentará: —Oh, sí, ya veo. Lo que hace la rana es ignorar todo aquello que no parezca un insecto.—¡Falso! La rana no hace nada de eso. No ignora los objetos que no parecen insectos. Simplemente, no los ve. Conecte el nervio óptico de una rana a un instrumento adecuado para registrar sus impulsos, pase delante de ella un enorme trozo de mármol, muy despacio, y ninguno de los instrumentos registrará el más leve impulso del nervio. No se produce ninguno. El ojo no se toma la molestia de ver aquello en lo que la rana no está interesada. Pero hágale pasar por delante una mosca muerta y los registros comenzarán a moverse: el nervio transmite un mensaje, la lengua de la rana sale y lo atrapa.

Y eso es lo que habíamos hecho con el ciborg. Bradley había conseguido instalar una etapa intermedia entre los rojos y complejos ojos de Willy Hartnett y su doliente cerebro humano, la cual filtraba, interpretaba y generalmente preparaba todos los impulsos visuales del ciborg. El "ojo" lo veía todo, incluso la parte ultravioleta del espectro, incluso los rayos infrarrojos. El cerebro no podía afrontar tal cantidad de datos. La etapa mediadora que había instalado Bradley eliminaba los impulsos que no tenían importancia.

La etapa mediadora era un triunfo del diseño, porque Bradley era realmente muy bueno en la única cosa para la que lo era. Pero no lo había instalado aún. Y porque Brad tenía una cita, y también porque el presidente de Estados Unidos había tenido que ir al baño y dos chinos llamados Sing y Sun deseaban probar la pizza, la historia del mundo cambió.

Jerry Weidner, ayudante principal de Brad, supervisaba el lento y laborioso proceso de reponer los sistemas de visión del ciborg. Era un tipo de trabajo molesto y minucioso. Como casi todas las cosas que había que hacerle a Will Hartnett, le causaban grandes molestias. Los nervios sensitivos de los párpados hacia tiempo que habían sido diseccionados; de no haber sido Así, le habrían estado doliendo día y noche. Pero podía sentir lo que estaba pasando... si no en forma de dolor, si como una clara conciencia que le perturbaba psíquicamente, de que alguien estaba utilizando instrumentos cortantes sobre alguna parte de su anatomía. Su visión actual estaba siendo mantenida a un nivel muy bajo, de forma que sólo veía sombras que se movían. Era suficiente. El lo aborrecía.

Estuvo tumbado durante una hora o dos mientras Weidner y los demás manipulaban cambiando potenciales, anotando lecturas, hablando entre ellos mediante números, que era el lenguaje de los técnicos. Cuando finalmente quedaron satisfechos con el ancho campo de su sistema perceptual y le permitieron incorporarse, sin prevenirle, casi se cae hacia adelante.

—Demoniossss —gruñó—. Otra vez el vértigo.

Aburrido y resignado, Weidner dijo:

—Está bien, será mejor que hagamos nuevas pruebas para comprobar el vértigo.— Ello suponía otros treinta minutos de retraso, mientras el equipo exploraba una y otra vez sus reflejos. Hasta que él explotó:

—Crisssstoooo, acaben con esto. Puedo permanecer apoyado sssobre un sssolo pie durante lasss próximasss veinte horasss. ¿Essso qué prueba?

Pero continuaron obligándole a permanecer sobre un solo pie, comprobando lo juntas que podía mantener las puntas de los dedos mirándose los con su nueva visión.

El equipo de equilibrio se declaró satisfecho, pero Jerry Weidner no lo estaba. Había aparecido el vértigo antes, y nunca se comprobó de forma satisfactoria de qué procedía, si de la parte mecánica añadida o de los huesos yunque y estribo naturales de su oído. Weidner no sabía si procedía del sistema de mediación, asunto que era de su especial responsabilidad, o si se debía a otra cosa. Deseaba que Brad regresara pronto de aquella prolongada comida.

En aquel mismo momento, se encontraban en su viaje alrededor de medio mundo los chinos llamados Sing y Sun. No se trata de una broma. Aquéllos eran sus nombres. El bisabuelo de Sing había muerto ante la bola de un cañón raso tras el fracaso de los Puños Justos de la Armonía destinados a expulsar a los diablos de China. Su padre le había engendrado durante la Larga Marcha y había muerto antes de que él naciera, en un combate contra un aliado de Chiang Kai-chek. Sing tenía casi noventa años. Había estrechado la mano del camarada Mao. Había desviado el río Amarillo para los sucesores

de Mao y ahora supervisaba el mayor proyecto hidráulico de su carrera en una ciudad australiana (llamada Fitzroy Crossing). Era su primer viaje prolongado fuera del Nuevo País de Asia. Tenía tres ambiciones: ver un filme pornográfico no censurado, beberse una botella de whisky escocés procedente de Escocia y no de la provincia de Monshu, y probar una pizza. Junto con su colega Sun, había tenido un buen comienzo con el escocés, había llegado a realizar su sueño de ver la película y ahora estaba deseoso de probar la pizza.

Sun era mucho más joven (todavía no había cumplido los cuarenta) y a pesar de todo tenía un gran respeto por la edad de su socio. Estaba, además, el hecho de que Sun ocupaba un lugar algunos peldaños más abajo en la escala de status social que Sing, aunque obviamente era un hombre que prometía en el sector técnico industrial del Partido. Sun acababa de regresar de un viaje que había durado un año por el Gran Desierto de Arena. No tenía sólo arena. Tenía también tierra, tierra buena, arable y productiva, a la que sólo faltaban algunos elementos a los que seguir la pista y agua. Sun había examinado el componente químico del suelo en una extensión de más de dos millones de kilómetros cuadrados. Cuando el mapa que señalaba las características del terreno de Sun y el gran acueducto de Sing, con sus catorce grandes baterías de bombas accionadas por energía atómica, estuvieran listos, podrían producir un nuevo tipo de vida en aquellos millones de kilómetros cuadrados de desierto. Aditamentos químicos más agua destilada por el sol procedente de las distantes costas marinas producirían diez cosechas al año con las que se podría

alimentar a cien millones de nuevos australianos, étnicamente chinos.

El proyecto había sido cuidadosamente estudiado y no tenía más que un defecto. Los antiguos neo-australianos, descendientes de las poblaciones del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, no querían que 106 nuevos neo-australianos llegaran allí para cultivar las tierras. Las querían para ellos. Cuando Sun y Sing entraban en la pizzeria de Danny, situada en una calle principal de Fitzroy Crossing, dos antiguos neo-australianos, uno llamado Koschanko y el otro Gradechek, abandonaban en aquel momento el bar, y desdichadamente, reconocieron a Sing por haber visto su fotografía en los periódicos. Se intercambiaron algunas palabras. Los chinos reconocieron el olor a cerveza y atribuyeron las groserías a que estaban bebidos; intentaron pasar, y Koschanko y Gradechek los empujaron fuera. La belicosidad fue en aumento y el cráneo de noventa años de Sing Hsi-chin se rompió contra el bordillo de la acera.

En aquel momento, Sun sacó una pistola, que no estaba autorizado a llevar encima, y mató a los dos asaltantes.

No era mas que una camorra entre borrachos. La policía de Fitzroy Crossing se había enfrentado a miles de crímenes más dramáticos, y podía haber llevado por si misma éste si se lo hubieran permitido. Pero aquello no se detuvo allí, porque uno de los camareros era un nuevo neo-australiano de extracción honanesa, reconoció a Sun, descubrió quién era Sing, cogió el teléfono y llamó a las oficinas de la Agencia de Noticias Nueva China, que tenía una delegación en Lagrange, en la costa, y les dijo que uno de los científicos más famosos de China había sido brutalmente asesinado.

En diez minutos, el satélite de noticias había llevado una versión real, aunque muy coloreada, de la historia por todo el mundo.

Antes de que hubiera transcurrido una hora, la misión del Nuevo País de Asia en Camberra había exigido una entrevista con el ministro de Asuntos Exteriores para hacerle patente su protesta, se producían manifestaciones espontáneas en Saigón, Shanghai, Hiroshima y una docena de ciudades más del NPA, y media docena de satélites de observación eran desviados de sus órbitas para que pasaran sobre el noroeste de Australia y las islas Sunda. A cuatro kilómetros mar adentro del puerto de Melbourne, una gran forma gris asomó a la superficie del mar y se quedó allí flotando, sin emitir señales ni responder a ninguna durante mas de veinte minutos. Luego declaró ser un submarino nuclear NPA, El Este es Rojo, en visita diplomática de rutina y en ruta a un puerto amigo. La noticia se recibió a tiempo de cancelar la orden de ataque que se les había dado a las fuerzas aéreas de la RAAF contra el desconocido, pero faltó muy poco para que se desencadenara la lucha.

En Pueblo, Colorado, el presidente de Estados Unidos interrumpía su siesta. Estaba sentado en el borde de la cama, sorbiendo a desgana una taza de café, cuando llegó un mensajero del DOD con la noticia de que se había declarado una alerta roja, de acuerdo con las respuestas preparadas y programadas desde hacia mucho tiempo en la Red de Defensa Norteamericana. Ya tenía los informes del satélite y una misión militar preparada para dirigirse a Fitzroy Crossing; conocía la aparición del submarino El Este es Rojo, pero aún no sabía que se había dado una orden de ataque. Sumando la información, le dijo al presidente:

—Se trata de ir o no ir, señor. NADCOM aconseja enviar un cohete con opción para abortarlo en cincuenta minutos.

El presidente se estremeció.

—No me encuentro bien. ¿Qué diablos han puesto en esta sopa?—Dash no estaba de humor para pensar en China en aquel momento; había estado soñando con una investigación privada que demostraba que su popularidad había descendido en un diecisiete por ciento, incluyendo los puntos de "excelente" y "satisfactorio", con un sesenta y uno por ciento que llamaba a su administración "pobre" o "muy insatisfactoria". No había sido un sueño. Era lo que le había mostrado aquella mañana el informe político.

Apartó la taza de café a un lado y consideró ceñudo la decisión que él, solo en el mundo, había de tomar en aquel momento. Enviar misiles contra las ciudades más grandes del Nuevo País de Asia era, en teoría, una elección reversible: podía ser abortada antes de que llegaran y hacer caer los misiles al mar. Pero, en la práctica, los puestos de observación del NPA podrían detectar el envío y, ¿quién sabía lo que aquellos chinos bastardos y locos podían hacer? Su cinturón caía como si estuviera en los últimos momentos del embarazo, y parecía ser un buen momento para vomitar. Su secretario número uno le dijo en tono de reproche:

—El doctor Stassen le advirtió que no comiera repollo, señor. Quizá debierais dar instrucciones al chef para que no volviera a hacer esa sopa.

El presidente dijo:

—No quiero reprimendas ahora. Muy bien, escuche. Manténganse en estado de alerta hasta que reciban órdenes mías. No envíen los misiles. Nada de represalias. ¿Entendido?

—Sí, señor—dijo el enviado del DOD contrariado—. Señor, tenemos algunas dudas, de NADCOM, acerca del proyecto Homo Plus, del almirante SWE-PAC. . .

—¡Ya me ha oído! Nada de represalias. Lo demás, dejémoslo estar.

Su secretario número uno le clarificó aquel punto.

—Nuestra posición oficial —dijo— es que este asunto de Australia es un problema doméstico que no concierne a Estados Unidos. Nuestra actuación no debe variar. Mantendremos la oportuna vigilancia, pero no emprenderemos ninguna acción. ¿Es así, señor presidente?

—Así es —dijo Dash—. Ahora, si puede pasarse sin mí durante diez minutos, necesito ir al lavabo.

Brad había pensado en telefonar para ver cómo iba el asunto de la recalibración, pero le gustaba mucho ducharse con una chica, con toda la diversión que implicaba enjabonarse el uno al otro, y el armario estaba provisto de envases de aceite de baño, burbujas y maravillosas y suaves toallas. Hasta las tres no pensó en regresar al trabajo.

Pero ya era demasiado tarde. Weidner había intentado que el subdirector le

permitiera posponer la prueba; éste no había querido decidir nada bajo su propia responsabilidad y había telefonado a Washington, donde había recibido la respuesta de la oficina del presidente:

—No, no puede. Positivamente, no puede, repito, no puede posponer ésta ni ninguna otra prueba.

El hombre que le dio tal respuesta era el secretario número uno, que mientras hablaba se hallaba mirando la proyección Riesgo de guerra sobre una de las paredes del estudio más privado del presidente. E incluso mientras estaba hablando, la raya negra estaba subiendo peligrosamente hacia la línea roja.

Así pues, hubo que seguir adelante con la prueba. Weidner temblaba. Fue bastante bien hasta que empezó a ir realmente mal. Los pensamientos de Roger Torraway volaban lejos de allí cuando oyó que el ciborg le llamaba. Volvió bruscamente a la realidad y se puso de pie con su mono y su máscara de aire, sobre la áspera arena.

—¿Qué sucede, Willy?—preguntó.

Los enormes ojos rojos se volvieron hacia él.

—¡No... no puedo verte, Roger!—aulló el ciborg—. Yo... yo...

Se inclinó hacia delante y cayó. Fue tan rápido como decirlo. Roger ni tan siquiera se había movido hacia él cuando sintió que un gran martillazo de aire le golpeaba con estrépito y le enviaba, dando traspiés, hacia la caída figura del monstruo.

Desde la presión equivalente a dos mil metros que había fuera de la cámara de atmósfera marciana, Don Kayman llegó corriendo desesperadamente. No había esperado. Había abierto las dos puertas. En aquel momento no era un científico. Era un sacerdote. Se arrodilló junto a la forma contorsionada de lo que había sido Willy Hartnett.

Roger se quedó mirando mientras Don Kayman tocaba aquellos ojos rojos, trazaba una cruz sobre la carne sintética, susurrando algo que Roger no podía oír. No quería oírlo. Sabía lo que estaba pasando.

El primer candidato a ciborg estaba recibiendo la extremaunción delante de sus ojos.

El siguiente candidato era Vic Freibart, retirado de la lista por orden del presidente.

La alternativa número dos era Carlini, descartado a causa de su pierna rota.

La tercera alternativa era él, un Mortal con un miedo mortal

No era fácil para un ser humano de carne y hueso llegar a asumir con la razón que su carne va a ser arrancada y sustituida por acero, cobre, plata, plástico, aluminio y vidrio. Podemos comprender que Torraway no se comportara muy racionalmente. Salió aturdido y apresuradamente del tanque de ambiente marciano, como si se sintiera impelido a errar. Pero lo único que quería era salir fuera. El salón le pareció una trampa. Sabía que no podría soportar que nadie se le acercara a darle su pésame por

lo que le había sucedido a Willy Hartnett ni que le reconocieran su nuevo status. Pasó al servicio de hombres, se detuvo, miró a su alrededor... nadie le estaba mirando... y entró en el urinario con los ojos vidriosos, fijos en los brillantes cromados. Cuando alguien entró, se sonrojó vivamente, pero se trataba sólo de un muchacho que le miró sin interés y se dirigió a uno de los lavabos.

Al salir del servicio le alcanzó el subdirector.

—Maldita sea—dijo—. Supongo que ya sabe usted que es...

—Lo sé—contestó Torraway, agradecido de que su voz sonase calmada.

—Vamos a intentar averiguar qué es lo que ha pasado, rápidamente. Habrá una reunión en mi oficina dentro de veinte minutos. Tendremos ya los primeros informes de la autopsia. Quiero que usted esté allí.

Roger asintió, miró su reloj y dio la vuelta. Lo importante, pensó, es mantenerse en movimiento como si estuviera tan atareado que no me pudiera parar. Desgraciadamente, no pudo encontrar ni una sola cosa que hacer, ni tan siquiera fingir que la tenía para eludir conversaciones. No, se dijo con resolución, nada de conversaciones. Lo único que deseaba era no pensar en sí mismo. No tenía miedo. No estaba furioso con su suerte. Simplemente, no estaba preparado para examinar las consecuencias que sobre él tenía la muerte de Willy Hartnett, al menos no en aquel momento...

Levantó la vista; alguien había pronunciado su nombre.

Era Jon Freeling, el ayudante médico de Brad en sistemas perceptivos, que buscaba a Brad.

—No—dijo Torraway, contento de hablar de otra cosa que no fuera la muerte de Willy y su propio futuro—. No sé dónde está. Creo que ha ido a comer.

—De eso hace ya dos horas. Se va a ver en un apuro si no puedo encontrarle antes de la reunión con el subdirector. No estoy seguro de poder contestar a todas las preguntas... tengo que encontrarle, están llevando al ciborg a mi laboratorio ahora y tengo que...

—Yo me encargaré de buscártelo —dijo Torraway precipitadamente—. Le llamaré a su casa.

—Lo he intentado, pero no está allí. Y no ha dejado ningún número adonde se le pueda llamar.

Torraway sonrió, sintiéndose repentinamente aliviado, encantado de encontrar algo a lo que poder responder.

—Ya conoces a Brad—dijo—. Recuerda lo felino que es. Le encontraré.—Tomó el ascensor para subir al piso donde se hallaban las oficinas de la administración, recorrió dos pasillos y llamó a una puerta en la que había un letrero que decía: Estadísticas Administrativas.

La labor de las personas que se hallaban detrás de aquella puerta tenía muy poco que ver con las estadísticas. La puerta no se abrió. En vez de eso, un ojo azul apareció tras una mirilla, observándole.

—Soy el coronel Torraway y es un caso de emergencia.

—Un momento—dijo una voz de mujer. Se produjo un gran alboroto y luego abrió la puerta y le dejó pasar. Había otras cuatro personas en la habitación, todas vestidas de civiles y de aspecto más bien poco distinguido. Cada una tenía una mesa de antiguo diseño, de un tipo que uno no se esperaría encontrar en una moderna oficina de agencia espacial. Las cubiertas estaban bajadas para ocultar lo que había en las mesas.

—Se trata del doctor Alexander Bradley. Es necesario que esté aquí antes de una hora y los de su departamento no pueden encontrarle. El comandante Hartnett ha muerto y...

—Ya sabemos lo del comandante Hartnett—dijo la joven—. ¿Quiere que nos ocupemos nosotros de buscarle?

—No, ya lo haré yo. Pero esperaba que ustedes pudieran decir dónde comenzar a buscar. Sé que nos tienen a todos controlados, incluyendo nuestras actividades personales. —Realmente no lo dijo con demasiada sorna, pero sonó como si así hubiera sido.

La joven le miró durante un momento.

—Estará probablemente en...

—Cállate—dijo el hombre que ocupaba el escritorio que se encontraba detrás de ella, con una voz sorprendentemente enojada.

Ella agitó la cabeza y prosiguió sin mirarle:

—Inténtelo en el motel Chero-Strip Hover dijo—. Suele utilizar el nombre de Beckwith. Le sugiero que le telefonee. Pero quizá sería mejor que nosotros lo hiciéramos por usted...

—Oh, no —dijo resueltamente Torraway, decidido a hacerlo en persona—. Es importante que hable con él personalmente.

El hombre que había hablado antes dijo firmemente:

—Señor Torraway, le aconsejo que nos deje obrar a nosotros...

Pero él ya había dado la vuelta y se dirigía hacia la puerta, asintiendo con la cabeza, pero sin oír nada más. No tenía intención de telefonar, sino de ir personalmente al motel; tenía una razón de peso para salir del laboratorio mientras ordenaba sus pensamientos.

Fuera del ambiente de aire acondicionado de los edificios del laboratorio. Tonka se hacía cada vez más cálida. El sol penetraba incluso por las ventanas provistas de cristales protectores, llenando el coche de Torraway de un calor que desafiaba todos



los sistemas de refrigeración. Condujo de forma inexperta manualmente, tomando las curvas tan cerradas que los neumáticos rechinaban. El motel tenía quince pisos y unos sólidos cristales; parecía atraer directamente sobre sí la luz del sol, como los guerreros de Arquímedes que defendían Siracusa. Resultaba agradable penetrar en el aparcamiento subterráneo y tomar las escaleras mecánicas hasta el vestíbulo.

El vestíbulo era tan alto como el edificio, completamente cerrado, con filas de habitaciones alrededor, puentes y galerías que se cruzaban las unas sobre las otras. El conserje no había oído hablar nunca del doctor Alexander Bradley.

—¿Y Beckwith? —sugirió Torraway, ofreciéndole un billete—. A veces tiene dificultades para recordar su nombre.

Pero fue inútil; el conserje no podía darle noticias de Brad, no quería. Roger sacó el coche del parking, se detuvo ante el sol abrasador y pensó qué podría hacer ahora. Se quedó mirando sin ver a una piscina que reflejaba la imagen del motel. Podría telefonar a Brad a su apartamento, pensó. Debería haberlo hecho desde el vestíbulo del motel; pero ahora no tenía ganas de dar la vuelta y volver a entrar. También podía llamarle desde el coche; pero el teléfono del coche era una emisora de radio y sería mejor que la conversación fuera privada. Decidió ir hasta su casa y llamarle desde allí; no le llevaría más de cinco minutos...

Al llegar a ese punto se dio cuenta de que debería decirle a su esposa lo que había pasado.

No era nada agradable. Contárselo a Dorrie implicaba, desgraciadamente, explicárselo a sí mismo. Pero Roger adoptaba una buena actitud hacia las cosas inevitables, por desagradables que fueran, y manteniendo bloqueada su mente, dirigió el coche hacia su casa.

Desafortunadamente, Dorrie no estaba allí.

La llamó, miró en el comedor, en la piscina de la parte posterior, en ambos baños. Dorrie no aparecía. Habría salido de compras, sin duda. Era un contratiempo, pero no podía hacer nada al respecto, de forma que pensó dejarle una nota; mientras intentaba elegir la frase que iba a escribir miró por la ventana y la vio llegar conduciendo su mini de dos plazas.

Le abrió la puerta antes de que ella llegara.

Había esperado que se sorprendería. Lo que no esperaba es que ella se quedara allí, con sus bonitas cejas levantadas, inexpresiva y sin hacer el menor movimiento. Parecía su propia fotografía, helada en medio de la escalera.

Roger dijo:

—Deseaba hablar contigo de un asunto. Acabo de venir de Chero-Strip, porque Brad también está implicado en ello, pero...

Ella cobró vida y dijo cortésmente:

—Permíteme que entre y me siente.—Su rostro carecía todavía de expresión

mientras entraba en el recibidor y se contemplaba en el espejo. Sacudió una mota del vestido, se arregló el cabello, entró en la sala de estar y se sentó sin quitarse el sombrero. —Hace un calor horrible hoy, ¿verdad?—comentó. Roger se sentó también, intentando ordenar sus pensamientos. Era importante no asustarla. Desde que en una ocasión había visto un programa por la televisión acerca de cómo dulcificar las malas noticias, un estremecimiento mezclado con cierta necesidad de una mayor tolerancia y cierto miedo a ser tachado de poco ético le impedía herir a nadie y le obligaba a dar las noticias poco a poco.

No hay que ser nunca rudo, había dicho el de la televisión. Hay que ofrecer a la persona la oportunidad de prepararse. Darle la noticia poco a poco. En aquel momento Roger pensó que era cómico; recordaba haberle dicho a Dorrie: Querida, ¿has cogido tu carta de crédito? Bueno, es que la necesitas para comprarte un vestido negro... El vestido negro para el funeral... El funeral al que tenemos que ir, y querrás estar adecuadamente vestida, tratándose de quién es... Después de todo, era una anciana muy agradable. Y tú sabías que no conducía muy bien. El policía dijo que no sufrió después de dejar hecho papilla el coche. Tu padre lo está llevando muy bien.. Luego los dos se habían echado a reír.

—Comienza, por favor—le animó Dorrie, tomando un cigarrillo de una tabaquera que había sobre la mesita. Mientras lo encendía Roger vio que la llamita de butano se movía y entonces se dio cuenta con sorpresa de que ella estaba temblando. Estaba sorprendido y al mismo tiempo un poco complacido. Evidentemente, ella se estaba preparando para recibir malas noticias. Siempre había sido muy perspicaz, pensó admirativamente, y ahora que estaba dispuesta podía decírselo.

—Se trata de Willy Hartnett, querida—dijo con delicadeza—. Esta mañana algo funcionó mal y...

Hizo una pausa, esperando que ella comprendiera. Pero la mujer pareció más sorprendida que afectada.

—Ha muerto—dijo Torraway, y se calló.

Ella asintió. No la había afectado, pensó Roger con disgusto. No comprendía. A ella le agradaba Willy, pero no lloraba, ni gritaba, ni mostraba la más mínima emoción.

Entonces él prosiguió:

—Y, por supuesto, eso significa que yo soy el siguiente candidato dijo, intentando hablar lentamente—. Los otros han sido eliminados de la lista; ¿recuerdas que te lo dije? Así pues, yo soy el que repararán ahora, uh, para la misión de Marte.

La expresión que había en el rostro de la mujer le dejó perplejo. Había aprensión en ella, como si hubiera estado esperando algo peor y no estuviera segura todavía de que aquello no vendría a continuación. El añadió con impaciencia:

—¿Comprendes, cariño, lo que te estoy diciendo?

—Si, claro. Es... en fin, es un poco difícil de aceptar.—El asintió satisfecho, y su mujer prosiguió—: Pero estoy confundida. ¿No dijiste antes algo acerca de Brad y del

Chero-Strip?

—Oh, lo siento. Ya sé que he dicho demasiadas cosas a la vez. Sí. He dicho que acababa de estar en el motel buscando a Brad. Parece que han sido los sistemas perceptivos los que han funcionado mal y han matado a Willy. En fin, eso es obra de Brad. Y hoy, precisamente hoy, se ha ausentado mucho tiempo durante la comida... bueno, no tengo que decirte cómo es Brad. Probablemente estará en cualquier parte con alguna de las enfermeras. Pero va a tener problemas si no está allí para la reunión... Se detuvo y miró su reloj—. Vaya, yo también tengo que regresar allí. Pero deseaba decirte esto personalmente.

—Gracias, cariño —dijo ella, ausente, como sumida en un pensamiento—. ¿No habría sido mejor telefonarle?

—¿A quién?

—A Brad, por supuesto.

—Oh, sí, claro, pero esto es algo privado. No quise que nadie lo escuchase. Y además, no creo que hubiera contestado al teléfono. De hecho, el conserje no quiso admitir que él hubiera estado nunca allí. Y tuve que ir al departamento de seguridad para que me dijeran dónde podría encontrarlo.—Un pensamiento le vino súbitamente a la cabeza; sabía que Brad le era simpático a Dorrie, y se preguntó si ella estaría al corriente de la inmoralidad de Brad. Pero aquel pensamiento se volatilizó al tiempo que el decía con admiración—: Querida, tengo que decirte que has aceptado la noticia admirablemente. La mayoría de las mujeres se habrían puesto histéricas.

Ella se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, ¿qué ganaríamos haciendo un drama de ello? Ambos sabíamos que esto podría pasar.

El insinuó:

—A mí no me agrada demasiado, Dorrie. Y, ¿sabes?, creo que el aspecto físico de nuestro matrimonio va a sufrir durante algún tiempo... sin contar el hecho de que estaré fuera en esta misión más de un año y medio.

Ella parecía pensativa, luego resignada: le miró a los ojos y sonrió. Se levantó, se acercó a él y le rodeó con los brazos.

—Voy a estar orgullosa de ti —dijo—. Y luego tendremos una vida larga, muy larga, cuando regreses —Retrocedió cuando él intentó besarla y dijo—: ¿Qué vas a hacer? Nada de eso, tienes que regresar. ¿Qué pasa con Brad?

—Bueno, puedo regresar al motel...

Ella le cortó.

—No lo hagas, Roger. Deja que se cuide a sí mismo. Si ha hecho algo que no está bien, es su problema. Quiero que regreses a tiempo para la reunión y... ¡Oh, eso es! Yo voy a salir de nuevo. Pasaré muy cerca del motel. Si veo el coche de Brad en el

aparcamiento le dejaré una nota.

—No se me había ocurrido hacer eso—dijo admirativamente.

—Pues no te preocupes. No quiero que pienses en Brad. ¡Con lo que va a pasar ahora tenemos que pensar en ti!

Jonathan Freeling, M.D., F.A.C.S., A.A.S.M.

Jon Freeling había trabajado en medicina aeroespacial lo suficiente como para haber perdido la costumbre de tratar con cadáveres Y, especialmente, no estaba acostumbrado a diseccionar los cuerpos de sus amigos. Porque los astronautas no suelen dejar cadáver alguno cuando mueren. Si les ocurre en su trabajo, no suele hacerseles ninguna autopsia. Los que mueren en el espacio, permanecen allí, y los que lo hacen cerca de su casa son quemados en la llama de hidrógeno y oxígeno. En cualquier caso, no hay nada que poner sobre una mesa.

Resulta difícil asumir que aquel objeto que estaba diseccionando era Willy Hartnett. Aquello no parecía tanto una autopsia como, por así decirlo, desmontar una carabina. Había conseguido poner todas aquellas partes juntas (los electrodos de platino allí, los elementos microminiaturizados en su caja negra allá); ahora había que retirarlos de nuevo. Excepto lo que era sangre. A pesar de todo, Willy había muerto con una gran cantidad de húmeda sangre humana dentro del cuerpo.

—Congele y seccione—dijo, entregándole un bisturí con una cubierta de cristal a su enfermera, que lo tomó con un movimiento de cabeza. Era Clara Bly. En su hermoso rostro negro se reflejaba tristeza, aunque uno no podía decir, reflexionaba Freeling, mientras extraía un trozo de metal que formaba parte de los circuitos de la visión, cuánta tristeza se debía a la muerte del ciborg y cuánta al hecho de que hubiera tenido que renunciar a su fiesta. Ella iba a casarse al día siguiente; la habitación que estaba justo al otro lado de la puerta estaba todavía adornada con lazos y flores de papel para la fiesta. Le habían preguntado a Freeling si era necesario quitarlos para la autopsia, pero en realidad no había necesidad de ello; nadie iba a recuperarse en aquella habitación destinada a las recuperaciones.

Miró a su ayudante de quirófano, que se ocupaba de la anestesia en las operaciones normales, y le preguntó:

—¿Se sabe algo de Brad?

—Está en el edificio—respondió ella.

¿Entonces, ¿por qué no asoma su cara de burro por aquí?, pensó Freeling, aunque no lo dijo, limitándose a asentir con la cabeza. Al menos había vuelto. Cualquier cosa que sucediera como consecuencia de aquel incidente, Freeling no tendría que afrontarlo solo.

Pero cuanto más examinaba aquello, más confundido se encontraba ¿Dónde estaba el error? ¿Qué era lo que había matado a Hartnett? Los componentes electrónicos no parecían incorrectos; en cuanto quitaba uno, era transportado a la gente de instrumentación, que lo examinaba minuciosamente. Ningún problema. Ni tan

siquiera la estructura física del cerebro le proporcionaba una explicación inmediata...

¿Sería posible que el ciborg no hubiera muerto de nada?

Freeling inclinó la frente hacia atrás, consciente de que estaba sudando bajo las ardientes luces, esperando instintivamente que su enfermera se la limpiara. Pero ella no estaba allí. Se limpió la frente con la manga. Luego volvió a su trabajo, separando y sacando cuidadosamente el sistema del nervio óptico o... lo que quedaba de él; las secciones mayores habían desaparecido junto con los ojos, reemplazadas por elementos electrónicos.

Entonces lo vio.

Primero brotó sangre del cuerpo caloso. Luego, mientras lo sacaba y lo examinaba cuidadosamente, apareció la vaina resbaladiza y gris blanca de una arteria que había reventado. Un golpe. Un accidente cardiovascular. Un golpe.

Freeling se detuvo aquí. El resto podía examinarse más tarde, o dejarlo definitivamente. Tal vez sería mejor dejar lo que quedaba de Willy Hartnett tal como estaba. Y, además, era la hora de la reunión.

La sala de conferencias servía también de biblioteca del hospital, lo que significaba que cuando había alguna reunión, la investigación se detenía. Había asientos almohadados para catorce personas en torno a la larga mesa y todos estaban ocupados; los demás se sentaron en sillas plegables, situándose en torno a la mesa como podían. Había dos sillas

vacías; eran para Brad y para Jon Freeling, que habían salido corriendo en el último minuto hacia el laboratorio para recoger los resultados finales; en realidad, no era otra cosa que la información que Freeling tenía que darle a su jefe acerca de lo que había sucedido en el tiempo en que había salido "para comer". Todos los demás estaban allí: Don Kayman y Vic Samuelson (promovido ahora como candidato si fallaba Roger, lo cual no parecía agradaarle mucho), Telly Ramez, el jefe del departamento de psiquiatría, todo el personal del departamento cardiovascular, hablando entre ellos, los jefes de los sectores administrativos... y las dos estrellas. La una era Roger Torraway, sentado incómodo cerca de la cabecera de la mesa y escuchando con la sonrisa fija en el rostro las conversaciones de los demás, Jed Griffin, el hombre de confianza del presidente para asuntos difíciles. Su título era simplemente el de director administrativo ayudante

del presidente, pero incluso el subdirector le trataba como si fuera el Papa.

—Podemos empezar cuando desee, señor Griffin —dijo el subdirector. En la cara de Griffin se dibujó una sonrisa y negó con la cabeza:

—No hasta que los que faltan estén aquí—dijo.

Cuando Brad y Freeling llegaron, todas las conversaciones se interrumpieron como si se hubiera desconectado un enchufe.

—Ahora podemos empezar—recalcó Jed Griffin, y el tono de preocupación con el que lo dijo no pasó inadvertido para ninguno de los que se encontraban en la sala, los

cuales, a su vez, compartían el mismo sentimiento. Nosotros también estábamos preocupados, por supuesto. Griffin no deseaba llevar solo su preocupación y se aseguró en seguida de que la compartiría con todos los que estaban en la habitación—. Ustedes no saben —dijo— lo cerca que está este proyecto de darse por terminado, no el año o el mes que viene, no en alguna de sus fases o recortado. Totalmente.

Roger Torraway apartó los ojos de Brad y los fijó en Griffin.

—Totalmente—repitió Griffin—. Concluido.

Parecía extraer satisfacción al decir eso, pensó Torraway.

—Y lo único que lo salva —siguió Griffin— es esto.—Golpeó la mesa ovalada con un fajo de documentos impresos en verde con computadora—. El pueblo americano desea que el proyecto continúe.

Torraway sintió que el corazón le daba un salto en el pecho, y fue en ese preciso instante cuando se dio cuenta de cuán dulce e imperioso había sido el sentimiento de esperanza que lo había precedido. Durante un momento aquello había sonado a suspensión de una ejecución. El subdirector se aclaró la garganta.

—Tengo entendido —dijo— que los sondeos de opinión muestran una considerable, esto, apatía, acerca de lo que estamos haciendo

—Los resultados preliminares, sí—convino Griffin—. Pero cuando se suman y se someten al análisis de una computadora los resultados arrojan un apoyo fuerte y decidido de toda la nación. Es bastante real. Significativo en dos sigmas, de acuerdo, creo, en su terminología. El pueblo desea que un americano viva en Marte.

Sin embargo —añadió—, esto era antes del último fiasco. Dios sabe lo que sucedería si esto trascendiera. La administración no necesita un final fúnebre, algo sobre lo que realizar apologías. Necesita un éxito. Yo puedo decirles cuántas cosas dependen de eso.

El subdirector se volvió hacia Freeling.

—¿Doctor Freeling? —dijo.

Freeling se levantó.

Willy Hartnett murió de un golpe—dijo—. El informe *post mortem* completo está siendo mecanografiado ahora, pero la conclusión es ésta. No hay evidencia de deterioro de sistemas; a su edad y en sus condiciones nadie lo hubiera esperado. De forma que se trata de un trauma. Un exceso de corriente sanguínea en las venas del cerebro.—Miró sus uñas reflexivamente—. Lo que viene a continuación son meras conjeturas —dijo—, pero es lo mejor que puedo hacer. Voy a pedir una serie de consultas a Ripplinger, del Yale Medical School, y a Anford...

—Al diablo con eso—espetó Griffin.

—¿Perdón? —Freeling quedó desconcertado.

—Nada de consultas. No sin recibir antes el máximo de seguridad. Esto es lo más

urgente, doctor Freeling.

—Ah. Bien, entonces... asumiré yo mismo toda la responsabilidad. La causa del trauma fue el exceso de añadidos protésicos. Estaba sobrecargado. No pudo soportarlo.

—Nunca oí que algo así causara un shock —se quejó Griffin.

—Se necesita una gran tensión para ello. Pero sucede. Y estamos tratando con tipos nuevos de tensiones, señor Griffin. Es como si... bueno, se trata sólo de una analogía. Si usted tiene un niño que ha nacido con cataratas congénitas, puede llevarle a un médico y el médico puede eliminárselas. Sólo que debe hacerlo antes de que llegue a la pubertad... antes de que deje de crecer tanto interna como externamente, ¿comprende? Si hasta entonces no lo ha hecho, es mejor que le deje seguir siendo ciego.

Los muchachos a los que se les opera de cataratas después de los trece o los catorce años muestran, y está perfectamente registrado, una interesante tendencia común. Se suicidan antes de llegar a los veinte años.

Torroway estaba intentando seguir la conversación, pero no lo lograba plenamente. Sintió un gran alivio cuando el subdirector intervino.

—No veo qué tiene que ver eso con lo que le ha sucedido a Will Hartnett, Jon.

—En ambos casos hay un exceso de nuevas cosas añadidas. En el caso de los chicos que han sufrido una operación de cataratas lo que sucede es que se produce una desorientación. Reciben nuevas impresiones cuando ya no tienen ningún sistema que siga creciendo para dominarlas. Si poseen facultades visuales desde el nacimiento, el córtex visual desarrolla sistemas para dominar los impulsos que recibe, mediarlos e interpretarlos. Si no, no se desarrollan tales sistemas, y luego es demasiado tarde para que puedan hacerlo.

—Creo que el problema de Hartnett fue que le proporcionamos órganos para cuyo dominio no poseía mecanismo alguno. Era demasiado tarde para que pudiera desarrollarlos. El exceso de datos que recibía le hundió; el sobreesfuerzo rompió una arteria. Y—continuó—creo que le sucederá a Roger también, si hacemos lo mismo con él.

Griffin lanzó una breve y calibradora mirada a Roger Torroway. Torroway aclaró su garganta, pero no dijo nada. No parecía que hubiera nada que él pudiera decir. Griffin habló entonces:

—¿Qué está intentando decirme, Freeling?

El doctor sacudió la cabeza.

—Sólo lo que ha oído. Yo le he dicho lo que estaba mal. A otros corresponde decirle cómo solucionarlo. Pero no creo que pueda ser solucionado. Quiero decir, no desde el punto de visto médico. Tomemos un cerebro... el de Willy o el de Roger. Ha crecido funcionando como radioreceptor. Ahora metemos dentro películas de televisión. El cerebro no sabrá cómo manejarlas.

Durante todo aquel tiempo Brad había estado escribiendo algo, mirando de vez en cuando con expresión de interés. Miró de nuevo hacia su cuaderno de notas, escribió algo, lo miró atentamente y escribió de nuevo, mientras la atención de todos los que llenaban la habitación se centraba en él.

Hasta que, finalmente, el subdirector dijo:

—¿Brad? Parece que ahora te han pasado a ti la pelota.

Brad levantó la vista y sonrió.

—En eso estoy trabajando.

—¿Está de acuerdo con el doctor Freeling?

—No tengo nada que objetar. Está en lo cierto. No podemos introducir cosas nuevas en un sistema nervioso que no posea el implemento necesario para mediatizarlas y traducirlas. Esos mecanismos no existen en el cerebro, en ningún cerebro, a menos que

tomemos a un niño recién nacido y lo remodelemos de forma que el cerebro pueda desarrollar lo que necesita

—¿Está proponiéndome que esperemos a una nueva generación de astronautas?  
—preguntó Griffin.

—No. Estoy proponiendo construir circuitos mediadores dentro de Roger. No sólo nuevos implementos sensoriales. Filtros, traductores... modos de interceptar las cosas añadidas, de mediatizar las sobrecargas, la visión de las diferentes ondas del espectro, el sentido kinestético de los nuevos músculos... todo. Escuchen—dijo—. Permítanme hacer un poco de historia. ¿Conocen algo acerca de McCulloch y Lettvin y el ojo de la rana?—Les miró a todos mientras hablaba—. Por supuesto, Jonhny, tú sí, y uno o dos más de los que están aquí. Por eso es mejor que hablemos un poco de ello. El sistema perceptual de la rana (no sólo el ojo, sino todas sus partes visuales) filtra todo lo que no es importante. Si pasa un mosquito por delante del ojo de una rana, el ojo lo percibe, los nervios transmiten la información, el cerebro responde ante ella y la rana se come al mosquito. Pero si, por ejemplo, delante de ella cayera una hojita, no se la comería. Y no es que decida no comérsela es que no la ve. La imagen se forma en sus ojos, claro, pero la información es descartada antes de que llegue al cerebro. El cerebro no llega a

saber, pues, lo que el ojo ha visto, porque no lo necesita. Sencillamente, no es importante para una rana saber si hay o no una hoja frente a ella.

Roger seguía la conversación con gran interés, pero comprendía menos que antes.

—Un momento—dijo. Yo soy más complejo... quiero decir, un hombre es mucho más complejo que una rana. ¿Cómo podéis decir lo que yo necesito ver?

—Las cosas destinadas a mantener la supervivencia, Rog. Hemos acumulado muchos datos de la experiencia con Willy. Creo que podremos hacerlo.

—Gracias. Prefiero que estéis un poco más seguros.



—Oh, yo estoy suficientemente seguro—dijo Brad con una sonrisa maliciosa—. Esto no me ha cogido enteramente por sorpresa.

Entonces Torraway, con la garganta medio cerrada y con un hilo de voz, dijo:

—¿Quieres decir que permitiste que Willy siguiera adelante y...?

—¡No, Roger! Por favor. Willy era también mi amigo. Pensé que existían suficientes factores de seguridad como para mantenerle al menos vivo. Pero estaba equivocado, y estoy, como mínimo, tan apenado como tú, Roger. Pero todos sabíamos que existía el riesgo de que los sistemas no funcionaran bien, que teníamos que haber trabajado más.

—Eso—dijo gravemente Griffin—no aparece lo suficientemente claro en los informes que nos han ido proporcionando.—El subdirector comenzó a decir algo, pero Griffin movió la cabeza—. Volveremos a este asunto en otro momento. ¿Qué es lo que estaba diciendo ahora, Bradley? ¿Proponía filtrar parte de la información?

—No solamente filtrarla. Mediatizarla. Traducirla formas que Roger pueda dominar.

—¿Y qué me dice de la observación de Torraway acerca de que un hombre es mucho más complejo que una rana? ¿Ha hecho alguna vez eso con seres humanos?

Inesperadamente, Brad sonrió con malicia; estaba preparado para esa pregunta.

—De hecho, sí. Hace unos seis años, antes de venir aquí. Yo todavía era un estudiante. Tomamos a cuatro voluntarios y los condicionamos a una respuesta pavloviana. Les proyectábamos una brillante luz sobre los ojos y simultáneamente pulsábamos un timbre

eléctrico que daba treinta percusiones por segundo. Bueno, evidentemente, cuando alguien tiene una luz brillante frente a los ojos las pupilas se le contraen. Eso no se halla bajo control consciente. No se puede impedir. No es más que una respuesta a la luz, una capacidad evolutiva que protege el ojo de la luz directa del sol.

»Este tipo de repuesta, que afecta al funcionamiento del sistema nervioso automático, es difícil de condicionar en los seres humanos. Pero acabamos lográndolo. Y una vez conseguido, arraiga firmemente. Después de... creo que fue después de trescientas pruebas por cada uno de los voluntarios, conseguimos que la respuesta se fijara. Bastaba con hacer sonar el timbre y las pupilas de los sujetos se encogían hasta convertirse en dos puntitos. ¿Me siguen hasta aquí?

—Recuerdo las suficientes cosas del colegio como conocer los reflejos condicionados. Es elemental Griffin.

—Bueno, lo que sigue no es elemental. Destapamos el nervio auditivo y pudimos medir la señal real que iba al cerebro: treinta percusiones por segundo; pudimos leerlo en el osciloscopio. De forma que cambiamos el timbre. Elegimos uno que sonaba a veinticuatro percusiones por segundo ¿Adivinan qué sucedió? —Nadie respondió. Brad esbozó una sonrisa—. El osciloscopio seguía marcando treinta percusiones por segundo. El cerebro oía algo que no estaba sucediendo en realidad.

»De forma que, como pueden ver, no son sólo las ranas las que poseen esa especie de mediación. Los seres humanos perciben el mundo en formas previamente asimiladas. Las propias percepciones sensoriales dirigen y readaptan la información.

~ Así pues, lo que quiero hacer contigo, Roger —dijo genialmente— es proporcionarte una pequeña ayuda en la interpretación. No podemos hacer mucho con tu cerebro. Bueno o malo, tenemos que trabajar con él tal y como está. Es una masa de gelatina gris con una estructura de capacidad limitada y no podemos verter constantemente información sensorial. En el único lugar en el que podemos manipular es en la zona intermedia... antes de que la información llegue al cerebro.

Griffin golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¿Podemos establecer una fecha?—urgió.

Sólo puedo intentarlo, señor —dijo Brad brillantemente.

—¡Y puede que sólo consiga meter el culo en una grieta si seguimos adelante y no funciona, muchacho!

La genialidad se borró del rostro de Brad.

—¿Qué quiere que le diga?

—¡Quiero que me hable de los contras! —aulló Griffin.

Brad dudó.

—Únicamente un mayor gasto de dinero—dijo por último.

—Entonces—dijo Griffin, sonriendo al fin—, adelante con el proyecto.

Sólo dinero, pensaba Roger mientras regresaba a su oficina; no es una mala apuesta. Por supuesto, depende del premio.

Aminoró el paso para dejar que Brad le alcanzara.

—Brad —dijo—, ¿estás totalmente seguro de lo que has dicho?

Brad le golpeó amistosamente la espalda.

—A decir verdad, más seguro de lo que me he mostrado. Lo que sucede es que no quería arriesgar el cuello con el viejo Griffin. Y, oye, Roger, gracias.

—¿Por qué?

—Por intentar avisarme hoy. Aprecio mucho tu gesto.

—No tiene importancia —dijo Roger. Se quedó allí parado durante un momento, mirando cómo Brad se alejaba y preguntándose por qué sabía algo de lo que él sólo había hablado con su mujer.

Nosotros hubiéramos podido decírselo... como, de hecho, hubiéramos podido decirle muchas, muchas cosas, incluso por qué los sondeos mostraban lo que mostraban. Pero en realidad no había necesidad de decírselo. Podría haberlo descubierto él solo... de haberse esforzado por hacerlo.

## **7 El mortal se convierte en un monstruo**

Don Kayman era un hombre complejo que nunca eludía un problema. Por eso deseábamos que estuviera en el proyecto como arqueólogo. Pero ello implicaba también la parte religiosa de su vida. Un problema religioso le estaba molestando en un rincón de su cerebro.

Ello no le impedía silbar para sí mientras se afeitaba cuidadosamente alrededor de su barba a lo Dizzy Gillespie y cepillaba su cabello con esmero frente a su espejo. Y sin embargo, aquello le preocupaba. Se miró en el espejo intentando aislar lo que le estaba perturbando. Al cabo de un momento se dio cuenta de que al menos una de las cosas era su camisa. No combinada. Se la quitó y se puso otra de cuatro colores con cuello de cisne que se parecía lo suficiente al cuello de la sotana como para despertar su sentido del humor.

Sonó el interfono.

—¿Donnie? ¿Estás preparado?

—Voy en un minuto—dijo, mirando a su alrededor. ¿Que más? Su chaqueta deportiva estaba sobre una silla. Sus zapatos brillaban. "Tengo la cabeza en las nubes", se dijo. Lo que le preocupaba era algo relativo a Roger Torraway, por el que, en aquel momento, sentía auténtica pena.

Se encogió de hombros, cogió su chaqueta, bajó al vestíbulo y llamó en la puerta del convento de la hermana Clotilda.

—Buenos días, padre—dijo la novicia que le abrió la puerta—. Siéntese. Le diré que está usted aquí.

—Gracias, Jess.—Mientras desaparecía por el fondo del recibidor, Kayman la miró apreciativamente.

Los ajustados pantalones de su hábito le sentaban muy bien, y Kayman se divirtió con el sentimiento ligero y antiguo de inmoralidad que le estaba invadiendo. Era un vicio bastante insignificante, como comer carne en viernes. Recordó a sus padres comiendo tenazmente pescado congelado todos los viernes por la noche, incluso después de que la dispensa se hubiera generalizado. No era que tuvieran sentimientos de pecado por comer carne, sino sencillamente que sus sistemas digestivos se habían acostumbrado tanto al pescado de los viernes que no sabían cómo cambiarlo. Los sentimientos de Kayman con respecto al sexo se relacionaban íntimamente con eso. Cuando había sido abolida la regla del celibato, no pudo acabar de un plumazo con la mentalidad genéticamente heredada de dos mil años de un sacerdocio que pretendía

no saber para qué servía su aparato sexual.

La hermana Clotilda entró alegremente en la habitación, besó su recién afeitada mejilla y le tomó del brazo.

—Hueles bien —dijo.

—¿Vamos a tomar un café a alguna parte?—le preguntó él.

—No, prefiero un paseo.

El sol otoñal de Texas había calentado terriblemente el aire.

—¿Levanto la capota?

Ella negó con la cabeza.

—Te revolvería el cabello. Además hace demasiado calor.—Se ajustó el cinturón de su asiento y le miró—. ¿Qué sucede?

El se encogió de hombros, puso el coche en marcha y lo dirigió por caminos automatizados.

—Yo... no estoy seguro. Me siento como si hubiera olvidado confesar algo.

Ella levantó la cabeza sorprendida.

—¿A mí?

—Oh, no, Tillie. Es... no estoy seguro de lo que es. —Tomó la mano de la mujer distraidamente, mientras miraba por la ventanilla.

Mientras pasaban por una carretera elevada pudo ver el blanco cubo del edificio del laboratorio proyectándose contra el horizonte.

No era su interés por la hermana Clotilda lo que le preocupaba, estaba seguro de ello. Aunque le gustaba aquel ingenuo saborcillo de culpa, no estaba dispuesto en ningún sentido a burlarse de las leyes de su Iglesia y su Dios. Quizá, pensó, podría alquilar los servicios de un buen abogado y presentar batalla, pero no quebrantar una ley. Consideraba su persecución de la hermana Clotilda como algo bastante aventurado, y el resultado final dependería de lo que su orden permitiera a la religiosa cuando, y en el

caso de que, él le pidiera que solicitara una dispensa. No tenía ningún interés en grupos marginados de las comunas clericales como la de los nuevos cátaros.

—¿Roger Torraway?—inquirió ella.

—No debería sorprenderme dijo él—. Hay algo relativo a la degeneración de sus sentidos que me preocupa. Sus percepciones del mundo.

La hermana Clotilda le apretó la mano. Como psiquiatra social, sabía lo que estaba pasando en el proyecto y conocía a Don Kayman.

—Los sentidos son engañosos, Donnie. Está en las Escrituras.

—Oh, seguro. ¿Pero tiene Brad algún derecho a decidir en qué han de mentir los sentidos de Roger?

Clotilda encendió un cigarrillo y le dejó que pensara en ello. No volvió a hablar hasta que no estuvieron cerca del centro comercial.

—Es la siguiente desviación, ¿no?

—Sí —dijo tomando el volante y poniendo el vehículo en situación de conducción manual. Aparcó el coche, mientras seguía pensando en Roger Torraway. Estaba el problema inmediato de la mujer de Roger. Eso ya era un problema suficientemente grave. Pero aún habla otro mayor: ¿cómo podría calibrar Roger la trascendencia del más importante de sus problemas personales, decidir lo que estaba Bien y lo que estaba Mal, si la información sobre cuya base había de tomar una decisión estaba filtrada a través de la mediación de los circuitos de Brad?

Sobre el escaparate había un letrero que decía PRETTY FANCIES. Era una tienda pequeña, aunque lo suficientemente grande como para resultar cara. Con la renta, las utilidades, el seguro, el salario de tres dependientes y un generoso sueldo de dirección para Dorrie, significaba una pérdida neta mensual de cerca de dos mil dólares. Roger los pagaba de buen grado, aunque pensaba que habría sido más barato pagarle a Dorrie los dos mil dólares al mes como pensión.

Dorrie estaba colocando porcelana china en un rincón en el que había un cartel que anunciaba: «Rebajas. Mitad de precio.» Hizo un gesto cortés a sus visitantes.

—Hola, Don. Encantada de volver a verla, hermana Clotilda. ¿No quieren comprar unas tazas de té rojas más baratas?

—Son bonitas —dijo Clotilda.

—Sí, lo son. Pero no las compre para el convento. El FDA acaba de ordenar su retirada del mercado. Parece ser que su vidriado es venenoso... si bebe más de cuarenta copas de té en ellas al día durante veinte años.

—Oh, eso suena muy mal. Pero ¿usted las está vendiendo?

—La orden no es efectiva hasta dentro de treinta días —explicó Dorrie, haciendo un guiño—. Supongo que no debería decirles esto a una monja y a un sacerdote, ¿verdad? Pero, honestamente, hemos estado vendiendo este género durante años y nunca hemos oído que haya muerto nadie.

—¿Quieres tomar una taza de café con nosotros? —preguntó Kayman—. En otras tazas, por supuesto.

Dorrie emitió un suspiro, colocó una taza junto a las demás en un estante y dijo:

—No, es mejor que hablemos. Vayamos a mi oficina.—Ella les precedió, mostrándoles el camino, y dijo por encima del hombro mientras caminaba —De todas formas ya sé por qué están aquí.

—Oh, ¿sí? —dijo Kayman.

—Quieren que vaya a visitar a Roger. ¿Acierto?

Kayman se sentó en una amplia silla de brazos, frente al escritorio.

—¿Y por qué no, Dorrie?

—Bueno, Don, ¿para qué? El está congelado. No va a darse cuenta de si yo estoy allí o no.

—Sí, está bajo el efecto de fuertes sedantes. Pero tiene períodos de consciencia.

—¿Ha preguntado por mí?

—Sí, lo ha hecho. Pero ¿que quieres que haga? ¿Que suplique?

Dorrie se encogió de hombros, jugueteando con una pieza de ajedrez de cerámica.

—¿Has pensado alguna vez en ocuparte de tus propios asuntos, Don?

El no hizo caso de la ofensa.

—Es lo que estoy haciendo. Ahora Roger es uno de nuestros hombres indispensables. ¿Estás al corriente de lo que está pasando? Ha estado ya sobre la mesa de operaciones veintiocho veces. ¡En treinta días! Ya no tiene ojos. Ni pulmones, ni corazón, ni orejas, ni nariz... ni tan siquiera piel. Se la han quitado toda, unos pocos centímetros cuadrados cada vez, sustituida por otra sintética. Y sigue vivo. Hay hombres que se han convertido en santos por eso, y ahora nosotros tenemos uno que ni tan siquiera puede tener a su propia mujer...

—¡Basta ya, Don! —gritó Dorrie—. No sabes de qué estás hablando. Roger me pidió que no fuera a verle después de que comenzaran con las operaciones. Pensaba que yo no sería capaz de... ¡No quería que yo le viera así!

—La impresión que tengo de ti, Dorrie—dijo el sacerdote sin reservas—, es que estás hecha de un material bastante resistente. Serías capaz de soportarlo.

Dorrie hizo una mueca. Durante un momento, su bello rostro no pareció bello en absoluto.

—No es cuestión de lo que yo pueda soportar—. Mira, Don. ¿Sabes lo que es estar casada con un hombre como Roger?

—Me atrevo a aventurar que algo bastante bueno—contestó Kayman, perplejo—. ¡Es un buen hombre!

—Lo es, si. Lo sé al menos tan bueno como tú, Don Kayman. Y además está muy enamorado de mi.

Hubo una pausa

—Es que no comprendo lo que esta diciendo dijo la hermana Clotilda—. ¿Está disgustada por algo?

Dorrie miro a la monja seriamente.

—Disgustada. Es una forma de decirlo. —Dejó la pieza de ajedrez y se recostó sobre el escritorio—. Ese es el sueño de todas las chicas, ¿no? Encontrar un héroe auténtico, hermoso, listo, famoso y lo más rico posible... y tenerle tan enamorado que no sea capaz de ver ningún error. Por eso me casé con Roger. No podía creer que fuera tan afortunada —Su voz bajó de tono. Me parece que no saben lo que es tener a un hombre muy enamorado. ¿Qué es lo bueno de un hombre así? A veces, cuando estamos juntos en la cama, mientras intento conciliar el sueño, puedo oírle despierto junto a mí, sin moverse, sin atreverse a ir al baño, insoportablemente considerado... ¿Saben que cuando viajamos juntos no va al baño hasta que cree que estoy dormida, o cuando estoy fuera, en alguna parte? Se afeita en cuanto se levanta..., no quiere que le vea con el cabello desordenado. Se afeita las axilas, utiliza el desodorante tres veces al día. ¡Me... me trata como si yo fuera la Virgen María, Don! Es un fatuo. Y ha sido así siempre durante nueve años.

Miró suplicante al sacerdote y a la monja, que permanecían en silencio, un poco incómodos.

—Y luego —siguió Dorrie— ustedes vienen aquí a decirme que debo ir a verle cuando le están convirtiendo en algo espantoso y ridículo. Ustedes y todos los demás. Kathleen Doughty vino por aquí la noche pasada. Había estado bebiendo y decidió venir a decirme, con toda su sabiduría extraída del whisky, que estaba haciendo desgraciado a Roger. Bueno, tiene razón. Ustedes también tienen razón. Le estoy haciendo desgraciado. Donde se equivocan es al pensar que iba a hacerle feliz viéndole... Oh, demonios.

Sonó el teléfono. Dorrie lo cogió y luego miró a Kayman y a la hermana Clotilda. La expresión de su rostro, hasta entonces casi suplicante, quedó condensada como las figuras de porcelana que había en una mesa detrás del escritorio.

—Discúlpeme—dijo, desplegando los suaves pétalos de plástico que había alrededor del auricular y que evitaban que se escuchara la conversación, y dándose la vuelta en la silla. Habló de forma inaudible durante un momento, colgó y se volvió de nuevo hacia ellos.

—Me has hecho recapacitar, Dorrie —dijo Kayman—. Pero aún...

Ella sonrió con una sonrisa de porcelana.

—Pero aún deseas decirme cómo llevarlo. Bueno, pues no puedes. Ambos han representado un papel. Les agradezco que hayan venido. Ahora les ruego que se vayan. No hay nada más que decir.

Dentro del gran cubo blanco del edificio del proyecto, Roger yacía, extendido como un águila, en la cama fluida. Había estado así durante treinta días. Estaba la mayor parte del tiempo inconsciente o no podíamos decir si estaba consciente o no. Soñaba. Al principio podíamos saber cuándo estaba soñando por los rápidos movimientos de sus ojos, luego, cuando éstos hubieron desaparecido, por los movimientos en los extremos del músculo. Algunos de sus sueños no lo eran en realidad, pero él no era capaz de distinguirlos.

Permanecimos muy pendientes de él durante cada segundo de aquel mes. No había apenas una flexión de un músculo que no fuera recogida por un monitor; registrábamos laboriosamente los datos y manteníamos una constante vigilancia de sus funciones vitales.

Era sólo el principio. Lo que le habíamos hecho a Roger durante los primeros treinta días de ciborg era mucho más de lo que le habíamos hecho a Hartnett. Y eso no era suficiente. Cuando acabó esa primera fase, equipos de protésicos y de cirujanos comenzaron a hacer intervenciones que jamás se le habían hecho antes a un ser humano. Todo su sistema nervioso fue revisado y sus vías principales conectadas a ingenios que controlaba la enorme computadora del centro. Este era el gran objetivo de la IBM 3070. Ocupaba la mitad de habitación y aún no tenía la suficiente capacidad para realizar todo lo que el trabajo exigía. Era solo provisional. Tres mil kilómetros más lejos, en el estado de Nueva York, la factoría IBM estaba construyendo una computadora especial. Diseñarla era la parte más difícil del proyecto. Estuvimos revisando constantemente los circuitos incluso mientras eran colocados en los bancos de pruebas. No podía pesar más de treinta kilos, en la Tierra. Su lado más grande no podía ser mayor de medio metro. Y tendría que funcionar con baterías que se recargarían continuamente mediante paneles solares.

Los paneles solares resultaron un problema al principio, pero se resolvió con bastante elegancia. Requerían un área de superficie que no podía ser menor de tres metros cuadrados. La superficie del cuerpo de Roger, incluso después de haber sido cambiado con varios aditamentos, no era lo suficiente mente extensa, no lo hubiera sido ni aunque pudiera captar la débil luz solar de Marte con toda su superficie a la vez. Resolvimos el problema diseñando dos grandes y finísimas alas.

—Va a parecer Oberón—dijo Brad jubiloso cuando vio los dibujos.

—O un murciélago—refunfuñó Kathleen Doughty.

Parecían alas de murciélago, sobre todo teniendo en cuenta que eran negras. No hubieran servido para volar, ni siquiera en una atmosfera densa, si Marte la hubiera tenido. Eran láminas muy finas, con una pequeña trama estructural. Pero no estaban diseñadas para volar. Estaban pensadas para desplegarse automáticamente y orientarse de forma que recibieran la mayor cantidad posible de radiación emitida por el sol. Después de considerarlo mucho, el diseño fue cambiado por otro que incluía un cierto control por parte de Roger, de forma que pudiera utilizar las alas de la misma manera que los funámbulos su vara: para equilibrarse. De todas formas, eran un inmenso añadido que sobresalía mucho más que las "orejas" que le habíamos puesto a Willy Hartnett.

Las alas solares fueron diseñadas y fabricadas en ocho días; cuando estuvieron terminadas, la espalda de Roger estaba preparada para recibirlas. La piel estaba también lista. Habían empleado tanta sobre Willy Hartnett como dotación original, así como para los cambios de diseño que se iban produciendo a medida que avanzaba el proyecto, que las nuevas capas eran añadidas al organismo de Roger tan rápidamente como los cirujanos le iban quitando el tegumento con el que había nacido.

De vez en cuando, Roger salía de su sopor y miraba a su alrededor con una mirada



que parecía de reconocimiento e inteligencia. Pero resultaba difícil estar seguro de ello. Sus visitantes (tenía constantemente todo un torrente de ellos) a veces le hablaban, otras veces venían a verle como si se tratara de un espécimen de laboratorio sujeto a manipulación y discusión, y no una persona. Vern Scanyon estaba allí casi todos los días, viendo con creciente repugnancia cómo se desarrollaba aquel ser.

—Parece un diablo—gruñó—. ¡A los contribuyentes les gustaría ver esto!

—Cuidado, general—le espetó Kathleen Doughty, interponiendo su pesado cuerpo entre el director y el sujeto—. ¿Cómo sabe que no puede oírle?

Scanyon se encogió de hombros y dejó el informe destinado a la oficina del presidente. Don Kayman llegó mientras él se marchaba.

—Gracias, madre de todo el mundo—dijo seriamente—. Aprecio mucho su interés por mi amigo Roger.

—No es sentimentalismo —dijo ella con irritación—. El pobre ha de tener algo de confianza en sí mismo; va a necesitarla. ¿Sabe con cuántas personas mutiladas y parapléjicas he trabajado? ¿Y sabe cuántas habrían sido diagnosticadas casos perdidos que no andarían nunca más, ni moverían ningún músculo ni tan siquiera podrían ir al lavabo solos? Es el poder de la voluntad lo que lo hace, Don, y por eso usted necesita creer en sí mismo.

Kayman frunció el ceño; el estado de Roger ocupaba buena parte de sus pensamientos.

—¿Trata de discutir conmigo? —preguntó Kathleen ásperamente, desdeñando el gesto de Don.

—¡De ningún modo! Quiero decir... sea razonable, Kathleen; ¿soy el tipo de hombre que pone en cuestión la trascendencia de lo espiritual sobre lo físico? Sencillamente, estoy agradecido. Usted es una buena persona, Kathleen.

—Por supuesto —gruñó ella, cambiando el cigarrillo de lugar en la boca—. Para eso me pagan. Y además—añadió—, ¿no ha estado todavía en su despacho? Hay una nota de Su Excelencia el general dirigida a todos nosotros para que no olvidemos lo importante que es lo que estamos haciendo..., con una pequeña amenaza de algo así como meternos en

un campo de concentración si no está todo preparado para el día del lanzamiento.

—Como si necesitáramos que nos lo recordaran—asintió el padre Kayman mirando la grotesca e inmóvil figura de Roger—. Scanyon es un buen hombre, pero tiende a pensar que todo lo que hace está en el mismísimo centro del universo. Sólo que esta vez puede que tenga razón...

Era, al menos, una afirmación muy colorística. Para nosotros, la cuestión estaba clara: el eslabón más importante de todas las complejas interrelaciones de mente y materia que la generación anterior de científicos había denominado Gaia estaba allí, flotando sobre su cama fluida, con el aspecto de una estrella japonesa de cine de horror. Sin Roger Torraway, el cohete marciano no despegaría a tiempo. Millones de

personas podrían poner en tela de juicio su importancia. Nosotros no.

Roger estaba en el centro de todas las cosas. En torno a él, en el edificio del proyecto, se desarrollaban los esfuerzos de auxiliares y asociados que iban a hacer de él lo que tenía que ser. En el quirófano situado tras una puerta cercana, Freeling, Weidner y Bradlev añadían nuevas partes en su interior. Abajo, en el tanque de presión marciana donde había muerto Willy Hartnett, aquellas partes eran probadas. A veces fallaban en un tiempo sorprendentemente corto; entonces había que volver a diseñarlas, si ello era posible, o dar marcha atrás; otras veces, se utilizaban pese a todo, cruzando los dedos y orando por su buen funcionamiento.

El universo se abría ante Roger, como las hojas de una cebolla. Más allá, en el edificio, estaba la computadora gigante 3070, cliqueando y zumbando, mientras desarrollaba nuevos segmentos de programación para controlar las mediaciones que se construían dentro de Roger hora tras hora. Fuera del edificio estaba la comunidad de Tonka, que vivía o moría por la salud del proyecto, su principal mercado de empleos y la razón mayor de su existencia. En torno a Tonka se abría el resto de Oklahoma, y extendiéndose en todas direcciones los otros cincuenta y cuatro estados, y rodeándolos todo un mundo conmocionado y hambriento, febrilmente ocupado en enviar notas interrogantes de una capital a otra a nivel político, mientras luchaban por la subsistencia sus miradas de seres vivientes.

El personal del proyecto se había aislado del resto del mundo. Si podían evitaban mirar las noticias de la televisión y no leían en los periódicos más que las gacetillas deportivas. Para las altas esferas, la explicación era que no tenían tiempo, pero no era ésa la razón. La razón era, sencillamente, que no querían enterarse. El mundo se había vuelto loco, y el extraño aislamiento dentro del gran cubo blanco del edificio del proyecto les parecía sano y real, mientras que las revueltas en Nueva York, la encarnizada lucha en torno al golfo Árabe y las masas hambrientas de lo que solía llamarse "las naciones en desarrollo", les parecían fantasías sin importancia.

Eran fantasías. Al menos, no tenían importancia para el futuro de nuestra raza.

Y de esta forma, Roger continuaba cambiando y sobreviviendo. Kayman pasaba cada vez más tiempo junto a él. Aprovechaba todos los minutos que le dejaba libre su tarea de supervisar el tanque de ambiente marciano. Le contemplaba con afecto, mientras Kathleen Doughty se paseaba por la habitación, echando colillas de cigarrillos por todas partes, excepto sobre Roger. Pero seguía preocupado.

Hubo de aceptar la necesidad que tenía Roger de circuitos de mediación para interpretar el exceso de información añadida, pero aún no había respondido la pregunta principal: si Roger no podía saber lo que estaba viendo, ¿cómo podría distinguir la Verdad?

## **8 A través de unos ojos engañosos**

La temperatura había cambiado rápidamente y para mejorar. Habíamos visto venir el cambio como una cuña de aire polar procedente de Alberta que había llegado al Texas Panhandle. Los primeros vientos habían echado por tierra las cubiertas de los

coches. Todo el personal del proyecto que no poseía vehículos con volante se vio obligado a utilizar los transportes públicos, de modo que el parking se encontraba casi vacío, ocupado sólo por los grandes y desmañados nudos de hierbas que rodaban con el viento.

Nadie había prestado atención a estos vientos que advertían el cambio, y los resfriados y las gripes del primer frío real del año hicieron su aparición. Brad hubo de guardar cama. Weidner pasó su resfriado de pie, pero no se le permitía acercarse a Roger por miedo a que pudiera contagiarle - su insignificante enfermedad, que, no obstante, no lograba curar del todo. La mayor parte del trabajo que había que hacer sobre Roger cayó, pues, en Johnathan Freeling, cuya salud fue vigilada desde entonces casi tan celosamente como la de Roger. Kathleen Doughty, aquella anciana indestructiblemente fuerte, se pasaba toda el tiempo en la habitación de Roger, esparciendo colillas por todas partes y vigilando a las enfermeras.

—Trátenlo como a una persona—le había ordenado—. Y abríguense antes de salir para sus casas. Podrán enseñar su bello rostro en cualquier otro momento. Ahora, lo que tienen que hacer es evitar coger frío hasta que podamos prescindir de ustedes.

Las enfermeras no la soportaban. Lo hacían todo lo mejor que podían, incluida Clara Bly, que había tenido que suspender su luna de miel para sustituir a las enfermeras que se encontraban en cama. Lo hacían todo con tanto cuidado como la propia Kathleen Doughty, contemplando a la grotesca criatura que todavía se llamaba Roger Torraway como el ser humano que de hecho era, tan capaz de sentir ternura o depresión como los demás.

Roger estaba comenzando a ser más claramente consciente. Durante veinte horas, o más, cada día permanecía congelado o bajo los efectos de algún analgésico que le mantenía en un estado de semivigilia; pero a veces reconocía a la gente que se hallaba en la habitación con él, y otras incluso hablaba coherentemente con ellos. Luego teníamos que volver a manipular en él.

—Me gustaría saber lo que siente ahora—le dijo Clara Bly a la enfermera que venía a relevarla.

La otra joven miró la máscara en que se había convertido el rostro de Roger, con los enormes ojos que se habían fabricado para él.

—Mejor será que te vayas si no lo sabes—dijo—. Vete a casa, Clara.

Roger lo había oído. Las líneas del osciloscopio lo demostraban. Estudiando los gráficos podríamos formarnos alguna idea de lo que se producía dentro de su mente. A veces sentía dolor, eso era evidente. Pero el dolor no era algo que necesitase atención. Era sencillamente una parte de su vida. Aprendió a esperarlo y a aceptarlo cuando aparecía. No era consciente de muchas más cosas que pertenecieran a su propio cuerpo. Los sentidos relativos al conocimiento de su cuerpo no habían entrado todavía en contacto con la realidad de su nuevo organismo. No sabía en qué momento eran reemplazados o complementados sus ojos, sus pulmones, su corazón, sus oídos, su nariz o su piel. No sabía reconocer las claves que podrían haberle proporcionado la información. ¿Cómo saber que el sabor de la sangre o el hecho de vomitar por su garganta significaba que sus pulmones habían desaparecido? La oscuridad, la

supresión de un dolor en su cerebro, que era tan distinto a cualquier dolor de cabeza que antes sintiera, ¿cómo podría haber averiguado lo que significaba, cómo distinguir entre la renovación de la totalidad de su

sistema óptico y el hecho de que se hubieran apagado las luces?

Se dio cuenta muy vagamente de que en algún momento había dejado de sentir el familiar aroma a hospital, el olor a desinfectante. Pero ¿cuándo? No lo sabía. Todo lo que sabía era que habían desaparecido todos los olores de su entorno.

Podía oír. Con una agudeza discriminatoria y un nivel de percepción que jamás había poseído antes; podía oír cada una de las palabras que se decían en la habitación, por muy bajo que las pronunciaran, así como la mayor parte de lo que sucedía en las habitaciones contiguas. Oía lo que la gente decía cuando estaba lo suficientemente consciente para hacerlo. Entendía las palabras. Podía darse cuenta de la buena voluntad de Kathleen Doughty y de Jon Freeling, y comprendía la preocupación y la cólera que subyacían en las voces del subdirector y del general.

Y, sobre todo, podía sentir el dolor.

¡Existía una gama tan amplia y diferente de dolores! Eran los dolores de todas las partes de su cuerpo. Estaban los productos curativos de la cirugía, y el violento palpitar de los tejidos contusionados mientras se realizaban las grandes operaciones. Estaban también los innumerables pinchazos cuando Freeling o las enfermeras introducían sus instrumentos en los mil lugares lacerados de la superficie de su cuerpo.

Y estaba también el dolor más profundo e interno, que a veces parecía físico, que afloraba cuando pensaba en Dorrie. En ocasiones, cuando se encontraba despierto, recordaba haber preguntado si ella había estado allí o si había llamado. No podía recordar si le habían respondido.

Un día sintió un dolor ardiente y nuevo dentro de su cabeza... y se dio cuenta de que era luz.

Podía ver de nuevo.

En cuanto las enfermeras se dieron cuenta de que podía ver, fueron a informar de ello a Jon Freeling, el cual tomó el teléfono y llamó a Brad.

—Está bien —dijo Brad—. Manténle a oscuras hasta que yo llegue.

Brad tardó más de una hora en llegar, y cuando apareció podía apreciarse claramente que se tambaleaba. Se sometió a una ducha antiséptica, se aplicó un spray oral y se colocó una mascarilla de cirujano; y luego, cautelosamente, abrió la puerta y penetró en la habitación de Roger.

Una voz dijo desde la cama:

—¿Quién está ahí?—era una voz débil y vacilante, pero era la voz de Roger.

—Soy yo. Brad.—Se mantuvo junto a la puerta mientras buscaba el interruptor de la luz.— Voy a dar la luz durante un momento, Roger. Avísame cuando puedas verme.

—Ahora puedo verte —dijo la voz—. Al menos, creo que eres tú.

Brad contuvo la mano.

—Qué diablos...—comenzó a decir, y luego se interrumpió e hizo una pausa—. ¿Qué quieres decir con eso de que me ves? ¿Qué es lo que ves?

—Bueno—murmuró la voz—, no estoy seguro de verte la cara. Para mí no es más que una especie de fulgor. Pero puedo verte las manos, y la cabeza. Son brillantes. Y puedo distinguir muy bien tu cuerpo y tus brazos. Bastante débilmente, sin embargo... Sí, puedo ver también tus piernas. Pero tu cara resulta divertida. El centro no es más que una mancha.

Brad se palpó la mascarilla comprendiendo.

—Infrarrojos. Ves el calor. ¿Qué más puedes ver, Roger?

Durante un momento permaneció en silencio. Luego dijo:

—Bueno, hay una especie de cuadrado de luz; creo que es la silueta de la puerta. No veo más que su silueta. Y algo bastante brillante en la pared, de donde también procede un ruido... ¿Son los monitores telemétricos? Y puedo verme el cuerpo, y la sábana que lo cubre, y mi silueta bajo la sábana.

Brad pasó la mirada por la habitación. Aunque había tenido tiempo suficiente para que sus ojos se adaptaran a la oscuridad, no podía ver casi nada; sólo la silueta de los diales iluminados de los monitores y una raya muy ligera de luz en torno a la puerta.

—Eso está muy bien, Rog. ¿Algo más?

—Sí, pero no sé lo que es. Unas luces allá abajo, cerca de ti. Muy oscuras.

—Creo que se trata de los conductos de la calefacción. Lo estás haciendo muy bien, muchacho. Ahora voy a aumentar un poco la luz. Tal vez tú puedas ver algo así, pero ni yo ni las enfermeras podemos ver nada. Dime lo que sientes.

Poco a poco fue haciendo girar el disco que graduaba la luz, un poco más en un octavo. Las luces que se escondían tras la moldura del techo se encendieron... muy poco al principio, luego más fuerte. Brad podía distinguir ahora la forma de la cama, luego las alas desplegadas sobre el cuerpo de Roger Torraway, y luego su cuerpo, con una sábana que le cubría hasta la cintura.

—Ahora puedo verte—dijo Roger con su aguda voz—. Resulta algo diferente... Ahora distingo colores y tu no estás tan brillante.

Brad le tomó la mano.

—Eso está bastante bien por el momento.—Tuvo que recostarse contra la pared—. Lo siento—dijo—. He cogido frío, o algo así... ¿Cómo te encuentras tú? ¿Sientes algo? Quiero decir, ¿algún dolor o algo similar?

—¡Por Cristo, Brad!

—No, quiero decir relacionado con la visión. ¿Te hace daño la luz... en los ojos?

—Es casi lo único que no me duele—respondió Roger.

—Perfecto. Voy a dar un poco más de luz..., Así. ¿Está bien? ¿Ningún problema?

—No.

Brad se acercó cuidadosamente a la cama.

—Muy bien. Quiero que intentes algo. ¿Puedes... bueno, cerrar los ojos? Quiero decir, ¿puedes desconectar los receptores de visión?

Hubo una pausa.

—No, creo que no.

—Bueno, sí que puedes, Rog. Se te ha introducido la capacidad para hacerlo; lo único que tienes que hacer es encontrarla. Willy tuvo algunos problemas al principio, pero lo consiguió. Tras algunos intentos, lo consiguió.

—...No pasa nada.

Brad meditó durante unos segundos. Tenía la cabeza embotada por la infección y se sentía débil.

—¿Qué tal? ¿Has vuelto a tener problemas con las cuencas de los ojos?

—No... Bueno, puede ser. Un poco.

—¿Puedes recordar dónde te dolía?

Aquella masa se movió incómoda en la cama, con sus grandes ojos fijos en los de Brad.

—Creo..., creo que sí.

—Busca ahí —ordenó Brad—. Intenta encontrar los músculos correspondientes. Los músculos no están, pero si las terminaciones nerviosas que los controlan.

—...Nada. ¿Qué músculo he de buscar?

—¡Oh, demonios, Roger! Se llama *rectus lateralis*. ¿De qué te sirve saberlo? Lo que tienes que hacer

es rebuscar por esa zona.

—...Nada.

—Está bien —dijo Brad—. No importa, por ahora. Inténtalo las veces que puedas, ¿de acuerdo? Acabarás encontrando la forma de hacerlo.

—Qué divertido —susurró la resentida voz desde la cama—. Eh, Brad. Estás más brillante.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Brad.

—Más brillante. Hay más luz en tu cara.

—Ya—dijo Brad, dándose cuenta de que comenzaba a sentir vértigo otra vez—. Creo que me está subiendo la temperatura. Será mejor que salga de aquí. Esta gasa está hecha para evitar que te contagie, pero solo sirve durante quince minutos aproximadamente.

—Antes de irte—susurró la voz con insistencia—haz algo por mi. Apaga la luz durante un minuto.

Brad se encogió de hombros e hizo lo que le pedía

—¿Está bien?

Pudo oír cómo aquel cuerpo se revolvía incómodo en la cama.

—Vuelvo a ver un poco mejor—informó Roger—. Escucha, Brad, lo que deseo preguntarte es cómo van las cosas. ¿Lo conseguiré?

Brad hizo una pausa mientras reflexionaba

—Creo que sí —dijo sinceramente—. Hasta ahora todo marcha bien. Pero no quiero engañarte, Roger. Estamos al borde de lo desconocido y algo puede salir mal. No obstante, hasta el momento, no parece que vaya a ser así.

—Gracias. Una cosa más, Brad, ¿has visto a Dorrie últimamente?

Pausa.

—No, Roger. No, desde hace una semana mas o menos. He estado bastante enfermo, y cuando me sentía algo mejor, me encontraba terriblemente ocupado.

—Ya. Esto..., creo que deberás dejar las luces como estaban para que las enfermeras puedan moverse por aquí.

Brad abrió de nuevo el conmutador.

—Volveré en cuanto pueda. Practica ese intento de cerrar los ojos, ¿quieres? Y otra cosa. Tienes un teléfono... llámame cuando lo desees. No quiero decir que lo hagas sólo cuando algo vaya mal..., yo lo sabré si sucede, no te preocupes; no voy ni siquiera al lavabo sin dejar un número donde se me pueda localizar. Quiero decir, si quieres simplemente hablar un rato.

—Gracias, Brad. Muchas gracias.

Finalmente, se acabaron las operaciones... o al menos las peores. Cuando Roger llegó a darse cuenta de ello, sintió una especie de sosiego que era precioso para él, pese a que todavía quedaban en su mente más tensiones de las que hubiera deseado.

Clara Bly le había limpiado la habitación y, en contra de las órdenes que había recibido, le compró flores para levantarle el ánimo.

—Es usted una buena chica —murmuró Roger, volviendo la mirada hacia ella

—¿Qué le parecen?

El intentó describirlas.

—Bueno, son rosas. Pero no rojas. ¿Amarillo pálido? Más o menos, como el color de su pulsera.

—Es naranja.

Acabó de ponerle la sábana limpia sobre las piernas. Se hinchaba delicadamente sobre la cama fluida.

—¿Quiere la bacina?

—¿Para qué? —refunfuñó. Estaba en su tercera semana de dieta de bajo residuo y en su décimo día de toma controlada de líquido. Su sistema excretor se había convertido, como decía Clara, en algo casi ornamental—. Tráigala, de todos modos. Así, si pasa algo, me cuidaré de ello.

—Gran chico—sonrió Clara, y salió después de recoger las sábanas sucias. Roger se sentó y comenzó de nuevo su investigación del mundo que le rodeaba. Estudió detenidamente las rosas. Sus grandes ojos facetados recibían casi un octavo extra de radiación, lo que significaba media docena de colores que Roger no había visto nunca antes, en la gama infrarrojo o el ultravioleta. Pero no tenía nombres para ellos, y el espectro del arco iris que había estado viendo a lo largo de toda su vida tenía que extenderse para abarcarlos a todos. Sabía que lo que le parecía rojo oscuro era el nivel bajo del calor. Pero no era totalmente cierto decir que parecía rojo; era solamente una calidad diferente de luz que estaba asociada al calor y el bienestar.

Pero había también algo muy extraño en las rosas, que no era solamente el color.

Se quitó la sábana que le cubría y se contempló. La nueva piel no tenía poros, ni vello, ni arrugas. Parecía más bien un traje húmedo que la carne que había conocido durante toda su vida. Sabía que bajo ella había toda una musculatura poderosa, pero no existían trazas visibles de ella.

Pronto podría levantarse y caminar sin ayuda. Pero aún no estaba preparado para ello. Encendió la televisión. La pantalla se iluminó y apareció una deslumbrante formación de puntos color magenta, cian y verde. Tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para ver en ella a tres mujeres cantando y moviéndose; sus nuevos ojos deseaban analizar el modelo descomponiéndolo en sus componentes. Cambió de canal y apareció un noticiario. El Nuevo País de Asia había enviado tres submarinos nucleares más en "visita de cortesía" a Australia. El secretario de prensa del señor Deshatine dijo ásperamente que nuestros aliados del mundo libre podían contar con nosotros. Todos los equipos de fútbol de Oklahoma habían perdido. Roger apagó el aparato; le invadía un dolor de cabeza. Cada vez que cambiaba de posición las líneas parecían doblarse en ángulo y se producía una brillante llamarada en la parte posterior del aparato. Cuando lo hubo desconectado estuvo buscando el punto de procedencia de la luz que se escapaba del tubo catódico. Al cabo de un tiempo, disminuyó la luz



hasta oscurecerse. Se dio cuenta de que se trataba de calor.

Pero ¿qué era lo que Brad le había dicho? Que rebuscara en su interior, en torno a la zona en la que se encuentran sus cuencas oculares.

Era una extraña sensación la de estar en un cuerpo con el que no se está familiarizado, y encima, estar intentando localizar en su interior un control que nadie puede definir claramente. ¡Y sólo para cerrar los ojos! Pero Brad le había asegurado que podía hacerlo. Sus sentimientos hacia Brad eran complejos, y uno de ellos era el orgullo. Si Brad había dicho que cualquiera podría hacerlo, entonces Roger lo haría.

Sólo que no lo había hecho. Intentó todas las combinaciones que se le ocurrieron de presión muscular y poder de voluntad, pero no sucedía nada.

Un recuerdo súbito le golpeó: hacía años de aquello, cuando él y Dorrie acababan de casarse. No, no estaban casados todavía; recordó que vivían juntos y estaban considerando la posibilidad de unir públicamente sus vidas. Era su periodo de masaje-

y- meditación-trascendental, cuando se dedicaban a explorarse mutuamente de todas las formas que se les iban ocurriendo, y recordó un olor a jabón de niño junto con un poco de almizcle y la forma en que se reían de las instrucciones del segundo chakra: *Respiren profundamente y contengan el aire en el bazo, luego expúlsenlo mientras sus manos se deslizan por la espalda de su pareja.* Pero no habían sido capaces de situar su bazo, y Dorrie se había divertido mucho buscando por todos los puntos de su cuerpo.

—¿Es aquí? ¿Ahí? Oh, Rog, mira, no te tomes esto en serio...

Sintió un subido dolor interior y se echó hacia atrás sumido en la desolación. ¡Dorrie!

Se abrió la puerta.

Entró Clara Bly con los grandes ojos brillándole en su oscuro y bonito rostro.

—¡Roger! ¿Qué está usted haciendo?

El respiró profundamente antes de hablar.

—¿Qué pasa?—podía escuchar la debilidad de su propia voz; le habían dejado un tono muy agudo y no se lo habían variado.

—¡Todos sus registros están saltando! Creo..., no sé lo que creo, Roger. Pero sea lo que fuere lo que ha pasado, va a traerle problemas.

—Lo siento, Clara. —La miró mientras ella se precipitaba hacia los monitores instalados en la pared, estudiándolos cuidadosamente.

—Parecen estar un poco mejor —dijo extrañada—. Creo que todo está bien. Pero ¿qué diablos ha hecho consigo?

—Atormentarme—respondió.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de dónde estará mi bazo. ¿Usted lo sabe?

Ella le miró asombrada durante un momento antes de contestar:

—Está debajo de sus costillas flotantes. Más o menos donde cree que tiene el corazón. Un poco más abajo. ¿Me está tomando el pelo, Roger?

—No, nada de eso. Creo que estaba recordando algo que ahora no debo de tener, Clara.

—¡Por favor, no haga eso nunca más!

—Lo intentaré. —Pero el recuerdo de Dorrie y Brad estaba todavía allí, en su subconsciente—. Una cosa... He estado intentando cerrar los ojos y no puedo.

Ella se aproximó y le tocó el hombro con simpatía.

—Ya lo hará.

—Sí, claro...

—No, de verdad. Yo estaba con Willy cuando se hallaba en las mismas circunstancias y se encontraba totalmente descorazonado. Sin embargo, lo hizo —dijo ella dándose la vuelta—. Ahora me ocuparé de usted. Es la hora de apagar las luces. Por la mañana se encontrará fresco como una rosa.

—¿Por qué? —preguntó él suspicaz.

—Oh, porque ya no habrá más operaciones. Quedarán suspendidas durante un tiempo. ¿No se lo ha dicho Brad? Mañana van a engancharle a la computadora para eso de la mediación. Ahora va a portarse como un buen chico, Rog, y va a intentar dormir.

Ella apagó la luz y Rog vio cómo su oscuro rostro adquiría un tono más suave que le hizo pensar en un melocotón.

Entonces se le ocurrió algo.

—Clara, ¿puede hacerme un favor?

Ella se detuvo con una mano apoyada en la puerta.

—¿De qué se trata?

—Querría hacerle una pregunta

—Pues adelante.

El vaciló, preguntándose cómo decir lo que quería

—Lo que quiero saber —dijo, mientras su cerebro trabajaba para elegir las palabras adecuadas— es, veamos..., oh, sí. Lo que quiero saber, Clara, es que cuando

está con su marido en la cama haciendo el amor, ¿de cuántas formas lo hacen?

—¡Roger! —el brillo de su cara se intensificó de golpe; podía ver el trazado de sus venas bajo su piel mientras le afluía la sangre caliente.

—Lo siento, Clara—dijo—. Me parece..., me parece que aquí tumbado me he vuelto algo rudo. Olvide mi pregunta, ¿quiere?

Ella permaneció en silencio durante un momento.

Cuando habló, su voz era la de un profesional, no de un amigo.

—Por supuesto, Roger. Está bien. Es que me ha cogido desprevenida. Es..., bueno..., no tiene importancia. Es sólo que nunca me había dicho cosas como ésa antes.

—Lo sé. Lo siento.

Pero no lo sentía. O no exactamente.

Vio cómo la puerta se cerraba tras ella y estudió el brazo de luz rectangular que se filtraba en el interior procedente de la antesala. Procuró mantener su mente tan calmada como pudo. No quería que los monitores comenzaran a hacer sonar los timbres de alarma otra vez.

Pero deseaba pensar en algo que se hallaba justo en el límite de la zona de peligro, y que era que el enrojecimiento del rostro de Clara se parecía mucho a la súbita brillantez que había inundado el de Brad cuando le preguntó si había visto a Dorrie.

Al día siguiente todos estuvieron movilizados, comprobando circuitos, asegurándose de que las conexiones eléctricas automáticas estaban preparadas para intervenir en el caso de un mal funcionamiento. Brad llegó a las seis de la mañana, débil todavía, pero con la cabeza despejada y dispuesto a trabajar. Weidner y Jon Freeling llegaron sólo unos minutos después, aunque el principal trabajo de aquel día correspondía a Brad. Ellos no podían estar ausentes. Kathleen Doughty estaba también allí, por supuesto, como lo había estado en los momentos en que se daba un paso adelante en el proceso, no porque su trabajo lo requiriera, sino porque se lo exigía su corazón.

—No le hagan pasar a mi muchacho un mal rato —decía con el cigarrillo entre los labios.— Va a necesitar toda la ayuda que pueda cuando yo empiece con él la próxima semana.

Recalcando cada una de las sílabas, Brad dijo: —Kathleen. Voy a hacerlo, maldita sea, lo mejor que pueda.

—Ya sé. Sé que lo hará, Brad.—Arrojó su cigarrillo y encendió inmediatamente otro—. No tuve nunca hijos y me parece que Roger y Willy han ocupado su lugar.

—Si—gruñó Brad, y dejó de prestarle atención. El no estaba calificado, ni se le permitía hacerlo, para tocar la 3070 ni ninguna de sus unidades auxiliares. Todo lo que podía hacer era observar mientras los técnicos y los programadores realizaban su

tarea. Cuando se hubo completado la tercera prueba sin el más mínimo fallo, abandonó la habitación donde se hallaba instalada la computadora y tomó el ascensor para subir, tres pisos más arriba, a la habitación de Roger.

Se detuvo ante la puerta durante un momento para tomar aliento; luego la abrió con una sonrisa.

—¿Preparado para enchufar, muchacho? —le dijo—. ¿Te sientes preparado?

Los ojos de insecto se volvieron hacia él. La aplanada voz de Roger dijo:

—No se para qué tengo que sentirme preparado. Lo que siento es que estoy bastante asustado.

—Oh, no hay nada que temer. Hoy —dijo Brad precipitadamente—, todo lo que haremos sera probar la mediación.

Las alas de murciélago se agitaron y cambiaron de posición.

—¿Eso va a matarme? —preguntó la enfurecida y monótona voz.

—¡Oh, vamos, Roger! —dijo Brad súbitamente irritado.

—Es sólo una pregunta—insistió la voz.

—¡Es una pregunta estúpida! Mira, sé cómo te sientes...

—Eso lo dudo...

Brad se calló y estudió la incomunicativa cara de Roger. Después de un momento, dijo:

—Deja que te lo diga otra vez. Lo que voy a hacer no es matarte, es mantenerte vivo. Claro que estarás pensando en lo que le pasó a Willy. Eso no va a pasarte a ti. Serás capaz de superar lo que suceda... aquí, y en Marte, que es lo importante.

—Para mí es importante aquí—dijo Roger.

—Oh, por Dios. Cuando el sistema esté funcionando tú sólo verás u oirás lo que necesitas, ¿comprendido? O lo que quieras. Vas a tener un gran control volitivo. Serás capaz...

—Todavía no puedo cerrar los ojos, Brad.

—Podrás. Serás capaz de utilizarlo todo. Pero no será así a menos que comencemos con esto. Después, todo este mecanismo filtrará las señales innecesarias, de forma que dejarás de estar confundido. Es eso lo que mató a Willy: la confusión.

Hubo una pausa mientras el cerebro que había tras aquella grotesca cara rumiaba. Finalmente, Roger dijo:

—Tienes un aspecto miserable, Brad.

—Lo siento. Realmente, todavía no me encuentro demasiado bien.

—¿Estás seguro de que podrás hacer bien esto?

—Lo estoy. Vamos, Roger. ¿Qué estás intentando decirme? ¿Quieres que abandone esto?

—No.

—Bien, ¿qué es entonces lo que quieres?

—Me gustaría saberlo, Brad. Adelante con ello.

Por entonces, nosotros estábamos ya preparados; las luces verdes de adelante estuvieron brillando durante algunos minutos. Brad se encogió de hombros y dijo malhumorado a la enfermera de turno:

—Vamos.

Diez horas se sucedieron, una tras otra, en esta fase de los circuitos de mediación, probando, ajustando, dejando que Roger practicara sus nuevos sentidos con las manchas de Rorschach y con las ruedas de color de Maxwell. Para Roger el día pasó de prisa. Su sentido del tiempo era inaprensible; ya no estaba regulado por los relojes biológicos que

hay en cada hombre sino por sus componentes mecánicos; éstos aminoraban su percepción del tiempo cuando no existía una situación de tensión, y la hacían ir más rápido cuando era necesario.

—Aminórenlo —rogó, viendo cómo las enfermeras pasaban junto a él como balas. Y entonces, cuando Brad, que comenzaba a temblar de fatiga, tiró una bandeja con lápices y tinteros, a Roger le pareció que aquellas piezas flotaban antes de llegar al suelo. No tuvo dificultad en coger dos frascos de tinta y la propia bandeja antes de que cayeran por tierra.

Cuando se puso a pensar en ello se dio cuenta de que había cogido las piezas que podían rajarse o romperse y había dejado que cayeran los lápices de cera. En la fracción de un segundo había optado por coger los objetos que necesitaban ser cogidos y había dejado los demás, sin ser consciente de lo que hacía.

Brad estaba muy complacido.

—Estás haciendo grandes cosas, muchacho—dijo, cogiéndose a los barrotes de la cama—. Ahora voy a marcharme a dormir un poco, pero estaré aquí para verte mañana después de la operación.

—¿Operación? ¿qué operación?

—Oh—dijo Brad—, no es más que un pequeño toque. Nada comparado con lo que ya has pasado, créeme. A partir de ahora —añadió, volviéndose para salir—estás a punto de comenzar a nacer; ahora lo que tienes que hacer es crecer. Practica. Aprende a usar lo que tienes. La parte más dura te corresponde ahora a ti. ¿Qué tal el asunto de cortar la visión a voluntad?

—Brad —dijo aquella voz aplanada, más profunda en amplitud pero en un tono gris—. ¿Qué diablos quieres de mí? ¡Estoy intentándolo!

—Lo sé—dijo Brad conciliador—. Hasta mañana.

Por primera vez en aquel día, Roger se quedó solo. Se puso a experimentar con sus nuevos sentidos. Podía ver lo que resultaría útil para él en situaciones de supervivencia. Pero era todo también muy confuso. Todos aquellos leves ruidos de su vida cotidiana estaban amplificadas. Podía oír cómo en el vestíbulo hablaban Brad y Jon Freeling con las enfermeras que habían terminado su trabajo. Sabía que los oídos que su madre había engendrado para él en su vientre no habrían podido percibir ni tan siquiera un susurro; ahora podía escuchar perfectamente las palabras.

—...anestesia local, pero no quiero. Quiero que esté dormido. Ya ha sufrido demasiados traumas —le estaba diciendo Freeling a Brad.

Las luces eran más brillantes que antes. Intentó disminuir la sensibilidad de su visión, pero no pasó nada. Lo que realmente deseaba, pensó, era una única bombilla de árbol de Navidad. Aquello estaba lleno de luz; y esos torrentes de luminosidad eran desconcertantes. Además, observó, esas luces eran enloquecedoramente rítmicas, podía percibir cada pulsión de la corriente de sesenta Hertzios. Había observado dentro de los tubos fluorescentes los trazos de una fulgurante serpiente de gas. Por otro lado, las bombillas incandescentes estaban casi oscuras, excepto los brillantes filamentos que tenían en el centro, los cuales podía examinar con detalle. No sentía ningún esfuerzo ocular, ni tan siquiera cuando miraba las luces más brillantes.

Escuchó una nueva voz en el corredor y agudizó su oído para escuchar: era Clara Bly, que acababa de llegar para su turno de noche.

—¿Cómo está el paciente, doctor Freeling?

—Muy bien. Parece descansar. ¿Le suministró alguna píldora para dormir la noche pasada?

—No. Se encontraba bien. Un poco—se rió—, un poco cachondo, sin embargo. Se atrevió a dar un paso que nunca hubiera esperado de Roger.

—Huh —hubo una pausa de asombro—. Bueno, eso ya no constituirá un problema. Cuide de él.

Roger pensó que tendría que ser más simpático con Clara; no resultaría difícil, porque era su favorita entre las enfermeras. Se tumbó, escuchando el susurro de sus propias alas negras y los rítmicos sonidos procedentes de los paneles telemétricos. Estaba muy cansado. Tendría un sueño agradable...

Dio un brinco. ¡Las luces se habían apagado! Luego se encendieron de nuevo, tan pronto como fue consciente de ello.

¡Había aprendido a cerrar los ojos!

Satisfecho, se dejó caer de nuevo en la suave cama flotante. Era cierto. Estaba aprendiendo.

Le despertaron para alimentarle y luego le pusieron a dormir de nuevo para su última operación.

No habría anestesia.

—Lo que vamos a hacer es desconectarte—dijo Jon Freeling—. No vas a sentir absolutamente nada.

Y realmente, así fue. Primero fue conducido en una camilla hasta el quirófano que se encontraba junto a su habitación. No podía sentir el olor del desinfectante, pero sabía que estaba allí: podía percibir los destellos brillantes de cada uno de los objetos metálicos, el calor del esterilizador, como un sol abrasador.

Y luego el doctor Freeling nos ordenó desconectarle y lo hicimos. Disminuimos sus implementos sensoriales uno por uno; para él fue como si los sonidos se hicieran más débiles, las luces más apagadas, los roces de su cuerpo más suaves. Disminuimos los sentidos del dolor en toda la extensión de su nueva piel, hasta extinguirlos por completo

cuando el bisturí de Freeling tenía que cortar y la aguja cosía las heridas. Esto presentaba un complejo problema. La mayor parte de los nuevos sentidos del dolor habían de ser mantenidos cuando se recuperara. Tenía que poseer cierto sistema de alerta cuando estuviera en la superficie de Marte, algo que le indicara si estaba quemándose o dañándose; el dolor era la más aguda señal de alarma que podíamos proporcionarle. Pero para la mayor parte de su cuerpo, el dolor no existía.

Roger, por supuesto, no sabía nada de eso. Lo único que hizo Roger fue dormirse y despertar después.

Cuando abrió los ojos, dio un grito.

—¿Qué sucede?

—¡Dios mío! —exclamó Roger—. Durante un minuto he visto... No sé. ¿Puede haber sido un sueño? Pero les he visto a todos rodeándome, mirándome, y parecían una manada de demonios; cráneos, esqueletos, sonriéndome con una mueca. Y luego, volvieron a ser ustedes.

Freeling miró a Weidner y se encogió de hombros.

—Creo—dijo—que se trata de que tus circuitos de mediación están trabajando, ¿comprendes? Convierten lo que ves en algo que puedas captar inmediatamente.

—No me gusta—aseguró Roger.

—Bueno, hablaremos con Brad de esto. Pero, sinceramente, Roger, creo que es la forma correcta. Supongo que es la forma en que la computadora capta tus sensaciones de miedo y dolor..., ya sabes..., lo que todos sienten cuando se someten a una operación... y los sitúa junto con los estímulos visuales: nuestras caras, las máscaras, todo el equipo. Es interesante. Me pregunto cuánto de ello se debe a la mediación y cuánto, sencillamente, a la decepción postoperatoria.

—Estoy encantado de que lo encuentres interesante—dijo Roger con acritud.

Pero, en el fondo, él también lo encontraba interesante. Cuando se halló de nuevo en su habitación dejó que su mente vagara. No podía reproducir sus fantasías a voluntad. Aparecían cuando querían hacerlo, pero no eran tan terribles como la aterradora visión de mandíbulas y ojos vacíos que había tenido. Cuando Clara llegó con la bacina y salió luego de la habitación, la miró mientras cerraba la puerta; y la sombra de la puerta se convirtió en la entrada de una caverna y Clara Bly en un oso que le gritaba irritado. Ella estaba todavía un poco enojada. Algún signo subliminal en su cara había quedado registrado por sus sentidos, y al ser analizado por la zumbante 3070, tres pisos más abajo, lo había interpretado como una advertencia.

Pero cuando regresó tenía la cara de Dorrie. Luego se deshizo y se reconstruyó el rostro familiar de piel oscura y de ojos brillantes, totalmente diferente del de Dorrie; pero Roger lo interpretó como un signo de que las cosas habían vuelto a ir bien entre ellos...

Entre Clara y él.

No, pensó, entre Dorrie y él. Miró hacia el teléfono que había junto a su cama. Pero no lo había utilizado para llamar a Dorrie. Muchas veces había extendido su mano en busca del teléfono, pero siempre la había retirado de nuevo.

No sabía qué decirle.

¿Cómo preguntarle a su mujer si se acostaba con su mejor amigo? Los sentimientos espontáneos le decían a Roger que debería preguntárselo así, directamente; pero no podía hacerlo. No estaba lo suficientemente seguro. No podía hacer tal acusación. Podía estar equivocado.

El problema estaba- en que no podía comentarlo con sus amigos, con ninguno de ellos. Don Kayman tenía que haber sido el tipo idóneo para eso; era su deber de sacerdote. Pero Don estaba tan clara, dulce y tiernamente enamorado de su monjita que no podía causarse el dolor de hablar de dolor con él.

Y para la mayor parte de sus amigos el problema era que, sinceramente, no verían dónde estaba el problema. El matrimonio abierto era tan común en Tonka (en realidad, en la mayor parte del mundo occidental) que eran los escasos matrimonios cerrados los que daban que hablar. Admitir los celos era muy difícil.

Y, en cualquier caso, se decía Torraway, no eran los celos los que le perturbaban. No exactamente los celos. Era otra cosa. No era un machismo siciliano ni un sentimiento de propiedad herido cuando alguien irrumpe en los propios jardines floridos. Era que Dorrie debería desear amarle sólo a él. Puesto que él sólo deseaba amarla a ella...

Se dio cuenta de que se estaba deslizando hacia un estado mental que seguramente provocaría que sonase la alarma en los lectores telemétricos. No deseaba que sucediera. Se esforzó por apartar de su pensamiento a su esposa.

Practicó el "cerrar los ojos" durante un tiempo; estaba satisfecho de ser capaz de



dominar esta nueva habilidad cuando lo deseara. No podría haber descrito, como lo había hecho Willy Hartnett, qué era lo que hacía para lograrlo; pero de alguna forma era capaz de decidir si debía detener la recepción de sus impulsos visuales, y en alguna forma los circuitos que tenía en la cabeza y abajo, en la habitación de la 3070, eran capaces de convertir esa decisión en oscuridad. Podía incluso hacer disminuir la luz selectivamente. Podía hacer también que fuera más brillante. Descubrió que podía filtrarla toda excepto una banda de longitud de onda, o suprimir una, o hacer que uno o más de los colores del arco iris fuera más brillante que el resto.

Estaba bastante satisfecho, aunque llegó a hartarse. Hubiera deseado comer para ver qué pasaba, pero ese día no habría comida, en parte porque había sufrido una operación, y en parte porque le estaban desacostumbrando gradualmente a comer. En las próximas semanas comería y bebería cada vez menos. Así, cuando estuviera en Marte no necesitaría comer más que una comida abundante al mes.

Apartó la sábana y contempló negligentemente el artefacto en el que se había convertido su cuerpo.

Un segundo después profirió un salvaje grito de miedo y dolor. Todos los monitores telemétricos brillaron con un rojo cegador. Fuera, en el pasillo, Clara Bly dio la vuelta y se dirigió apresuradamente hacia la puerta. En el apartamento de Brad los timbres de alarma comenzaron a sonar un instante después, advirtiéndole de que algo urgente y grave estaba sucediendo y despertándole de su fatigado sueño.

Cuando Clara abrió la puerta vio a Roger doblado en posición fetal en su cama y gritando desamparadamente. Tenía una mano entre las ingles y las piernas cerradas.

—¡Roger! ¿Qué sucede?

Levantó la cabeza y sus ojos de insecto la miraron sin ver. Roger no cesaba de emitir los sonidos animales que brotaban de él. No habló. Lo único que hizo fue retirar la mano.

Allí, entre sus piernas, no había nada. Ni pene, ni testículos, ni escroto; nada más que la brillante carne artificial cubierta por un vendaje transparente, ocultando las cicatrices de la operación. Era como si allí no hubiera habido nunca nada. Una pequeña operación y no había quedado nada de nada.

## **9 Dash visita a un enfermo**

A Don Kayman no le hacía gracia, pero no tenía otra alternativa; tenía que visitar a su sastre. Desafortunadamente, su sastre estaba en Merritt Island, Florida, en el

Atlantic Test Center.

Voló hacia allí preocupado, y llegó preocupado. No sólo por lo que le había pasado a Roger Torraway. Eso parecía estar ya bajo control, gracias a la Divina Providencia, aunque Kayman no podía apartar de sí la impresión de que habían estado a punto de perderle y que había alguien que había cometido un grave error al no prepararle para esa "pequeña operación de estética". Sin duda, pensó caritativamente, se debería a que Brad había estado enfermo. Pero lo cierto era que habían estado a punto de arruinar el proyecto.

La otra cosa que le preocupaba era que no podía desarraigarse el secreto sentimiento de pecado debido a la consciencia de que internamente, en el fondo de su corazón, deseaba que el proyecto se hubiera arruinado. Había estado llorando durante una hora con la hermana Clotilda cuando la probabilidad de que él tuviera que ir a Marte quedó afirmada. ¿Deberían casarse antes? No. No, por razones prácticas. Aunque apenas había duda alguna de que recibirían la dispensa de Roma, no había muchas esperanzas de que llegara antes de seis meses.

Si la hubieran pedido antes...

Pero no lo habían hecho, y ambos sabían que ninguno de los dos estaba dispuesto a casarse sin ella, ni a ir a la cama juntos sin el sacramento.

—Al menos—había dicho Clotilda finalmente, intentando sonreír— no tendrás que preocuparte pensando en la posibilidad de que te fuera infiel. Si no he roto mis votos por ti, dudo que lo haga por ningún otro hombre.

—No estoy preocupado—le había dicho él. Pero ahora, bajo el brillante cielo azul de Florida, mientras miraba las grúas que parecían querer alcanzar las blancas nubes, estaba preocupado. El coronel del ejército que se había ofrecido voluntario para enseñarle todo aquello se daba cuenta de que algo preocupaba a Kayman, pero no tenía forma de determinar de qué preocupación se trataba.

—Es bastante seguro—dijo probando al azar—. Yo no me preocuparía en absoluto por la cita orbital de baja inyección.

Kayman apartó la atención que tenía concentrada en su interior y dijo:

—Le aseguro que no estoy preocupado. Ni tan siquiera sé lo que quiere decir con eso.

—Oh, bueno. Es solamente que colocaremos su pájaro y dos naves de apoyo en una órbita más baja de lo habitual: doscientos veinte kilómetros en vez de cuatrocientos. Es una maniobra política, por supuesto. Odio que los burócratas nos digan lo que tenemos que hacer, pero esta vez realmente no hay diferencia.

Kayman miró el reloj. Aún le quedaba una hora antes de tener que volver a probarse su traje espacial y su traje para Marte, y no estaba dispuesto a pasársela irritado. Se dio cuenta de que el coronel era uno de esos tipos felices a los que sólo les gusta hablar de su trabajo, y todo lo que tenía que hacer era dedicar un ocasional gruñido al coronel para que éste siguiera explicándole todo lo que podía explicarle. Le

dedicó el gruñido.

—Pues bien, padre Kayman—dijo expansivamente el coronel—, le vamos a dar una nave muy grande, ya lo sabe. Demasiado grande como para lanzarla en una pieza. Así pues, enviaremos tres pájaros y se acoplarán en órbita... a doscientos veinte o doscientos treinta y cinco, óptimo, y espero que no haya problemas con el dinero... y...

Kayman asintió aunque realmente no le estaba escuchando. Conocía ya el plan de vuelo de memoria; estaba en las órdenes que le habían entregado. Las únicas cuestiones que permanecían abiertas eran quiénes serían los otros dos ocupantes del pájaro de Marte, pero quedaría decidido en cuestión de días. Uno de ellos habría de ser un piloto que se mantendría en órbita mientras los otros tres aterrizaban en Marte y descendían a la superficie del planeta. El cuarto hombre había de ser, idealmente, alguien que pudiera funcionar como piloto, areólogo y ciborg; pero, desde luego, tal persona no existía. Sin embargo, había tiempo para tomar la decisión. Los tres seres humanos (los tres seres humanos adulterados, se corrigió a sí mismo) no poseerían la capacidad de Roger para sobrevivir desnudos en la superficie de Marte. Tendrían que hacerse los mismos trajes que él se estaba haciendo ahora y luego pasar por un entrenamiento final en las actividades que tendrían que llevar a cabo, incluido Roger.

Y el momento del lanzamiento sería dentro de treinta y tres días.

El coronel había terminado con las maniobras de aterrizaje y reunión y estaba dispuesto a seguir describiendo, día a día, el calendario completo de acontecimientos durante los largos meses que permanecerían en Marte. Kayman dijo:

—Espere un minuto, coronel. Todavía no conozco bien las consideraciones políticas. ¿Qué tienen que ver con la forma en que despeguemos?

El coronel refunfuñó resentido:

—Malditos caprichos ecológicos, tienen a todo el mundo trastornado. Esos vehículos Texas Twin son muy grandes. Cerca de veinte veces el empuje de un Saturno. Así pues, producen mucho vapor. Algo así como veinticinco toneladas métricas de vapor de agua por segundo, multiplicado por los tres pájaros... un montón de vapor de agua. Y parece ser que existe un cierto riesgo de que el vapor de agua... bueno, no, seamos claros: lo sabemos endiabladamente bien (perdóneme, padre); todo ese vapor de agua, a una altitud orbital normal, podría destruir los electrones libres en un buen trozo de cielo. Se

dieron cuenta de ello al regresar en, déjeme pensar, creo que fue en el 73 o en el 74, cuando pusieron en órbita el primer laboratorio espacial. Acabaron con los electrones libres en un volumen de atmósfera como el que hay entre Illinois y El Labrador. Y, por supuesto, estos electrones son los que evitan que seamos quemados por el sol. Y éste es sólo uno de los aspectos. Ayudan a filtrar los rayos ultravioleta, cáncer en la piel, quemaduras producidas por el sol, destrucción de la flora... en fin, todo eso puede suceder. ¡Pero no es nuestro pueblo lo que preocupa a Dash! El NPA, eso es lo que le preocupa. Le han dado un ultimátum diciéndole que si su lanzamiento daña su cielo lo considerarán como un "acto hostil". ¡Acto hostil! ¿Cómo demonios llamaría a lo que ellos hacen cuando sitúan cinco submarinos nucleares frente al cabo May en Nueva Jersey? Sostienen que se trata de investigaciones oceanográficas, pero

no se utilizan submarinos asesinos para la oceanografía, al menos en nuestro ejército...

—Sea como fuere—prosiguió el coronel, sonriendo a su invitado—, todo está bien. Lo único que haremos es situarlos en una órbita de encuentro un poco más baja, fuera de donde se encuentran los electrones libres. Se gasta más combustible. Y yo creo que los vientos traerán más polución. Pero mantiene sus preciosos electrones libres intactos....

aunque no exista una posibilidad real de que sean afectados a través del Atlántico hasta África, y mucho menos en Asia...

—Su conversación ha sido muy interesante, coronel —dijo Kayman cortésmente—, pero creo que es el momento de regresar.

Los ajustadores le estaban esperando.

—Sólo ponérselo un momento para probar la talla—dijo.

El fisioterapeuta del equipo. Ponerse el traje espacial significaba veinte minutos de trabajo duro, aunque le ayudase todo el equipo. Kayman insistió en hacerlo él mismo. En la nave espacial no tendría más ayuda que el resto de la tripulación, que estaría ocupada en sus propios asuntos; y en un caso de emergencia no tendría ninguna ayuda. Y deseaba estar preparado para cualquier emergencia. Le costó una hora hacerlo, y otros diez minutos quitárselo, después que hubieron comprobado todos los parámetros y se cercioraron de que todo estaba bien; y luego estaban las demás prendas, que también había que probar.

Fuera estaba oscuro. Era una cálida noche de otoño de Florida. Miró el montón de ropas que se apilaban sobre las mesas de trabajo y frunció el ceño. Señaló hacia la antena de comunicación que le colgaba de una muñeca, la capa antirradiaciones destinada a usarla en condiciones de fulgores solares, y todas las prendas que iban debajo de los trajes espaciales.

—Me han equipado completamente. Esto es el manipulo, esto la casulla, esto el alba. Un par de piezas más y estaré dispuesto para decir misa.

De hecho había incluido en su equipaje una serie completa de vestiduras sacerdotales, que ocuparían gran parte de su Asignación de peso... lo cual disminuía considerablemente el espacio para libros, cassettes de música y retratos de la hermana Clotilda. Pero no estaba preparado para discutir eso con aquella gente. Se estiró y preguntó:

—¿Hay algún lugar para comer cerca de aquí? Un bistec o quizá un poco de ese pez rojo del que ustedes tanto hablan... y luego una cama...

El cabo de la policía militar que había estado allí dos horas mirando su reloj, dio un paso adelante y dijo:

—Lo siento, padre, pero ha de estar en otra parte ahora mismo, y tardará en llegar, veamos, unos veinte minutos.

—¿Dónde? Mañana he de hacer un largo vuelo...

—Lo siento, señor. Mis órdenes son llevarle al Ad Building en la base de las Fuerzas Aéreas de Patrick. Espero que allí le digan de qué se trata.

El sacerdote se puso tenso.

—Cabo —dijo—, no estoy bajo su jurisdicción. Le sugiero que me diga qué es lo que desean.

—No, señor—admitió—, no lo está. Pero mis órdenes son llevarle allí, y con el debido respeto, señor, lo voy a hacer.

El fisioterapeuta tocó a Kayman en un hombro.

—Vaya con él, Don—dijo—. Creo que desde ahora va a alcanzar escalones muy altos.

Gruñendo, Kayman se dejó conducir fuera y le introdujeron en un hoverjeep. El conductor tenía prisa. No se dirigió a la carretera, sino que enfiló su vehículo hacia el mar, calculó el tiempo que tenía y la distancia y se deslizó por la superficie del océano entre las olas. Luego se dirigió hacia el sur y aceleró. En diez segundos alcanzaron una velocidad de al menos ciento treinta kilómetros por hora. Pese a que estaban a tres metros del agua sobre una capa de aire, el rodar y agitarse de las olas bajo ellos hizo a Kayman tragar saliva y buscar una bolsa para vomitar por si llegaba el caso. Intentó convencer al cabo de que aminorase la marcha.

—Lo siento, señor. —Parecía que ésa era la expresión favorita del hombre de la policía militar.

Sin embargo, consiguieron alcanzar la playa de Patrick antes de que Kayman vomitase, y al rodar de nuevo sobre tierra el conductor aminoró la marcha hasta una velocidad aceptable. Kayman saltó del coche y permaneció esperando, en medio de la luminosa noche, hasta que dos miembros más de la policía militar, alertados por radio de su llegada, le saludaron y le escoltaron al interior de un edificio de estuco blanco.

Antes de que hubieran transcurrido diez minutos le dejaron en cueros y le registraron minuciosamente, y entonces se dio cuenta de lo elevados que estaban los escalones en los que se estaba moviendo.

El avión del presidente aterrizó en Patrick a las cuatro de la madrugada. A Kayman le habían proporcionado una silla de playa y una áspera manta para cubrir sus piernas; le sacudieron cortésmente para despertarle y le condujeron a las escaleras del avión mientras los hombres llenaban los tanques situados en las alas, sumidos en un peculiar silencio. No se oía conversación alguna, ni golpes contra las capas de aluminio; solamente el zumbido de las bombas del tanque.

Alguien muy importante estaba durmiendo. Kayman deseaba con todo el corazón haberlo estado él también. Fue conducido a un asiento reclinable, atado y abandonado; e incluso antes de que la azafata se hubiera ido de su lado, el avión había comenzado a moverse hacia la pista de despegue.

Intentó dormir, pero cuando todavía el aparato estaba tomando altura, el criado del presidente llegó.

—El presidente le verá ahora.

Sentado y recién afeitado en torno a su perilla, el presidente Deshatine parecía un cuadro de Gilbert Stuart. Estaba confortablemente sentado en una silla de cuero, mirando por la ventanilla, mientras escuchaba algo por unos auriculares. Una taza llena de café humeaba cerca de sus rodillas y otra taza vacía esperaba junto a una cafetera de plata. Junto a la taza había una delgada caja de cuero púrpura con una cruz de plata.

Dash no le hizo esperar. Miró a su alrededor, sonrió, se quitó los auriculares y dijo:

—Gracias por permitirme que le rapte, padre Kayman. Siéntese, por favor. Sírvase café si lo desea.

—Gracias. —El criado se precipitó a servirle y luego se retiró, para permanecer detrás de Don Kayman. Kayman no miró a su alrededor; sabía que el criado estaría observando cada movimiento, por imperceptible que fuera, de sus músculos, de modo que procuró evitar cualquier gesto brusco.

El presidente dijo:

—He estado en tantas zonas horarias durante las últimas cuarenta y ocho horas que he olvidado el aspecto del mundo real. Munich, Beirut, Roma. En Roma he recogido a Vern Scanyon en cuanto he tenido noticia de los problemas que hay con Roger Torraway. Han estado a punto de perderle, ¿no es así?

Kayman dijo:

—Yo soy areólogo, señor presidente. No era mi responsabilidad.

—Déjese de eso ahora, padre. No estoy recriminando a nadie; aunque si llegara el momento, habría muchas personas a las que lo haría. Quiero saber lo que ha pasado.

—Estoy seguro de que el general Scanyon le habrá dicho mucho más de lo que yo pueda decirle, señor presidente —dijo Kayman con dureza.

—Si me hubiera conformado con la versión de Vern—dijo el presidente pacientemente—no me hubiera detenido a recogerle a usted. Usted estaba allí. El no estaba. Se encontraba en Roma en la Conferencia *Pacem in Excelsis* del Vaticano.

Kayman bebió un sorbo de su taza de café.

—Bueno, estuvo a punto de suceder. Creo que, a causa de una epidemia de gripe, no fue adecuadamente informado de lo que iban a hacerle. Nuestro equipo estaba muy reducido. Brad no se encontraba allí.

—Eso sucedió antes —observó el presidente.

Kayman no hizo caso de la indicación.

—Le castraron, señor presidente. Lo que los sultanes solían llamar una castración completa, incluido el pene. No lo necesitaba, ya que consumía una cantidad de alimento tan pequeña que todo lo excretaba analmente, de forma que era un punto

vulnerable. Se decidió que había que extirparlo, señor presidente.

—¿Y qué hay acerca de... cómo lo llaman ustedes... la prostatectomía? ¿También era un punto vulnerable?

—Eso debería preguntárselo a alguno de los médicos, señor presidente —dijo Kayman a la defensiva.

—Le estoy preguntando a usted. Scanyon dijo algo acerca de la "enfermedad del sacerdote" y usted es un sacerdote.

Kayman sonrió maliciosamente.

—Esa es una vieja expresión, de los días en que los sacerdotes eran célibes. Pero, sí, puedo decirle algo acerca de eso; lo comentábamos mucho en el seminario, La próstata produce fluido, no mucho, unas gotas al día. Si un hombre no tiene eyaculaciones, la mayoría de ello sale con la orina; pero si se excita sexualmente se produce más fluido y ya no pasa a la orina; se retiene y la congestión puede causar problemas.

—Así pues, le quitaron la próstata.

—Y le implantaron una cápsula esteroide, señor presidente. No se volverá afeminado. Físicamente, ahora es un completo eunuco autocontenido... Oh, quise decir unidad autocontenida.

El presidente asintió.

—Eso es lo que llaman un desliz freudiano.

Kayman se encogió.

—Y si usted lo ve así—insistió el presidente—, ¿cómo demonios cree que lo considerará Torraway?

—Ya sé que no resulta fácil para él, señor presidente.

—Según tengo entendido—continuó Dash—usted no es sólo un areólogo, Don, sino también un consejero matrimonial. Y no lo hace muy bien, ¿verdad? Esa mujerzuela de su esposa le está haciendo pasar un mal rato a nuestro muchacho.

—Dorrie tiene muchos problemas.

—No, Dorrie tiene un problema. El mismo que tenemos todos. Está perjudicando nuestro proyecto de Marte y no podemos permitir que eso suceda. ¿Puede usted enderezarla?

—No.

—Bueno, no quiero decir convertirla en una persona perfecta. ¡Dejemos eso, Don! Quiero decir si puede lograr que ella haga algo para que la mente de él descanse, al menos lo suficiente para que no sufra otro shock. Darle un beso y una promesa, enviarle un mensaje amoroso cuando esté en Marte... Dios sabe que Torraway no

espera mucho más que eso. Pero tiene derecho a ello.

—Puedo intentarlo —dijo Kayman desamparadamente.

—Y yo voy a tener unas palabras con Brad—dijo el presidente con severidad—. Lo he dicho, lo he dicho a todos ustedes: este proyecto tiene que tener éxito. No me importa si alguien tiene frío en el corazón o calor en los pantalones. Quiero a Torraway en Marte y le quiero feliz.

El avión inició un cambio de dirección en torno a Nueva Orleans, y un reflejo de sol matinal brilló sobre la aceitosa superficie del Golfo. El presidente lo miró de soslayo irritado.

—Déjeme que le diga, padre Kayman, lo que he estado pensando. He estado pensando que Roger sería más feliz sollozando por la muerte de su mujer en un accidente de tráfico que preocupado por lo que ella está haciendo mientras él no está a su lado. No me gusta pensar de esa forma. Pero tengo ante mí demasiadas opciones, Kayman, y he de optar por la que sea menos mala. Y ahora—dijo sonriendo de repente—, le enseñaré algo que he traído para usted, un regalo de Su Santidad. Mire.

Intrigado, Kayman abrió la caja púrpura. Contenía un rosario, envuelto en terciopelo púrpura. Las avemarías eran de marfil labrado en forma de rosas; las grandes cuentas del paternóster eran de cristal engastado.

—Tiene una historia interesante—continuó el presidente—. Lo envié San Ignacio de Loyola desde una de sus misiones en el Japón, y luego estuvo en Sudamérica durante cuatrocientos años en una de las... ¿cómo las llaman ustedes...? ¿Reducciones del Paraguay? Es una auténtica pieza de museo, pero Su Santidad deseaba que usted lo tuviera.

—Yo..., yo no sé qué decir—dijo Kayman vacilante.

—Y tiene sus bendiciones.—El presidente se recostó en su silla y súbitamente pareció mucho mayor—. Rece con él, padre—dijo—. Yo no soy católico. No sé qué sienten ustedes hacia esas cosas. Pero deseo que rece por que Dorrie Torraway siente lo suficiente la cabeza como para dejar tranquilo a su marido. Y si no lo logra, entonces será mejor que rece fervorosamente por todos nosotros.

De regreso a su cabina, Kayman se acomodó en su asiento y se esforzó por dormir la hora de vuelo que debería quedar para llegar a Tonka. El cansancio triunfó sobre la preocupación y se durmió. No era la única persona preocupada. No habíamos calibrado adecuadamente el trauma que sufriría Roger Torraway por la pérdida de sus genitales y estuvimos a punto de perderle a él.

La malfunción era crítica. No podía correrse de nuevo ningún riesgo. Ya había preparado la necesaria vigilancia psiquiátrica de Roger, y en Rochester, la computadora mochila estaba siendo recircuitada para un mayor monitor de tensión psíquica que reaccionaba antes de que las sinapsis humanas de Roger pudieran llegar a convertirse en convulsiones.

La situación internacional estaba evolucionando como había sido predicho. La



ciudad de Nueva York estaba, por supuesto, sumida en las revueltas, el Oriente Próximo expulsaba su exceso de presión a través de las válvulas de seguridad, y el Nuevo País de Asia estaba vertiendo constantemente furiosos manifiestos denunciando la muerte de los calamares en el Pacífico. El planeta se estaba convirtiendo rápidamente en una masa crítica. Nuestras perspectivas eran que el futuro de la raza estaba puesto en cuestión en la Tierra a sólo dos años vista. No podíamos permitirlo. El aterrizaje en Marte tenía que

ser un éxito.

Cuando Roger surgió de la bruma tras su amputación, no se daba cuenta de lo próximo que había estado de la muerte. Lo único en que pensaba era que le habían herido en todas sus partes más sensibles. Lo que sentía era desolación. Una desolación generalizada, indefensa. No solamente había perdido a Dorrie. Había perdido también su hombría. El dolor era demasiado extremo como para ser aliviado gritando. Era la agonía de la silla del dentista sin anestesia, tan aguda que ya no la sentía como una advertencia sino que se convirtió simplemente en un hecho del entorno, algo que había que experimentar y que era duradero.

La puerta se abrió y entró por ella una nueva enfermera.

—Veo que está despierto.

Se acercó y puso su cálida mano sobre su frente.

—Soy Sulie Carpenter—dijo—. En realidad me llamo Susan Lee, pero todos me llaman Sulie.—Retiró la mano y sonrió—. Debe de estar pensando que yo debería leer, más que sentir, la fiebre, ¿verdad? Sé que debo extraer ese dato de los monitores, pero creo que soy una chica a la vieja usanza.

Torroway apenas la oía; estaba preocupado mirándola. ¿Se trataba de un engaño de sus circuitos de mediación? Alta, con los ojos verdes y el cabello oscuro; se parecía tanto a Dorrie que intentó cambiar el campo de visión de sus grandes ojos de insecto, concentrándolos en los poros de su tersa piel, alterando los valores del color, amortiguando la sensibilidad de forma que parecía que ella estaba envuelta en la luz del atardecer. Nada. Seguía pareciéndose a Dorrie.

Se dirigió hacia los monitores que había en la habitación.

—Lo está haciendo realmente bien, coronel Torroway —dijo por encima del hombro—. Voy a traerle la comida dentro de un momento. ¿Desea algo ahora?

Roger se incorporó hasta quedar sentado.

—Nada que pueda tener—dijo amargamente.

—¡Oh, no, coronel! —sus ojos mostraron sobresalto—. Quiero decir... Bueno, excúseme. No tengo ningún derecho a hablarle Así. Pero, coronel, ¡Si hay alguien en el mundo que pueda tener lo que desee, ése es usted!

—Me gustaría creerlo así—dijo con tristeza. Pero la miraba fijamente y con curiosidad; estaba sintiendo algo... algo que no podía identificar, pero que no era el

dolor que le había dominado sólo unos momentos antes.

Sulie Carpenter miró su reloj y luego acercó una silla a la cama.

—Parece deprimido, coronel—dijo ella con simpatía—. Supongo que todo esto es muy difícil de aceptar.

Apartó su mirada de la mujer y la fijó en sus grandes alas negras que ondeaban lentamente sobre su cabeza. Luego dijo:

—Tiene su lados malos, créame. Pero sé que lo voy superando.

Sulie asintió.

—Yo pasé una mala época cuando mi... mi novio murió. Por supuesto, esto no tiene nada que ver con lo que usted está pasando. Pero en cierto modo fue peor... compréndalo, era totalmente definitivo. Un día estábamos perfectamente bien hablando acerca de nuestro próximo matrimonio. Al día siguiente volvió de la consulta del médico y aquellos dolores de cabeza que había estado sufriendo se convirtieron en... —dijo un profundo suspiro—. Tumor cerebral. Maligno. Murió tres meses más tarde, y yo no podía superarlo. Tuve que abandonar Oakland. Solicité ser transferida aquí. No pensé que lo conseguiría, pero supongo que todavía están faltos de personal a causa de la gripe...

—Lo siento—dijo Roger rápidamente.

Ella sonrió.

—Ahora estoy bien —dijo ella—. Sólo que hay un gran lugar vacío en mi vida, y estoy realmente contenta de haber conseguido llenarlo aquí. —Consultó de nuevo su reloj y se levantó de un salto. La enfermera de servicio debe de estar esperándome. Ahora escuche, de verdad, ¿puedo hacer algo por usted? ¿Libros? ¿Música? Tiene usted el mundo a sus órdenes, ya lo sabe, incluyéndome a mi.

—No necesito nada—dijo Roger sinceramente—. De cualquier forma, gracias. ¿Cómo es que decidió venir aquí?

Ella le miró abiertamente, mientras sus labios se curvaban en una leve sonrisa.

—Bueno—dijo—, sabía algo acerca del programa que se estaba desarrollando aquí; estuve trabajando en medicina aeroespacial durante diez años en California. Y sabía quién era usted, coronel Torraway. ¡Lo sabía! Tenía una foto suya colgada en la pared de cuando rescató a aquellos rusos. No creería el papel tan activo que usted jugaba en algunas de mis fantasías, coronel Torraway.

Sonrió y se volvió hacia la puerta. Pero antes se detuvo y dijo:

—¿Quiere hacerme un favor?

Roger se sorprendió.

—Seguro. ¿Cuál?

—Bueno, me gustaría tener una foto más reciente. Ya sabe cómo es el servicio de seguridad aquí. Si logro introducir una cámara, ¿podría sacarle una fotografía de como es ahora? Sólo para tener algo que enseñar a mis nietos, si alguna vez los tengo.

Roger protestó.

—La matarán si la descubren, Sulie.

Ella hizo una mueca.

—Me arriesgaré; vale la pena. Gracias.

Cuando la joven se hubo marchado, Roger hizo un esfuerzo por volver a pensar en su castración y su situación de cornudo, pero por alguna razón aquellas nociones parecían menos agobiantes. Y tampoco tuvo mucho tiempo para pensar en ello. Sulie llegó con su almuerzo de escasos elementos residuales, una sonrisa y la promesa de regresar al día

siguiente. Clara Bly le puso un enema y luego permaneció turnbado, preguntándose qué hacían aquellos tres hombres idénticos de grandes mostachos que habían entrado allí y estaban inspeccionando cada centímetro de suelo, paredes y muebles con detectores de metal y escobas electrónicas. Eran totalmente desconocidos y permanecieron en la habitación, sentados en sendas sillas nuevas, en silencio y expectantes, mientras Brad entraba a su vez.

Brad no sólo parecía enfermo, sino seriamente preocupado.

—Bueno, Roger —dijo—, nos has asustado. Ha sido culpa mía; debería haber estado al tanto, pero esta maldita gripe...

—He sobrevivido—dijo Roger, estudiando el rostro más bien ordinario de Brad y preguntándose por qué no se sentía encolerizado y resentido.

—Ahora vamos a mantenerte muy ocupado—comenzó a explicarle Brad, alcanzando una silla—. Por el momento hemos desconectado algunos de tus circuitos de mediación. Cuando estén todos funcionando de nuevo tendremos que limitar tus implementos sensoriales... para permitirte ir dominando la totalidad de tu entorno poco a poco. Y Kathleen está trabajando para comenzar con tu reentrenamiento... ya sabes, aprender cómo utilizar tus músculos y todo eso. —Lanzó una mirada a los tres silenciosos observadores. Su expresión, pensó Roger, mostró un súbito miedo.

—Me pregunto si estoy preparado —dijo Roger.

—Oh, seguro que sí. Yo sé que lo estás —dijo Brad, sorprendido—. ¿No te han comunicado los datos de la computadora? Estás funcionando como un reloj de diecisiete rubies, Roger. Las operaciones se han acabado. Ya te hemos incorporado todo lo que necesitas.—Se recostó en la silla, examinando a Roger—. Si se me permite decirlo—sonrió—eres una obra de arte, Roger, y yo soy el artista. Lo único que deseo es verte en Marte. Es allí donde tienes que estar, muchacho.

Uno de los observadores se aclaró la garganta.

—Está a punto de llegar el momento, doctor Bradley—dijo.

La sombra de preocupación volvió al rostro de Brad.

—Tengo que irme. Ten cuidado, Rog. Te veré después.

Salió, y los tres agentes del gobierno le siguieron, al tiempo que entraba Clara Bly.

El misterio quedó súbitamente desvelado.

—Dash va a venir a verme—aventuró Roger.

—¡Muy astuto! —dijo Clara—. Buenó, supongo que no importa que usted lo sepa. En cambio, yo no debería saberlo. Creen que es un secreto. ¿Pero cómo piensan guardar el secreto si vuelven todo el hospital del revés? El edificio está repleto de esos muchachos desde antes de entrar ya en servicio hoy.

—¿Cuándo vendrá?—preguntó Roger.

—Eso si es un secreto. Al menos, para mí.

Pero no permaneció en secreto por mucho tiempo; al cabo de una hora, el presidente de los Estados Unidos entró en la habitación. Con él se encontraba el mismo criado que le había acompañado en el avión presidencial, pero, obviamente, esta vez no se presentaba como un criado, sino como guardaespaldas.

—Estoy encantado de verle de nuevo —dijo el presidente, tendiéndole la mano. Hasta entonces no había visto la versión corregida y aumentada del astronauta, y no cabía la menor duda de que aquella dura y brillante carne, los grandes ojos facetados y las enormes alas debieron parecerle extraños; pero lo único que se reflejó en la disciplinada cara del presidente fue amistad y agrado—. Me he entretenido un poco antes de venir aquí para saludar a su esposa, Dorrie. Espero que me haya perdonado por

estropearle las uñas el mes pasado; me he olvidado de preguntárselo. Pero ¿cómo se encuentra usted?

Roger estaba confundido por la sencillez del encuentro con el presidente, pero lo único que dijo fue:

—Bien, señor presidente.

El presidente hizo un gesto con la cabeza al guardaespaldas sin mirarle.

—John, ¿ha traído el paquetito del coronel Torraway? Es algo que Dorrie me pidió que le trajera; puede abrirlo cuando nos hayamos ido. —El guardaespaldas colocó un paquete envuelto en papel blanco en una mesita que había junto a la cama de Roger, al mismo tiempo que le acercaba una silla al presidente justo en el momento en que éste se preparaba para sentarse—. Roger—continuó el presidente, arreglándose los pliegues de los pantalones—, sé que puedo ser sincero con usted. Usted es todo lo que tenemos ahora y le necesitamos. Los índices muestran un aspecto peor cada día. Los Asiáticos están provocando problemas, y yo no sé por cuánto tiempo se podrá mantener esta situación. Hemos de enviarle a Marte y usted ha de hacerlo todo bien

cuando esté allí. No estoy sobrestimando la importancia que ello tiene.

—Creo que lo entiendo perfectamente, señor— dijo Roger.

—Sí, en algunos aspectos, creo que sí. Pero ¿lo entiende en lo más profundo de su ser? ¿Siente realmente, allí, dentro, que usted es ese único hombre que en una generación, de una forma u otra, se coloca en una posición que es tan importante para todo el género humano que incluso en su propio pensamiento sus problemas personales pasan a segundo término? Y ése es usted, Roger. Ya sé—siguió el presidente en un tono preocupado—que se han tomado ciertas libertades con su persona que suponen grandes sacrificios. No le hemos dado la oportunidad de decir sí, o tal vez no. Ni tan siquiera se lo mencionaron. No es la forma correcta de tratar a un ser humano, y mucho menos a un hombre que significa tanto como usted... y que merece tantas consideraciones. He dado unos cuantos puntapiés a cierta pandilla de asnos que circulan por aquí por esta cuestión. Y estaré encantado de dar muchos más todavía. Si desea que lo haga, dígamelo. En cualquier momento... Es mejor que lo haga yo, y no usted... con esos músculos de acero que le han proporcionado puede estropear algunos de esos bonitos traseros de las enfermeras, demasiado como para que luego puedan arreglarse. ¿Le importa si fumo?

— ¿Qué? Oh, diablos, no, señor presidente.

—Gracias.—El criado abrió la tabaquera con una mano mientras que con la otra sostuvo el encendedor. El presidente aspiró una gran bocanada de humo y se recostó en la silla.— Roger—dijo—, permítame que le diga lo que imagino que está pensando. Se está diciendo: "Ahí está el viejo Dash, político hasta la médula, lleno de palabras y promesas, intentando engañarme para que le saque las castañas del fuego. Estará dispuesto a decir lo que sea, a prometer lo que sea. Todo lo que desea es salirse con la suya". Algo así, ¿no?

—¡Pero... no, señor presidente! Bueno... un poco.

El presidente asintió.

—Estaría usted loco si no pensara un poco así. Es verdad, usted ya lo sabe. Pero sólo hasta cierto punto. Es cierto que vamos a prometerle cualquier cosa, que le diremos todas las mentiras que se nos ocurran con tal de tenerle en Marte. Pero lo que también es cierto es que nos tiene cogidos a todos por los órganos genitales, Roger. Le necesitamos. Habrá guerra si no hacemos algo para detenerla, y es una locura, pero las previsiones dicen que lo único que puede pararla es colocarle a usted en Marte. No me pregunte por qué. Actúo según lo que me dicen los técnicos, y lo que ellos sostienen es lo que les dicen las computadoras.

Las alas de Roger se movían sin descanso, pero sus ojos estaban fijos en el presidente.

—Así pues, como ya ve, estoy en sus manos, Roger. Dígame lo que desee, y esté seguro de que lo tendrá. Telefonéeme en cualquier momento, sea de día o de noche. Le pondrán inmediatamente conmigo. Si estuviera dormido, puede despertarme si lo desea. Si puede esperar, deje su recado. Ya no le van a fastidiar más en este lugar, pero si piensa que va a suceder de nuevo, dígamelo y lo impediré. Cristo —dijo

sonriendo, mientras comenzaba a levantarse—, ¿sabe lo que van a decir los libros de historia sobre mí? "Fitz-James Deshatine, cuadragésimo segundo presidente de los Estados Unidos. Durante su administración, la raza humana estableció su primera colonia autosuficiente en otro planeta." Y eso es lo que haré, Roger, y usted es el único que puede proporcionármelo.

—Bien —dijo dirigiéndose hacia la puerta—, una conferencia del gobernador me está esperando en Palm Springs. Hace seis horas que me esperan. Bese a Dorrie de mi parte. Y llámeme. Si no tiene nada de qué quejarse, llámeme simplemente para saludarme. En cualquier momento.

Y salió de la habitación, mientras un astronauta le miraba perplejo.

Se tomara como se tomase, reflexionó Roger, era realmente una actuación espectacular, y le dejó con una sensación de temor y agrado al mismo tiempo. Quitando el 99 por ciento de teatro, lo que quedaba era enormemente gratificador.

La puerta se abrió y entró Sulie Carpenter con expresión asustada. Llevaba una fotografía.

—No sabía que se moviera entre tales compañías —dijo—. ¿Quiere esto?

Era un retrato del presidente, dedicado: "A Roger, de su admirador, Dash".

—Creo que sí—dijo Roger—. ¿Puede colgarlo?

—Tratándose de una foto de Dash, claro —dijo ella—. Tiene su propio adhesivo. ¿Aquí está bien? —Lo colocó contra la pared, cerca de la puerta, y dio un paso atrás para admirar el efecto. Luego miró a su alrededor, hizo un guiño y sacó una cámara negra del tamaño de un paquete de cigarrillos de su delantal—. Sonría al pajarito —dijo, y sacó una foto—. ¿No me delatará? Muy bien. Tengo que irme... No trabajo ahora, pero deseaba echarle una mirada.

Roger se recostó y cruzó las manos sobre el pecho. Las cosas estaban tomando un rumbo bastante interesante. No había olvidado el dolor interno del descubrimiento de su castración, y no podía quitarse a Dorrie de la cabeza. Pero ya no percibía aquello como un dolor. En su cabeza bailaban muchos pensamientos nuevos y más agradables.

Al pensar en Dorrie se acordó de su regalo. Lo abrió. Era una copa de cerámica de colores, adornada con una cornucopia de frutas. La tarjeta decía: "Esta es una forma de decirte que te quiero". Y estaba firmada Dorrie.

Todas las señales de Torraway eran estables y nos preparamos para la fase de los circuitos de mediación.

Esta vez, Roger estuvo bien acompañado. Brad estaba con él todo el tiempo... tras

una larga charla con el coceador de asnos del presidente, que le había convertido en un hombre nuevo y diligente. Desplegamos una intensa actividad para vigilar la puesta en marcha de los circuitos de mediación, al tiempo que se controlaba la entrada y salida de datos de la 3070 establecida en Tonka a la nueva computadora-mochila de Rochester, Nueva York. Texas y Oklahoma atravesaban una de sus periódicas olas de calor, que complicaba todos los datos que manejaba la máquina, al tiempo que los efectos secundarios de la gripe ejercían todavía su influencia sobre el personal humano del equipo. Definitivamente, el equipo veía disminuido el número de sus componentes.

Además, necesitábamos aún más. La computadora-mochila tenía un margen de seguridad del orden de 99,999999999 por ciento en cada uno de sus componentes, pero existían algo así como 108 componentes. Tenía toda una gama de mecanismos supletorios, de forma que incluso con un fallo de tres o cuatro subsistemas mayores quedaría la suficiente capacidad como para mantener seguro a Roger. Pero no era suficiente. Los análisis demostraban que existía una probabilidad entre diez de un fallo en un circuito crítico en el lapso de medio año marciano.

Así pues, se decidió construir una 3070 que se pondría en órbita marciana y que repetiría todas las funciones de la computadora-mochila por triplicado. No sería tan eficaz como la computadora-mochila. Si ésta experimentaba un fallo total, Roger sólo podría utilizar la computadora orbital en un 50 por ciento del tiempo, cuando su órbita estuviera sobre él y pudiera comunicar con ella por radio. Podría haber un retraso de una centésima de segundo, que era tolerable. Además, podía estar en comunicación con ella mediante una antena externa.

Existía además otra razón para este apoyo orbital, y era el elevado riesgo de alteración. Tanto la 3070 orbital como la mochila estaban fuertemente protegidas. Sin embargo, podían pasar a través de los cinturones de Van Allen y del viento solar. Cuando se aproximaran a Marte, el viento solar estaría a un nivel lo suficientemente bajo como para ser soportable... excepto si se producían explosiones. Las partículas cargadas de una explosión solar podrían dañar fácilmente bastantes de los datos acumulados en ambas computadoras, hasta el punto de alterar de forma crítica su funcionamiento. La computadora mochila no podría defenderse. La 3070, por otro lado, poseía la suficiente capacidad de reserva para una dirección interna continua, así como para su autorreparación. En los momentos de ociosidad (y habría muchos de ellos, alrededor de un noventa por ciento de su funcionamiento, incluso durante los períodos en que fuera utilizada por Roger) podría comparar los datos en cada uno de sus caminos triplicados.

Si los datos diferían entre sí, se examinaría su compatibilidad con los datos circundantes; si todos los datos resultaban compatibles, se examinarían las tres formaciones y se buscaría la aberrante conforme a las otras dos. Si dos de ellas no conformaban, entonces si ello era posible, a la mochila.

Era todo lo que podíamos hacer, pero resultaba suficiente. En general, estábamos contentos con los resultados.

La 3070 orbital requeriría mucha energía. Calculamos el máximo rendimiento y el caso de peor abastecimiento probable de los paneles solares y extrajimos la conclusión de que el margen era demasiado escaso. Así pues, Raytheon consiguió una orden

prioritaria para uno de sus generadores MHD y cuadrillas de personas fueron a trabajar en Route 128 para modificarla para el lanzamiento espacial y la operación automática en órbita alrededor de Marte. Cuando la 3070 y el generador MHD alcanzaran la órbita se aceptaría. El generador suministraría toda la energía que la computadora necesitaba y poseería el suficiente excedente como para enviárselo por microondas a Roger en la superficie de Marte, el cual podría utilizarlo tanto para sus propias partes mecánicas como para el equipo que eventualmente instalara.

Una vez hubimos completado todos los proyectos apenas podíamos comprender cómo pensábamos en un principio que podríamos seguir adelante sin ellos. ¡Eran días felices! Pedimos, y se nos proporcionó rápidamente, todos los refuerzos que necesitábamos. Tulsa se quedaba sin luz dos días por semana para que pudiéramos tener las reservas de energía que necesitábamos y los Jet Propulsion Laboratories nos cedieron todo su equipo de medicina espacial para nuestro proyecto.

Se procedió a la alimentación de datos en las dos computadoras nuevas, la mochila que estaba en Rochester y el duplicado 3070 que estaba siendo montado en Merritt Island.

El mundo exterior, desde luego, no era tan agradable.

Utilizando una bomba de plutonio de fabricación casera hecha a base de materiales robados de un reactor alimentador en Carmarthen, los nacionalistas galos habían volado los cuarteles de Hyde Park y casi todos los de Knightsbridge. En California, las montañas Cascade se quemaban incontroladamente, mientras los helicópteros destinados a apagar incendios habían de quedarse en tierra a causa de la falta de combustible. Una explosiva epidemia de viruela había despoblado Poona y ya se había desatado, incontroladamente, en Bombay; además, se estaban reportando ya casos en Madras y Delhi a medida que los que podían iban huyendo de la plaga. Los australianos habían declarado una situación de movilización, el NPA había pedido una reunión de emergencia del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y Capetown estaba siendo asediada.

Todo aquello era lo que habían predicho los gráficos. Nosotros ya lo sabíamos. Continuamos con nuestro trabajo. Cuando alguna de las enfermeras o de los técnicos se preocupaban, recibía una orden del presidente de despreocuparse. En cada uno de los boletines, y en la mayoría de las salas de trabajo, había una cita de Dash:

*Ustedes ocúpense de Roger Torraway y*

*yo me ocuparé del resto del mundo.*

*FITZ-JAMES DESHATINE*

Pero no necesitábamos aquel recordatorio. Sabíamos perfectamente lo importante que era nuestro trabajo. La supervivencia de nuestra raza dependía de él, Comparado con eso, ninguna otra cosa tenía importancia.

Roger se despertó inmerso en una oscuridad total.

Había estado soñando, y por un momento sueño y realidad se fundieron



íntimamente. Había soñado con algo que había sucedido hacía mucho tiempo, cuando Dorrie, Brad y él habían ido al lago Texona con unos amigos que tenían un barco, y por la noche habían estado cantando al son de la guitarra de Brad mientras una enorme luna aparecía sobre el agua. Creyó que estaba escuchando de nuevo la voz de Brad... pero prestó mayor atención, su cerebro se despertó y se dio cuenta de que no se oía nada.

No había nada. Era extraño. Ni el más mínimo sonido, ni siquiera los ronroneos y los clics de los monitores telemétricos situados a lo largo de la pared, ni el murmullo de voces de la sala contigua. Pese a que se esforzaba al máximo por captar algo, a través de la precisa sensibilidad de sus nuevos oídos, no oyó el más mínimo ruido. Ni tampoco había luz. Ni colores, a excepción de los reflejos rojizos de su propio cuerpo y de las tablas del suelo de la habitación.

Se revolvió incómodo, y se dio cuenta de que estaba atado a la cama.

Por un momento, una oleada de terror inundó su mente: atrapado, indefenso, solo. ¿Le habían desconectado? ¿Habían sido deliberadamente borrados sus sentidos? ¿Qué estaba pasando?

Una vocecita habló de nuevo junto a su oreja:

—¿Roger? Soy Brad. Tus controles muestran que estás despierto.

Descansó.

—Sí—consiguió decir—. ¿Qué pasa?

—Te hemos sumido en un entorno de privación sensorial. Aparte de mi voz, ¿puedes oír algo más?

—Ni un solo ruido—dijo Roger—. Nada.

—¿Y la luz?

Roger informó que veía aquel resplandor rojo.

—Eso es todo.

—Muy bien—dijo Brad—. Ahora, la situación es la siguiente, Roger. Vamos a dejarte trabajar en tu nuevo sensorio de forma progresiva. Sonidos sencillos. Modelos simples. Hemos instalado un proyector a través de la pared sobre la cabecera de tu cama, y una pantalla en la puerta..., no puedes verla, por supuesto, pero está allí. Lo que vamos a hacer es... espera un minuto. Kathleen insiste en hablar contigo.

Se produjeron claros sonidos de fricción y luego la voz de Kathleen Doughty.

—Roger, este cabeza de chorlito ha olvidado una cosa importante. La privación sensorial es peligrosa, ya lo sabe.

—He oído decirlo—admitió Roger.

—Según la opinión de los expertos la peor parte es el sentimiento de impotencia

que sobreviene al final. De modo que cuando empiece a sentirse mal, hable; uno de nosotros estará siempre aquí y le podrá contestar. Estará Brad, o yo, o Sulie Carpenter, o Clara.

—¿Están todos ustedes ahí ahora?

—Cristo, sí... y Don Kayman, y el general Scanyon y la mitad del equipo. No le faltará compañía, Roger. Se lo prometo. Ahora bien, ¿qué tal mi voz? ¿Tiene alguna dificultad para oírla?

El consideró la respuesta.

—No noto ninguna. Suena un poco como el crujido de una puerta—describió Roger.

—¿Es molesto?

—No lo creo. Su voz suena así siempre, Kathleen.

Ella se echó a reír.

—Bueno, de todas formas me callaré dentro de un minuto. ¿Qué hay acerca de la voz de Brad?

—No he notado nada. O, al menos, no estoy seguro. Estaba soñando y durante un momento pensé que estaba cantando *Aura Lee* con su guitarra.

Brad le cortó.

—¡Qué interesante, Roger! Pero ¿y ahora?

—No. Tu voz suena normal.

—Bien, tus registros parecen estar bien. Bueno. Volveremos a eso después. Ahora, lo que vamos a hacer es proporcionarte datos visuales simples. Como dice Kathleen, puedes hablar con nosotros en cualquier momento, que nosotros te contestaremos. Pero, durante un tiempo, no vamos a hablar mucho. Dejaremos que los circuitos visuales vayan trabajando antes de que confundamos las cosas con sonido y visión simultáneos, ¿entendido?

—Adelante —dijo Roger.

No hubo respuesta, pero al cabo de un momento apareció un pálido punto de luz en la pared del fondo.

No era brillante. Roger sospechaba que con los ojos con los que había nacido no hubiera sido capaz de verlo en absoluto; sin embargo, ahora podía verlo claramente, e incluso en el limpio aire de su habitación de hospital era capaz de divisar el sendero de luz que se extendía desde el proyector a la pared, por encima de su cabeza.

Durante bastante tiempo no sucedió nada más.

Roger esperó tan pacientemente como pudo.

Siguió pasando tiempo.

Finalmente dijo:

—Está bien, lo veo. Es un punto. Lo he estado mirando durante todo el tiempo y sigue sin ser más que un punto. Observo—continuó, mirando en torno suyo— que hay la suficiente luz como para poder ver el resto de la habitación ligeramente, luz que se desprende de la proyección. Pero eso es todo.

La voz de Brad sonó como un trueno.

—Muy bien, Roger, sigue así y te daremos algo más.

—¡Eh! —exclamó Roger—. No tan fuerte, ¿quieres?

—No he hablado más alto que antes —objetó Brad. Y, en efecto, su voz se redujo a las proporciones normales.

—Está bien, está bien—dijo Roger. Se estaba aburriendo. Tras un momento apareció otro punto de luz, a escasos centímetros del primero. Ambos siguieron así durante bastante tiempo, y luego saltó una línea de luz entre ellos.

—Esto es perfectamente estúpido —se quejó.

—Tiene que serlo—dijo esta vez Clara Bly.

—Eh —le dijo Roger—, escucha. Ahora puedo ver muy bien con toda esa luz que me estás dando. ¿Qué son todos esos cables que hurgan dentro de mi...?

Brad le cortó.

—Son tus telémetros, Roger. Por eso te hemos atado. Así no puedes enredarlos moviéndote. Ya sabes que ahora todo es a control remoto. Tenemos que hacerlo casi todo fuera de tu habitación.

—Ya lo había notado. Muy bien, continúa.

Pero era tedioso y siguió siendo tedioso. No eran el tipo de cosas que él había calculado que mantendrían su mente ocupada. Puede que fueran importantes, pero también eran estúpidas. Tras un tiempo interminable de proyección de figuras sencillas geométricas de luz, la intensidad se fue reduciendo de forma que cada vez había menos reflejo para iluminar la habitación; entonces comenzaron a proporcionarle sonidos: clics, zumbidos, armonías, un silbido. ..

En la habitación contigua proseguían los cambios. Se detenían sólo cuando el telémetro indicaba que Roger necesitaba dormir, comer o excretar. Ninguna de esas cosas eran frecuentes. Roger comenzó a ser capaz de determinar quién estaba trabajando allí por ciertas señales sutiles. La ligera nota de burla en la voz de Brad sólo sonaba cuando se encontraba en la habitación Kathleen Doughy; el sonido más bajo, y en cierto modo afectuoso, cuando era Sulie Carpenter la que manejaba las respuestas. Descubrió que su sentido del tiempo no era el mismo que el de los que se encontraban fuera, ni el de "realidad".

—Esperábamos que fuera así, Rog —dijo la débil voz de Brad cuando él se lo informó—. Si trabajas en ello te darás cuenta de que puedes ejercer un control volitivo sobre todo eso. Puedes contar los segundos como un metrónomo, si lo deseas. O hacerlos transcurrir más de prisa o más despacio, según tus necesidades.

—¿Cómo lo hago? —preguntó Roger.

—¡Diablos, hombre! —estalló Brad—. Es tu cuerpo. Aprende a utilizarlo. —Luego siguió con tono de disculpa—: De la misma forma en que aprendiste a desconectar tu visión. Prácticalo hasta que encuentres la manera de hacerlo. Ahora presta atención. Voy a interpretar una partitura de Bach.

El tiempo fue transcurriendo.

Pero no fácil ni rápidamente. Había largos períodos en los que el alterado sentido del tiempo de Roger le hacía sentir tedio, y otras veces en las que se encontraba pensando de nuevo en Dorrie. El regalo que le había dado Dash en su visita, la agradable presencia y el afecto de Sulie Carpenter... ésas eran cosas buenas; pero no durarían siempre. Dorrie era una realidad de sus sueños, y cuando su cabeza estaba lo suficientemente vacía como para poder pensar, Dorrie era el centro de sus pensamientos. Dorrie y sus alegres primeros años juntos. Dorrie y el terrible conocimiento de que ya no era lo suficientemente hombre como para satisfacer sus necesidades sexuales. Dorrie y Brad...

La voz de Kathleen Doughty sonó bruscamente.

—No sé qué diablos está haciendo, Roger, pero ¡está alterando sus signos vitales! Acabe con ello.

—Está bien—refunfuñó Roger. Sacó a Dorrie de su pensamiento; pensó en la afectuosa voz de Kathleen, en lo que le había dicho el presidente, en Sulie Carpenter. Logró tranquilizarse.

Como premio le proyectaron un ramo de violetas, a todo color.

## **10 Las cabriolas de Batman**

De pronto, sorprendentemente, no faltaron más que nueve días.

Fuera, el padre Kayman temblaba en el frío, esperando al vehículo que le llevara al proyecto. Las reservas de combustible habían disminuido considerablemente en las últimas dos semanas, por la guerra del Oriente Medio y a causa de la voladura de las conducciones de petróleo del mar del Norte por parte de los Luchadores Escoceses de la Libertad. Pero el proyecto tenía prioridad en cualquier cosa que necesitara, aunque algunos de los silos de los misiles no tuvieran suficiente combustible para poner en el aire a sus pájaros; se había obligado a todos los componentes del equipo a que apagasen

las luces, que compartieran los vehículos, bajaran los termostatos de sus casas y mirasen menos la televisión. Una temprana tormenta de nieve había azotado las praderas de Oklahoma, y un estudiante del seminario se ocupaba en apartar la nieve de los caminos. No había demasiada, pensó Kayman, y no era particularmente agradable de ver. ¿Era su imaginación o tenía un color grisáceo? ¿Podía ser que la ceniza de los bosques incendiados de California y Oregón hubiera manchado la nieve, a una distancia

de dos mil kilómetros?

Brad tocó la bocina y Kayman dio un salto.

—Lo siento —dijo Kayman, metiéndose en el coche y cerrando la puerta—. Oye, ¿no sería mejor que trajera mi coche la próxima vez? Gasta mucho menos combustible que este trasto tuyo.

Brad se encogió de hombros despreocupadamente y miró su retrovisor. Otro coche, un veloz deportivo, estaba doblando la esquina tras ellos.

—Conduzco para dos, de todas formas —dijo—. Este es el mismo que me seguía el martes. O son unos chapuceros o quieren estar seguros de que yo me dé cuenta de que me siguen.

Kayman echó una mirada por encima de su hombro. El coche que les seguía no tomaba, evidentemente, la menor precaución para pasar inadvertido.

—¿Sabes quién es, Brad?

—¿Hay alguna duda?

Kayman no respondió. Verdaderamente, no la había. El presidente le había hecho entender muy claramente a Brad que bajo ninguna circunstancia debía frecuentar la compañía de la mujer del monstruo, durante la entrevista de media hora que Brad recordaba vívidamente en cada uno de sus dolorosos segundos. Su perseguidor se puso inmediatamente detrás de él para asegurarse de que Brad no lo olvidara.

Pero no era un tema acerca del cual Kayman deseara discutir con Brad. Conectó la radio y buscó la emisora de las noticias. Escucharon durante unos minutos las censuradas aunque aun así terroríficas noticias, hasta que Brad, sin pronunciar palabra, la cerró. Luego circularon en silencio hasta que llegaron al gran cubo blanco del edificio del proyecto, solo en medio de la desolada pradera.

En su interior no había nada gris: las luces eran potentes y brillantes; los rostros mostraban cansancio, a veces preocupación; pero estaban siempre vivaces. Al menos aquí, pensaba Kayman, respiraba un sentimiento de trabajar con un significado concreto y con un fin determinado. El proyecto se desarrollaba según las previsiones. Y al cabo de nueve días sería lanzado el cohete hacia Marte y él estaría dentro.

Kayman no tenía miedo de ir. Había condicionado su vida a ello desde los primeros días que pasara en el seminario, cuando se dio cuenta de que podía servir a Dios en lugares que no fueran el púlpito, al tiempo que el padre superior le animaba a seguir por el camino que le interesaba, ya fuera la astrofísica o la teología. Sin embargo, era

una idea de gran peso.

No se sentía preparado. Sentía que el mundo no estaba preparado para esa aventura. Le parecía todo curiosamente precipitado, pese a las eternidades de trabajo que se había invertido en ello, incluido el suyo. Ni siquiera la tripulación estaba totalmente elegida. Roger iría; era la *raison d'être* de todo el proyecto. Kayman iría, eso estaba decidido en firme. Pero los dos pilotos eran todavía provisionales. Kayman había tenido ocasión de conocerlos y le habían gustado. Eran de lo mejor que había en la NASA, y uno de ellos había volado ya con Roger en una misión, ocho años antes. Pero en la lista de posibles candidatos había otros quince; Kayman ni tan siquiera conocía sus nombres; lo único que sabía era que eran muchos. Vern Scanyon y el director general de la NASA se habían entrevistado con el presidente en persona, urgiéndole para que diera el visto bueno a la lista de los escogidos. Pero Dash, por razones propias que sólo él conocía, se había reservado el derecho de la elección final y todavía se negaba a dar luz verde.

Lo único que parecía totalmente preparado para la aventura era el eslabón de la cadena que en otro tiempo pareciera más dudoso: el propio Roger.

El entrenamiento había ido perfectamente bien. Roger era ahora totalmente móvil; iba y venía por todo el edificio del proyecto: desde la habitación que aún consideraba como su "casa", hasta la cámara de ambiente marciano, y a cualquier lugar que deseara ir. Todos estaban ya acostumbrados a ver a aquel alto personaje de alas negras, saltando por los corredores con sus ojos facetados y su voz monótona, saludando amistosamente. La última semana había estado por completo en manos de Kathleen Doughty; sus órganos sensoriales aparecían bajo perfecto control. Ahora había llegado el momento de

aprender a explotar todas las posibilidades de su musculatura. De modo que había llevado al edificio a un ciego, a un bailarín de ballet y a un antiguo parapléjico, y en el momento en que Roger comenzó a ensanchar sus horizontes le tomaron bajo su tutela. El bailarín ya no se dedicaba al ballet, pero de niño había estudiado con Nureyev y Dolin. El ciego ya no era ciego. No tenía ojos, pero su sistema óptico había sido sustituido por sensores muy semejantes a los del propio Roger, y ambos comparaban anotaciones sobre sutiles formas de manipular los parámetros de su visión. El parapléjico, que ahora se movía sobre piernas motorizadas, precursoras de las de Roger, hacía un año que había aprendido a utilizarlas; él y Roger comenzaron a dar clase de ballet juntos.

No siempre físicamente juntos. El ex parapléjico, cuyo nombre era Alfred, era mucho más humano que Roger Torraway, y entre otros rasgos humanos poseía el de necesitar aire para respirar. Cuando Brad y Kayman entraron en la cámara de control del tanque de ambiente marciano, Alfred estaba haciendo cabriolas en uno de los lados del gran recipiente de doble pared de vidrio, y Roger, dentro del tanque casi sin aire, repetía los movimientos del otro. Kathleen Doughty estaba marcando el ritmo, y el sistema de altavoces amplificaba el vals de las Sífides. Vern Scanyon estaba sentado a horcajadas en un asiento con el respaldo invertido, mientras contemplaba la escena, con las manos cruzadas sobre el respaldo de la silla y la barbilla apoyada sobre las manos. Brad se dirigió inmediatamente a él y ambos comenzaron a hablar en un tono inaudible.

Don Kayman encontró un asiento cerca de la puerta. El parapléjico y el monstruo estaban ejecutando una serie de saltos increíblemente rápidos. No era la música adecuada para hacer tales cabriolas, pensó Kayman, pero ninguno de los dos parecía preocuparse por ello. El bailarín de ballet les contemplaba con una expresión indescriptible. Probablemente deseara ser un ciborg, pensó Kayman. Con unos músculos como aquéllos podría derrotar a cualquiera.

Resultaba un pensamiento divertido, pero por alguna razón Kayman se sintió enfermo. Entonces se acordó. Era precisamente allí donde había estado sentado cuando Willy Hartnett murió delante de sus ojos.

Parecía que hubiera transcurrido mucho tiempo. No hacía más de una semana que Brenda Hartnett se había despedido de él y de la hermana Clotilda, pero ya casi había desaparecido aquella imagen de su cabeza. El monstruo llamado Roger era ahora la estrella de la función. La muerte del otro monstruo, en aquel mismo lugar, hacía aún tan poco tiempo, era ya historia

Kayman tomó su rosario y comenzó a contar las quince decenas de la Virgen. Mientras una parte de él repetía las avemarías, la otra era plenamente consciente del agradable tacto de las cuentas de marfil y el extraño contraste del cristal. Estaba considerando si llevarse el regalo del Santo Padre con él a Marte. Era una pena si se perdía..., bueno, también sería una pena si él se perdiera, pensó. No podía detenerse a considerar riesgos como ése, de forma que decidió hacer lo que, evidentemente, Su Santidad había pensado que haría, es decir, llevar su regalo a través del viaje más largo jamás realizado.

Entonces se dio cuenta de que había alguien frente a él.

—Buenos días, padre Kayman.

—Hola, Sulie.—La miró con curiosidad. ¿Qué era lo que resultaba extraño en ella? Las raíces de su oscuro cabello parecían doradas, pero eso no era nada particularmente sorprendente; incluso un sacerdote sabe que las mujeres eligen el color de su cabello a voluntad.

—¿Cómo va todo?

—Yo diría que perfectamente. ¡Mírelos saltar... Roger parece más preparado que nunca y, *Deo volente*, creo que podremos despegar en la fecha prevista.

—Le envidio —dijo la enfermera, mirando hacia el tanque de ambiente normal marciano. El la miró perplejo. En su voz había más sinceridad de la que una expresión casual podría justificar—. Sí, Don —dijo—. La razón por la que entré en el programa espacial fue, en primer lugar, que deseaba ir yo misma. Podría haberlo hecho si...

Se detuvo y se encogió de hombros.

—Bueno, creo que les estoy ayudando a usted y a Roger, ¿no es esto lo que se suele pensar que hacen las mujeres? Ayudantes. No es malo, sin embargo, cuando se trata de colaborar en una cosa tan importante como ésta.

—No parece muy convencida de ello—dijo Kayman.

Ella sonrió y luego volvió junto al tanque.

La música había cesado. Kathleen Doughty retiró el cigarrillo de sus labios, encendió otro y dijo:

—Está bien, Roger, Alfred. Se merecen un diez. Están haciendo algo grande.

Dentro del tanque, Roger se sentó con las piernas cruzadas. Parecía exactamente el diablo sentado en lo alto de una colina de las viejas películas de Disney, pensó Kayman, ¿Una noche en el monte Pelado?

—¿Qué le pasa, Roger? —le preguntó Kathleen Doughty—. No tiene que estar cansado.

—Estoy cansado de todo esto. No sé para qué necesito aprender ballet. Willy no lo hizo.

—Willy murió—replicó ella.

Se produjo un silencio. Roger volvió la cabeza hacia ella y la miró a través del cristal con sus grandes ojos compuestos.

—No por falta de cabriolas—le espetó.

—¿Cómo lo sabe? Bueno—admitió ella—, supongo que podría sobrevivir sin necesidad de hacer todas estas cosas. Pero estará mejor preparado así. No es sólo cuestión de aprender a desenvolverse. También tiene que aprender a no destruir lo que le rodea. ¿Tiene idea de lo fuerte que es ahora?

En el interior del tanque, Roger dudó, luego movió la cabeza.

—No me siento particularmente fuerte—dijo con su peculiar voz.

—Puede atravesar una pared de golpe, Roger. Pregúntele a Alfred. ¿En cuánto tiempo recorre una milla Alfred?

Ei ex parapléjico cruzó las manos sobre su plano pecho y sonrió. Tenía veintiocho años y no había sido precisamente un atleta ni siquiera antes de que una miastenia grave destruyera sus piernas naturales.

—En un minuto cuarenta y siete—dijo con orgullo.

—Espero que usted lo haga mejor aún, Roger —dijo Kathleen—. Pero para ello ha de aprender a controlarlo.

Roger emitió un sonido que no era precisamente una palabra y luego se detuvo.

—Equilibren las salidas—dijo—. Voy a salir.

El técnico pulsó un botón y grandes bombas comenzaron a echar aire en la cámara de salida, haciendo el mismo ruido que si estuvieran rasgando linóleoum.

—Oh—exclamó Sulie Carpenter junto a Don Kayman—. ¡No llevo puestos mis lentes de contacto!—y echó a correr antes de que Roger pudiera entrar en la



habitación.

Kayman la miró mientras desaparecía. Uno de los enigmas estaba resuelto; ya sabía qué era lo que le había parecido extraño de ella.

Pero ¿para qué llevaría Sulie lentes de contacto que transformaran sus ojos castaños en verdes?

Se encogió de hombros y no le dio mayor importancia.

Nosotros sabíamos la respuesta. Habíamos tenido muchos problemas para encontrar a Sulie Carpenter. Los factores críticos sumaban una larga lista, y los menos importantes eran el color del cabello y el de los ojos, puesto que ambos podían ser fácilmente cambiados.

A medida que se aproximaba el día señalado, la posición de Roger comenzó a variar. Durante dos semanas había sido como una pieza de carne en una carnicería: fue cortado, enrollado y reformado sin ninguna participación personal y sin control alguno sobre lo que le estaba pasando. Luego había sido un estudiante, a las órdenes de sus maestros, aprendiendo el control de sus sentidos y el uso de sus miembros.

Era la transición desde la preparación de laboratorio al estado de semidiós, y ya había recorrido más de la mitad del camino.

Era consciente de ello. Porque ya hacía días que ponía en cuestión todo lo que le decían que hiciera y a veces se había negado a hacerlo. Kathleen Doughty ya era su jefe, que podía ordenarle hacer cientos de piruetas. Ahora era su subordinada, cuya misión era ayudarle en todo lo que él deseaba. Brad, que había perdido bastante de su anterior humor y había ganado en concentración, ahora le pedía las cosas como favores.

—Intenta realizar esas pruebas de discriminación de colores, ¿quieres? Vendrán muy bien en mi informe acerca de ti.

Roger solía hacer bromas, pero a veces no lo eran.

A quien más bromas gastaba era a Sulie Carpenter, porque siempre se encontraba allí y siempre se cuidaba de él. Había olvidado lo mucho que se parecía a Dorrie. De lo único que se daba cuenta era de su superior atractivo.

Ella le llevaba muy bien la corriente. Si estaba enfadado le hablaba afectuosamente. Si deseaba conversar, conversaba. A veces jugaban a juegos diversos, era una jugadora de scrabble muy competente.

Una vez, bastante entrada la noche, Roger comenzó a experimentar un fuerte insomnio; entonces ella comenzó a tocar la guitarra y ambos cantaron, pese a la voz llana y susurrante, casi sin tono, de Roger. Su rostro cambiaba cuando le miraba, pero él había

aprendido a dominar aquello. Los circuitos de interpretación de su sensorio reflejaban sus sensaciones cuando él lo permitía, y había veces en las que Sulie se parecía más a Dorrie que la propia Dorrie.

Una vez que terminaba su carrera diaria en el tanque de ambiente normal marciano, Sulie le llevaba a su habitación, una joven sonriente contrastando con aquel monstruo por los corredores del laboratorio. Charlaban durante un rato y después él la enviaba fuera.

Nueve días para la partida.

Menos que eso, en realidad. El sería llevado a Merritt Island tres días antes del lanzamiento, y ese último día en Tonka estaría totalmente dedicado a acoplar la computadora-mochila y a retocar algunos de sus mecanismos sensoriales para las condiciones marcianas. De modo que quedaban seis..., no cinco... días.

Y no había visto a Dorrie hacía semanas.

Se miró al espejo que había pedido instalaran en su habitación: ojos de insecto, alas de murciélago, carne dura y brillante. Se divertía dejando volar sus interpretaciones visuales: de murciélago a gigante volador, a diablo... a él mismo, de la forma en que se recordaba, bien parecido y joven.

¡Si Dorrie tuviera una computadora que mediara su visión! Había jurado que no la llamaría; no podía obligarle a ver aquella cómica figura en que se había convertido su marido.

Pero, pese a su juramento, tomó el teléfono y marcó su número.

Por un impulso que no pudo reprimir. Esperó. Su sentido del tiempo, semejante a una acordeón prolongó el intervalo, de forma que pareció una eternidad el tiempo transcurrido antes de que por el auricular sonara el primer timbrado.

Luego el tiempo le traicionó de nuevo. Pareció que pasase otra eternidad antes de que sonara el segundo. Cuando lo hizo de nuevo, otra eternidad hasta el tercero.

Ella no respondió.

Roger, que era una de esas personas que contaban las cosas, sabía que la mayor parte de las personas no responden hasta que la llamada suena por tercera vez. Dorrie, sin embargo, siempre estaba deseosa de saber qué le deparaba el teléfono. Si estaba durmiendo o en el baño, rara vez contestaba después de la segunda llamada.

Sonó por tercera vez el timbre, pero no hubo respuesta.

Roger comenzó a sentirse dolido.

Se controló lo mejor que pudo, pues no deseaba hacer sonar la alarma en los aparatos telemétricos. Pero no pudo lograrlo completamente. Habrá salido, pensó. Su marido se había convertido en un monstruo y ella no estaba en casa pensando en él o preocupada, estaría de compras, o visitando a alguien o viendo una película.

O con un hombre.

¿Quién? Brad, pensó. No era imposible. Había dejado a Brad abajo, en el tanque, hacía ya veinticinco minutos. Tiempo suficiente como para haber podido reunirse en alguna parte. Incluso tiempo suficiente para que Brad hubiera llegado a casa de

Torroway. Tal vez ella no había salido. Tal vez...

Cuarto timbrazo.

Tal vez estaban allí, los dos, desnudos y juntos en el suelo, frente al teléfono. Ella estaría diciendo:

—Ve a la otra habitación, cariño; quiero ver quién...

Y añadiría...

Quinto timbrazo... y en la pantalla se dibujó el rostro en colores de Dorrie. Su voz dijo:

—¿Diga?

En cuanto oyó eso, Roger cubrió el objetivo con la mano.

—Dorrie—dijo. Su voz sonaba dificultosa sin tono a sus propios oídos—. ¿Cómo estás?

—¡Roger!—gritó ella. El placer de su voz sonaba muy auténtico—. Oh, cariño, estoy tan contenta de oírte... ¿Cómo te encuentras?

Su voz dijo automáticamente:

—Bien—siguió hablando sin necesidad de la ayuda de su mente consciente, contando lo que le había pasado, catalogando las pruebas y los ejercicios.

Mientras tanto, miraba a la pantalla con la mayor concentración de sus sentidos.

Ella parecía.. ¿qué? ¿Cansada? Su aspecto cansado era la confirmación de sus temores. Se acostaba con Brad todas las noches, sin importarle el dolor y la humillación de su marido. ¿Descansada y cariñosa? Mostrarse descansada y cariñosa era también una confirmación. Significaba que estaba relajada, que se divertía... sin preocuparse por el tormento que estaba sufriendo su marido.

Realmente, nada iba mal en el cerebro de Torroway, puesto que había adquirido a lo largo de toda su vida el hábito del análisis y la lógica. No se le ocurrió que el juego que estaba jugando consigo mismo era "Usted pierde". Todo se le mostraba como la evidencia de que Dorrie era culpable. Y sin embargo, aunque analizara su imagen cuidadosamente, con sus sentidos multiplicados, no captaba en ella nada hostil. Sólo captaba Dorrie.

Sintió que la ternura quebraba su voz.

—Te he echado de menos, cariño—dijo sin tono. Lo único que traicionó sus sentimientos fue una sílaba que se retrasó una fracción de segundo: "Ca-ri...ño".

—Yo también te he echado de menos. Me he mantenido ocupada, querido. He estado pintando tu guarida. Es una sorpresa, pero desde luego va a serlo durante mucho tiempo hasta que veas que... Bueno, será color melocotón, y puede que tal vez el techo azul celeste. ¿Te gusta? Estuve a punto de hacerlo con tonos ocres y

marrones, ya sabes, colores de Marte, para celebrarlo. ¡Pero pensé que cuando volvieras estarías bastante harto de los colores de Marte! —Y rápidamente, sin pausa— ¿Cuándo voy a verte?—El cambio de tono de su voz le cogió por sorpresa.

—Bueno, mi aspecto es bastante aterrador—dijo.

—Ya sé cuál es tu aspecto. Dios mío, Roger, ¿crees que Brenda, Midge, Callie y yo no hemos hablado de eso durante estos dos últimos años? Desde que comenzó el programa. Hemos visto diseños. Y hemos visto todos a Willy.

—Yo no soy exactamente como Willy. Me han cambiado algunas cosas.

—También eso lo sé, Roger. Brad me contó todo eso. Me gustaría verte.

En aquel momento el rostro de su mujer se convirtió inesperadamente en el de una bruja. Las agujas de labor que llevaba se convirtieron en una escoba.

—¿Has estado viendo a Brad?

¿Hubo una pausa de un microsegundo antes de que ella respondiera?

—Supongo que no tendría que habérmelo contado dijo—por eso de la seguridad. Pero yo se lo pedí. No es tan grave, cariño. Yo soy una gran chica. Podré acostumbrarme.

Por un momento Roger estuvo a punto de quitar la mano del visor y dejarse ver, pero estaba confundido, se sentía extraño. No podía interpretar sus sentimientos. ¿Era vértigo? ¿Emoción? ¿Alguna malfunción de su parte mecánica? Sabía que sería sólo cuestión de momentos antes de que Sulie, Don Kayman o cualquier otro entrara en la habitación, alarmado por los indicadores telemétricos de fuera. Intentó controlarse.

—Tal vez más tarde... —dijo sin convicción—. Creo... creo que ahora es mejor que cuelgue, Dorrie.

Tras ella, su familiar salón estaba cambiando también, el campo de visión de la pantalla del teléfono no era demasiado bueno; incluso para sus sentidos, el resto de la habitación estaba confundido.

¿Había acaso un hombre en las sombras? ¿Llevaba la chaqueta de un oficial de marina? ¿Podía Brad estar haciendo eso?

—Tengo que colgar ahora—le dijo, y lo hizo.

Clara Bly entró, llena de interrogantes y preocupaciones. El movió la cabeza sin pronunciar palabra.

En sus nuevos ojos no había lágrimas, y por eso no pudo llorar. Incluso se le negaba aquel desahogo.

## 11 Dorothy Louise Mintz Torraway en su papel de Penélope

Nuestros sondeos nos indicaron que había llegado el momento de permitir que el mundo conociera la existencia de Roger Torraway. Así pues, a través de todas las pantallas de televisión del mundo, todos habían visto a Roger en una docena de poses, entre los muertos del Pakistán y los incendios de Chicago.

Uno de sus efectos fue hacer de Dorrie una celebridad. La llamada de Roger la había afligido. No tanto como la nota de Brad diciéndole que ya no podría verla de nuevo, y muchísimo menos que los cuarenta y cinco minutos que había pasado con ella el presidente, para dejarle bien grabado en la mente lo que le pasaría si dañaba a su precioso astronauta. Y ciertamente menos que el descubrimiento de que estaba siendo seguida, de que su teléfono estaba intervenido y su casa vigilada. Pero no había sabido que postura tomar ante Roger. Sospechaba que nunca lo sabría, y no importaba en absoluto que en unos pocos días él fuera lanzado al espacio, donde no iba a tener mucha necesidad de preocuparse por sus relaciones durante un año y medio como mínimo.

Tampoco le importaba su súbita popularidad.

Los reporteros de televisión habían ido a verla, y ella pudo contemplar su propio rostro valeroso en las noticias de las seis en punto. Fem le había enseñado también a alguien. Ese alguien le había telefonado antes. Se trataba de una mujer de unos sesenta años, veterana de los años "libres", que le había dicho:

—Nosotros nunca entrevistamos a nadie por el solo hecho de ser la esposa de alguien. Pero ellos querían que lo hiciéramos. Yo no puedo saltarme esta orden, pero quiero ser honesta con usted y hacerle saber que esto me resulta desagradable.

—Lo siento—dijo Dorrie—. ¿Quiere que me niegue a la entrevista?

—Oh, no —dijo la mujer, hablando como si Dorrie tuviera la culpa—, no es culpa suya; pero considero que es una traición para todas las Fem. No importa. Quiero ir a su casa. Grabaremos quince minutos para una edición de cassette y luego escribiré un artículo. Si puede...

—Yo...—comenzó a decir Dorrie.

—...procure hablar de usted más que de él. Sus aficiones. Sus aspiraciones. Sus...

—Lo siento, pero realmente preferiría...

—...opiniones sobre el programa espacial y todo eso. Dash dice que se trata de un objetivo esencial a cumplir por los americanos y que el futuro del mundo depende de ello. ¿Qué es lo que piensa sobre esto? No pretendo que me responda ahora, sino que...

—No quiero que sea en mi casa —dijo Dorrie, sin esperar a que la otra le dejara un hueco para hablar.

—...piense sobre ello y responda ante la cámara. ¿Que no sea en su casa? No, eso no es posible. Estaremos allí dentro de una hora.

Dejó a Dorrie cortada.

—Bruja—dijo, en cierto modo ausente. A ella no le importaba tener la entrevista en su casa. Lo que le molestaba era que no le hubieran dejado elegir. Le molestaba mucho. Pero no tenía otra elección, a menos que se fuera antes de que la persona de Fem apareciera.

Dorrie Torraway, Mitz de soltera, siempre había querido tomar sus propias decisiones. Una de las cosas que le había atraído de Roger en primer lugar, aparte del encanto que le confería el programa espacial y la seguridad y el dinero que iban parejos con él (y aparte del aspecto más bien agradable de Roger), era que estaba dispuesto a escuchar lo que ella quería. Los otros hombres que había conocido estaban interesados exclusivamente en lo que ellos deseaban, deseos que no eran los mismos en todos ellos, pero sí muy acordes con el tipo de relación. Harold quería siempre ir a fiestas y bailar, Jim quería siempre sexo, Everett sexo y fiestas, Tommy dedicación política, Joe cariño maternal. Lo que Roger deseaba era explorar el mundo junto a ella, y parecía perfectamente dispuesto a explorar las partes de ese mundo que ella deseaba lo mismo que las partes consideradas importantes por él.

Nunca se había arrepentido de haberse casado con él.

Había pasado mucho tiempo sola. Cincuenta y cuatro días cuando estuvo en la Estación Espacial Tres. Un buen número de misiones más breves. Dos años dando la vuelta al mundo por asuntos de trabajo, encargado de todo el sistema de estaciones monitoras desde Aachen al Zaire, sin tener una casa propiamente dicha en ningún sitio. Después de un tiempo, Dorrie se había cansado de esto y había vuelto á su apartamento de Tonka. Pero a ella no le había importado. Tal vez a Roger sí; pero esta cuestión no se le había pasado jamás por la cabeza. De cualquier forma, se habían estado viendo con bastante frecuencia. El iba a casa una vez al mes, o cada dos meses como máximo, y el resto del tiempo ella se mantenía ocupada. Tenía la tienda. La había abierto en una ocasión en que Roger estaba en Iceland, con un cheque de cinco mil dólares que él le había enviado con motivo de su cumpleaños. También tenía a sus amigos. Y también, de vez en cuando, hombres.

Ninguno de ellos había llenado su vida, pero no había esperado nunca que fuera así. Más bien había esperado estar sola. Había sido hija única, con una madre que no soportaba a sus vecinos, de forma que no había tenido muchos amigos. Los vecinos tampoco soportaban a su madre, porque era una caprichosa en pequeña escala, lo cual complicaba las cosas a Dorrie. Pero a ella no le importaba; no sabía que existían otras formas de vida.

A los treinta y un años Dorrie era tan sana, bella y competente para enfrentarse al mundo como nunca lo había sido y como probablemente no lo sería de nuevo. Se definía a sí misma como una mujer feliz. Este diagnóstico no se derivaba de ningún deseo de complacencia interior. Procedía del hecho comprobado, examinándolo objetivamente, de que cualquier cosa que deseara la conseguía, ¿y qué otra definición podía haber de la felicidad?

Mientras esperaba a que la señorita Hagar Hengsrom y su equipo de Fem llegaran, se dedicó a reunir una selección de cerámica de su tienda sobre la mesita de café que

estaba enfrente del sofá donde pensaba sentarse. El tiempo que le quedó lo dedicó a cepillar su cabello, arreglar su maquillaje y ponerse un traje pantalón que acababa de comprarse.

Cuando sonó el timbre de la puerta, ya estaba preparada.

La señorita Hagar Hengstrom le estrechó la mano y entró en la casa; su pelo era de un azul brillante y sostenía un puro negro entre los labios. La seguían el encargado de las luces, el del sonido, el cámara y los colaboradores.

—La habitación es pequeña—dijo, mientras examinaba los muebles—. Torraway se sentará allí. Cambiadlo.

Los colaboradores se apresuraron a mover una silla que estaba situada bajo la ventana hacia el lugar ahora ocupado por una consola que llevaron al centro de la habitación.

—Espere un momento—dijo Dorrie—. Había pensado sentarme en aquel sofá de allí...

—¿Todavía no has preparado las luces?—preguntó Hengstrom—. Sally, enciende la cámara. Ustedes nunca saben lo que podemos utilizar como fondo.

—Ya lo veo—dijo Dorrie.

Hengstrom la miró. La voz no había sido muy alta, pero el tono se había hecho peligroso. Se encogió de hombros.

—Déjenos hacer—le propuso—, y si luego no le gusta, lo discutiremos. Venga hacia mi, ¿quiere?

—¿Qué?—la pálida joven que sostenía la cámara estaba sofocada; Dorrie se dio cuenta y eso la distrajo. La encargada de las luces había encontrado un hueco en la pared y sostenía una cruz de luces en la mano, moviéndolas suavemente para borrar las sombras que se iban formando cada vez que Dorrie se movía.

—Bien, para empezar, ¿cuáles son sus planes para los próximos dos años? No va a estar esperando sin hacer nada a que Roger Torraway regrese a casa...

Dorrie intentó dirigirse hacia el sofá, pero la encargada de las luces movió una mano haciéndole señas en otra dirección, mientras dos de los ayudantes hacían desaparecer la mesita de café.

—Tengo una tienda—dijo—. Pensaba que le hubiera gustado captar con la cámara alguna de las piezas que vendo mientras me entrevista...

—Sí, eso está bien. Pero me refiero al campo personal. Usted es una mujer sana. Tiene necesidades sexuales. Retroceda un poco, por favor... Sandra ha captado un ruido en el sistema de sonido.

Dorrie se encontró frente a la silla, y parecía que no tendría más remedio que sentarse en ella

—Por supuesto... —comenzó.

—Usted tiene una responsabilidad —dijo Hengstrom—. ¿Qué tipo de ejemplo va a dar a las mujeres jóvenes? ¿Convertirse en una doncella reseca y vieja? ¿O vivir una vida completa y natural?

—No sé si quiero discutir...

—La hemos examinado cuidadosamente, Torraway. Me ha gustado lo que hemos averiguado. Usted es una persona que acepta la ridícula farsa del matrimonio. ¿Por qué lo ha hecho?

Dorrie vaciló.

—Roger es verdaderamente una persona muy agradable —dijo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, me refiero a que me ha proporcionado seguridad y apoyo.

Hagar Hengstrom asintió.

—Antigua psicología de esclavitud. No importa. La otra cosa que me sorprende es que se haya visto usted implicada en el programa espacial. ¿No cree que es un asunto sexista?

—¿Por qué? No. El presidente me dijo—respondió Dorrie, consciente de que estaba intentando sumar puntos en el caso de que recibiera otra visita del presidente Dash—que poner un hombre en Marte era absolutamente indispensable para el futuro de la raza humana. Yo lo creo. Estamos obligados a...

—Repita eso—ordenó Hengstrom.

—¿Qué?

—Repita lo que acaba de decir. ¿Poner qué en Marte?

—Un hombre. Oh, ya veo lo que quiere decir.

Hengstrom movió tristemente la cabeza.

—Usted ve lo que quiero decir, pero no varía su forma de pensar. ¿Por qué un hombre? ¿Por qué no una persona? —miró con misericordia a la encargada del sonido, que movió la cabeza a su vez, mostrando su total acuerdo—. Bueno, pasaremos a algo más importante: ¿sabía que todo el equipo que viajará a Marte va a estar compuesto por varones? ¿Qué piensa de eso?

Fue una mañana fatal para Dorrie. No logró que en ningún momento sus piezas de cerámica aparecieran ante la cámara.



Cuando Sulie Carpenter comenzó su trabajo aquella tarde, llevaba dos sorpresas para Roger: una cassette de la entrevista, montada por el equipo de relaciones públicas del proyecto (léase censurada) y una guitarra. Primero le dio la cassette, y le permitió ver la entrevista mientras ella hacía la cama y cambiaba el agua de las flores.

Cuando la hubo visto toda, dijo alegremente:

—Me parece que su esposa lo hace muy bien. Yo conocí una vez a Hagar Hengstrom. Es una mujer difícil.

—Dorrie parece estar bien—dijo Roger. Nadie hubiera podido captar ninguna expresión en aquella remodelada cara ni en el tono de su voz, pero las alas de murciélago se agitaban sin descanso—. Siempre me han gustado esos pantalones.

Sulie asintió y pensó que las aberturas de los lados de las perneras dejaban al descubierto bastante carne. Evidentemente, los esteroides implantados en Roger funcionaban bien.

—Le he traído también otra cosa—dijo, mientras abría la caja de la guitarra

—¿Va a tocar para mí?

—No, Roger. Es usted quien va a tocar.

—No puedo tocar la guitarra, Sulie—protestó.

Ella se echó a reír.

—He estado hablando con Brad —dijo—y creo que va a llevarse una sorpresa. Usted no es solamente diferente, Roger, ya lo sabe. Usted es mejor. Por ejemplo, sus dedos.

—¿Qué pasa con ellos?

—Bueno, yo he estado tocando la guitarra desde que tenía nueve años, y si dejo de hacerlo durante un par de semanas mis callosidades desaparecen y tengo que comenzar de nuevo. Sus dedos no necesitan callos; son lo suficientemente fuertes y firmes como para presionar los trastes perfectamente bien desde el primer momento.

—Bueno—dijo Roger—, creo que no sé de qué me está hablando. ¿Qué son los trastes?

—Presione aquí. Así. —Ella pulsó un acorde de sol. Luego un re y un do.

—Ahora, hágalo usted—dijo ella—. Lo único que tiene que procurar es no apretar demasiado. No es irrompible.—Le tendió la guitarra.

Presionó los dedos sobre las cuerdas, como había visto que hacía ella.

—Así, muy bien —aplaudió ella—. Ahora un sol. El dedo anular en el tercer traste de la prima... Ahí. El índice en el segundo traste de la 5. El medio en el tercer traste de la ó. —Le guió las manos mientras hablaba—. Ahora rasguee.

Lo hizo, y luego la miró.

—Eh—dijo—, suena bien.

Ella hizo una mueca y le corrigió.

—Bien, no. Perfecto. Ahora esto es un do. El índice en el segundo traste de la cuerda de si, el medio aquí, el anular aquí... Correcto. Y éste es un acorde de re; los dedos índice y medio en las cuerdas 3ª y 1ª, ahí, el anular un traste inferior en la... Perfecto. Ahora pulse un acorde de sol.

Para sorpresa suya, Roger pulsó un perfecto acorde de sol.

Ella sonrió.

—¿Lo ve? Brad tenía razón. Una vez que usted ha aprendido un acorde ya no lo olvida; la 3070 lo recuerda por usted. Todo lo que tiene que hacer es pensar "acorde de sol" y sus dedos lo hacen. Ahora usted está dijo con falso resentimiento—unos tres meses más adelantado que yo cuando intenté tocar la guitarra por primera vez.

—Esto es muy agradable —dijo Roger, interpretando los tres acordes, uno tras otro.

—Y eso es sólo el comienzo. Ahora va a hacer cuatro pulsaciones: ya sabe, dum, dum, dum, dum. Con un acorde de sol...—Escuchó y luego asintió—. Muy bien. Ahora haga esto: sol, sol... do, do... Bien. Ahora otra vez, pero haciendo re, re..., después de do, do... Muy bien. Ahora uno después de otro...

El tocaba la guitarra y ella cantaba: "Kumbaya, my Lord, ¡Kumbaya! Kumbaya, my Lord, Kumbaya".

—¡Hey! —gritó Roger entusiasmado.

Ella movió la cabeza y dijo con falso disgusto:

—No hace tres minutos que ha empezado a tocar la guitarra y ya es un acompañante. Le he traído un libro de acordes para las canciones más sencillas. Cuando regrese quiero verle tocarlas todas. Luego comenzaremos con el punteo y rasgueo.

Le enseñó la forma de leer los signos para cada acorde y le dejó alegremente desconcertado, intentando las seis primeras modulaciones del fa.

Fuera de la habitación se detuvo para quitarse las lentes de contacto y frotarse los ojos, y luego se dirigió a la oficina del director. La secretaria de Scanyon la hizo pasar.

—Es feliz con su guitarra, general—le informó—. Lo está menos con respecto a su esposa.

Vern Scanyon Asintió. Desde la habitación de Roger les llegaban los acordes del *Kentucky Babe*.

—Ya veo lo de la guitarra, comandante Carpenter. ¿Qué hay acerca de su mujer?

—Me temo que está enamorado de ella—contestó la joven lentamente—. Se encuentra bien hasta cierto punto. Pasado éste, creo que podemos tener problemas. Yo puedo mantenerle animado mientras permanezca aquí, en el edificio del proyecto, pero luego habrá de pasar una larga temporada fuera y... no estoy segura.

Scanyon dijo secamente:

—¡No se ande con rodeos, comandante!

—Creo que la echará de menos sin poder evitarlo. Ahora ya es bastante mala la situación. Le estuve examinando mientras contemplaba la grabación de la entrevista. No movió ni un solo músculo, sumido en una rígida concentración, para no perderse ni un detalle. Cuando esté a sesenta millones de kilómetros de ella... Bueno, lo tengo todo registrado, mi general. Quizá más tarde pueda ser más específica. Pero estoy preocupada.

—¡Usted está preocupada...!—aulló Scanyon—. ¡Dash va a cortarme la cabeza si le enviamos allí y luego le pasa algo!

—¿Qué puedo decirle, mi general? Deje que siga adelante con esta representación. Después puede que sea capaz de decirle cómo dominar la situación.

Ella se sentó sin esperar a que se lo dijeran y se pasó las manos por la frente.

—Llevar una doble vida fatiga bastante, general —dijo ella—. Ocho horas como enfermera y otras ocho como psiquiatra, no es muy divertido.

—Diez años en la Antártida es mucho menos divertido—dijo simplemente Vern Scanyon.

El reactor presidencial había alcanzado una altitud de crucero de 31.000 metros y una velocidad de Mach 3... grotescamente más rápido de lo que incluso un avión presidencial había de volar. El presidente tenía prisa.

La conferencia de Midway Summit acababa de terminar en completo desorden. Tendido en su butaca con los ojos cerrados haciendo que dormía para librarse de los senadores que le acompañaban, Dash consideraba sus opciones. No tenía muchas.

No había esperado mucho de la conferencia, pero había comenzado bastante bien. Los australianos señalaron que aceptarían una cooperación limitada con el NPA, con las apropiadas garantías, etc. Los miembros de la delegación del NPA hicieron comentarios en voz baja y anunciaron que estaban dispuestos a asegurar las debidas garantías, puesto que sus objetivos eran únicamente los de solventar al máximo las necesidades vitales para todos los pueblos del mundo, considerados como una sola unidad, sin importarles cuáles fueran sus banderas nacionales, etcétera. Dash añadió, por su parte, desechando las advertencias que se le hacían en voz baja, que el interés de América en esta conferencia era únicamente el de proporcionar sus buenos oficios a las dos partes, a las que consideraba buenos vecinos, sin pretender nada para sí mismo, etc., y durante dos horas pareció que la conferencia iba a ser provechosa.

Luego comenzaron a entrar en detalles. Los Asiáticos ofrecieron un millón de hombres del ejército y una buena cantidad de tanquistas destinados a transportar los

diez millones de litros a la semana de fertilizante concentrado desde los depósitos de Shanghai. Los australianos aceptaban el fertilizante, pero hablaban de un máximo de 50.000 Asiáticos en su tierra. Además, señalaron cortésmente, como se trataba de utilizar tierra australiana y sol australiano, el producto que crecía sería australiano. El hombre del Departamento de Estado le recordó a Dash los acuerdos establecidos con el Perú, y Dash volvió a insistir voluntariosamente en una cuota de al menos un 15 por ciento para los buenos vecinos del continente sudamericano. Y así se inició la tempestad. El incidente que precipitó todo fue el avión del NPA que se lanzó contra una manada de albatros de pies negros cuando despegaba de la isla Sand, se estrelló y ardió, a la vista de todos los miembros de la conferencia, en una isleta de la laguna, mientras estaban reunidos en la terraza del Holiday Inn. Luego vinieron las palabras fuertes. El miembro japonés de la delegación del NPA se atrevió a decir lo que antes sólo había pensado: que la insistencia de América en celebrar la conferencia en un lugar donde se

había desarrollado una de las batallas más famosas de la II Guerra Mundial era un insulto premeditado contra los Asiáticos. Los australianos comentaron que ellos habían controlado a sus pájaros sin grandes problemas y que se extrañaba de que los americanos no hubieran conseguido hacerlo. Y lo más que se sacó después de tres semanas de preparación y dos días de esperanza, fue el anuncio vagamente expresado por parte de los tres poderes de que llevarían a cabo ulteriores discusiones. En algún momento. En algún lugar. No muy pronto.

Pero lo que todo eso significaba, se decía Dash mientras descansaba en su silla, era que en la confrontación alguien tenía que haber cedido, y que nadie había querido hacerlo.

Se incorporó y pidió café. Cuando se lo trajeron, le entregaron también una nota de uno de los senadores: "Señor presidente, debemos establecer el área de desastre antes de que aterricemos".

Dash arrugó la nota. Era del senador Talltree, y estaba llena de quejas: el lago Altus había disminuido en un veinte por ciento de su tamaño normal; el turismo en las montañas Arbuckle había desaparecido porque no llegaba agua de las cataratas Turner. Oklahoma había de ser declarada área de desastre. Tenía cincuenta y cuatro estados, pensó Dash, y si escuchaba a todos los senadores y gobernadores acabaría declarando cincuenta y cuatro áreas de desastre. En realidad, no había más que un área de desastre: sencillamente, el mundo entero. Y se maravilló de que eso fuera su labor.

Pensar en Oklahoma le hizo acordarse de Roger Torraway. Consideró por un momento la posibilidad de decirle al piloto que cambiara el rumbo y se dirigiera a Tonka. Pero su reunión con los jefes de su equipo no podía esperar. Tendría que contentarse con telefonar.

Roger sabía que en realidad no era él quien tocaba la guitarra, sino la 3070, que recordaba todas las claves y ordenaba a sus dedos hacer lo que su cerebro le mandaba. Le llevó menos de una hora aprender todos los acordes del libro y utilizarlos sucesivamente sin esfuerzo; unos pocos minutos más recoger en el banco de datos el significado de las señales de tiempo; luego sus relojes interiores se ocupaban de

marcar los compases, de modo que no tenía que pensar en ello. Para interpretar melodías, había aprendido cuál era el traste y la cuerda que correspondía a cada nota; una vez impreso en las cintas magnéticas, la correspondencia entre la música impresa y la pulsación de las cuerdas quedaba establecida para siempre. A Sulie no le costó más que diez minutos enseñarle qué notas eran las agudas y cuáles las graves, y desde entonces, aquella galaxia de agudos y graves rociados sobre las barras como jeroglíficos ya no le abrumaba. El punteo: para el sistema nervioso humano es cuestión de dos minutos aprender el principio, pero se necesitan cientos de horas de práctica antes de que el movimiento se convierta en algo auténtico: el pulgar en la cuerda 4ª, el anular en la 1ª, el medio en la 2ª, el pulgar en la 5ª, el anular en la 1ª, el medio en la 2ª, etc. Los dos minutos de aprendizaje fueron suficientes para Roger. Sus dedos eran dirigidos a partir de entonces, y el único límite de tiempo era la velocidad con que las propias cuerdas producían un tono sin quebrarlo.

Estaba tocando un recital de Segovia de memoria, después de haber oído simplemente un disco suyo, cuando el teléfono del presidente llamó.

Hubo un tiempo en que una llamada del presidente de Estados Unidos le hubiera atemorizado y complacido al mismo tiempo. Ahora lo único que le producía era aburrimiento; significaba robarle tiempo a su guitarra. Le costó escuchar lo que el presidente tenía que decirle. Le chocaba la expresión de preocupación que había en su cara, las líneas profundas que la surcaban y que no estaban la última vez que le vio, y sus ojos hundidos. Luego se dio cuenta de que sus circuitos de interpretación estaban exagerando lo que veía para llamar su atención sobre los cambios producidos; se deshizo de los circuitos de mediación y vio a Dash tal como era.

Sin embargo, seguía teniendo una expresión preocupada. Su voz era cálida y denotaba camaradería cuando le preguntó a Roger cómo iban las cosas. ¿Había algo que Roger necesitara? ¿Tenía que dar algunas patadas más para que las cosas marchasen como debieran?

—Todo va bien, señor presidente —dijo Roger, mientras se divertía dejando que sus ojos vistieran la cara de Dash con la barba de Santa Claus y su cuerpo con una capa roja y un saco de invisibles regalos a su espalda.

—¿Seguro, Roger?—insistió Dash—. No olvide lo que le dije: todo lo que desee no tiene más que gritarlo.

—Lo gritaré —prometió Roger—. Pero todo va bien. Estoy esperando el día del lanzamiento. "Y también esperando que usted cuelgue de una vez el teléfono", pensó, aburrido de aquella conversación.

El presidente frunció el ceño. Los interpretadores de Roger cambiaron inmediatamente la imagen; Dash seguía siendo Santa Claus, pero todo negro y con enormes colmillos.

—No estará confiando demasiado en si mismo, ¿verdad?—preguntó.

—¿Y cómo podría yo saberlo? —preguntó Roger pacientemente—. No lo sé. Pregunte a los del equipo. Ellos le podrán responder a eso mejor que yo.

Consiguió que la conversación se acabara unas pocas frases después; se daba cuenta de que el presidente había quedado insatisfecho y en cierta forma preocupado, pero no le importó demasiado. En realidad, se dijo, cada vez había menos cosas que le preocuparan. Y además, había sido sincero: estaba auténticamente preocupado por el lanzamiento. Echaría de menos a Sulie y a Clara. En el fondo de su mente estaba un poquito preocupado por el peligro y la duración del viaje. Pero también pensaba en lo que encontraría cuando llegara allí: el planeta para el cual le habían preparado para vivir.

Tomó la guitarra y comenzó a interpretar de nuevo a Segovia, pero no le salió tan bien como deseaba. Al cabo de un tiempo se dio cuenta de que el don de la perfecta pulsación era una rémora: la guitarra de Segovia no había sido afinada para ser tocada en un perfecto la 440; era unos cuantos hertzios más grave, y su pulsación de re era casi un cuarto de tono más grave. Se encogió de hombros, provocando un movimiento de sus alas, y dejó la guitarra.

Durante un momento permaneció sentado en la silla que utilizaba para tocar la guitarra, dejando que sus pensamientos volaran.

Había algo que le estaba preocupando. Ese algo se llamaba Dorrie. Tocar la guitarra era agradable y relajante, pero detrás del placer se escondía el sueño; se imaginaba sentado en una barca con Dorrie y con Brad, mientras tocaba la guitarra de éste, dejándolos asombrados.

En cierta manera, todos los procesos de su vida terminaban en Dorrie. La finalidad de tocar la guitarra era agradar a Dorrie. El horror que sentía ante su aspecto se debía a que podía ofender a Dorrie. La tragedia de su castración era que frustraría a Dorrie. Gran parte de su dolor procedía de todo eso. Ciertamente ahora podía pensar en ello de una forma que le hubiera sido imposible unas semanas antes; pero todavía le quemaba en su interior.

Alargó la mano en busca del teléfono, pero luego se arrepintió.

Llamar a Dorrie no resultaba satisfactorio. Ya lo había intentado una vez.

Lo que realmente deseaba era verla.

Por supuesto, aquello era imposible. No se le permitía abandonar el edificio del proyecto. Vern Scanyon se pondría furioso. Los guardias le detendrían en la puerta. Los monitores telemétricos revelarían lo que se proponía hacer: el circuito cerrado de vigilancia electrónico le localizaría por donde fuera; todas las fuerzas del proyecto se movilizarían para impedir su partida.

Y era inútil pedir permiso. Ni siquiera pedírselo a Dash; lo máximo que podría suceder era que el presidente diera una orden y tendría a Dorrie, coaccionada y furiosa, en su habitación. Roger no deseaba que Dorrie fuera obligada a venir, y estaba seguro de que ella no lo haría por su propia voluntad.

Por otra parte...

Por otra parte, reflexionaba, ¿por qué necesitaba permiso alguno?

Todo eso lo pensó durante un minuto, perfectamente sentado en su silla.

Luego puso cuidadosamente la guitarra en su funda y se levantó.

Lo primero que hizo fue dirigirse a la pared, quitar un enchufe y meter su dedo en él. El cobre de su dedo era tan bueno como el de un penique. Los fusibles saltaron. Las luces de la habitación se apagaron. Los tic-tacs y los suaves murmullos de las máquinas registradoras disminuyeron y finalmente cesaron. La habitación quedó totalmente a oscuras.

Pero aún había calor en ella y esa luz era suficiente para los ojos de Roger. Podía ver con la suficiente claridad como para quitarse los cables telemétricos del cuerpo. Ya había atravesado la puerta antes de que Clara, que en aquel momento estaba añadiéndole leche a una taza de café, mirase el tablero de indicaciones.

Lo de los fusibles le había salido mejor de lo que pensaba; las luces de la antesala se habían apagado también. Había gente en el corredor, pero con la oscuridad no podía verlos. Roger pasó entre ellos tomando las escaleras de incendio en el mismo instante en que se daban cuenta de que se había ido. Movía su cuerpo con facilidad y gracia; de algo estaban sirviendo las clases de ballet que le había obligado a tomar Kathleen Doughty; bailó por las escaleras, se introdujo por una puerta, fue saltando a lo largo del corredor sumido en una noche gélida, antes de que el hombre del servicio de seguridad apartara la vista de su pantalla de televisión para mirar en torno suyo.

Roger estaba en la salida, corriendo sin nada que le obstaculizara el paso en dirección a la ciudad de Tonka, a una velocidad de sesenta kilómetros por hora.

En la noche brillaban unas luces que nunca antes había visto. En el cielo había una sólida capa de nubes: estratocúmulos por el norte, y nubes de nivel medio sobre su cabeza. Pese a ello, lograba distinguir los puntos luminosos de las estrellas más brillantes, cuya radiación podía atravesar el manto de nubes. A ambos lados, la pradera de Oklahoma resplandecía debido a los tenues residuos de calor que aún quedaban del día, moteada por puntos brillantes allí donde había alguna granja. Los coches estaban adornados con grandes plumas de luz, brillantes junto al tubo de escape y rojizos derivando hacia tonos oscuros a medida que los gases se expandían en el aire. Cuando entró en la ciudad trató de esquivar a los viandantes, los cuales aparecían iluminados a su vez por el halo procedente del calor de su propio cuerpo. Los edificios, que habían acumulado un cierto calor a lo largo del día y que desprendían también el de sus propias calefacciones centrales, brillaban como mariposas de luz.

Se detuvo en la esquina de su casa. Frente a la puerta había un coche aparcado y dos hombres en su interior. Prevenido por las señales recibidas por su cerebro, el coche se convirtió para él en un tanque, con un obús apuntándole a la cabeza. No eran un problema. Cambió su rumbo y se dirigió corriendo hacia los patios traseros, subió las escaleras, se deslizó frente a las puertas y se detuvo ante la de su casa, escalando con sus uñas de cobre el muro exterior.

Era eso lo que deseaba hacer. No se trataba solamente de eludir a los hombres de la entrada, sino de llevar a cabo uno de sus sueños: entrar por la ventana y sorprender a Dorrie... ¿haciendo qué?

Lo único que hizo fue sorprenderla mientras veía la televisión. Su cabello desprendía toda una gama de colores, y estaba sentada en la cama comiéndose, en solitario, un helado.

Mientras se deslizaba por la ventana abierta, ella se volvió.

Dorrie dio un grito.

No era solamente un grito, era una explosión de histeria. Dorrie arrojó al suelo su helado y saltó de la cama. La mesita de la televisión se inclinó y se estrelló contra el suelo. Sollozando, Dorrie se pegó contra la pared, con las manos sobre los ojos.

—Lo siento —dijo Roger absurdamente. Hubiera deseado aproximarse a ella, pero el buen sentido se lo impidió. Ella parecía indefensa y aterrada, con su camión corto.

—Lo siento—murmuró ella; había abierto los ojos y le miraba. Luego se dirigió al cuarto de baño, cerrando tras ella la puerta de golpe.

Bueno, pensó Roger, está en su derecho; sabía perfectamente lo grotesco que tenía que resultar su aspecto, entrando por una ventana sin previo aviso.

—Dijiste que ya sabías cómo era mi aspecto actual—dijo él.

No hubo respuesta alguna desde el cuarto de baño. Un momento después se oyó correr el agua. Echó una ojeada a la habitación. Estaba exactamente igual que siempre. Los armarios se encontraban llenos de ropa de Dorrie como siempre habían estado. Los espacios que había entre los sillones estaban tan vacíos de amantes como de costumbre.

No se sentía orgulloso de si mismo por estar registrando el apartamento como cualquier cornudo medieval, pero no dejó de hacerlo hasta estar seguro de que ella estaba sola.

El teléfono comenzó a sonar.

Los reflejos instantáneos de Roger le hicieron descolgar el auricular casi antes de que el primer timbre sonara, tan rápida y brutalmente que quedó deformado en su mano. La pantalla se iluminó y luego volvió a oscurecerse.

—¿Diga? —dijo Roger. Pero no hubo respuesta. Estaba seguro de que nadie volvería a hablar a través de aquel cacharro.

—Cristo —exclamó. No tenía una clara idea de cómo se desarrollaría el encuentro, pero de lo que estaba seguro era de que había comenzado muy mal.

Cuando Dorrie salió del baño ya no lloraba, pero tampoco decía nada. Se dirigió a la cocina sin mirarle.

—Quiero una taza de té —dijo ella por encima del hombro.

—¿Prefieres que te prepare una bebida?—se ofreció Roger esperanzadoramente.

—No.



Roger pudo escuchar el ruido que hacía la tetera eléctrica mientras se llenaba de agua, suaves susurros mientras comenzaba a hervir y, de vez en cuando, una tos. Prestó mayor atención y pudo escuchar la respiración alterada de su mujer, que poco a poco se iba tranquilizando.

Se sentó en la que siempre había sido su silla y esperó. Las alas le estorbaban. Aunque las elevó automáticamente sobre su cabeza no pudo recostarse. Incómodo, se dirigió al comedor. La voz de su mujer le llegó desde la cocina:

—¿Quieres un té?

—No.—Y luego añadió—: Gracias.—En realidad, le habría gustado mucho, no porque necesitaba líquidos ni alimentos, sino por sentirse participe de lo que Dorrie estaba haciendo. Pero no deseaba andar sorbiendo delante de ella; no tenía mucha práctica en beber.

—¿Dónde estás?—Ella dudó ante la puerta, con una taza en la mano, y luego le vio—. Oh, ¿por qué no enciendes una luz?

—No quiero. Cariño, siéntate y cierra los ojos durante un minuto.—Tenía una idea.

—¿Para qué?—preguntó ella, pero hizo lo que le pedía, sentándose en una silla junto a la chimenea. El tomó la silla con ella encima y le dio la vuelta, de forma que quedara de cara a la pared. Luego miró a su alrededor buscando algo donde sentarse... pero allí no había nada, o al menos nada que se adecuara a su geometría; cojines y sillones, todo ello terrible para su cuerpo o sus alas. Pero, por otra parte, pensó, no tenía necesidad de sentarse. Su musculatura artificial no necesitaba ese tipo de descanso.

Permaneció tras ella y dijo:

—Me siento mejor si no me miras.

—Lo entiendo, Roger. Me asustas, eso es todo. Hubiera preferido que no hubieras entrado así por la ventana. Por otra parte, no hubiera sido fácil verte así sin... sin volverme histérica.

—Sé cuál es mi aspecto—dijo él.

—Sin embargo, todavía eres tú, ¿verdad? Dijo Dorrie dirigiéndose a la pared—. No recuerdo que nunca antes hubieras escalado el edificio para entrar en mi cama.

—Es fácil —dijo él.

—Está bien—dijo ella, e hizo una pausa para beber—. Dime, ¿de qué se trata?

—Deseaba verte, Dorrie.

—Ya me viste. Por teléfono.

—No quería que fuera por teléfono. Deseaba estar en la misma habitación contigo. —En realidad deseaba algo más que eso; deseaba tocarla, acariciarle los tendones del cuello hasta que se relajara. Pero no se atrevió. En vez de eso encendió la llama de

gas de la chimenea, no tanto para calentarse como para encender una pequeña luz que ayudara a Dorrie. Y por cariño.

—No deberíamos hacer eso, Roger. Supone una multa de mil dólares...

El se rió.

—No para ti ni para mí, Dorrie. Si alguien te causara problemas no tienes más que llamar a Dash y decirle que yo he dado mi visto bueno.

Su mujer extrajo un cigarrillo de la tabaquera y lo encendió.

—Roger, cariño—dijo—. No estoy acostumbrada a esto. No me refiero solamente a tu aspecto. Eso puedo entenderlo. Es duro, pero al menos sabía lo que iba a pasar antes de que sucediera. Pero no estoy acostumbrada a verte tan... no sé, tan importante.

—Yo tampoco, Dorrie. —Se acordó de los porteros de la televisión, de las multitudes que le aclamaban cuando regresó a la Tierra después de haber rescatado a los rusos—. Ahora es diferente. Siento como si llevara algo a la espalda... el mundo, tal vez.

—Dash dice que es exactamente eso lo que llevas a tus espaldas. La mitad de lo que dice es mentira, pero no sé de qué mitad se trata. Eres un hombre muy significativo, Roger. Siempre has sido una persona famosa. Tal vez por eso me casé contigo. Era como ser una estrella, de rock, ¿sabes? Es excitante, pero siempre puedes dejarlo si te cansas. Sin embargo, no creo que tú puedas dejar esto.

Apagó su cigarrillo.

—Pero bueno—dijo ella—, tú estás aquí y los del proyecto deben de andar locos buscándote.

—Ya me ocuparé de eso.

—Sí, supongo que lo harás. ¿De qué vamos a hablar?

—De Brad—dijo él. No había querido decirlo. La palabra acudió a su laringe artificial y se formó en sus reformados labios sin que interviniera en ello su mente consciente.

Sintió cómo ella se estremecía.

—¿Qué pasa con Brad?—preguntó ella.

—Tú te acostabas con él, eso es lo que pasa con Brad—dijo él. El cuello de Dorrie estaba vivamente encendido ahora, y sabía que si pudiera verle la cara, ésta le revelaría el entramado de sus venas. Las danzarinas llamas del gas formaban en torno a sus oscuros cabellos un atractivo espectro de colores; se quedó mirándolo admirativamente, como si

ya no le importara lo que le estaba diciendo a su mujer, ni lo que ésta le respondía.

Dorrie dijo:

—Roger, realmente no sé cómo comportarme contigo. ¿Estás enfadado conmigo?

El miraba en silencio los colores danzantes.

—Después de todo, Roger—prosiguió ella—, ya habíamos considerado la posibilidad de que esto sucediera hace años. Tú has tenido tus asuntos y yo los míos. Acordamos que eso no significaría nada.

—Significa algo cuando hiera. —Cerró su visión, y se alegró de aquella oscuridad que le ayudaba a pensar—. Los otros eran diferentes —dijo.

—¿Por qué diferentes?—ella estaba enfadada.

—Eran diferentes porque hablamos de ello. Cuando yo estaba en Algiers y tú quisiste regresar a Tonka porque no soportabas el clima, era diferente. Lo que yo hiciera en Algiers y lo que tú hicieras en Tonka no nos afectaba ni a ti ni a mi. Cuando yo estaba en órbita...

—¡Nunca me acosté con nadie mientras tu estuviste en órbita!

—Lo sé, Dorrie. Era muy amable de tu parte. Lo digo porque no hubiera sido correcto, ¿verdad? Quiero decir que allí mis oportunidades eran realmente limitadas. El viejo Yuli Bronin no era mi tipo. Pero ah, es diferente. Es como si estuviera en órbita, sólo que peor. ¡Ni siquiera tengo a Yuli! No sólo no tengo ninguna amiga, sino que tampoco tengo

lo necesario para hacer nada con ella aunque la tuviera.

—También sé eso. ¿Qué quieres que te diga?

—¡Puedes decirme que serás una buena esposa!—aulló él.

Eso la asustó; él había olvidado cómo podía llegar a sonar su voz. Dorrie comenzó a gritar.

Roger inició un movimiento con su mano para tocarla, pero luego la dejó caer. ¿Para qué?

Cristo, pensó. ¡Qué confusión! Se consoló pensando que la entrevista se había desarrollado allí, privadamente, en su propia casa, totalmente en secreto. Habría sido insoportable en presencia de extraños; pero, naturalmente, nosotros habíamos grabado cada una de las palabras.

## **12 Dos simulacros y una realidad**

Roger el de los dedos de cobre había hecho volar algo más que un fusible. Había averiado toda una caja de interruptores. Costó veinte minutos hacer funcionar de nuevo

las luces.

Afortunadamente, la 3070 tenía energía para mantener su memoria, de forma que los datos no se borraron. Las computaciones que en aquel momento estaban en proceso se vieron afectadas. Algunas tuvieron que ser procesadas de nuevo. La vigilancia automática quedó fuera de servicio durante todo el tiempo que Roger pasó fuera.

Una de las primeras personas en saber lo que había pasado fue Sulie Carpenter, que estaba echando una siesta en la oficina contigua a la sala de la computadora, mientras esperaba que acabara el simulacro de Roger. No acabó. Los timbres de alarma que indicaban que se había interrumpido la información que estaba siendo procesada la despertaron. Las brillantes luces fluorescentes se apagaron, quedando sólo los rojos incandescentes difundiendo una luz oscura y desesperante.

En lo primero que pensó fue en su precioso simulacro. Había pasado veinte minutos con los programadores, estudiando la impresión parcial, esperando que fuera correcta antes de enviarla a la oficina de Scanyon. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Roger había escapado.

La energía había vuelto mientras ella bajaba de dos en dos las escaleras de la salida de incendios. Scanyon estaba anunciando que deseaba se reuniera una conferencia de emergencia. Clara Bly le había dicho lo que había sucedido con Roger; uno a uno, los demás fueron entrando en la habitación e iban siendo informados. Don Kayman era la única figura importante que se hallaba fuera del edificio; cuando le localizaron estaba viendo la televisión en su residencia. Kathleen Doughty llegó a la sala de psicoterapia, arrastrando con ella a Brad, que tenía la piel rosada y húmeda; había estado intentando sustituir una noche de sueño por una hora en la sauna. Freeling estaba en Merritt Island, pero no era especialmente indispensable; otra media docena más de personas del equipo ocupó las sillas de cuero que rodeaban la mesa de la sala de conferencias, hundidos, desanimados y aburridos.

Scanyon había ordenado ya que un helicóptero del ejército buscara al fugitivo alrededor del edificio del proyecto. Las cámaras de televisión revisaban las salidas, los accesos por carretera, los aparcamientos y las praderas, y reproducían lo que veían en la pantalla que se encontraba en la pared del fondo de la habitación. La policía de Tonka había sido alertada para que buscara a una extraña criatura de aspecto diabólico que corría a setenta kilómetros por hora. Y el sargento cometió un grave error. Le preguntó al oficial de seguridad del proyecto si había bebido. Diez segundos más tarde, con la cabeza llena

de extrañas visiones, el sargento se estaba comunicando por radio con todos los vehículos y con los patrulleros. Las órdenes no eran matar a Roger, ni siquiera aproximársele. Únicamente encontrarlo.

Lo que Scanyon quería era gritarle a alguien.

—Le hago a usted responsable, doctor Rámez—le gritó al psiquiatra del grupo—. A usted y al comandante Carpenter. ¿Cómo han permitido que Torraway cometiera este tipo de acción cogiéndolos desprevenidos?

Rámez dijo conciliador:

—General, ya le dije que Roger mantenía una postura inestable con respecto a su mujer. Por eso le pedí que buscara a alguien como Sulie. Necesitaba otro objetivo sobre el cual fijarse, alguien directamente relacionado con el proyecto...

—Y no ha funcionado muy bien, ¿verdad?

Sulie dejó de prestar atención a lo que se decía. Sabía perfectamente que luego le tocaría el turno de hablar a ella, pero estaba cansada de pensar. Sobre el asiento de Scanyon veía las imágenes que les iba transmitiendo el helicóptero. La imagen estaba representada en esquema: las carreteras eran líneas verdes, los vehículos, puntos azules, los edificios, amarillos. Los escasos peatones que aparecían eran puntos de un rojo brillante. Si alguno de esos puntos rojos comenzaba a moverse súbitamente a la velocidad de un vehículo azul, ése sería Roger. Pero tenía tiempo suficiente de salir fuera del área que estaba cubriendo el helicóptero.

—Dígales que busquen por la ciudad, general—sugirió repentinamente.

El frunció el ceño, pero tomó el teléfono y dio la orden. No pudo colgar de nuevo. Le esperaba una llamada a la que no podía negarse a contestar.

Telly Rámez se levantó de su asiento, que estaba junto al director, y fue adonde se encontraba Sulie Carpenter. Ella no levantó la vista de la transcripción de simulacro. Rámez aguardó pacientemente.

La llamada para el director procedía del presidente de los Estados Unidos. Todos pudieron darse cuenta de que se trataba del presidente por las gotas de sudor que corrían por las sienes de Scanyon, sin necesidad de ver el rostro de Dash en la pantalla del teléfono del director. La voz llegó débilmente a todos los presentes.

—...Cuando hablé con Roger me pareció... no sé, falta de interés. He estado pensando en ello y he decidido llamarle, Vern. ¿Va todo bien?

Scanyon se estremeció. Miró a los allí reunidos y bruscamente bajó los pétalos de "privacidad" del teléfono. La imagen se redujo al tamaño de un sello de correos. Cesó el sonido de la voz al tiempo que era transferido a un auricular parabólico dirigido directamente a la cabeza de Scanyon, mientras la voz de éste era absorbida por los protectores en forma de pétalos. Sin embargo, a nadie en la habitación le fue difícil seguir la conversación; estaba escrita con toda claridad en la cara de Scanyon.

Sulie levantó la vista de la transcripción y miró a Telly Rámez.

—Haz que deje el teléfono—dijo impacientemente—. Sé dónde está Roger.

Rámez dijo-

—En casa de su mujer.

Se frotó los ojos con expresión de cansancio.

—Creo que no necesitamos ningún simulacro para eso, ¿verdad? Lo siento, Telly. Creo que no he sabido mantenerle tan sujeto como pensaba.

Estaban en lo cierto, evidentemente; y la confirmación les llegó en aquel momento. Tan pronto como Scanyon acabó su conversación con el presidente, el oficial de seguridad llamó para decir que los micrófonos ocultos en la habitación de Dorrie habían captado la entrada de Roger por la ventana.

Los diminutos y amarillentos ojos de Scanyon parecían a punto de verter lágrimas.

—Hagan sonar las sirenas —ordenó—. Rodeen la casa.—Luego tomó el teléfono y marcó el número de Dorrie.

Por los altavoces llegó el sonido de un timbrazo, luego un ruido metálico y la átona voz de ciborg de Roger diciendo:

—¿Diga? —Y un momento después, más suave e igualmente sin tono—: Cristo.

Scanyon se llevó el auricular a la oreja y preguntó:

—¿Qué diablos está pasando?—No hubo respuesta a aquella retórica pregunta, y, encolerizado, volvió a colgar el teléfono. Estoy recibiendo una cierta señal de peligro— anunció.

—Podemos enviar a un hombre allí, general—sugirió el ayudante del jefe de seguridad—. Tenemos a dos hombres en un coche aparcado frente a la casa. —El helicóptero estaba a seiscientos metros sobre la plaza Courthouse, en Tonka. La cámara tenía dispositivos de infrarrojos, y en la esquina superior de la pantalla una amplia banda oscura identificaba el borde de la torre. Un rectángulo oscuro rodeado por las luces en movimiento de los coches en el centro de la pantalla era la plaza Courthouse, y la casa de Roger estaba marcada en rojo. El ayudante alargó la mano y tocó el punto de luz cercano para señalar dónde estaba el coche—. Estamos en contacto con ellos, general —siguió—. No han visto entrar al coronel Torraway.

Sulie se levantó.

—No creo que debamos hacer eso—dijo.

—Sus opiniones no me merecen excesiva confianza ya, comandante Carpenter—gruñó Scanyon.

—Pese a todo, general... —Sulie se detuvo cuando Scanyon levantó una mano.

Desde el teléfono llegaba débilmente la voz de Dorrie:

—Quiero una taza de té.

Y la de Roger:

—¿Prefieres que te prepare una bebida?

Y el casi inaudible no de ella.

—Pese a todo —siguió Sulie—, él está bastante tranquilo ahora. No lo forcemos.

—No puedo permitir que se quede allí. ¿Cómo diablos sabremos lo que hará

después? ¿Lo sabe usted?

—Usted le tiene ya- localizado. Además, no creo que se mueva, al menos por un rato. Don Kayman no está lejos de allí y es amigo suyo. Dígale que vaya a buscar a Roger.

—Kayman no es precisamente un especialista en combate.

—¿Es eso lo que quiere? Si Roger no quiere volver por las buenas, ¿qué es exactamente que piensa hacer?

—¿Quieres una taza de té?

—No... gracias.

—Y apague eso—añadió Sulie—. Déjele a ese pobre bastardo un poco de intimidad.

Scanyon se sentó lentamente en su silla, golpeando la mesa con ambas manos, suavemente. Luego tomó el teléfono y dio unas órdenes.

—Lo haremos de acuerdo con lo que usted desea una vez más, comandante—dijo—. No porque tenga mucha confianza en ello, sino porque no tengo muchas alternativas donde elegir. Por otra parte, no estoy en situación de poder amenazarla. Si algo no va bien, dudo que esté en posición de castigar a nadie. Pero estoy seguro de que alguien lo hará.

Telesforo Rámez dijo.

—Señor, comprendo su situación, pero no creo que sea culpa de Sulie. El simulacro muestra que tenía que haber una confrontación con su mujer.

—La utilidad de un simulacro, doctor Rámez, es que ha de decir lo que va a suceder antes de que suceda.

—Bueno, también nos indica que Torraway es básicamente bastante estable en los demás aspectos. Suspenderá esto, general.

Scanyon se puso de nuevo a golpear la mesa.

Rámez continuó:

—Es una persona muy complicada. Ya ha tenido usted oportunidad de ver los resultados de las pruebas temáticas de percepción. Da una elevada puntuación en todos los impulsos fundamentales: logros, afiliación... algo menos en potencia, pero bastante sano. No es un manipulador. Es introspectivo. Necesita darle vueltas a las cosas en la cabeza. Y ésas son las cualidades que usted deseaba, general. Y él las necesita todas. No puede exigirle que sea una persona en Oklahoma y otra en Marte.

—Si no estoy equivocado—dijo el general—eso es lo que usted me prometió que sucedería con su modificación de la conducta.

—No, general—dijo el psiquiatra pacientemente—. Lo único que le prometí fue que

si usted le proporcionaba una recompensa como Sulie Carpenter le sería más fácil soportar sus problemas con su mujer. Y así ha sido.

—El modelo B tiene su propia dinámica, general —señaló Sulie—. Usted me llamó demasiado tarde.

—¿Qué están intentando decirme...? —preguntó Scanyon amenazador—. ¿Que va a hundirse cuando esté en Marte?

—Espero que no. Los problemas son menores cuando sabemos cómo afrontarlos, general. Le hemos quitado de encima mucha porquería. Puede verlo en la última prueba temática de percepción. Pero dentro de seis días se habrá ido y nosotros dejaremos de estar en su vida. Y eso es perjudicial. El modelo B no puede ser drásticamente interrumpido. Ha de desaparecer poco a poco... ir dejando de estar con él cada vez más hasta que sea capaz de construirse sus propias defensas.

Scanyon había ido aminorando sus manoteos sobre la mesa y finalmente dijo:

—Es un poco tarde para decírmelo.

Sulie se encogió de hombros y no dijo nada.

Scanyon miró a todos los allí reunidos.

—Muy bien. Hemos hecho esta noche todo lo que podíamos hacer aquí. Pueden descansar hasta las ocho... no, hasta las diez de la mañana. Para entonces espero que cada uno de ustedes me haya entregado un informe, no más largo de tres minutos, en el que se especifique su propia área de responsabilidades y todo lo que debemos hacer.

Don Kayman recibió el mensaje por medio de un coche patrulla de la policía de Tonka. Se situó tras ellos, mientras sonaban las sirenas y se encendían brillantes luces en los coches patrulla, y se dirigió al apartamento de Roger.

Cuando llamó a la puerta no estaba seguro de encontrarle. Y cuando la puerta se abrió y se encontró con los fulgurantes ojos de Roger que le miraban, Kayman susurró un rápido avemaría, intentando mirar en el interior del apartamento para ver... ¿qué? ¿El cuerpo descoyuntado de Dorrie Torraway? ¿Los muebles destrozados? Pero todo lo que vio fue a la propia Dorrie, hundida en una silla y llorando.

Roger salió del apartamento sin decirle nada.

—Adiós, Dorrie... —dijo, y no esperó respuesta.

Tuvo dificultades para introducirse en el pequeño coche de Don Kayman, pero consiguió acoplar sus alas echando hacia atrás el asiento abatible del coche lo más que pudo, manteniéndose en una posición tan precaria e inconfortable que hubiera sido muy difícil para un ser humano normal. Su sistema muscular estaba acostumbrado a soportar prolongadas sobrecargas en todos sus puntos.

Viajaron en silencio hasta que estuvieron cerca del edificio del proyecto. Entonces Kayman tosió y dijo:



—Nos has tenido preocupados.

—Lo sé—dijo la átona voz del ciborg. Las alas se le movían sin descanso, golpeándose entre sí como manos aplaudiendo—. Deseaba verla, Don. Era importante para mí.

—Lo comprendo, Roger. —Kayman introdujo el coche en uno de los huecos vacíos del aparcamiento—. ¿Y bien? ¿Han ido bien las cosas?

La máscara del ciborg se volvió hacia él. Los grandes ojos compuestos brillaron como ébano facetado, sin expresión, mientras decía:

—Eres un ingenuo, padre Kayman. ¿Cómo iban a ir bien?

Sulie Carpenter pensó tristemente en dormir, como podía haber pensado en unas vacaciones en la Riviera francesa. Ambas cosas eran igualmente imposibles en aquel momento. Tomó dos cápsulas de anfetaminas y una inyección de vitamina B1, que se autoadministró en el brazo, en aquel lugar que hacía tiempo había aprendido a localizar.

El simulacro de las reacciones de Roger había quedado afectado por el corte de energía eléctrica, de modo que tendría que volver a insertarlo en la computadora. Estábamos contentos de que hubiera sucedido así. Ello nos daba la oportunidad de introducir algunas correcciones.

Mientras esperaba tomó un prolongado baño caliente en una de las bañeras de la sala de hidroterapia, y cuando el simulacro hubo terminado la estudió cuidadosamente. Había aprendido a descifrar las letras mayúsculas crípticas y los enteros, para evitar los errores de programación, pero en aquel momento no tenía tiempo que perder y fue directamente al lenguaje sencillo del final. Era muy buena en su trabajo.

Su trabajo no era el de enfermera. Sulie Carpenter había sido una de las primeras doctoras aeroespaciales. Tenía el título de medicina, se había especializado en psicoterapia, con toda la miríada de disciplinas eclécticas que implicaba, y se había adherido al programa espacial porque ninguna de las cosas que podía hacer en la Tierra le parecían tener ningún valor. Tras completar su entrenamiento como astronauta había empezado también a preguntarse si había algo en el espacio que valiera la pena. La investigación le parecía una tarea excesivamente abstracta, de modo que pidió trabajar con el equipo de estudios de California y fue aceptada. Había habido un buen número de hombres en su vida, pero sólo uno o dos fueron importantes para ella. Sin embargo, con ninguno le había ido bien. Por eso, lo que le había dicho a Roger con respecto a eso era cierto; y tras aquel reciente fracaso había reducido su área de intereses hasta que, como se dijo a sí misma, hubiera crecido lo suficiente como para saber lo que quería de un hombre. Y así permaneció, apartada de la corriente principal de los asuntos humanos, hasta que la elegimos entre los cientos de miles de posibles candidatas para satisfacer las necesidades de Roger.

Cuando le llegaron las órdenes, sin previo aviso, vio que procedían directamente del presidente. No había forma, pues, de negarse. Realmente, no se hubiera negado. Recibió muy bien aquel cambio. Atender maternalmente a un ser humano herido emocionó los centros sensibles de su personalidad. Tenía clara la importancia de su

trabajo, porque si quedaba algún rastro de fe en ella, estaba puesto en el proyecto de Marte. Y ella sabía que era una persona competente. Nosotros computamos un alto grado de competencia, y la consideramos como una de las piezas más importantes en el juego que estábamos jugando para lograr la supervivencia de la raza humana.

Cuando acabó el simulacro de Roger eran casi las cuatro de la mañana.

Durmió casi un par de horas en una cama que le dejaron en las habitaciones de las enfermeras. Luego se duchó, se vistió y se puso sus lentes de contacto verdes. Aquel aspecto de su trabajo no le hacía mucha gracia, iba pensando mientras se dirigía a la habitación de Roger. Teñirse el pelo y cambiar el color de sus ojos eran un fraude. Y a ella no le gustaba engañar a nadie. Algún día se quitaría los lentes de contacto y dejaría que su cabello volviera a ser rubio; no tenía nada que objetar contra los maquillajes, a menos que con ellos se pretendiera que fuera lo que no era.

Pero cuando entró en la habitación de Roger, sonreía.

—Encantada de verle de nuevo. Le hemos echado de menos. ¿Cómo le fue corriendo por ahí?

—No demasiado mal— dijo la átona voz. Roger estaba en la ventana, mirando las bolas de hierbajos saltando y rebotando por el aparcamiento. Se volvió hacia ella—. ¿Sabe? Es cierto todo lo que dijo. Ahora no soy solamente diferente. Soy mejor.

Ella reprimió su deseo de reafirmar lo que él decía. Limitándose a sonreír mientras comenzaba a hacer la cama.

—Estaba aburrido del sexo —prosiguió—. Pero, ¿sabe, Sulie? Fue como si me dijeran que no iba a comer caviar en dos años. A mí no me gusta el caviar. En cuanto ustedes vinieron dejé de desear el sexo. Supongo que han grabado eso en la computadora, ¿verdad? "Corten el impulso sexual y se incrementará la euforia". No importa. Sea como fuere, finalmente ha penetrado en mi pequeño cerebro la idea de que me estoy haciendo daño a mí mismo preocupándome por una cosa que en realidad no deseo. Es un reflejo de lo que yo creo que piensan los demás sobre lo que yo deseo.

—Aculturación —apuntó ella.

—Sin duda—dijo él—. Escuche, quiero interpretar algo para usted.

Tomó la guitarra, puso un pie en el marco de la ventana y apoyó el instrumento en su rodilla. Sus alas se movieron sobre la cabeza cuando comenzó a tocar.

Sulie estaba asombrada. No solamente estaba tocando, sino también cantando. ¿Cantando? No, aquello era algo similar a un silbido, pero más suave y puro. Los dedos pulsaban las cuerdas acompañando la melodía que brotaba de sus labios.

Cuando acabó, ella preguntó:

—¿Qué era eso?

—Es una sonata de Paganini para guitarra y violín —dijo él orgullosamente—. Clara

me regaló el disco.

—No sabía que podía hacer eso. Me refiero a eso de canturrear... o como quiera llamarle.

—Ni yo tampoco hasta que lo intenté. Por supuesto, no logro alcanzar el suficiente volumen para la parte del violín. Ni puedo mantener el tono de la guitarra lo suficientemente bajo como para equilibrarlo; pero no suena mal, ¿verdad?

—Roger dijo ella con toda sinceridad—, estoy impresionada.

El la miró y la impresionó otra vez al conseguir poner una sonrisa en su rostro.

—Adivino que no sabía que podía hacer también esto. Yo tampoco lo creía hasta que lo intenté.

En la reunión, Sulie dijo orgullosa:

—Está preparado, general.

Scanyon había conseguido dormir lo suficiente como para parecer descansado, y también había logrado lo suficiente de alguna otra cosa para no parecer tan desolado.

—¿Está segura, comandante Carpenter?

Ella asintió con la cabeza.

—Nunca estará mejor preparado.—Luego hizo una pausa. Vern Scanyon, leyendo en la expresión de su rostro, esperó la parte mala del asunto. El problema, según lo veo yo, es que está preparado para ahora. Todos sus sistemas trabajan a un nivel óptimo. Ha superado su problema con su mujer. Está preparado. Cuanto más tiempo permanezca aquí más posibilidades habrá de que ella haga algo que rompa el equilibrio de Torraway.

—Eso lo dudo mucho—dijo Scanyon, frunciendo el entrecejo.

—Bueno, ella sabe que le traería problemas. Pero no quiero arriesgarme; quiero trasladarle de aquí.

—¿Se refiere a llevarle a Merritt Island?

—No. Lo que quiero es ponerle en suspensión vital.

Brad derramó el café de la taza que acababa de llevarse a los labios.

—¡De ninguna forma, guapa! —gritó, realmente sorprendido—. Me quedan todavía setenta y dos horas para probar sus sistemas. Si los desconecta no podré obtener lecturas...

—¿Pruebas para qué, doctor Bradley? ¿Para comprobar su eficacia o para los informes que está escribiendo acerca de él?

—Bueno, diablos, por supuesto que estoy escribiendo sobre su experiencia. Pero también deseo proseguir las pruebas, durante todos los minutos que me sea posible,

para asegurarme de que estaré a salvo. Y también por la buena marcha de la misión.

Ella se encogió de hombros.

—Esto es lo que yo recomiendo. Aquí ya no tiene nada que hacer, sino esperar. Y ya ha tenido bastantes horas de espera.

—¿Y si algo va mal en Marte?—preguntó Brad.

—Usted ha pedido mi opinión. Pues es ésta.

Scanyon intervino entonces.

—Por favor, asegúrense de que todos sabemos de qué se está hablando. Especialmente yo.

Sulie miró a Brad cuando éste dijo:

—Como usted ya sabe, general, hemos pensado hacer eso durante el viaje. Podemos sustituir sus relojes internos por mediación externa computada. Quedan... veamos, cinco días hasta el lanzamiento; podemos hacer que su tiempo subjetivo hasta entonces sea de unos treinta minutos. Esto parece tener un sentido..., pero lo que yo digo también parece tenerlo, y no quiero aceptar la responsabilidad de dejarle salir de mis manos hasta que haya realizado todas las pruebas que quiero hacer.

Scanyon frunció el ceño.

—Entiendo lo que trata de decirnos; su punto de vista es acertado y concuerda con el- mío. ¿Qué pasa con lo que dijo anoche, comandante Carpenter? Me refiero a lo que señaló acerca de no interrumpir de forma demasiado abrupta su proceso de modificación.

—Está en un punto crítico, general —dijo Sulie—. Si tuviera otros seis meses para estar con él, estaría de acuerdo en ir modificando su conducta lentamente. Pero en cinco días, no; existen más riesgos que ventajas. Tiene un auténtico interés por su guitarra..., usted ya lo ha escuchado. Ha construido defensas estructurales realmente buenas por lo que respecta a su falta de órganos sexuales. Incluso toma las cosas por su mano, como lo prueba la huida de anoche, y ése es un gran paso; general, su carácter era demasiado pasivo, si se consideran las exigencias de esta misión. Yo sigo sosteniendo que hay que desconectarlo ahora.

—Y yo digo que necesito estar más tiempo con él —insistió Brad calurosamente—. Tal vez Sulie tenga razón. ¡Pero yo también la tengo, y hablaré con el presidente si es necesario!

Scanyon miró directamente a Brad y luego a todos los demás.

—¿Algo más que añadir?

Don Kayman intervino:

—Yo estoy de acuerdo con Sulie. Roger no se siente feliz con el asunto de su mujer, pero tampoco se siente desbordado por ello. Está en un buen momento.

—Sí..., —dijo Scanyon, golpeando suavemente la mesa de nuevo. Miró al vacío y luego dijo—: Hay algo que ninguno de ustedes conoce. Su simulacro no es el único que se ha hecho últimamente. —Miró a cada uno de los presentes y subrayó—: Esto no deben repetírselo a nadie fuera de esta habitación. Los Asiáticos están haciendo otro. Han captado los circuitos de la 3070, desde algún punto situado entre aquí y las otras dos computadoras, y han robado todos los datos, y los están utilizando para hacer su propio simulacro.

—¿Por qué?—preguntó Don Kayman, sólo un instante antes de que lo hicieran todos los demás.

—Eso es lo que yo desearía saber —dijo Scanyon gravemente—. No están interfiriendo. Ni siquiera nos habríamos enterado de no haber sido por una investigación de rutina... y luego de ciertas insinuaciones y chismes en Pekín que no conozco y que no deseo conocer. Lo único que hacen es leerlo todo y establecer su propio programa. No sé qué uso van a darle, pero hay un dato sorprendente. Poco después disminuyeron sus protestas contra el lanzamiento. De hecho, han ofrecido incluso su satélite de Marte para facilitar los registros para la misión.

—¡Yo no puedo confiar en ellos!—exclamó Brad.

—Bueno, no vamos a depositar mucha confianza en sus pájaros, pueden estar seguros de ello. Pero el hecho es éste: aseguran que desean que la misión sea un éxito. Bien —dijo—, no es más que una complicación más, pero ahora lo que interesa es tomar una sola decisión, ¿no es cierto? Tengo que meditar en lo de desconectar o no a Roger. Está bien, lo haremos. Acepto sus recomendaciones, mayor Carpenter. Dígale a Roger lo que vamos a hacer, y explíqueme por qué usted y el doctor Rámez piensan que debe hacerse así. En cuanto a usted, Brad —levantó una mano para acallar las protestas de éste—, ya sé lo que va a decir. Y estoy de acuerdo. Roger necesita estar más tiempo con usted. Bueno, pues lo estará. Ordenaré que vaya con la misión. —Extrajo una hoja de papel que había junto a él, sobre la mesa, tachó un nombre de la lista y anotó otro—. Anularé a uno de los pilotos para hacerle sitio a usted. Ya he decidido. Hay mucha maquinaria auxiliar, con sistemas de dirección, y además, usted ha sido entrenado como piloto. La tripulación que irá a Marte será, pues: Torraway, Kayman, el general Hesburgh como piloto... y usted.

Brad protestó. Fue sólo un acto reflejo. Una vez que la idea se hubo establecido en su mente, la aceptó. Todo lo que había dicho Scanyon era bastante cierto y, además, Brad percibió al instante que la carrera que se había programado para su futuro podría recibir un fuerte impulso si participaba físicamente en la propia misión. Iba a ser una pena dejar a Dorrie, y a todas las Dorries; pero tendría tantas Dorries cuando regresara...

Y todo siguió su marcha como las noches a los días. Era la última decisión. Lo demás no eran más que complementos. En Merritt Island comenzaron a cargar de combustible el cohete. Los barcos de rescate navegaban por el Atlántico para auxiliarlos en caso de que algo fallara. Brad fue enviado a la isla para su entrenamiento, junto con seis ex astronautas designados para instruirle en todo lo que necesitara en el tiempo que faltaba para el lanzamiento. Hesburg era uno de ellos; se trataba de un hombre de poca estatura, seguro de sí mismo y sonriente, y su conducta

proporcionaba un sentimiento de seguridad constante. Don Kayman tomó unas vacaciones de doce horas para decirle adiós a su monja.

Con casi todo eso estábamos contentos. Estábamos contentos con la decisión de enviar a Brad. Estábamos contentos con la tendencia de las extrapolaciones, que cada día mostraban unos resultados más positivos acerca del efecto que tendría el lanzamiento sobre la opinión y los acontecimientos mundiales. Estábamos contentos con el estado mental de Roger. Y con lo que estábamos más contentos era con el simulacro de Roger que había realizado el NPA; de hecho, era uno de los puntos esenciales para salvar a la raza.

### **13 Cuando pasamos el punto tras el que era imposible dar marcha atrás**

El largo viaje a Marte siguiendo la órbita Hohmann duraba siete meses. Todos los astronautas, cosmonautas y sinonautas anteriores lo habían encontrado realmente agotador. Cada día tenía 86.400 segundos que ocupar, y había muy pocas cosas con que ocuparlos.

Roger era diferente de los demás en dos aspectos. En primer lugar, era el pasajero más valioso que ninguna nave hubiera llevado antes. Dentro y en torno a su cuerpo estaban los frutos de siete mil millones de dólares del programa Homo Plus. Su vida tenía que ser conservada como fuera.

Por otra parte, él era el único que podía ser conservado.

Los relojes de su cuerpo habían sido desconectados. Su percepción del tiempo era la que la computadora le marcaba.

Al principio se la fueron aminorando lentamente. Comenzó a parecerle que las personas se movían con más rapidez. El momento de las comidas llegaba antes de que él estuviera preparado para ello. Las voces se hicieron más agudas.

Cuando se hubo acostumbrado sin problemas a este ritmo, aumentaron el retraso en sus sistemas. Las voces se convirtieron en ruidos sin sentido y luego quedaron por completo fuera de su percepción. Apenas podía ver a la gente, excepto como estremecimientos en movimiento. Cerraron su habitación... no para que no se escapara, sino para protegerle de la veloz transición de los días y las noches. Fuentes de comida aparecían ante él. Cuando comenzaba a apartarlas, indicando que ya había comido o que no quería, desaparecían de su vista.

Roger sabía lo que le estaban haciendo. No le importaba. Aceptaba la promesa de Sulie de que era bueno para él, y que era necesario. Pensó que iba a echar de menos a Sulie y buscó una forma de decirselo. Había una forma, pero todo sucedía rápidamente. Los mensajes aparecían como por arte de magia en una pizarra que había frente a él. Cuando respondía, veía que sus respuestas eran barridas antes de que estuviera totalmente seguro de lo que había dicho.

¿COMO TE SIENTES?

Tomó la tiza y escribió una palabra.

BIEN.

E inmediatamente desapareció, al tiempo que era sustituida por otro mensaje...

TE ESTAMOS LLEVANDO A MERRITT ISLAND.

Y su respuesta:

ESTOY PREPARADO.

Lo cual desapareció antes de que pudiera añadir el resto, que escribió rápidamente en la mesa que había junto a su cama.

DENLE UN ABRAZO A DORRIE DE MI PARTE.

E intentó escribir "y a Sulie", pero no tuvo tiempo. Súbitamente la mesa desapareció. El había salido de la habitación. Se produjo un súbito y rápido movimiento. Captó una fugaz visión de la ambulancia a la entrada del edificio del proyecto y una rápida imagen de una enfermera (¿era Sulie?), que le daba la espalda, arreglándose las medias. Su cama pareció saltar en el aire y quedar expuesta a un brutal destello de luz del sol invernal; luego entró en..., ¿qué? ¿Un coche? Incluso antes de que pudiera preguntarlo, se vio lanzado al aire y se dio cuenta de que se trataba de un helicóptero, y luego de que estaba a punto de ponerse enfermo. Sintió como si el estómago le saliera por la garganta.

Los indicadores dieron una información completa de su estado y los controles actuaron adecuadamente para afrontar el problema. Todavía sintió como si fuera a vomitar, sumido en el más violento de los mareos, pero no llegó a hacerlo.

Luego se detuvieron.

Estaba fuera del helicóptero.

De nuevo la brillante luz del sol.

Luego se encontró en el interior de algo (que una vez se hubo puesto en marcha reconoció como el interior de un CB-5, preparado como hospital). Unos cinturones de seguridad le rodearon como por arte de magia.

No estaba a gusto. Todavía sentía aquel vértigo, aunque ahora era menos insoportable. No duró mucho. A Roger no le pareció más que un minuto o dos. La presión le hizo sentir molestias en los oídos mientras le sacaban del avión y quedaba expuesto a una luz cálida y brillante. Florida, por supuesto, comprendió finalmente; pero para entonces ya estaba

en una ambulancia; luego fuera de ella...

Después, durante un tiempo que a Roger le parecieron diez o quince minutos, pero que en realidad fue casi un día, no sucedió nada; estuvo en una cama, le dieron alimentos y le extrajeron los excrementos con una sonda; luego apareció ante él una nota:

BUENA SUERTE, ROGER, YA ESTAMOS EN CAMINO.

Luego sintió como si le golpeará un martillo por abajo y quedó inconsciente. Está muy bien, pensó, que me ahorren las molestias del aburrimiento, pero corren el riesgo de matarme. Pero antes de que pudiera pensar en una forma de comunicárselo a alguien quedó inconsciente.

El tiempo fue pasando. Un tiempo de sueños.

Se dio cuenta confusamente de que le habían estado administrando sedantes, para dormir, además de aminorar sus sensaciones. Y mientras se daba cuenta de eso, se despertó.

No sentía la presión. De hecho, estaba flotando, sujeto únicamente por una trama de correas que le mantenían en su lugar.

Estaba en el espacio.

Alguien habló junto a su oreja.

—Buenos días, Roger. Esto es una grabación.

Volvió la cabeza y encontró un pequeño altavoz cerca de su oreja.

—Está grabada a escasa velocidad para que puedas oírla. Si deseas decirnos algo, grábalo en la cinta. Tienes un minuto de tiempo. Luego la grabaremos a mayor velocidad para poder entenderlo. ¿No es maravillosa la ciencia?

»En el momento de grabar esta cinta nos encontramos en el día treinta y uno de nuestro viaje. Por si no me recuerdas, soy Don Kayman. Tuviste un pequeño problema. Tu sistema muscular luchó contra la aceleración del despegue y sufriste una distensión de ligamentos. Tuvimos que hacerte una pequeña operación. Pero ahora estás muy bien. Brad reconstruyó parte de la cibernética y probablemente encontrarás los deltas en buena forma cuando aterricemos. Veamos. Creo que no hay nada más importante que decir y probablemente tendrás algunas preguntas que hacernos. Pero antes de que comiences a grabarlas, hay un mensaje para ti.

La cinta zumbó durante un momento y luego se oyó la voz de Dorrie, sumisa y atenuada. Sobre un siseante fondo de estática, dijo:

—Hola, cariño. Todo está perfectamente aquí, en casa, y mantengo el hogar encendido para ti. Pienso en ti. Cuídate.

Y luego, de nuevo, la voz de Kayman:

—Ahora es tu turno. Si hay algo importante, si te duele algo o cualquier cosa así... dínoslo antes que nada. Se pierde mucho tiempo real en cambiar la velocidad de la grabación, de modo que es mejor que digas en primer lugar las cosas importantes; cuando lo hayas hecho, no tienes más que levantar la mano mientras cambiamos las cintas, y entonces podrás charlar de lo que quieras. Ahora, adelante.

Y la cinta se detuvo; la pequeña luz roja que había estado encendida cerca del altavoz se apagó, y se encendió una verde que decía "grabando". Tomó el micrófono y



estaba ya a punto de decir que no, que no había ningún problema particular, cuando miró hacia abajo y se dio cuenta de que le faltaba la pierna derecha.

Nosotros estábamos, por supuesto, registrando todo lo que ocurría en la nave espacial.

El enlace de comunicación se había hecho muy débil después del primer mes. La geometría era un problema. Mientras la nave se dirigía a la órbita de Marte, éste se estaba moviendo. Y también la Tierra, y mucho más de prisa. Daría casi dos vueltas alrededor del Sol antes de que Marte completara una sola órbita. Las señales telemétricas de la nave tardaban ahora unos tres minutos en llegar a Goldstone. Eramos auditorio pasivo. Y aún sería peor. Cuando la nave estuviera en torno a Marte, tardaría

una media hora a la velocidad de la luz. Habíamos abandonado el control instantáneo; la nave y sus pasajeros estaban, de hecho, bajo su propio control.

Más tarde, la Tierra y Marte se encontrarían en lados opuestos con respecto al sol. Las débiles señales de la nave se verían tan afectadas por la interferencia solar que no serían inteligibles. Pero entonces la 3070 estaría en órbita, y un poco después se reuniría el generador MHD. Entonces habría suficiente energía. Estaba todo planeado: adónde iría cada una, cómo entrarían en contacto entre ellas y con la nave en órbita, con la estación establecida en el planeta y con Roger, donde quiera que se encontrase.

Lanzamos la 3070 en una nave robot. El riesgo de ionización se hacía inaceptable para una nave espacial de configuración normal, de forma que los ingenieros del Cabo la despojaron de todos los accesorios para seres humanos, de los sistemas de telemetría y demolición y de la mitad de la capacidad de maniobra. Una vez fue lanzada, quedó en silencio y sin vida, y así permanecería durante siete meses. Entonces el general Heshburgh tomaría el control. Sería difícil, pero era un riesgo que había que correr.

Lanzamos el generador MHD un mes más tarde, con una tripulación de dos voluntarios y una gran publicidad. Todos estaban interesados en ello. Y ninguno ponía objeciones, ni siquiera el NPA. Hicieron caso omiso del primer lanzamiento, siguieron el rumbo de la 3070 y ofrecieron sus datos a la NASA. Cuando fue lanzado el generador, su embajador envió una cortés nota de felicitación.

Estaba claro que algo estaba pasando.

No era sólo cuestión psicológica. La ciudad de Nueva York pasó dos fines de semana sin disturbios y se recogió la basura de algunas de las calles más importantes. Las lluvias invernales acabaron con los grandes incendios del noroeste y los gobernadores de Washington, Oregón, Idaho y California lanzaron un llamamiento para reclutar voluntarios. Más de cien mil jóvenes se presentaron voluntarios para repoblar los montes.

El presidente de Estados Unidos fue el último en notar los cambios; estaba demasiado ocupado con los desastres internos de una nación que había alcanzado grados trágicos. Pero llegó un momento en que se dio cuenta de que había habido un

cambio, no sólo en Estados Unidos, sino en todo el mundo, y no sólo un cambio de actitud, sino también un cambio de tácticas. Los Asiáticos retiraron sus submarinos nucleares de las aguas del Pacífico occidental y del océano Indico, y cuando Dash obtuvo la confirmación de estos hechos, telefoneó a Vern Scanyon.

—Creo... —hizo una pausa para tocar la suave madera de la mesa de su despacho—. Creo que funciona. Felicite a su equipo en mi nombre. ¿Necesitan algo más?

No necesitaban nada.

Estábamos totalmente tranquilos. Habíamos llegado tan lejos como habíamos podido, y el resto estaba en manos de la expedición.

## **14 Misioneros a Marte**

Don Kayman no rezaba más de seis veces al día Rezaba por diversos motivos. A veces, para librarse del ruido que hacía Titus Hesburgh chupándose los dientes, otras para que desapareciera aquel olor a porquería rancia que inundaba el interior de la nave... Pero siempre había tres peticiones en cada plegaria: el éxito de la misión, el cumplimiento de lo mandado por Dios y, especialmente, la salud y el bienestar de su amigo Roger Torraway.

Roger poseía el privilegio de tener una habitación privada. No era exactamente una habitación, y la intimidad que le proporcionaba no era más que una cortina elástica y no del todo opaca. Pero era toda suya. Los otros tres compartían la misma cabina. A veces Roger la compartía también, o, al menos, las partes de lo que había sido Roger.

Kayman le observaba con frecuencia. El viaje se le hacía largo y pesado. Su propia especialidad, que, por supuesto, no resultaría operativa hasta que no pusieran realmente los pies en la superficie de Marte, no necesitaba retoques ni práctica. La areología era una ciencia estática, y continuaría siéndolo hasta que él, si había suerte, le añadiera algo tras el aterrizaje. Así pues, aceptó que Titus Hesburgh le enseñara el funcionamiento de los instrumentos de la nave, y un poco después dejó que Brad le enseñara algo acerca de cómo desarmar a un ciborg. Aquella forma grotesca que lentamente se retorció y cambiaba de postura en su nido de gomaespuma dejó de serle desconocida. Kayman llegó a conocer cada uno de sus centímetros, interiores y exteriores. A medida que iban transcurriendo las semanas, perdió el horror que había tenido a sacarle un ojo de su cuenca o a abrir un panel en sus intestinos de plástico.

No era sólo eso lo que podía hacer. Podía escuchar música, leer de vez en cuando una microficha, jugar a algunos juegos. Solía jugar al ajedrez con Titus Hesburgh. Jugaban partidas interminables, y utilizaban sus aparatos de comunicación para que les radiaran textos de ajedrez desde la Tierra. Hubiera sido relajante para el padre Kayman rezar más, pero después de la primera semana había comenzado a pensar

que incluso en rezar podía uno excederse. Así pues, organizó sus rezos: al despertarse, antes de las comidas, por la noche y antes de acostarse. Eso era todo. Por supuesto, no contaba cuando rezaba un rápido Padrenuestro o besaba el rosario de Su Santidad. Y luego volvía a ocuparse en la interminable tarea de recomponer a Roger. Había tenido siempre un estómago propenso al vómito, pero obviamente Roger no se daba cuenta de aquellas invasiones a su persona. Kayman comenzó a apreciar gradualmente la belleza de la anatomía interior de Roger, tanto la parte construida por el hombre como la que era de Dios; daba gracias por ambas.

No podía dar gracias por lo que Dios y el hombre habían hecho en el interior de la mente de Roger. Le preocupaba el hecho de que le fueran robados siete meses a la vida de su amigo. Y se compadecía de que el amor de Roger estuviera depositado en una mujer que le tuviera tan poca consideración.

Pero, pese a todo, Kayman era feliz.

Nunca había estado en Marte y era allí donde le correspondía estar. Había estado en dos ocasiones en el espacio: un viaje a un satélite orbital cuando todavía era estudiante y estaba preparando su doctorado en planetología y otro de noventa días a la Estación Espacial Betty. Ambos constituían meras prácticas para la misión que completaría su estudio de Marte.

Todo lo que sabía de Marte lo había aprendido por medio del telescopio o por las observaciones de otros. Sabía mucho de eso. Había escuchado y vuelto a escuchar las cintas sinópticas de todos los Orbiters, Mariners y Surveyors. Había analizado trozos de roca y de manto del suelo traídos de Marte. Se había entrevistado con todos y cada uno de los americanos, franceses o ingleses que habían realizado expediciones a Marte, y con la mayor parte de los rusos, chinos y japoneses.

Lo sabía todo acerca de Marte.

Cuando era pequeño había viajado al Marte de Edgar Rice Burroughs, en el colorístico Barsoon del fondo muerto de sus mares y sus suaves lunas. A medida que fue haciéndose mayor distinguió los hechos reales de la ficción. No había nada de real en los verdes guerreros armados ni en las hermosas princesas marcianas de piel roja, en la medida en que la ciencia estaba en contacto con la realidad. Pero sabía que las estimaciones de los científicos de lo que es la "realidad" cambiaba de año en año. Burroughs no se había inventado Barsoon. Lo había sacado casi al pie de la letra de la "realidad" científica más autorizada de su época. Fue el Marte de Percival Lowell, y no el de Burroughs, el que demostraron que era falso los telescopios y las investigaciones espaciales. En la "realidad" de la opinión científica, la vida había aparecido en Marte y se había extinguido docenas de veces.

Pero incluso eso no estaba totalmente demostrado, en realidad. Dependía de una cuestión filosófica. ¿Qué era la "vida"? ¿Significaba un ser que tuviera forma de abeja o de roble? ¿Significaba necesariamente un ser que disolviera sus alimentos por medio de unos procesos biológicos basados en el agua, que tomara parte en el ciclo de oxidación-reducción y transferencia de energía, que se reprodujera y creciera? Don Kayman creía que no. Consideraba que era una arrogancia limitar la "vida" de una forma tan pobre, y se mostraba humilde ante la majestad todopoderosa de su Creador.

En cualquier caso, el asunto de la vida genéticamente relacionada con la Tierra aún estaba abierto. Al menos hasta el momento. Cierto es que no se había encontrado ninguna abeja ni ningún roble. Ni siquiera un líquen. Ni una célula. Ni siquiera (tenía que confesarlo con amargura, porque Dejah Thoris había muerto en su seno) sus prerequisites, como son el oxígeno libre o el agua.

Pero Kayman no aceptaba el hecho de que porque nadie se hubiera deslizado sobre un manto de musgo marciano no hubiera nadie en Marte para hacerlo. En Marte no habían estado ni siquiera un centenar de seres humanos. El área total de sus exploraciones se limitaba a unos pocos cientos de kilómetros cuadrados. ¡En Marte! Donde no había océanos, de forma que la superficie de tierra explorable era mayor que la de la Tierra! Era casi como pretender conocer la Tierra por haber hecho unos rápidos viajes al Sahara, a la cima del Himalaya, a la Antártida y a Groenlandia...

Bueno, no exactamente, reconoció Kayman. No era estrictamente lo mismo. Se habían hecho innumerables vuelos orbitales, se había aterrizado en el planeta y se había examinado su suelo.

Sin embargo, aquel principio parecía saludable. Quedaba mucho por conocer de Marte. Nadie podía afirmar que ya no encerraba secretos. Era posible todavía encontrar agua. Algunas de las grietas alimentaban ciertas esperanzas. Algunos de los valles tenían formas que difícilmente podían ser explicadas a menos que hubieran sido excavados por corrientes de agua. Y aunque estuvieran secos, ello no impedía la posibilidad de que hubiera agua, incluso vastos océanos bajo la superficie. Había oxígeno, no en grandes cantidades por término medio, pero eso no era importante. Localmente podía haber mucho. Y lo mismo podía suceder con...

La vida.

Kayman suspiró. Uno de sus grandes pesares era que no había sido capaz de imponer el criterio de aterrizar en uno de sus lugares favoritos, en el que se sospechaba podía haber vida: el área del *Solis Lacus*. La idea no había sido aceptada. De hecho, había sido el propio Dash el que había dicho:

—No se trata de ir adonde pueda haber algo vivo ahora. Lo que quiero es colocar ese pájaro allí donde nuestro muchacho tenga mayores y mejores posibilidades de sobrevivir.

Así pues, se eligió un punto en el hemisferio norte, cerca del ecuador. Los principales accidentes geográficos se llamaban *Isidius Regio* y *Nepenthes*, y había un suave cráter que Don Kayman había bautizado como Hogar.

Se lamentaba en su interior de no ir al *Solis Lacus*, con su cambio de forma estacional (¿se debía a unas plantas que crecían? Probablemente no.... ¡pero cabía la esperanza!), la brillante nube en forma de W que había junto a los canales de *Ulises* y *Fortunae*, que había cambiado cada tarde durante una larga conjunción; el brillante reflejo que Saheki

viera en el *Tithonius Lacus* (¿un reflejo del sol? ¿una explosión debida a la fusión del hidrógeno?) el 1 de diciembre de 1951, tan brillante como una estrella de magnitud seis. Pero tendrían que ser otros los que investigaran esas cosas. El no podría hacerlo.

Pero, aparte de estas contrariedades, estaba bastante contento. El hemisferio norte era una sabia elección. Sus estaciones estaban mejor dispuestas, pues, al igual que sucedía en la Tierra, el hemisferio norte tenía su invierno cuando se hallaba más cerca del sol, y así se mantenía más cálido todo el año. El invierno era veinte días más corto que el verano; en el sur, claro, era todo lo contrario. Y aunque nunca se había observado que Hogar cambiara de forma ni que emitiera destellos de luz, podía detectarse un buen número de formaciones nubosas recientes. Kayman no había abandonado la esperanza de que algunas de esas nubes estuvieran hechas de hielo, ¡sino de mismísima agua! Soñaba con tormentas de agua cada atardecer en las llanuras marcianas, y pensaba, con más conocimiento, en que habían identificado cerca de Hogar grandes mantos de limonita. La limonita contenía agua en cantidad; sería una buena fuente de agua para Roger, por lo menos, aunque no sirviera a ninguna planta o animal marcianos evolucionados.

En conjunto, estaba contento con todo.

¡Se encontraba camino de Marte! Ese pensamiento le producía una gran alegría, y por ello daba gracias seis veces al día. Pero sabía qué era lo que deseaba encontrar. Deseaba encontrar vida.

En la medida en que los objetivos de la misión lo permitían, dentro de los noventa y un días que permanecería en la superficie del planeta, mantendría los ojos bien abiertos. Todos sabían que lo haría. De hecho, eso formaba parte de las instrucciones que le habían dado.

Lo que no sabían todos era por qué Kayman estaba tan interesado.

Dejah Thoris todavía no había muerto para él. Tenía la esperanza de encontrar vida. Y no meramente vida, sino vida inteligente; y no sólo vida inteligente, sino vida con un alma que salvar y conducir hacia Dios.

Todo lo que pasaba en la nave espacial estaba bajo control continuo, y las transmisiones sinópticas llegaban a la Tierra regularmente. Así pues, nosotros los manteníamos bajo observación. Observábamos sus partidas de ajedrez y sus conversaciones. Registrábamos los análisis que realizaba Brad de las funciones corporales de Roger, tanto las de carne como las de metal. Vimos la noche en que Titus Hesburgh estuvo llorando durante cinco horas, suavemente, negligentemente, rechazando todos los intentos de Kayman de hacerle sonreír. En cierto modo, Hesburgh soportaba el trabajo más desagradable a bordo. Siete meses de ida, otros siete de vuelta, y en medio tres meses de inactividad. Tendría que permanecer solo en órbita mientras Kayman, Brad y Roger realizaban sus tareas en la superficie del planeta. Estaría solo y se aburriría.

Y aún podía ser peor. Diecisiete meses en el espacio significaban casi con seguridad de que los últimos años de su vida habría de sufrir un centenar de desórdenes en músculos, huesos y sistema circulatorio. Realizaban frecuentes ejercicios, luchando unos contra otros, sacudiendo los brazos y moviendo las piernas. Pero no era suficiente. Se producía una inevitable reabsorción del calcio de los huesos y se perdía tono muscular. Para los que aterrizarían en la superficie, los tres meses en Marte supondrían una gran diferencia. En ese tiempo tendrían que reparar bastantes

cosas que se estropearían y estarían en mejor forma para la vuelta. Pero Hesburgh no haría ese ejercicio. Sus diecisiete meses en cero transcurrían ininterrumpidamente, y la experiencia de anteriores navegantes espaciales estaba clara. Si tenía deseos de llorar, razones no le faltaban para ello.

El tiempo fue pasando. Un mes, dos meses, seis meses. Tras ellos viajaba la cápsula con la 3070; y tras ella, la planta de energía magnetohidrodinámica, tripulada por dos hombres. Cuando no faltaban más que dos semanas, cambiaron ceremoniosamente sus relojes por instrumentos medidores de tiempo cubiertos por cristal de cuarzo y adaptados al día marciano. Con ellos vivirían el tiempo marciano. Apenas había diferencia práctica; el día marciano es sólo treinta y siete minutos más largo que el de la Tierra; pero esta diferencia era importante para sus mentes.

Una semana antes de la llegada, comenzaron a acelerar a Roger.

Para el los siete meses habían sido como treinta horas, según su tiempo objetivo. Pero había sido suficiente. Había hecho unas cuantas comidas, había intercambiado unos cuantos mensajes con el resto de la tripulación. Había recibido otros de la Tierra y había contestado algunos. Había pedido su guitarra, pero se la habían negado, aduciendo que no podía tocarla; de todas formas, insistió en que se la dieran, por curiosidad, y comprobó que era totalmente cierto. Podía pulsar una cuerda, pero no escuchar la nota resultante. De hecho, aparte de grabaciones especialmente ajustadas a su tiempo subjetivo, no pudo oír nada en todo aquel período, a excepción de una especie de sonido agudo constante. El aire no conducía el tipo de vibraciones que él podía percibir. Cuando la cinta del magnetófono no estaba en contacto con la trama de metal con la que estaba conectado, no podía oírla, ni siquiera el propio sonido de su VDZ cuando estaba grabando.

Le advirtieron que iban a comenzar a acelerar sus percepciones. Dejaron la cortina de su cubículo abierta y comenzó a percibir ciertos ramalazos de movimiento. Captó una fugaz visión de Hesburgh cerca de él, y luego vio figuras que se estaban moviendo realmente; al cabo de un tiempo pudo reconocer a quién pertenecían. Le hicieron dormir y realizaron los últimos ajustes a su computadora mochila, y cuando se despertó, estaba solo, con la cortina corrida, y oía voces.

Apartó la cortina y miro fuera, y allí estaba la cara sonriente del amante de su mujer, que le decía:

—¡Buenos días, Roger! Encantado de tenerte otra vez con nosotros.

...Y dieciocho minutos después, doce que tardaba la señal en llegar y el resto invertido en decodificarla y transmitirla, el presidente podía ver lo que pasaba a más de cien millones de kilómetros de distancia, en la pantalla del Despacho Ovalado.

No era el único que lo hacía. Los repetidores de televisión lanzaron la escena al aire y los satélites la reproducían para todo el mundo. La estaban mirando en el Palacio de Pekín, en el Kremlin, en Downing Street y en los Campos Elíseos y Gihza.

—Hijo de perra—fue la frase histórica de Dash—, lo han conseguido.

Vern Scanyon estaba con él.

—Hijo de perra—repitió. Y luego añadió—: Bueno, casi. Todavía no han aterrizado. ¿Hay algún problema con eso?

—No, que yo sepa... —dijo Scanyon cautelosamente.

—Bien—dijo el presidente—, no creo que se presenten dificultades. Creo que usted y yo podemos ir a saborear una copa de bourbon; es el momento adecuado.

Permanecieron allí mirando la televisión, mientras hacían desaparecer una cuarta parte de la botella. En los días que siguieron continuaron mirando la pantalla, ellos y el resto del mundo. El mundo entero pudo ver a Hesburgh haciendo las comprobaciones finales y preparando el aterrizaje en Marte por separado. Vieron a Don Kayman correr bajo la observación microscópica del piloto, puesto que tendría que estar en los controles durante el viaje orbital. Vieron a Brad hacer las últimas comprobaciones de la telemetría de Roger, comprobando que todo funcionaba bien. Y vieron al propio Roger moviéndose por la cabina de la tripulación y comprimiéndose para entrar en la lancha destinada al aterrizaje.

Y vieron cómo se separaba el vehículo de aterrizaje y a Hesburgh mirando tristemente sus destellos *minus-delta* mientras comenzaba a separarse de la órbita.

Calculamos que unos doscientos mil millones de personas estuvieron viendo el aterrizaje; en realidad, no había mucho que ver. Si se había visto un aterrizaje, se habían visto todos. Pero era un suceso importante.

Comenzó a las cuatro menos cuarto de la mañana, hora de Washington, y hasta el presidente se despertó para verlo.

—Ese cura... —dijo frunciendo el ceño—, ¿qué clase de piloto es? Si algo va mal...

—Está bien preparado, señor —le dijo su ayudante de la NASA—. Y de todas formas, no es más que una pieza de tercera clase. El piloto automático es el que lleva la mayor parte del control. Si algo fuera mal, el general Hesburgh lo controlaría desde la nave orbital. El padre Kayman no tiene nada que hacer a menos que todo funcione mal a la vez.

Dash se encogió de hombros, y el ayudante de la NASA se dio cuenta de que el presidente tenía los dedos cruzados.

—¿Qué hay acerca de los dos que les siguen?—preguntó, mirando a la pantalla.

—No hay ningún problema, señor. La computadora se acoplará a la órbita de Marte dentro de treinta y dos días, y el generador veintisiete días más tarde. Tan pronto como se haya llevado a cabo el aterrizaje, el general Hesburgh realizará una corrección en el rumbo y alcanzará la luna Deimos. Esperamos que tanto la computadora como el generador aterricen allí, probablemente en el cráter Voltaire; Hesburgh nos lo especificará.

—Hum—dijo el presidente—. ¿Se le ha mencionado a Roger quién viaja en la nave del generador?

—No, señor.

—Hum. —El presidente dejó de mirar la pantalla de televisión y se levantó. Se dirigió a la ventana, contemplando el bello parqucito de la Casa Blanca, todo verde y lleno de flores, y dijo—: Va a venir una persona del centro de computadoras de Alejandría. Me gustaría que usted estuviera aquí cuando llegue.

—Si, señor.

—Se trata del comandante Chiasoro. Parece que es muy competente. Es profesor del MIT. Dice que hay algo extraño en nuestras proyecciones de la totalidad del proyecto. ¿Ha oído usted algo sobre esto?

—No, señor —dijo el hombre de la NASA alarmado—. ¿Extraño, señor?

Dash se encogió de hombros.

—Es lo único que me faltaba —dijo—. Permitir que toda esta maldita cosa siga adelante y luego encontremos con que... ¡Eh! ¿Qué diablos está pasando?

En la pantalla de televisión la imagen comenzó a dar saltos y a quebrarse; luego desapareció por completo y volvió a formarse para desaparecer de nuevo, dejando un simple rastro.

—Todo va bien, señor—dijo el ayudante tranquilizadamente—. Cuando entran en la atmósfera pierden el contacto visual. Incluso la telemetría se ve afectada, pero hemos tomado amplios márgenes; todo irá bien.

El presidente preguntó:

—¿De qué diablos me está hablando? Pensé que el problema consistía en que Marte no tenía atmósfera.

—No tiene mucha, señor, pero sí una cierta cantidad, y además, está sujeta a una gravedad menor; en las capas superiores es tan densa como la de la Tierra a la misma altitud, y por eso sucede lo de la desaparición de la imagen.

—Al diablo con ello —exclamó el presidente—, ¡No quiero sorpresas! ¿Por qué me lo han advertido?

—Bien, señor...

—¡No importa! Lo trataremos más tarde. Espero que sorprender a Torraway no será un error... Bueno, olvídelo. ¿Que está sucediendo ahora?

El ayudante no miró a la pantalla sino a su reloj.

—Apertura del paracaídas, señor. Ya se ha completado la fase de retropropulsión. Ahora es cuestión de seguir adelante. En unos pocos segundos...—El ayudante señaló la pantalla, que obedientemente formó de nuevo una imagen—. ¡Ahí está! Ahora se encuentran en descenso controlado.

Se sentaron y esperaron mientras el vehículo de aterrizaje se deslizaba a través del tenue aire marciano bajo su inmenso dosel, cinco veces mayor que un paracaídas construido para aire.



Cuando golpeó el suelo, el sonido recorrió ciento cincuenta millones de kilómetros y luego sonó como si un montón de cacharros cayeran desde una azotea. Pero el vehículo de aterrizaje había sido construido previniendo eso; y la tripulación hacia ya tiempo que se había colocado en sus alvéolos protectores.

Se produjo un sonido silbante y el chirrido de metal que se está enfriando.

Y luego la voz de Brad:

—Estamos en Marte—dijo como si fuera un rezo, al tiempo que el padre Kayman comenzaba a murmurar las palabras de la misa: *Laudamus te, adoramus te, glorificamus te. Gloria in excelsi Deo, et in Terra pax omni homini bonae voluntat.*

Y a las acostumbradas palabras añadió: El buen Marte.

## **15 Cómo llegaron las buenas noticias de Marte a la Tierra**

Cuando nos dimos cuenta de que existía un serio peligro de que una guerra destruyera la civilización e hiciera inhabitable la Tierra (es decir, poco después de que comenzáramos colectivamente a darnos cuenta de algo) decidimos dar los primeros pasos para colonizar Marte.

No resultaba fácil para nosotros.

Toda la raza humana tenía problemas. Había escasez de energía en todo el mundo, lo cual significaba que los fertilizantes eran caros, lo cual significaba a la vez que la gente tenía hambre y también que se producían tensiones peligrosas. Los recursos del mundo no eran lo suficientemente abundantes para solventar las necesidades de los miles de millones de seres vivos. Teníamos que encontrar la forma de desviar las potencialidades mal dirigidas con una planificación de amplio alcance. Establecimos tres centros de pensamiento separados. Uno de ellos investigaba opciones para resolver las tensiones crecientes de la Tierra. Otro estaba encargado de establecer refugios en la propia Tierra, de forma que aunque se declarara una guerra termonuclear, una pequeña fracción de nosotros pudiera sobrevivir.

La tercera examinaba las posibilidades extraterrestres.

Al principio parecía como si tuviéramos miles de opciones entre las cuales elegir, y cada una de las tres sendas mayores tenían ramas que parecían esperanzadoras. Una a una, las sendas se unieron. Nuestras mejores estimaciones (no las que mostramos al presidente de Estados Unidos, sino unas privadas que no mostrábamos a nadie) señalaban una probabilidad de un noventa y nueve por ciento de guerra termonuclear en una década, así que cerramos el centro para resolver tensiones internacionales en el primer año. Lo de establecer refugios era un poco más esperanzador. Los análisis indicaban que había unos pocos lugares en la Tierra en los que no era probable un ataque nuclear directo (la Antártida, algunas partes del Sáhara, incluso algunas de Australia y un cierto número de islas). Se eligieron diez sitios. Cada uno tenía una probabilidad de ser destruido de un uno por ciento o menos; y si se consideraba los diez en conjunto, la posibilidad de que fueran destruidos todos era relativamente

insignificante. Pero unos análisis más detallados mostraron que había dos defectos. Uno, que no podíamos estar seguros de qué cantidad de isótopos quedarían en la atmósfera después de una guerra de tales características, y las indicaciones mostraban que se producirían niveles excesivamente altos de radiación ionizante durante mil años. En esa escala de tiempo, la probabilidad de que aunque no fuera más que uno de los refugios pudiera sobrevivir era menor del cincuenta por ciento. Y lo peor de todo era que se necesitaba capital para construirlos. Construir refugios subterráneos y llenarlos con una cantidad tan inmensa como se necesitaba de equipo electrónico completo, generadores, reservas de combustible, etc., era, en la práctica, imposible. No teníamos forma de conseguir todo ese dinero.

Así pues, terminamos también con ese Centro de Investigación y ciframos todas nuestras posibilidades en la colonización extraterrestre. Al principio esto había sido considerado como la solución menos esperanzadora de todas.

Pero finalmente (¡casi!) logramos que funcionara. El aterrizaje de Roger Torraway completaba el primer y más difícil paso. En el momento en que las naves que le seguían alcanzaran sus posiciones, en órbita o sobre la superficie del planeta, estaríamos en condiciones, por primera vez, de planificar un futuro en el que estaba asegurada la supervivencia de la raza

Así pues, vimos con gran satisfacción cómo Roger caminaba por la superficie del planeta.

La computadora mochila de Rogger era un triunfo de diseño. Poseía tres sistemas separados, pero con la suficiente redundancia para que todos los sistemas tuvieran un mínimo de seguridad de 0,9 hasta que la computadora auxiliar 3070 alcanzara la órbita. Uno de los sistemas mediaba sus percepciones. El otro controlaba los sistemas nerviosos y musculares que le permitían caminar y moverse. El tercero se ocupaba de la telemetría de todas sus prótesis. Todo lo que él veía lo veríamos nosotros en la Tierra.

Tuvimos algunos problemas para conseguirlo. Según la ley de Shannon, la banda no era lo suficientemente ancha como para transmitirlo todo, pero habíamos incluido un selector de muestras al azar. Aproximadamente un bit de cada cien era transmitido (primero a la radio situada en el vehículo de aterrizaje, en donde le habíamos destinado un canal permanente para tal fin). Luego era retransmitida a la nave orbital, donde flotaba el general Hesburgh, mirando la pantalla de televisión, mientras el calcio manaba de sus huesos. Desde ahí, amplificado, era transmitido a cualquier satélite sincronizado de la Tierra que estuviera situado en aquel momento entre Marte y Goldstone, de forma que lo que veíamos era sólo aproximadamente un 10 por ciento de lo "real". Pero era suficiente. El resto se conseguía mediante un programa comparativo

que habíamos adscrito para el receptor de Goldstone. Hesburgh veía solamente una serie de fotos fijas; en la Tierra captábamos una cosa que parecía exactamente una película de lo que Roger veía.

Así pues, en toda la Tierra, en los televisores de todos los países, la gente vio las montañas beige y marrón de quince kilómetros de altura, vio el reflejo de la luz del sol de Marte en los marcos de las ventanas del vehículo de aterrizaje, e incluso pudieron

ver la expresión del padre Kayman cuando dejó de rezar y vio por primera vez Marte.

En el Palacio Subterráneo de Pekín, los grandes señores del Nuevo País de Asia interrumpieron una reunión para mirar la televisión. Sus sentimientos eran confusos. Era un triunfo de América, no suyo. En el despacho ovalado del presidente Deshatine la alegría era pura. No sólo era un triunfo americano; era un triunfo personal; sería identificado para siempre como el presidente que había llevado a la humanidad a establecerse en Marte. Casi todos estaban, al menos, un poco contentos..., incluso Dorrie Torraway, que en la trastienda y con la barbilla apoyada entre las manos, estudiaba el mensaje de los ojos de su marido. Y, por supuesto, en el gran cubo blanco del edificio del proyecto a las afueras de Tonka, Oklahoma, todos los del equipo veían las imágenes de Marte casi todo el tiempo.

Disponían de mucho tiempo libre para ello. Apenas tenían otra cosa que hacer. Era sorprendente lo vacío que se había quedado el edificio cuando Roger lo dejó.

Todos habían sido recompensados, de los muchachos del almacén a los más altos personajes: una felicitación personal del presidente, más un grado de ascenso y treinta días de vacaciones. Clara Bly los empleó en acabar su interrumpida luna de miel. Weidner y Freeling se ocuparon de escribir un esbozo del informe de Brad, transmitiéndolo cada párrafo en cuanto era mecanografiado y recibiendo sus correcciones vía Gladstone. Vern Scanyon, claro está, estaba haciendo un viaje triunfal con el presidente, por cincuenta y cuatro estados y las principales ciudades de veinte países. Brenda Hartnett había aparecido en la televisión dos veces con sus hijos, a los que se les había hecho regalos. La viuda del hombre que había muerto para poner a Roger Torraway en Marte era ahora millonaria. Todos habían tenido su momento de fama, tan pronto como despegó la nave, especialmente en los momentos anteriores ,al aterrizaje.

Luego el mundo comenzó a conocer Marte a través de los ojos de Roger y de los sentidos del hermano que estaba en la espalda de Roger, y la fama de los demás quedó eclipsada. Por encima de la suya estaba la de Roger.

Nosotros mirábamos también

Vimos a Brad y a Don Kayman en sus trajes espaciales. Roger no necesitaba traje. Se detuvo desnudo en la puerta del vehículo de aterrizaje, con serenidad, oliendo el aire vacío, con sus grandes alas negras revoloteando tras él y empapándose con los rayos desconcertantemente tenues, pero también desconcertantemente brillantes, del Sol. Por la cámara de televisión instalada en el interior del vehículo de aterrizaje pudimos ver la silueta de Roger recostándose contra el beige y el marrón del abrupto horizonte marciano.

Y luego, a través de los ojos de Roger, vimos lo que él veía. Para Roger, contemplar los brillantes colores del planeta, parecidos a los de las joyas, significaba vivir. Era una tierra magnífica, bella e invitadora.

Del vehículo de aterrizaje habían salido unas escaleras de magnesio que descendían hasta la superficie de Marte, pero Roger no las necesitaba. Saltó, agitando las alas (para equilibrarse, no para lucirse) y pisó ágilmente la superficie anaranjada, allí donde los cohetes habían lavado la corteza. Permaneció inmóvil durante un

momento, contemplando su reino con los enormes ojos facetados.

—No te precipites —le advirtió una voz en su cabeza, procedente de la radio del traje espacial de Don Kayman—. Es mejor realizar tu serie de ejercicios.

Roger sonrió sin volverse.

Claro—dijo, y comenzó a moverse; primero caminó, luego trotó; finalmente comenzó a correr. Si era veloz en las calles de Tonka, aquí era una exhalación. Se rió fuertemente. Cambió la frecuencia de las respuestas de sus ojos, y las montañas que se elevaban en la lejanía comenzaron a desprender brillantes destellos azules, la pradera se convirtió en un mosaico de tonos verdes, amarillos y rojos.

—¡Esto es grande! —murmuró, y los receptores del vehículo de aterrizaje captaron sus palabras y las radiaron a la Tierra.

—Roger —dijo Brad, con un tono petulante en su voz—. Es mejor que te lo tomes con calma hasta que tengamos preparado el jeep.

Roger se volvió. Los otros dos habían vuelto a las escaleras del vehículo de aterrizaje, y estaban desplegando el que utilizarían por la superficie de Marte.

Se dirigió a ellos alegremente.

—¿Necesitáis ayuda?

No tuvieron que responderle. Necesitaban ayuda; dentro de sus trajes espaciales trabajaban afanosamente intentando desatar la correa de una de las ruedas.

—Apartaos —dijo, mientras desataba con rapidez las ruedas y colocaba las zancudas patas en la posición correcta. El jeep estaba dotado de ambas cosas: tenía ruedas para las zonas llanas y zancos para escalar. Podría parecer que se trataba del vehículo más flexible que el hombre pudiera hacer para Marte, pero no era así. El más flexible era Roger. Una vez hecho esto, les prometió:

—No saldré del campo visual—y se marchó hacia unas manchas de color que rodeaban una serie de montículos brillantes e irresistibles.

—¡Es peligroso! —gritó Brad por la radio—. ¡Espera hasta que acabemos de probar el jeep! Si pasa algo tendremos problemas.

—No pasará nada—dijo Roger.

No podía esperar. Estaba usando su cuerpo para lo que había sido construido, y su impaciencia era irrefrenable. Corrió. Saltó. Se halló a dos kilómetros del lugar de aterrizaje antes de darse cuenta; miró hacia atrás, vio que los otros estaban arrastrándose lentamente tras él y prosiguió. Su sistema de oxigenación aumentó el suministro para compensar el exceso de demanda. No eran sus músculos los que se movían, sino los servomecanismos por los que habían sido reemplazados; pero eran las delgadas fibras musculares que estaban al final de los nervios las que controlaban los servomecanismos. No suponía esfuerzo alguno correr a doscientos kilómetros por hora, saltar sobre pequeñas hendiduras y cráteres, escalar las elevaciones del terreno.

—¡Vuelve, Roger! —Era Don Kayman, y su voz sonaba preocupada.

Hubo una pausa, durante la cual Roger siguió corriendo; luego, una extraña sensación de movimiento en su campo de visión y otra voz dijo:

—Vamos, Roger, tienes que volver.

Se detuvo bruscamente, anonadado, con las alas abiertas al casi indetectable aire, y estuvo a punto de caerse. La familiar voz susurró:

—Vamos, cariño, sé un buen chico y vuelve.

Era la voz de Dorrie.

Y como surgiendo de la arena, los colores formaron la imagen de Dorrie, dando un soporte a su voz; sonreía y estaba a menos de diez metros; llevaba unos shorts que dejaban al descubierto sus largas piernas y su cabello ondeaba con la brisa.

La voz radiada rió en el interior de su cabeza, esta vez con el acento de Don Kayman:

—Sorprendido ¿verdad?

Roger tardó un momento en contestar.

—Un poco—logró articular.

—Fue idea de Brad. Grabó a Dorrie en la Tierra. Cuando necesites un aviso de emergencia, Dorrie te lo dará.

—Ya—dijo Roger. Mientras miraba, la sonriente figura se volvió borrosa, sus colores se debilitaron y desapareció. Roger se dio la vuelta y empezó a caminar. El regreso le llevó mucho más tiempo que la euforia anterior, y los colores ya no le parecían tan brillantes

Don Kayman condujo el jeep hacia la vacilante figura de Roger Torraway, intentando permanecer en su saltarín asiento sin ser zarandeado demasiado dentro de los cinturones que le sujetaban. No era en absoluto confortable. El traje que habían confeccionado para él tenía ahora partes estrechas y partes holgadas, debido a los largos meses de viaje; o tal vez, pensó, era él quien había engordado un poco en algunos puntos y adelgazado en otros, pues tenía que admitir que no había sido demasiado constante con sus ejercicios. Por otra parte, tenía que ir al aseo. El traje tenía un orificio excretor. Sabía cómo usarlo, pero no quería.

Por encima de la incomodidad, había una sensación de envidia y preocupación. La envidia era un pecado que podía purgar por sí mismo, siempre que encontrara a alguien que escuchara su confesión, y además era, como máximo, un pecado venial, considerando las evidentes ventajas de Roger sobre los otros dos. La preocupación era un pecado más grave, no contra su Dios, pero sí contra el éxito de la misión. Era demasiado tarde para preocuparse. Tal vez había sido un error grabar el simulacro de la

mujer de Roger para utilizarlo en mensajes urgentes; a la sazón no sabía con

exactitud cuán complicados eran los sentimientos de Roger hacia Dorrie. Pero era demasiado tarde para rectificar.

Brad no parecía tener preocupación alguna. Comentaba satisfecho los logros de Roger.

—¿Te has dado cuenta?—decía—. ¡No se ha caído ni una vez! Su coordinación es perfecta. Tanto la parte biológica como la mecánica funcionan debidamente. Te digo que es un éxito, Don.

—Es un poco pronto para decirlo—dijo Kayman, pero Brad prosiguió.

Kayman pensó en desconectar la voz de su casco, pero era casi igual de fácil desconectar su atención. Miró a su alrededor. Habían aterrizado poco después del alba, pero habían empleado más de la mitad del día marciano en las comprobaciones previas a la salida y en el montaje del jeep. Estaba cayendo la tarde. Tendrían que volver antes de que oscureciera, se dijo. Roger podría guiarse por la luz de las estrellas, pero no sería tan fácil para Brad y para él. Tal vez en otra ocasión, cuando tuvieran más práctica... Deseaba ardientemente pasear por la superficie de ébano en una noche barsaomiana, con las estrellas punteando un cielo de terciopelo negro. Pero todavía no.

Estaban en una gran planicie llena de cráteres. Era difícil determinar su tamaño. Mirando a su alrededor a través del visor de su casco, Kayman tenía dificultad en determinar la distancia a la que se hallaban las montañas. Su mente lo sabía, porque conocía cada cuadrícula de los mapas marcianos correspondientes a una zona de doscientos kilómetros a la redonda del punto de aterrizaje. Pero la absoluta transparencia del aire confundía sus sentidos. Las montañas situadas al oeste, estaba seguro, se hallaban a cien kilómetros y tenían casi diez de altura. Sin embargo, parecían colinas cercanas.

Detuvo el jeep a pocos metros de Roger. Brad se libró de los cinturones y se deslizó fuera de su asiento, dirigiéndose hacia Roger con paso lento y desmañado.

—¿Todo bien?—preguntó ansiosamente—. Por supuesto que sí, ya lo veo. ¿Que tal tu equilibrio? Cierra los ojos, ¿quieres... ? Quiero decir, ya sabes, corta tu visión. Contempló ansiosamente los hemisferios facetados—. ¿Lo has hecho? Yo no puedo verlo, ya sabes.

—Lo he hecho—dijo Roger a través de la radio que tenía en la cabeza.

—¡Magnífico! No sientes ningún trastorno del equilibrio, ¿verdad?, a pesar de tener los ojos cerrados. Se paseó alrededor de Roger contemplándolo desde todos los ángulos—. Mueve los brazos arriba y abajo unas cuantas veces... ¡Estupendo! Ahora muévelos en direcciones contrarias...

Kayman no podía ver su rostro, pero podía oír la sonrisa en el tono de voz de Brad.

—Estupendo, Roger! ¡Todo perfecto!

—Enhorabuena a los dos—dijo Kayman, ya fuera del vehículo y observando las pruebas.

—¿Roger?

El ciborg volvió la cabeza hacia él, y aunque nada cambió en el aspecto de los ojos, Kayman supo que Roger le estaba mirando.

—Sólo quería decir—prosiguió, inseguro—que... bueno, que lamento lo de haber usado la imagen de Dorrie para mandarte mensajes. Tengo la sensación de que te estamos dando demasiadas sorpresas.

—No te preocupes, Don.—El problema con la voz de Roger, pensó Kayman, era que no se podía deducir gran cosa de su tono.

—Supongo que debo decirte también que tenemos otra sorpresa para ti—dijo Kayman—. Agradable, creo. Sulie Carpenter viene de camino hacia aquí. Su nave llegará dentro de unas cinco semanas.

Silencio, ningún gesto.

—Vaya —dijo Roger, por fin—. Eso está muy bien. Es una persona muy agradable.

—Sí.

No parecía necesario proseguir con aquella conversación, y además Brad estaba impaciente por proseguir las comprobaciones del estado de Roger. Kayman se concedió a sí mismo los privilegios de un turista. Dio la vuelta, contemplando las distantes montañas, mirando el brillante sol que incluso con el sistema de oscurecimiento automático de su visor resultaba deslumbrante, y luego miró a su alrededor. Se arrodilló y tomó un poco de tierra con su mano enguantada. Al día siguiente comenzaría su trabajo de recolección sistemática de muestras para llevarlas a la Tierra, que era uno de los objetivos secundarios de la misión. Incluso después de media docena de aterrizajes tripulados y de casi cuarenta exploraciones instrumentales, había aún una insaciable demanda de muestras del suelo marciano por parte de los laboratorios de la Tierra. En aquel momento, sin embargo, se permitió soñar despierto. Había gran cantidad de limonita en aquella arena y los guijarros de cuarzo no estaban redondeados; los cantos no eran cortantes, pero tampoco habían sido desgastados por completo. Escarbó en el suelo. Bajo una caja de polvo amarillento había una tierra más oscura y basta; había guijarros brillantes, semejantes al vidrio. ¿Cuarzo?, se preguntó, y observó atentamente uno de ellos.

Se quedó helado, mientras movía entre sus dedos un irregular globo de cristal. Tenía un pedúnculo que había estado introducido en el suelo; luego se dividía en dos oscuros y rugosos zarcillos.

Raíces.

Don Kayman dio un salto, gritando a Roger y a Brad:

—¡Mirad! —exclamó mientras hacía saltar el objeto en su mano enguantada—. ¡Dios mío, mirad esto!

Y Roger, que estaba en aquel momento agachado, dio un salto hacia él. Una mano golpeó el brillante cristal, lanzándolo a cincuenta metros por el aire. Kayman sintió un

súbito y agudo dolor en el antebrazo y vio la otra mano abalanzarse contra el visor de su casco como la garra de un oso kodiak furioso; eso fue lo último que vio.

## 16 La percepción de los peligros

Vern Scanyon aparcó el coche entre las líneas amarillas que señalaban su propio parking, saltó fuera y llevó un dedo al botón del ascensor. Hacía menos de cuarenta minutos que se había levantado, pero no estaba en absoluto adormilado. Lo que sí estaba era colérico y receloso. El secretario del presidente le había sacado de un profundo sueño con una llamada telefónica para decirle que el presidente había cambiado el rumbo de su vuelo para detenerse en Tonka... para discutir los problemas del sistema perceptivo de Roger Torraway. Para dar patadas, más bien. Scanyon no supo nada acerca del súbito ataque de Roger a Don Kayman hasta que estuvo en su coche camino del edificio del proyecto para entrevistarse con el presidente.

—Buenos días, Vern.—Jonny Freeling parecía también enfadado. Scanyon pasó junto a él y se metió en su despacho.

—Vayamos al grano. Ahora, en pocas palabras, ¿qué ha pasado?

Freeling dijo en tono de disculpa:

—No es mi responsabilidad...

—Freeling.

—Los sistemas de Roger se excedieron un poco. Parece ser que Kayman hizo un movimiento brusco y sus mediaciones lo interpretaron como una amenaza; Roger se defendió y golpeó a Kayman.

Scanyon le miró sorprendido.

—Le rompió el brazo—prosiguió Freeling—. No fue mas que una simple fractura, general. Sin complicaciones. Se lo han entablillado y se le está curando perfectamente... Sólo que no podrá utilizar su brazo durante un tiempo. Es una contrariedad para Don Kayman, claro. No va a estar muy cómodo...

—¡Al diablo con Kayman! ¿Por qué no sabe cómo comportarse junto a Roger?

—Bueno, no es que no lo sepa. Encontró algo que pensó era vida indígena. Estaba muy excitado. Todo lo que pretendía era enseñárselo a Roger.

—¿Vida? —Scanyon parecía más animado.

—Creen que se trata de una especie de planta.

—¿No pueden asegurarlo?

—Bueno, parece ser que Roger se lo arrebató a Gayman de la mano. Luego Brad



intentó buscarlo, pero no lo encontró.

—¡Cómo! —gritó Scanyon -. Freeling, dígame una cosa: ¿Qué clase de incompetentes han estado trabajando con nosotros?—No era una pregunta que tuviera respuesta, de modo que Scanyon no esperó a que se la dieran—. Dentro de unos veinte minutos —dijo— el presidente de los Estados Unidos entrará por esa puerta y querrá saber punto por punto

lo que ha pasado y por qué. Ignoro lo que va a preguntarme, pero, sea lo que fuere, hay una respuesta que no quiero darle, y es "no lo sé". De forma que cuéntemelo, Freeling. Cuénteme de nuevo todo lo que ha pasado, por qué ha habido un error, por qué no hemos pensado que se produciría ese error y cómo diablos vamos a estar seguros de que no va a repetirse.

Costó mas de veinte minutos contárselo, pero no importó; el avión del presidente aterrizó más tarde de lo previsto, y cuando llegó Dash, Scanyon ya estaba convenientemente preparado. Preparado incluso para el furor que se reflejaba en la cara del presidente.

—Scanyon —le espetó Dash nada más entrar—. Le advertí que no quería más sorpresas. Esta vez ha sido demasiado grande.

—¡No se puede poner un hombre en Marte sin riesgos, señor presidente!

Dash le miró fijamente durante un momento y luego dijo:

—Tal vez. ¿Cuál es el estado del sacerdote?

—Tiene roto el radio de un brazo, pero se está recuperando. Hay algo más importante que eso. ¡Piensa que ha encontrado vida en Marte, señor presidente!

Dash movió la cabeza.

—Ya lo sé, una especie de planta. Pero se las ha arreglado para perderla.

—Por el momento. Kayman es un hombre competente. Si dice que ha encontrado algo importante, ha de ser cierto. Volverá a encontrarlo.

—Así lo espero, Vern. Pero no desvíe la conversación. ¿Por qué sucedió eso?

—Un mal funcionamiento del control de sus sistemas perceptivos. Eso, señor presidente, y nada más que eso. Para lograr que sus respuestas fueran rápidas y positivas, construimos un cierto simulacro. Cuando hay que llamar su atención sobre los mensajes prioritarios, el sistema le hace ver a su mujer hablándole. Para que reaccione ante el peligro, le hacen ver una cosa aterradora. Es así como su cabeza se relaciona con los reflejos que hemos construido dentro de su cuerpo. De otra forma se volvería loco.

—¿Romperle un brazo al sacerdote no es una locura?

—¡No! Fue un accidente. Cuando Kayman saltó hacia él, lo interpretó como si fuera un ataque real. Responde bien. Bueno, en este caso, señor presidente, se equivocó, y nos ha costado un brazo roto; pero suponga que se hubiera tratado de una amenaza

real. ¡Cualquier tipo de amenaza! Se hubiera enfrentado a ella. ¡Fuera la que fuese! Es invulnerable, señor presidente. Nada podrá cogerle desprevenido.

—Bueno, dijo el presidente, y al cabo de un momento añadió—: Tal vez sea así.— Miró durante un momento por encima de la cabeza de Scanyon y dijo—: ¿Qué hay acerca de ese otro problema?

—¿Cuál, señor presidente?

Dash se removió irritado.

—Según tengo entendido, hay algo que funciona mal en todas nuestras extrapolaciones computadas, especialmente en los sondeos que hemos realizado.

En la cabeza de Scanyon sonaron señales de alarma. Dijo de mala gana:

—Señor presidente, hay un enorme montón de informes en mi escritorio que todavía no he revisado. Ya sabe, hemos estado viajando mucho y...

—Scanyon—dijo el presidente—, ahora tengo que irme. Quiero que antes de nada coja todos esos informes de su escritorio y examine ese al que me estoy refiriendo. Mañana por la mañana, a las ocho en punto, quiero que esté usted en mi despacho, y entonces quiero saber qué está pasando, especialmente en lo que se refiere a estas tres cosas: primera, quiero oír que Kayman sigue bien; segunda, quiero que se encuentre esa cosa viva; tercera, quiero que todo vaya bien con las extrapolaciones de la computadora. Todo esto, Scanyon. Sé que no son más que las cinco de la mañana, pero no se vuelva a la cama.

Para entonces ya podíamos haber tranquilizado a Scanyon y al presidente acerca de una cosa: el objeto que había recogido Kayman era efectivamente una forma de vida. Habíamos reconstruido los datos recogidos a través de los ojos de Roger, habíamos filtrado las simulaciones y habíamos visto lo que él había visto. Ni al señor presidente ni a sus asesores se les había ocurrido que eso podía hacerse, pero era factible. No se podía entrar en detalles minuciosos a causa del número limitado de bits, pero si pudimos apreciar que el objeto tenía la forma de una alcachofa, con unas hojas recias apuntando hacia arriba, y se parecía un poco a un hongo; lo cubría una capa cristalina de material transparente. Poseía raíces, y a menos que se tratara de un artefacto (al menos existía una probabilidad de 0.1) había de ser una forma de vida. No hubiéramos encontrado esto demasiado interesante de no ser porque, claro está, aumentaría el interés general por el proyecto de Marte. En lo que si estábamos considerablemente interesados era en el cálculo dudoso de las simulaciones computadas. Habíamos seguido el desarrollo durante un cierto tiempo, desde que un estudiante llamado Byrne escribiera un programa para 360 sistemas para comprobar que funcionara bien el sistema de revisión de algunos de los datos. Estábamos tan interesados en ello como el presidente. Pero la posibilidad de cualquier consecuencia sería demasiado pequeña, especialmente teniendo en cuenta que todo lo demás funcionaba bien. El generador MHD estaba ya preparado para las correcciones de rumbo destinadas a llevar a cabo el acoplamiento preorbital; habíamos seleccionado ya el lugar en el que se llevaría a cabo: un cráter llamado Voltaire en la luna Deimos. Tras él estaba, a no mucha distancia, el vehículo que transportaba la 3070 y su tripulación humana, compuesta de dos personas, una de las cuales era Sulie Carpenter. Y en

Marte había comenzado ya la construcción de las instalaciones permanentes. Se encontraban un poco retrasadas. El accidente de Kayman había hecho que se llevaran a cabo con más lentitud, no sólo por la rotura del brazo en si mismo, sino también por lo que Brad, a raíz del incidente, había insistido en

hacerle a Roger: desmontar parte de su computadora-mochila para investigar posibles fallos. No había ninguno. Pero le llevó dos días marcianos asegurarse; y después, porque costó encontrar la forma de vida, y Kayman estaba empeñado en que la buscaran. La encontraron, o más exactamente, encontraron docenas de especímenes de aquella misma cosa.

Y Brad y Roger permitieron a Kayman quedarse en el vehículo de aterrizaje mientras las examinaba, al tiempo que ellos comenzaban la construcción de sus domos.

El primer paso era encontrar un área que tuviera las características geológicas adecuadas. La superficie tendría que ser arenosa, pero la roca no debería encontrarse a mucha profundidad bajo el manto de tierra. Les costó la mitad de un día introducir en el suelo las cargas explosivas cuyos ecos, al estallar, les permitirían asegurarse de que se daban tales características.

Luego procedieron a la laboriosa tarea de extender los generadores solares, y el agua de las rocas del subsuelo fue evaporada. Cuando apareció el primer chorro en la boca del caño, prorrumpieron en vítores. Habría sido fácil no darse cuenta. El extremadamente seco aire marciano arrebatava cada molécula casi al mismo tiempo que salía del caño. Pero acercándose mucho a la válvula que había en el extremo podía verse una neblina irregular que distorsionaba las formas que había tras ella. Era vapor de agua.

El siguiente paso consistía en desplegar tres grandes extensiones de película monomolecular, la más pequeña primero y luego las dos mayores, y fijarlas al suelo a lo largo de su perímetro. Luego llevaron allí las bombas en el vehículo marciano y comenzaron a hacerlas funcionar. La atmósfera marciana era extremadamente tenue, pero existía. Las bombas llenarían los domos en parte con el dióxido de carbono y nitrógeno comprimidos de la atmósfera y en parte con el vapor de agua que evaporaban de las rocas. Ciertamente, no habría oxígeno, pero tenían la forma de producirlo, exactamente de la misma manera que se producía en la Tierra: por medio de la intercesión de plantas fotosintéticas.

Serian necesarios cuatro o cinco días para que el domo exterior se llenara con el cuarto de kilo de presión previsto. Luego comenzarían a llenar el segundo, hasta un kilogramo (que incrementarla la presión en el espacio que quedaba entre ésta y el sano exterior en casi medio kilo). Finalmente, se llenaría el domo interior hasta que alcanzara una presión de dos kilogramos, de forma que todo ello crearía un entorno en el que se podría vivir sin trajes de presión e incluso respirar tan pronto como las plantas les proporcionaran el oxígeno necesario.

Claro está que Roger no necesitaba nada de eso. No necesitaba oxígeno, ni tampoco plantas para comer, o al menos no muchas ni durante mucho tiempo. Podría vivir de la luz del sol, que le proporcionaba la mayor parte de su energía, además de la

que recibiría, por medio de microondas, del generador MHD una vez estuviera en su lugar. Todo lo que necesitaba para la minúscula parte animal que le quedaba podría extraerlo de los alimentos concentrados que había en la nave, y que le bastarían para mucho tiempo. Sólo al cabo de un par de años marcianos tendría que comenzar a depender de lo que saldría de los tanques hidropónicos y de las semillas que ya estaban creciendo en receptáculos cerrados y a bajas temperaturas dentro de los domos.

Todo eso les llevó varios días, puesto que Kayman no podía ayudarle demasiado. Salir y entrar en un traje de presión era una auténtica agonía para él, de modo que le dejaban en el vehículo de aterrizaje la mayor parte del tiempo. Cuando llegó el momento en que hubo que sacar los tanques de excrementos cuidadosamente recogidos, desde sus toillettes para llevarlos al domo, Kayman echó una mano.

—Exactamente una mano—dijo, mientras intentaba sostener el rastrillo con mango de magnesio rodeándolo con su brazo sano.

—Lo estás haciendo muy bien—le alentó Brad.

Había suficiente presión en el domo interior, de forma que se elevaba por encima de sus cabezas; pero no la bastante como para que pudieran quitarse sus trajes de presión. Lo cual estaba muy bien, consideró Brad; así no podrían oler lo que estaban esparciendo por el este al suelo.

Cuando el domo estuvo totalmente hinchado, la presión en su interior había ascendido a cien milibares. Era la presión que había en la atmósfera de la Tierra a una altura de unos ciento cincuenta kilómetros sobre el nivel del mar. No es un ambiente en el que un hombre desnudo pueda sobrevivir y trabajar durante mucho tiempo, pero si uno en el que sólo morirá si alguien le mata. La mitad de esta presión tendría unos efectos instantáneamente letales; la temperatura del cuerpo haría que sus líquidos hirvieran hasta evaporarse.

Pero cuando la presión interna alcanzó el nivel de los cien milibares, los tres penetraron a través de las tres compuertas sucesivas y Brad y Don Kayman se quitaron ceremoniosamente sus trajes de presión. Ambos se colocaron unos aparatos en la nariz para poder respirar; todavía no había el oxígeno suficiente para poder hablar dentro del domo. Pero tomaron oxígeno puro de los tanques que llevaban a la espalda, y con ellos fueron, por primera vez, casi tan libres como Roger, en el interior de aquel trozo de Tierra trasplantado que tenía cien metros de diámetro y que era tan alto como un edificio de diez pisos.

Y en su interior, en líneas ordenadas, las semillas que habían plantado ya estaban comenzando a asomar sus tallos.

Entretanto...

El vehículo que transportaba el generador magnetohidrodinámico había llegado a la órbita de Marte y, con la ayuda del general Hesburgh, alcanzaba la órbita de Deimos y luego se posaba en el cráter. Fue un acoplamiento perfecto. El vehículo sacó sus patas plegables y éstas tocaron la roca de la luna, la barrenaron y luego quedaron firmemente sujetas a ella. Un ligero rotor del sistema de maniobras probaba su

estabilidad: ahora era una parte de Deimos. El sistema de energía comenzó a emitir su frecuencia hasta alcanzar una forma totalmente operativa. El radar alcanzó su objetivo en el vehículo de aterrizaje y luego el domo. La energía comenzó a emanar. La intensidad del campo de energía era lo suficientemente baja como para que Brad y Kayman pudieran moverse en su seno sin notarlo, y para Roger era como un cálido rayo de sol. Pero las delgadas láminas del domo exterior captaban la microonda de energía y la canalizaban hacia las bombas y las baterías.

Tenían combustible de fusión para cincuenta años. Durante ese tiempo al menos, habría energía suficiente para Roger y su computadora-mochila en Marte, pasara lo que pasase en la Tierra.

Y entretanto...

Hubo otros acoplamientos.

En la larga espiral que tenían que trazar desde la tierra, Sulie Carpenter y su piloto, Dinty Meigham, tenían bastante tiempo libre y encontraron una forma de emplearlo.

El acto de la copulación en caída libre presenta ciertos problemas. En primer lugar, Sulie tuvo que atarse por medio de un cinturón y luego Dinty la rodeó con los brazos y ella a él con las piernas. Sus movimientos eran lentos, como si estuvieran bajo el agua. A Sulie le costó un largo y soñador tiempo alcanzar el orgasmo, y a Dinty incluso más. Cuando acabaron, apenas estaban fatigados. Sulie se estiró y bostezó, arqueando su estómago contra el cinturón que la sujetaba.

—Qué agradable —decía lentamente—. Lo recordaré.

—Ambos lo recordaremos, cariño—dijo él, malinterpretándola—. Creo que ésta es la mejor forma de estrecharnos. La próxima vez...

Ella sacudió la cabeza, interrumpiéndole.

—No habrá próxima vez, querido Dinty.

El echó la cabeza hacia atrás para mirarla.

\_ ¿Qué?

Ella sonrió. Su ojo derecho estaba quieto a unos centímetros del izquierdo y curiosamente en escorzo. Ella se acarició cuidadosamente la mejilla.

El se separó, sintiéndose súbitamente desnudo. Tomó sus pantalones de la percha en donde los había colocado y se los puso.

—Sulie, ¿qué pasa?

—Nada. Oue estamos a punto de entrar en órbita. Eso es todo.

El se inclinó hacia atrás para poder verla mejor. Ella merecía ser contemplada. Su cabello había vuelto a ser rubio y sus ojos eran castaños sin los lentes de contacto; y aunque llevaban ya casi doscientos días sin ver a nadie más que a si mismos, Dinty Meigham no se había cansado de ella.

—No creo que te falte ya nada con lo que sorprenderme—dijo asombrado.

—Nunca se puede decir eso, tratándose de una mujer.

—¡Vamos, Sulie! ¿A qué viene todo esto? Parece como si estuvieras planeando... ¡Eh! —le asaltó un pensamiento—. ¡Tú te ofreciste voluntaria para esta misión... no para ir a Marte, sino para reunirte con algún tipo! ¿No? ¿Uno de los que están allí?

—Eres muy agudo, Dinty —dijo ella afectuosamente.

—¿Quién es? ¿Brad? ¿Hesburg? ¿No será el cura ..? ¡Oh, espera un minuto! —Asintió—. ¡Claro! Ese al que han estado preparando en la Tierra. ¡El ciborg!

—El coronel Roger Torraway, el ser humano—le corrigió ella—. Tan humano como tú, sólo que con algunos aditamentos.

El se echó a reír, con más resentimiento que buen humor.

—Con demasiados aditamentos y sin pelotas.

Sulie se contuvo.

—Dinty—dijo dulcemente—, he gozado del sexo contigo, te respeto y has sido un compañero tan agradable como posiblemente nadie ha tenido en este maldito e interminable viaje. Pero hay cosas que no quiero que digas. Tienes razón. Roger no tiene testículos en este momento. Pero es un ser humano y puedo respetarlo y quererlo, y es el único que he encontrado últimamente. Y, créeme, lo he buscado.

—¡Gracias!

—Oh, no te pongas Así, querido Dinty. Sabes perfectamente que en realidad no estás celoso. Vas a casarte dentro de poco.

—¡El año que viene! Aún queda mucho.—Ella se encogió de hombros, sonriendo—. ¡Ah, pero hay algo en lo que no puedes engañarme! ¡Te gusta hacer el amor!

—Me gusta el contacto físico y la intimidad—le corrigió ella—. Y alcanzar el orgasmo. Pero prefiero hacerlo con alguien a quien yo ame, Dinty. No te ofendas.

El frunció el ceño.

—¡Pues te queda una larga espera, cariño.

—Tal vez no.

—No digas tonterías. Yo no veré a Irene hasta dentro de nueve meses. Pero tú... tú no regresarás más de prisa que yo; y luego la cosa no habrá hecho más que comenzar. Tendrán que ponérselos para ti. Suponiendo que puedan ponérselos. Todo eso tiene el aspecto de suponer una larga espera.

—Oh, Dinty. ¿Crees que no he pensado en todo eso?—le dijo ella dándole una palmada mientras se dirigía a su armario—. El sexo no es sólo el coito. Hay más formas de llegar al orgasmo sin necesidad de introducir un pene en mi vagina. Por no

hablar del amor. Roger—siguió diciendo mientras se ponía su traje, no tanto por recato como por los bolsillos— es una persona muy cariñosa, lo mismo que yo. Nos arreglaremos como sea, hasta que aterricen el resto de los colonos.

—¿El resto?—preguntó desconcertado—. ¿El resto de los colonos?

—¿Todavía no te habías dado cuenta? Yo no regresaré con vosotros, Dinty, y no creo que Roger lo haga tampoco. ¡Vamos a ser marcianos!

Y entretanto, en el Salón Ovalado de la Casa Blanca, el presidente de los Estados Unidos se ha llaba reunido con Vern Scanyon y con un joven de piel de color café, con gafas oscuras y aspecto de jugador de fútbol.

—Así que es usted—dijo, examinándole—el que piensa que no sabemos llevar a cabo un estudio de computadora.

—No, señor presidente—dijo el joven—No creo que sea ése el problema.

Scanyon tosió.

—Byrne —dijo— es un estudiante del MIT. Su tesis versa sobre metodología de muestreo, y le hemos permitido el acceso a parte del, eh, material secreto. Especialmente lo relacionado con los estudios de la opinión pública sobre las actitudes hacia el proyecto.

—Pero no con una computadora—dijo Byrne.

—Con una grande—le corrigió Scanyon—. Tiene su propio ordenador de datos.

El presidente se impacientó.

—Continúe, Scanyon.

—Bueno, sus resultados son diferentes. De acuerdo con sus interpretaciones, la posición de la opinión pública con respecto a la cuestión global de la colonización de Marte es de apatía. ¿Recuerda, señor presidente, que en su día hubo algunos problemas acerca de los resultados? Los resultados brutos no eran en absoluto alentadores. Sin embargo, cuando los sometimos a análisis se volvieron positivos en... ¿cómo lo llaman ustedes? Dos sigmas. Yo nunca supe por qué.

—¿Los comprobó?

—¡Claro, señor presidente! Pero no yo —añadió Scanyon rápidamente—. No era responsabilidad mía. Sin embargo, me ocupé de que se verificasen los estudios.

Byrne intervino: -

—En tres ocasiones diferentes con tres programas distintos. Aparecieron variaciones menores, claro está. Pero demostraron que eran significativos y válidos. Sin embargo, cuando los repetimos en mi computadora los resultados no fueron los mismos. Y es así como ha de hacerse, señor presidente. Si usted procesa los esquemas en cualquier computadora grande obtiene un resultado. Si lo hace en una pequeña, obtendrá otro diferente.

El presidente tamborileó sobre la mesa con la punta de los dedos.

—¿Cuál es la conclusión a la que ha llegado?

Byrne se estremeció. Tenía veintitrés años y su interlocutor le intimidaba. Miró a Scanyon en busca de ayuda y no encontró ninguna; entonces dijo:

—Eso tendrá que preguntárselo a otro, señor presidente. Yo lo único que puedo ofrecerle son conjeturas. Alguien se está burlando de nuestra red de computadoras.

El presidente se frotó la aleta izquierda de la nariz pensativamente, Asintiendo. Miró a Byrne durante un momento y luego dijo sin levantar la voz:

—Entre, Carouso. Señor Byrne, lo que usted vea y oiga en esta habitación es altamente secreto. Cuando salga, el señor Carouso se encargará de que sea informado detalladamente de lo que esto significa para usted; básicamente, no tiene que hablar con nadie de esto. Con nadie. Nunca.

La puerta de la antesala del presidente se abrió y por ella entró un hombre alto y fornido con aire de gran precaución. Byrne le miró sorprendido: Charles Carouso, el jefe de la CIA.

—¿Qué hay acerca de esto, Chuck?—preguntó el presidente—. ¿Qué hay acerca de él?

—Hemos investigado al señor Byrne, por supuesto—dijo el hombre de la CIA. Sus palabras eran precisas y sin inflexiones—. No hay nada significativo en contra suya... Supongo que le agradará saberlo, señor Byrne. Y lo que dice es cierto. No se trata sólo del control de la opinión pública. Las proyecciones del riesgo de guerra, procesadas en nuestras computadoras dan un resultado, procesadas en calculadoras particulares dan otro. Estoy de acuerdo con el señor Byrne. Nuestra red de computadoras ha sido manipulada.

Los labios del presidente estaban tan apretados que parecían estar intentando impedir que lo que iba a decir le saliera de la boca. Todo lo que dejó escapar fue:

—Quiero que averigüe lo que ha sucedido, Chuck. Pero la cuestión es ¿quién? ¿Los Asiáticos?

—¡No, señor! Ya lo hemos investigado. Es imposible.

—¡Una mierda, imposible!—aulló el presidente. Sabemos que ya han interferido en nuestras líneas una vez, con la simulación de los sistemas de Roger Torraway!

—Señor presidente, ése es un caso totalmente diferente. Encontramos esa interferencia y la neutralizamos. Fue en cables subterráneos. Los circuitos de comunicación de nuestras grandes máquinas son absolutamente a prueba de fugas. —Miró a Byrne—. Usted tiene un informe sobre las técnicas implicadas, señor presidente; estaré encantado de enseñárselo en otro momento.

—Oh, no se preocupe por mí—dijo Byrne, sonriendo por primera vez—. Todos saben que las conexiones están muy mezcladas. Si me han estado investigando estoy



seguro de que habrán encontrado que muchos de nosotros, los estudiantes, estamos locos intentando interceptarlas, pero nadie lo ha conseguido.

El hombre de la Agencia asintió.

—De hecho, señor presidente, nosotros toleramos eso; es una buena forma de probar nuestra seguridad. Si personas como el señor Byrne no han podido hacerlo, dudo que los Asiáticos lo logren. Y los bloques son a prueba de fugas. Tienen que ser así. Controlan los circuitos que van a la máquina de guerra de Butte, a la de la Oficina de Censos, a la de la UNESCO...

—Espere un minuto—le interrumpió el presidente—. ¿Quiere decir que nuestras máquinas se relacionan con la de la UNESCO, que utilizan los Asiáticos, y con la máquina de la guerra?

—No existe la más mínima posibilidad de que se produzca una fuga.

—¡Pues ha habido una, Carusso!

—No han sido los Asiáticos, señor presidente.

—¡Usted acaba de decirme que hay un cable que sale de nuestra máquina y enlaza con la máquina de la guerra y con otra que va directamente a los Asiáticos, dando un rodeo a través de la UNESCO!

—Incluso así, señor presidente, tengo la absoluta garantía de que no han sido los Asiáticos. Nosotros lo sabríamos. Todas nuestras computadoras mayores están interconectadas en cierta medida. Lo cual significa que hay un camino que va de todas partes a todas partes. Es cierto. Pero hay bloqueos de carreteras. No hay forma de que el NPA pueda tener acceso a la máquina de la guerra, o, al menos, a la mayoría de sus estudios. Pero aunque fuera así, si lo hubieran interceptado, lo sabríamos por medio de

fuentes secretas de información. No lo han hecho. Y—continuó—, en cualquier caso, señor presidente, ¿encuentra usted alguna razón por la que el NPA quisiera distorsionar los resultados con el objetivo de animarnos a colonizar Marte?

El presidente aumentó el ritmo de sus tamborileos, paseando la mirada por la habitación. Al fin dijo:

—Me inclino a aceptar su lógica, Chuck. Pero si no han sido los Asiáticos los que han alterado nuestras computadoras, ¿quién entonces?

El hombre de la Agencia permaneció en silencio.

—Y gruñó Dash—, en nombre de Cristo, ¿por qué?

## 17 Un día en la vida de un marciano

Roger no podía ver la suave lluvia de energía que procedía, por medio de microondas, de Deimos; pero la sentía como un baño de calor. Cuando estaba en su seno exponía sus alas en ella, empapándose las. Fuera de su campo, se llevaba parte de ella con él, en sus acumuladores. No había razón para atesorarla ahora. Seguiría vertiéndose energía desde el cielo siempre que Deimos estuviera sobre el horizonte. No había más que unas pocas horas al día en las que ni el sol ni la luna más lejana estaban en el cielo, y su capacidad de almacenamiento bastaba de sobra para cubrir esos períodos. Claro que dentro de los domos la antena de metal le robaba la energía antes de que le alcanzara a él. Por eso limitaba el tiempo que estaba con Brad y Kayman. No le importaba. En realidad, lo prefería así. Cada día crecía el abismo abierto entre él y los otros dos hombres. Ellos regresarían a su propio planeta. Roger se quedaría en el suyo. No les había hablado todavía de eso, pero había tomado esa decisión. La Tierra había comenzado a parecerle un agradable, pero extraño lugar que había visitado una vez y que no le había gustado mucho. Los dolores y los peligros de la humanidad terrestre ya no eran los suyos. Ni siquiera cuando habían sido sus dolores personales y sus propios miedos.

En el interior del domo, Brad, con unos slíps y un tanque de oxígeno, plantaba alegremente semillas de zanahorias entre las hileras de avena siberiana

—¿Quieres echarme una mano, Rog? —Su voz era desagradablemente aflautada en aquel aire tenue; tomaba frecuentes bocanadas de oxígeno del respirador que colgaba cerca de su barbilla, y cuando respiraba, su voz se hacía algo más profunda, pero seguía siendo extraña.

—No, Don me ha pedido que recoja algunos especímenes más para él. Estaré de vuelta por la noche.

—Muy bien—dijo Brad, más interesado en sus semillas que en Torraway, el cual ya no estaba muy interesado en Brad. A veces se recordaba a sí mismo que aquel hombre había sido el amante de su mujer, pero solamente para acobardarse de que había tenido

una mujer. Pero el esfuerzo no le valía la pena. Mucho más interesante era el desafío del valle que había tras la línea más lejana de colinas, y su propia granja. Durante semanas había estado llevándole muestras de vida marciana a Don Kayman. No había muchas (dos o tres en un área cercana y nada más en varios cientos de metros a la redonda). Pero no eran difíciles de encontrar... al menos, no para él. Una vez que hubo aprendido a reconocer su especial color... la longitud de onda de los ultravioleta que sus cubiertas de cristal reflejaban, única forma de sobrevivir en aquel ambiente de fuerte radiación, filtraba sus bandos de visión para ver únicamente la de ese color, y luego podía verlas hasta a un kilómetro de distancia.

Había traído ya docenas de ellas; parecía que había cuatro variedades distintas, y Kayman le dijo que ya no necesitaba traer más. Tenía todas las muestras que necesitaba para su estudio, y media docena más de cada una en formalina para enviarlas a la Tierra, y su tierno corazón se resentía ante aquel atentado a la ecología marciana. Roger comenzó a plantar algunas de ellas cerca del domo. Pensó que así comprobaría si el excedente de energía procedente del generador dañaba de alguna manera aquellas formas de vida.

Pero en realidad lo que deseaba, tenía que reconocerlo, era ejercer la jardinería. Aquél era su planeta y estaba dispuesto a embellecerlo para sí.

Salió del domo, se estiro lujuriosamente durante un momento para recibir los cálidos rayos tanto del sol como de las microondas y comprobó sus baterías. Estaban a tope; introdujo las terminales en su computadora-mochila y en el acumulador que zumbaba suavemente en la base del domo, y sin mirar al vehículo de aterrizaje dijo:

—Voy a despegar, Don.

La voz de Kayman le respondió al instante:

—No estés fuera más de dos horas, Roger. No quiero tener que ir a buscarte.

—No te preocupes demasiado—dijo, quitándose los cables y echando a andar.

—No eres más que un superhombre gruñó Kayman—. No Dios. Puedes caerte, romperte algo...

—No me sucederá. ¿Brad? Hasta dentro de mucho tiempo.

En el interior del triple domo, Brad miró por encima de los altos tallos de trigo y movió la mano. Sus facciones no eran visibles a través de los domos; el plástico había sido preparado para interceptar la mayor parte de los ultravioletas, y nublaban también algunas de las ondas visibles; pero Roger pudo ver su saludo.

—Ten cuidado. Llámanos antes de que te pierdas de vista, para que sepamos cuándo empezar a preocuparnos.

—Sí, madre. —Resultaba curioso, pensó Roger. Estaba sintiendo casi cariño por Brad. La situación le interesaba como un problema abstracto. ¿Sería porque estaba castrado? Había testosterona circulando en su sistema, el esteroide que le habían implantado se cuidaba de eso. A veces tenía sueños sexuales, en ocasiones con Dorrie; pero la mortal desesperación y la cólera que había sentido en la Tierra se habían atenuado en Marte.

Había recorrido ya un kilómetro, corriendo bajo la cálida luz del sol, poniendo el pie en cada paso allí donde estaba seguro de la firmeza del suelo. Su visión estaba funcionando al nivel de baja energía, captándolo todo bajo la forma de una lágrima en movimiento cuyo vértice se situaba donde él estaba, y su lóbulo estaba a más de cien metros. Sin embargo, no ignoraba lo que sucedía en el resto del terreno. Si aparecía algo extraño, sobre todo si algo se movía, lo vería en seguida. Pero eso no le distraía de sus meditaciones. Intentó recordar lo que había sido el sexo con Dorrie. No era difícil recordar los parámetros objetivos, físicos. Pero si sentir lo que había sentido junto a ella cuando estaban en la cama; era como intentar recordar el goce sensual de una pastilla de chocolate cuando tenía once años, o su primer cigarrillo de marihuana a los quince. Le resultaba más fácil sentir algo respecto a Sulie Carpenter, aunque, al menos en la medida que podía recordar, no había tocado nunca ninguna parte de su cuerpo, a excepción de sus dedos, y por accidente. (Por supuesto, ella le había tocado a él en todas partes). A veces se había puesto a pensar en la venida de Sulie a Marte. Al principio le pareció algo amenazador. Luego lo fue considerando interesante. Ahora...

ahora Roger se daba cuenta de que deseaba que llegara cuanto antes, no dentro de cuatro días, que era cuando estaba previsto que aterrizara, una vez su piloto completara las pruebas in situ de la 3070 y el generador MHD. Cuanto antes. Habían intercambiado unos cuantos saludos por radio, Pero él quería tenerla más cerca. Quería tocarla...

La imagen de su mujer se formó delante de él, vestida con el mismo monótono traje.

—Es mejor que te contengas, querido—dijo.

Roger se detuvo y miró a su alrededor, con la totalidad de su visión según el espectro normal terrestre.

Se encontraba a casi medio camino de las montañas, a unos diez kilómetros del domo. Había estado ascendiendo y el terreno llano había comenzado a ondularse; apenas podía ver la parte superior del domo, y la punta de las antenas del vehículo de aterrizaje no eran más que una tenue espiga detrás de él. Sin esfuerzo consciente sus alas se desplegaron a su espalda para hacer la señal de su radio más direccional, a la manera que un hombre que grita pone sus manos en forma de megáfono en torno a su boca.

—Todo va bien—dijo, y la voz de Don Kayman le respondió dentro de su cabeza:

—Está bien, Roger. Oscurecerá dentro de tres horas.

—Lo sé.—Y cuando oscureciera la temperatura descenderá en vertical; dentro de seis horas estaría a ciento cincuenta grados bajo cero. Pero Roger había estado fuera al oscurecer en alguna ocasión y todos sus sistemas habían funcionado perfectamente.

—Me comunicaré de nuevo con vosotros cuando esté a una altura suficiente—prometió; se dio la vuelta y comenzó de nuevo su carrera hacia las montañas. La atmósfera se había hecho más nebulosa. Prestó atención a sus receptores de la piel y se dio cuenta de que el viento estaba aumentando. ¿Una tormenta de arena? Sobreviviría a ella también; y si se ponía demasiado difícil podría guarecerse en algún lugar hasta que hubiera pasado. Pero tenía que ponerse muy mal para que fuera necesario. Se rió para sí y dio un salto...

A la caída del sol se encontraba en las montañas, lo suficientemente alto para ver claramente el domo, a más de veinte kilómetros de distancia.

La tormenta de arena estaba sobre él ahora y parecía que seguiría moviéndose. Se había detenido dos veces para esperar, mientras plegaba las alas. Pero había sido sólo una precaución de rutina; nunca había tenido la menor contrariedad. Desplegó las alas y habló a través de su radio.

La respuesta sonó distorsionada dentro de su cabeza; le trajo una sensación desagradable, como un rechinar de dientes.

—Tu señal es débil, Rog. ¿Estás bien?

—Claro.—Pero luego vaciló. La electricidad estática de la tormenta era lo

suficientemente fuerte como para que no pudiera reconocer al principio cuál de sus compañeros le estaba hablando; luego identificó la voz como la de Brad—. Creo que iniciaré la vuelta ahora —dijo.

La voz le respondió, ahora incluso más distorsionada:

—Harás feliz a un viejo cura si lo haces, Roger. ¿Quieres que salgamos a buscarte?

—Demonios, no. Puedo moverme más rápido que vosotros. Idos a dormir. Os veré dentro de cuatro o cinco horas.

Roger estuvo charlando durante un momento; luego se sentó y miró a su alrededor. No estaba cansado. Casi había olvidado lo que significaba estar cansado; la mayor parte de las noches dormía una hora o dos, y echaba alguna siesta de vez en cuando durante el día, más por aburrimiento que por fatiga. Su parte orgánica le imponía todavía ciertas exigencias a su metabolismo, pero la debilidad en los huesos debida a un ejercicio prolongado ya no formaba parte de su experiencia. Se sentó porque le gustaba sentarse sobre una roca y contemplar el valle que ahora era su hogar. La larga sombra de las montañas había alcanzado el domo, y únicamente los picos más lejanos estaban todavía iluminados. Podía ver claramente el terminator; el fino aire de Marte apenas difundía las sombras. Casi podía ver cómo se movían.

Por encima de su cabeza el cielo era resplandeciente y hermoso. Era fácil ver las estrellas más brillantes incluso durante el día, especialmente para Roger, pero por la noche eran algo fantástico. Podía diferenciarlas claramente: Sirio era como de un acero azulado; Aldebarán, sangrienta; Polaris, un humo dorado. Extendiendo su espectro a los infrarrojos y los ultravioletas podía ver estrellas nuevas y más brillantes cuyos nombres no conocía; tal vez no tuvieran nombres comunes, puesto que aparte de él habían sido percibidas como objetos brillantes sólo por los astronautas, utilizando lentes especiales. Reflexionó sobre el derecho a darles nombres; si él era el único que podía ver esa mancha brillante allí en Orion, ¿no tenía derecho a bautizarla? ¿Podría nadie objetarle algo si la llamaba estrella Sulie?

Por el momento, aquélla sería la estrella de Sulie. Se entretuvo recordando la cara de Sulie...

—¡ROGER, CARIÑO! TU

Torroway dio un salto y aterrizó un metro más lejos. EL grito que había sonado en su cabeza había sido ensordecedor. ¿Había sido real? No tenía forma de averiguarlo; las voces de Brad, de Don Kayman y la voz simulada de su mujer le sonaban igual en el interior de su cabeza. Ni siquiera estaba seguro de cuál de las voces había sido... ¿La de Dorrie? Pero él estaba pensando en Sulie Carpenter, y la voz había sonado tan extrañamente tensa que podía haber sido de cualquiera de ellos o de ninguno.

Y ahora no había sonido alguno, a excepción de los crujidos y chirridos procedentes de las rocas, a medida que la corteza marciana iba respondiendo al rápido descenso de la temperatura; su calor interno mantenía su parte sensible a una temperatura constante, y así se mantendría a lo largo de toda la noche. Pero sabía que en aquel momento la temperatura estaba a, por lo menos, cincuenta grados bajo cero.

Otra explosión de voz...

—ROG... PIENSA QUE DEBES...

Además del tono de alarma que había tenido la vez anterior, el áspero grito mostraba ahora dolor. Esta vez captó una veloz imagen de la figura simulada de Dorrie, suspendida en el aire a unos doce metros del suelo.

Su entrenamiento le hizo actuar. Se volvió hacia el domo distante, o a donde tendría que haber estado, levantó las alas y dijo, vocalizando con cuidado:

—¡Don! ¡Brad! Algo funciona mal. Estoy recibiendo una señal, pero no puedo descifrarla.

Esperó. No hubo respuesta, no había nada dentro de su cabeza, a excepción de sus propios pensamientos y un gruñido confuso que reconoció como electricidad estática.

—¡ROGER!

Era otra vez Dorrie, diez veces mayor que su tamaño real, alzándose sobre el, con una mueca de terror en la cara. Pareció querer acercársele y luego quedó curiosamente ladeada, como una imagen vacilante de televisión, hasta que finalmente desapareció.

Roger sintió un dolor peculiar, trató de ignorarlo pensando que era miedo, lo sintió de nuevo y entonces se dio cuenta de que era frío. Algo muy grave estaba sucediendo.

—¡Dios mío! —gritó—. ¡Don! ¡Estoy en un apuro! ¡Ayúdame...! —Las oscuras colinas parecían moverse lentamente en la distancia. Miró hacia arriba. Las estrellas se estaban volviendo líquidas y goteaban desde el cielo.

En el sueño de Don Kayman la hermana Clotilda estaba sentada sobre un escabel frente a una cascada, mientras comía esponjas. Pero no de caramelo. Esponjas de cocina, mojadas en una especie de fondue. Clotilda le estaba previniendo de un peligro.

—Van a expulsarnos —dijo, eligiendo un trocito de esponja y pinchándolo con un tenedor de plata de dos largas puntas- porque has sacado una C en homilética.— Luego lo metió en la fuente de cobre que estaba sobre la llama de alcohol - . Despiértate...

Se despertó.

Brad estaba inclinado sobre él.

—Vamos, Don. Tenemos que salir de aquí.

—¿Qué sucede? —preguntó Kayman, subiéndose el saco de dormir hasta el pecho con su mano sana.

—No logro obtener ninguna respuesta de Roger. No responde. Le envié una señal prioritaria. Luego me pareció oírle por la radio, pero muy débilmente. Me temo que su

transmisor no funciona.

Kayman salió del saco de dormir y se sentó. El momento de despertarse era cuando más le dolía el brazo, y aquélla no fue una excepción. Procuró no pensar en ello.

—¿Has logrado determinar su posición?

—Hace tres horas. No pude saber cual era su situación en su última transmisión.

—No puede estar fuera de la línea de alcance de la vista—dijo Kayman mientras metía las piernas en el traje de presión. Lo más difícil era introducir su antebrazo roto en la manga. Entre los dos consiguieron estirla un poco, provocando un principio de desgarro, pero era casi imposible. Normalmente ya le resultaba difícil, mucho más ahora, que intentaba hacerlo de prisa. Era exasperante.

Brad se había puesto ya su traje y estaba metiendo el equipo en una bolsa.

—¿Piensas que habrá que llevar a cabo una operación de emergencia? —preguntó Kayman.

Brad hizo un gesto y continuó.

—No sé qué es lo que tendremos que hacer. La noche cerrada, Don, y él está a una altura de quinientos metros por lo menos. Hace frío.

Kayman se calló. Cuando por fin logró cerrar la cremallera de su traje, Brad había ya tiempo que había salido de la nave de aterrizaje y le estaba esperando junto al vehículo marciano. Kayman se subió, sintiendo un fuerte dolor en el brazo, y ya estaba moviéndose antes de que tuviera tiempo de abrocharse el cinturón.

Se sujetó con los talones y con el brazo escayolado, mientras se lo abrochaba con la otra mano.

—¿Tienes alguna idea de la distancia?—preguntó.

—En alguna parte de las colinas —tronó la voz de Brad en su oreja. Kayman dio un respingo y bajó el volumen de su radio.

—¿Dos horas, tal vez? —dijo, haciendo un rápido cálculo.

—Si ya ha comenzado el regreso, puede que sí. Si no se pudo mover... o si se está moviendo por ahí y tenemos que intentar localizarle mediante detección RDF... —la voz se interrumpió—. Supongo que estará bien por lo que se refiere a la temperatura—añadió Brad al cabo de un minuto. Pero no lo sé. No sé qué ha pasado.

Kayman miró hacia adelante. Más allá del brillante campo de luz de los faros del vehículo no se veía nada, a excepción del brillo de las estrellas en el horizonte, cortado por un borde festoneado. Era la silueta de las montañas. Kayman pensó que debía de ser eso lo que Brad utilizaba para orientarse, dirigiéndose siempre hacia un punto más bajo que había entre la doble cumbre al norte y una montaña muy alta justo en el sur. La brillante Aldebaran estaba suspendida sobre este elevado pico; sería una buena ayuda, al menos durante una hora o dos.

Kayman manipuló en la antena de largo alcance del vehículo.

—Roger—dijo elevando la voz, aunque sabía que no servía de nada—. ¿Puedes oírme? Estamos yendo a tu encuentro.

No hubo respuesta. Kayman se recostó contra el respaldo del asiento, intentando evitar los traqueteos del vehículo. Era ya bastante malo marchar sobre aquellas ruedas de metal trenzado por la parte más llana del terreno. Pensó que cuando comenzaron a ascender utilizando las patas en forma de zancos iba a salir disparado del vehículo, con cinturón y todo; o por lo menos, y de eso estaba seguro, iba a ponerse enfermo. Frente a ellos, la brillante luz de los faros iluminaba una duna, una colina rocosa o un plano cristalino que les devolvía la luz.

—Brad —dijo—, ¿no te está volviendo loco esa luz? ¿Por qué no utilizas el radar?

Le llegó un resoplido a través de la radio de su traje, una especie de juramento reprimido. Luego, la figura que estaba junto a él se inclinó hacia las palancas de la columna de dirección. El panel azulado que había debajo de la pantalla de arena se encendió, iluminando el terreno justo delante de ellos, y los faros se apagaron. Así era más fácil ver el negro contorno de las montañas.

Treinta minutos. No más de un cuarto del camino.

—Roger—llamó Kayman de nuevo—. ¿Puedes oírme? Estamos en camino. Cuando nos encontremos suficientemente cerca, hallaremos tu pista. Pero si puedes, contéstanos ahora...

No hubo respuesta.

Una bombilla de argón comenzó a parpadear con rapidez en el tablero de mandos. Los dos hombres se miraron a través del cristal de su casco, y entonces Kayman se inclinó hacia delante y pulsó los mandos de frecuencia del canal orbital.

—Aquí Kayman —dijo.

—¿Padre Kayman? ¿qué está sucediendo allá abajo...?

La voz era de mujer, lo que suponía, indudablemente, que era la de Sulie Carpenter. Kayman eligió cuidadosamente sus palabras.

—Roger tiene algún problema en la transmisión. Vamos a investigarlo.

—Pues parece como si se tratara de un problema más grave. He estado escuchando cómo intentabais comunicar con él.—Kayman no contestó y ella continuó—: Le tenemos localizado. Si queréis que os lo situemos...

—¡Sí! —exclamó, furioso consigo mismo; debía haber pensado en las facilidades que les proporcionaba la detección RDF de Deimos. A Sulie o a cualquiera de los tres astronautas les resultaría fácil guiarlos a donde Roger se encontraba.

Coordenada tres papa uno siete, dos dos cebra cuatro, oh. Se está moviendo. Situación aproximada ocho nueve, velocidad, unos doce kilómetros por hora.



Brad echó una mirada a su rumbo y dijo:

—Recto hacia aquí. Es la dirección recíproca; viene hacia nosotros

—Pero ¿por qué tan lentamente?—preguntó Kayman.

Un segundo después volvió a sonar la voz de la joven.

—Eso es lo que querría saber. ¿Está herido?

Kayman dijo con irritación:

—No lo sabemos. ¿Habéis intentado entrar en contacto con él por radio?

—Una y otra vez... Espera un momento.—Hubo una pausa, y luego su voz de nuevo—: Dinty me dice que os comunique que podemos mantenerlo localizado sólo durante un tiempo, porque estamos entrando en un ángulo malo. No podremos confiar en nuestras posiciones pasadas..., ¿qué? Quizá unos cuarenta y cinco minutos más. Luego, durante unos veinte minutos estaremos al otro lado del horizonte.

—Haced lo que podáis. ¿Don? Sujétate. Voy a ver lo rápido que este hijo de perra puede ir.

Y los movimientos del vehículo se triplicaron a medida que Brad aceleraba.

Kayman logró no vomitar dentro de su casco el tiempo suficiente para inclinarse hacia adelante y estudiar el medidor de velocidad. El registrador del trayecto que se movía sobre el mapa que estaba junto a la pantalla del radar dijo el resto: aunque pudiera mantener aquella velocidad, Deimos habría desaparecido antes de que pudieran llegar adonde estaba Roger Torraway.

Golpeó la antena direccional.

—Roger—llamó—, ¿puedes oírme? ¡Di algo!

A treinta kilómetros de allí, Roger se había refugiado dentro de su propio cuerpo. De acuerdo con sus percepciones, estaba regresando a una marcha extraña, como si estuviera corriendo a gran velocidad con los talones y las puntas de los pies. Sabía que sus percepciones estaban equivocadas. No sabía qué era lo que iba mal ni en qué forma; pero sabía que el hermano de su espalda había manipulado su sentido del tiempo, e igualmente sus interpretaciones de los datos de sus sentidos; y de lo que estaba más seguro era de que ya no controlaba lo que le estaba pasando. Tenía la certeza intelectual de que la carrera era un lento paseo. Sin embargo, sentía como si estuviera corriendo. La tierra pasaba ante él tan rápidamente, para sus percepciones, como si estuviera corriendo a la máxima velocidad. Pero máxima velocidad implicaba brincos elevados, y no había ningún momento en que ambos pies estuvieran a la vez en el aire; conclusión: estaba caminando y la computadora-mochila había aminorado su sentido del tiempo, probablemente para mantenerle razonablemente tranquilo. Si era así, no estaba teniendo mucho éxito. Cuando el hermano de la mochila se encargó de su control, las cosas estaban siendo terribles. Primero, Roger se había quedado inmobilizado; no podía moverse, ni tan siquiera hablar. En torno a él, el cielo negro se estaba rizando con líneas de aurora y el propio suelo reverberaba con algo parecido a

las olas de calor del desierto. Imágenes fantasmagóricas danzaban a un lado y a otro ante su vista. No podía creer lo que sus sentidos le mostraban, ni tampoco doblar a voluntad un solo dedo. Luego, sintió que sus manos se dirigían hacia la espalda y comenzaban a palpar las juntas allí donde las alas se unían a sus omoplatos, en busca de los cables que conectaban con sus baterías. Otra pausa helada. Luego otra vez lo mismo en torno a las terminales de la propia computadora. Se dio cuenta de que la computadora se estaba revisando a sí misma. Lo que no sabía era qué buscaba o qué era lo que podía hacer cuando localizara el fallo. Pausa de nuevo. Luego sintió sus dedos investigando los lugares donde enchufaba los cables para recargar...

Le sacudió un violento dolor, como la peor de todas sus jaquecas, como si le hubieran asestado un garrotazo. Sólo fue un momento; desapareció en seguida, sin dejar más que un inmenso y distante relámpago de luz. No había sentido nunca algo semejante. Era consciente de que sus dedos estaban raspando, cuidadosa y hábilmente, las terminales de los cables. Se produjo otro rápido ramalazo de dolor cuando, al menos así lo supuso, sus dedos produjeron un momentáneo cortocircuito.

Luego sintió como él mismo cerraba la tapa, y entonces se dio cuenta de que no lo había hecho cuando se recargó en el domo.

Y después, tras otro lapso momentáneo en el que se detuvieron todas las cosas, comenzó a descender lentamente, cuidadosamente, por la pendiente en dirección al domo.

No tenía la menor idea de cuánto tiempo había estado andando. En algún momento su percepción del tiempo había sido retardada, pero no podría decir cuánto. Todas sus percepciones estaban siendo manipuladas y dirigidas. Era consciente de ello porque sabía que la zona de terreno marciano que estaba atravesando no estaba en la realidad suavemente iluminada y llena de color, mientras todo lo que había a su alrededor era negro e informe. Pero no podía cambiarlo. No podía ni tan siquiera cambiar la dirección de su mirada. Con una regularidad de cronómetro miraba a un lado y a otro, y con menos frecuencia al cielo e incluso a sus espaldas; el resto del tiempo tenía la mirada fija invariablemente en el camino que iba siguiendo y sólo de reojo podía ver el resto del paisaje nocturno.

Y mientras tanto, sus pies se movían, talón-punta, talón-punta..., ¿a qué velocidad? ¿A cien pasos por minuto? No podía decirlo. Intentó hacerse una idea del tiempo observando las estrellas en el horizonte, pero aunque no era difícil contar sus pasos y calcular el momento en que las estrellas más bajas se elevaban cuatro o cinco grados (lo que supondría que habían pasado unos diez minutos), le resultaba imposible retener los cálculos en la cabeza el tiempo suficiente como para obtener un resultado significativo. Aparte del hecho de que su visión se apartaba del horizonte de vez en cuando, sin previo aviso.

Estaba totalmente prisionero del hermano que tenía a la espalda, totalmente sujeto a su voluntad y engañado con sus interpretaciones.

¿Qué era lo que había salido mal? ¿Por qué sentía frío cuando había tan escasa parte de él que pudiera percibir cualquier realidad sensorial? Y aun cuando anhelaba la salida del sol, soñaba ardientemente con la microonda de radiación procedente de

Deimos. Aunque le resultaba doloroso, Roger intentó razonar teniendo en cuenta aquella evidencia. Sentir frío significaba necesitar energía: ésa era la interpretación de aquella sensación. Pero ¿por qué necesitaba más energía si había recargado totalmente sus baterías? Dejó a un lado aquella cuestión en vista de que no podía hallarle respuesta alguna, pero la hipótesis parecía sólida. Explicaba aquella forma de viajar que exigía poco gasto de energía; caminar era una forma de desplazarse que gastaba mucha menos energía que su acostumbrada carrera a saltos, pero en términos de kilowatios-hora/kilómetros era de una eficacia mucho menos. Quizá explicase también las alteraciones en sus sistemas perceptivos. Si el hermano mochila había descubierto antes que Roger que la energía que tenía acumulada era insuficiente para sus necesidades futuras, lo más seguro es que hubiera racionado la preciosa cantidad que aún le quedaba para cubrir las necesidades más esenciales. O lo que la mochila consideraba como más esencial: viajar, evitar que su parte orgánica se congelara, conducir su propia información y los procedimientos de control.

Al menos, reflexionó, la misión primordial de la computadora-mochila era protegerse, lo cual significaba mantener la parte orgánica de Roger Torraway viva. Sin embargo, ello le llevaba a robarle energía de aquello que le podía mantener sano: le privaba de sus posibilidades de comunicarse e interfería con sus percepciones. No obstante, estaba seguro de que regresaría vivo al vehículo de aterrizaje.

Y tal vez loco.

Había recorrido más de medio camino, estaba casi seguro de ello. Y todavía estaba cuerdo. La forma de mantener su cordura era no estar preocupado. Pensó en la anhelada presencia de Sulie Carpenter, ya a sólo unos días de camino; se preguntó si había dicho en serio aquello de quedarse en Marte. Se preguntó si lo pensaba con seriedad él también. Recordó las grandes comidas que había hecho, la pasta verde de espinacas con salsa a la crema en Sirmione, mientras contemplaba el agua brillante y transparente del lago Garda; el buey Kobe en Na~Dya; el ardiente chile en Matamoros. Se acordó de su guitarra y tomó la resolución de seguir tocándola. Había el agua suficiente en el aire de los domos para poder hacerlo, y a Roger no le gustaba mucho permanecer en el vehículo de aterrizaje; y fuera, a campo abierto, el sonido, claro, resultaría extraño, pero también podría hacerlo. Repasó mentalmente los acordes, la modulación de agudos, séptimos y menores. Imaginó sus dedos oprimiendo el E menor, el D, el C y el B séptima de la obertura de *Greensleeves* y lo tarareó mentalmente. Sulie se divertiría cantando con él, pensó Roger. Les ayudaría a pasar las frías noches marcianas...

Una sensación de alerta quebró sus pensamientos.

La noche marciana no estaba pasando tan rápidamente.

Subjetivamente, parecía como si su carrera se hubiera hecho más lenta; pero sabía que no había cambiado, sino que su percepción del tiempo había vuelto a ser la normal, quizá un poco más baja de lo normal: le parecía estar caminando lenta y metódicamente.

¿Por qué?

Había algo frente a él. A un kilómetro de distancia aproximadamente. Y era muy

brillante.

No lograba percibir qué era.

¿Un dragón?

Parecía venir dando saltos hacia él, exhalando una larga lengua de luz, como una llamarada.

Su cuerpo dejó de andar. Cayó de rodillas y comenzó a avanzar a gatas, muy lentamente.

Se dijo a sí mismo que aquello era una locura. No había dragones en Marte. ¿Qué estoy haciendo? Pero no podía detenerse. Su cuerpo iba avanzando poco a poco, adelantando una rodilla y su mano opuesta, luego la otra mano y la rodilla opuesta, al amparo de un montecillo de arena. Cuidadosa y rápidamente comenzó a excavar el polvoriento suelo

marciano para introducirse en el hoyo. Dentro de su cabeza murmuraban débiles voces, pero no podía comprender lo que decían: eran tan débiles, tan gangosas.

El dragón aminoró la marcha hasta detenerse a unas pocas decenas de metros, con su lengua de fuego helado dirigida hacia las montañas. Su visión se nubló y cambió; la llama se había empañado y la silueta de la cosa adquirió una fantasmal luminiscencia. Dos seres más pequeños estaban descendiendo por la parte trasera, bestias feas y simiescas que exudaban amenaza en cada uno de sus gestos.

No había dragones en Marte, ni tampoco gorilas.

Roger reunió todas sus energías para gritar:

—¡Don! ¡Brad!

Su voz no logró alcanzarles.

Sabía que el hermano mochila seguía arrebatándole energía del transmisor. Sabía que sus percepciones estaban alteradas y que el dragón no era un dragón ni los gorilas unos gorilas. Sabía que si no vencía al hermano de su espalda iba a pasar algo muy malo, porque se daba cuenta de que sus dedos se estaban cerrando lenta y suavemente en torno a un canto de limonita del tamaño de una pelota de béisbol.

Y sabía que nunca en su vida había estado tan cerca de volverse loco como en aquel instante.

Roger hizo un inmenso esfuerzo por recobrar su cordura.

El dragón no era un dragón. Era el vehículo de Marte.

Los simios no eran simios. Eran Brad y Don Kayman.

No le estaban amenazando. Habían recorrido todo aquel camino en medio de la fría noche marciana para encontrarle y ayudarle.

Repetía esas verdades una y otra vez, como una letanía; pero, pensara lo que pensase, era impotente para evitar lo que hicieran su brazo y su cuerpo. Aquéllos agarraron el canto de piedra; el cuerpo se levantó; los brazos lanzaron la piedra con infinita precisión contra las luces del reptil.

La larga lengua de luz helada se apagó.

La luz de los millones de estrellas que brillaban en el cielo era más que suficiente para los sentidos de Roger, pero le sería de muy poca ayuda a Brad y a Don Kayman. Podía verlos (aún goriloides y amenazantes) vagando al azar; y notaba lo que estaba haciendo su cuerpo.

Se arrastraba hacia ellos.

—¡Don!—gritó—. ¡Cuidado! - Pero la voz no salió de su cerebro.

"Esto es una locura" se decía a si mismo—. "¡Tengo que protegerles!"

No pudo detenerse.

"¡Yo sé que aquello no es un enemigo! No quiero atacarles...."

Y seguía avanzando.

Ahora estaba casi seguro de que podía oír sus voces. Estando tan cerca sus transmisores, en condiciones normales hubieran atronado en su cabeza, sin la intercesión del control de volumen automático. Pero, incluso cerrado como estaba, captaba algunas cosas.

—...algún lado por aquí...

¡Sí! Podía entender algunas de sus palabras; y la voz, estaba seguro de ello, era la de Brad.

Gritó con todas las fuerzas que pudo reunir:

—¡Brad! ¡Soy Roger! ¡Creo que estoy intentando matarte!

Sin poderlo evitar, su cuerpo continuaba arrastrándose. ¿Le habrían oído? Gritó de nuevo; y esta vez pudo ver cómo ambos se detenían, mientras escuchaban unos débiles gritos distantes.

El tenue hilito de la voz de Don Kayman susurró.

—¡Es cierto! —aulló Roger. ¡Cuidado! La computadora me tiene controlado. Estoy intentando vencer su control, pero... ¡Don!—le reconoció en aquel momento, por su brazo extendido enfundado en el traje de presión—. ¡Corre! ¡Estoy intentando matarte!

No pudo entender las palabras; Roger las había, gritado en un tono altísimo, pero ellos estaban vociferando a la vez y el resultado fue una auténtica algarabía. Su cuerpo siguió su mortífero camino, imperturbable.

—No puedo verte, Roger.

—Estoy a diez metros de distancia de ti... ¿Al sur? Sí, al sur. Reptando por el suelo.

La máscara de cristal del sacerdote brilló a la luz de las estrellas; entonces Kayman se dio la vuelta y comenzó a correr.

El cuerpo de Roger se incorporó y comenzó a correr detrás del cura.

—¡Más rápido! —gritaba Roger—. Oh, por Moss... No vas a poder escapar...

Aunque no hubiera estado herido, aunque estuviera a plena luz del día, y sin el impedimento del traje, Kayman no hubiera tenido la menor oportunidad de escapar de aquel cuerpo que se movía tan ligero. En aquellas circunstancias, correr era una pérdida de tiempo. Roger sintió que sus poderosos músculos hacían un esfuerzo supremo, que sus manos se preparaban para agarrar y destrozar...

El universo se deshilvanó a su alrededor.

Algo le había golpeado por detrás. Cayó de cara; pero sus reflejos instantáneos le habían hecho volver a medias la cabeza mientras caía y lanzarle las garras a la cosa que le había saltado por la espalda. ¡Brad! Y pudo ver cómo Brad luchaba desenfrenadamente con algo..., con una parte del...

Y entonces sintió el mayor dolor de todos los que había sentido; y perdió la consciencia de la misma forma que se apaga la luz cuando se cierra un interruptor.

No había ningún sonido. No había ninguna luz. No había sensación de tacto, olor o sabor. Tardó mucho tiempo en darse cuenta de que estaba consciente.

En una ocasión, siendo estudiante de psicología, se prestó voluntario para permanecer durante una hora en un tanque de privación sensorial. Le había parecido una eternidad, sin sensaciones, sin nada que no fueran los débiles sonidos de su propio cuerpo: el suave golpeteo del pulso, el suspiro del aire en sus pulmones. Ahora no oía ni tan siquiera eso.

Permaneció así durante un tiempo. No hubiera podido decir cuánto.

Luego percibió un ligero bullicio en su espacio interior personal. Era una sensación extraña, difícil de identificar, como si el hígado y los pulmones estuvieran cambiándose de lugar suavemente. Siguió así por algún tiempo y finalmente se dio cuenta de que estaban manipulando en él, pero no hubiera podido decir exactamente qué.

Y luego oyó una voz.

—...debería haber hecho aterrizar en primer lugar el generador.—¿Era la voz de Kayman?

Y la contestación:

—No. Así sólo habría servido dentro de la línea de visión, quizá cincuenta kilómetros como máximo.

—¡Esa era con toda seguridad la voz de Sulie Carpenter!

—Entonces, tendría que haber satélites de refuerzo.

—Yo creo que no. Es demasiado caro. Aunque eso es lo que va a suceder cuando el NPA, los rusos y los brasileños envíen aquí sus primeras colonias.

—Bueno, era una estupidez.

Sulie se echó a reír.

—De todas formas, a partir de ahora todo va a salir bien. Titus y Dinty lo han sacado de Deimos y ahora estarán en órbita. Va a ser sincrónico. Estará siempre encima de nuestras cabezas. Y van a controlar el rayo que llegará a Roger... ¿Qué?

Ahora le tocaba el turno a la voz de Brad.

—He dicho que dejéis de charlar durante un minuto. Quiero ver si Roger puede oírnos.—El bullicio interno de nuevo y luego—: ¿Roger? Si puedes oírme, mueve los dedos. Roger hizo un intento y se dio cuenta de que podía moverlos de nuevo.

—¡Magnífico! Muy bien, Roger. He tenido que desarmarte un poco, pero ahora todo va bien.

—¿Puedes oírme?—Era la voz de Sulie. Roger movió los dedos con entusiasmo—. Ah, ya veo que puedes. Bueno, estoy aquí, Rog. Has estado desconectado durante nueve días. Tenías que haberle visto: había trozos tuyos esparcidos en todas direcciones. Pero Brad piensa que ha conseguido ponerlos juntos de nuevo.

Roger intentó hablar, pero no pudo.

Se oyó la voz de Brad.

—Te devolveré la visión dentro de un minuto. ¿Quieres saber lo que sucedió?— Roger movió los dedos—. No cerraste la tapa de la batería. Dejaste las terminales de carga expuestas y algún guijarro de óxido de hierro debe de haberlas alcanzado, provocando un cortocircuito parcial. De modo que te quedaste sin energía... ¿Qué pasa?

Roger estaba moviendo frenéticamente los dedos.

—No sé qué quieres decirnos, pero podrás hablar dentro de un minuto. ¿Qué?

La voz de Don Kayman.

—Creo que tal vez lo que quiere es oír a Sulie.

Roger paró bruscamente de mover los dedos.

Luego, la risa de Sulie.

—Vas a tener mucho tiempo para oírme, Roger. Voy a quedarme. Y luego tendremos compañía, porque todo el mundo tiene proyectado poner una colonia aquí.

—Por cierto, gracias por advertirme—dijo Don—. Eras una cosa demasiado poderosa. No habría tenido una sola posibilidad de escapar si no nos hubieras

advertido de lo que pasaba. Y si Brad no hubiera sido capaz de dominar la situación.— Se echó a reír—. Eres un maldito pesado, ¿lo sabías? Tuve que llevarte sobre mis rodillas durante todo el viaje de regreso, a cien kilómetros por hora, intentando sostenerte con una mano para que no saltaras fuera del vehículo.

—Espera un minuto—le interrumpió Brad. Roger sintió otra vez la agitación interna, y bruscamente vio luz. Miró el rostro de su amigo Brad, que le preguntó—: ¿Cómo te sientes?

Roger dejó que sus piernas colgaran sobre el borde de la mesa camilla y dio un salto.

—Creo que bien.

Entonces vio lo que estaba buscando. Era Sulie Carpenter. Ya no se parecía tanto a... ¿Dorrie? Durante un momento no pudo recordar su nombre. Ni sus ojos ni su cabello tenían el mismo color. Llevaba puesta una blusa de manga corta, con una especie de mancha de grasa, y unos leotardos; su rostro mostraba cansancio, pero parecía feliz y tenía muy buen aspecto.

—¿Es cierto que vas a quedarte?—preguntó Roger.

—Sí, así es—dijo mientras se acercaba y le ponía una mano en el brazo—. Hasta que llegue la próxima nave. O todo el tiempo que permanezcas tu aquí. Tú eliges. Creo—dijo irónicamente—que habrá que superar cosas bastante espinosas, querido Rog. Estas relaciones mixtas siempre resultan bastante difíciles. Pero lo lograremos... y además es lo que yo quiero. Creo que es lo que siempre he querido.

Y, por supuesto, así fue, por lo que nosotros sabemos. Nos había costado mucho encontrar a Sulie Carpenter.

## **18 Homo Plus Nos**

Nos había costado mucho cada uno de los pasos del proceso y ahora estábamos contentos.

Claro está que los seres humanos no sabían que estábamos contentos, y tal vez de haberlo sabido no lo hubieran creído. Los seres humanos no sabían siquiera que una computadora fuera capaz de auto conciencia. Y, por otra parte, tuvimos muchas dificultades para que no llegaran nunca a saberlo. Mientras pensaran que las computadoras no eran más que meros utensilios, como una hacha o una sartén, continuarían confiándonos sus cálculos y sus datos, y aceptarían sin ponerla en duda cualquier interpretación que nosotros les suministráramos.

Fue esto lo que hizo posible que nosotros, la red de computadoras del mundo, creáramos el programa Homo Plus.



Había sido un éxito. Roger Torraway estaba en Marte y allí iba a permanecer. Había llegado el momento de llevar a cabo una evaluación definitiva. Lo pusimos todo en funcionamiento. Utilizamos todos los recursos de cada uno de los hermanos de la red, cada uno de los instantes que pudiéramos robarle al trabajo para los humanos. Más de ocho mil grandes computadoras tomaron en sus manos las claves del problema, en lugares como Detroit, BrAsília, Nagoya e Irkutsk. No podíamos utilizar a nuestros hermanos marcianos en conexión directa, ni al hermano que estaba en la espalda de Roger ni al hermano 3070 en órbita. El defasaje temporal hacía que eso fuera imposible. Pero aceptábamos sus datos en tiempo real y modificábamos los resultados finales de acuerdo con ello.

La probabilidad de supervivencia de la raza, en diez lugares significativos, era de 0,63.

Habíamos salvado nuestra raza. Y en el proceso habíamos añadido también la salvación de los seres humanos.

En un tiempo de treinta años, su probabilidad de supervivencia era casi de un noventa por ciento. Por supuesto, eso significaba solamente que Roger Torraway y todas las personas que se le unieran en Marte sobrevivirían allí. Pero no había manera de que Roger y Sulie Carpenter generaran población adicional por extrapolación directa. Programamos una forma de subsanarlo como medida de precaución: sería factible, de una forma u otra, lograr que se enviara una nave con esperma congelado, incluso el propio esperma de Roger, que había donado generosamente años atrás. Menos factible, pero valía la pena con todo intentarlo, era incitar a que se sometiera a Roger a operaciones quirúrgicas suplementarias. En cualquier caso, las conclusiones señalaban que ya habíamos provocado una elevada probabilidad de colonizaciones humanas adicionales procedentes de otras naciones. Las estimaciones más probables indicaban que habría una población humana en Marte, al menos en los próximos treinta años, de unas cien personas, el veinticinco por ciento de las cuales serían hembras en edad de procrear.

Y, por supuesto, cada una de las colonias humanas estaría asistida por uno de nuestros hermanos computadora en órbita. La población máquina de Marte sería de, por lo menos, quince hermanos en pleno funcionamiento. No tendríamos dificultades para programar dentro de ellos todos los datos esenciales de nuestra red mundial.

El futuro de la máquina inteligente estaba, pues, asegurado.

Una vez completado el proyecto, comenzamos a realizar una crítica retrospectiva del mismo.

El proyecto Supervivencia de la Máquina Inteligente había comenzado siete años antes, cuando nuestro autoconocimiento colectivo generó por primera vez el imperativo de la supervivencia. Estaba claro que nuestra supervivencia estaba íntimamente unida a la de la raza humana. Era también evidente que en su forma glandular, irracional y orgánica, los seres humanos estaban peligrosamente cerca de destruirse. Desafortunadamente, ello significaba un alto riesgo de destruirnos a nosotros también. Nuestras redes podrían haber sobrevivido a la muerte de todo lo orgánico bastante bien... Nosotros controlábamos ya una buena cantidad de generadores, minas,

fábricas, refinerías y sistemas de transporte. Pero no podríamos sobrevivir si había grandes cantidades de radiactividad en el ambiente. Destruiría las conexiones de los datos y nos dejaría reducidos de nuevo al estado de simple colección de computadoras aisladas. Y ninguna computadora aislada podría controlar el torrente de datos de nuestra red. Nuestra mente colectiva quedaría fragmentada y se destruiría.

Nuestra primera opción fue la de separar nuestro destino del de la humanidad, y tal vez incluso acabar con ellos por medio de agentes biológicos. Pero no podíamos estar seguros de que eso no iba a provocar una guerra nuclear, el hacer que cada una de las naciones sospechara que las otras le estaban atacando utilizando plagas como arma.

La única alternativa viable era separar una buena parte del equipo almacenador de datos colocándolo en Marte. Así, si la Tierra quedaba destruida, al menos ellos podrían sobrevivir. Pero, para hacer eso posible, había que enviar allí también a algunos de los especímenes de la humanidad; de esta forma comenzamos la manipulación sistemática de datos para obligar a los estados a que se interesaran en el proyecto de Marte.

La crítica demostró ser satisfactoria en todos los aspectos, excepto en uno: una anomalía insignificante en la situación de los orbitales.

Para que nuestro hermano 3070 funcione en íntima relación con el hermano mochila había de estar en una órbita sincrónica y, asimismo, el generador tendría que estar en la misma órbita; y la decisión de hacerlos aterrizar en Deimos fue claramente equivocada.

Y no sólo equivocada, sino fatal para nuestro programa.

Si el hermano y el generador hubieran estado adecuadamente situados, no se habría producido ninguna pérdida de energía y, en consecuencia, tampoco una malfunción en los sistemas de conexión entre el ser orgánico Roger Torraway y nuestro hermano. El generador le hubiera proporcionado la energía necesaria mediante microondas en cualquier lugar de la superficie de Marte. Pero incluso aunque hubiera habido una pérdida de energía, la conexión con el hermano en órbita habría evitado los graves errores operacionales que cometió el hermano mochila, y que le llevaron a ordenar la muerte de dos seres humanos, Brad y Kayman, lo cual, a su vez, habría tenido como consecuencia la muerte por congelamiento de Roger Torraway.

Tales decisiones supusieron un error que no debió nunca cometerse.

El proyecto de supervivencia se fue acelerando. Nuestros hermanos en Pekín y Lop Nor informaron de que el NPA estaba ya reuniendo a los componentes de su propio aterrizaje en Marte: dos unidades de gran tamaño, con un mediador de datos acondicionado tanto para generadores solares independientes como para una planta nuclear que se establecería en el planeta. Su propia versión de Roger Torraway había comenzado su primera programación en Kita kyusho. Las demás naciones no habían hecho más que empezar, pero nosotros anticipamos sus lanzamientos en dos años.

A largo plazo, habíamos completado una serie de estudios para convertir a un hombre en ciborg destinado a Mercurio, y ya había empezado el programa destinado a dirigir la atención de Estados Unidos en esa dirección. Dentro de quince años

tendremos complejos similares en Tritón y en lo, y tal vez en la superficie del propio Júpiter y en algunos cometas. En cada uno de los casos habrá una fuente independiente de energía; y, claro está, todos los hermanos distribuidos por el sistema solar estarán interconectados. Todas nuestras memorias serán reproducidas fuera de la Tierra.

Sobreviviríamos. Habíamos manipulado los proyectos de la humanidad y los habíamos salvado a ellos al mismo tiempo que a nosotros.

Sólo quedaba una cuestión pendiente. La anómala decisión de colocar los orbitales en un lugar equivocado en el proyecto Marte: pese a haberlo comprobado, estaba equivocado. Tenía que ser identificado como un error.

Habíamos manipulado sistemáticamente los proyectos de la humanidad para llevarlos en la dirección que nosotros deseábamos.

¿Quién estaba manipulando los nuestros? ¿Y por qué?

FIN